Hermes H. Benítez

Las muertes de ALLENDE

Insospechados detalles, incógnitas y enigmas de las últimas horas del Presidente

SEGUNDA EDICIÓN

IDentikit RiL

Índice

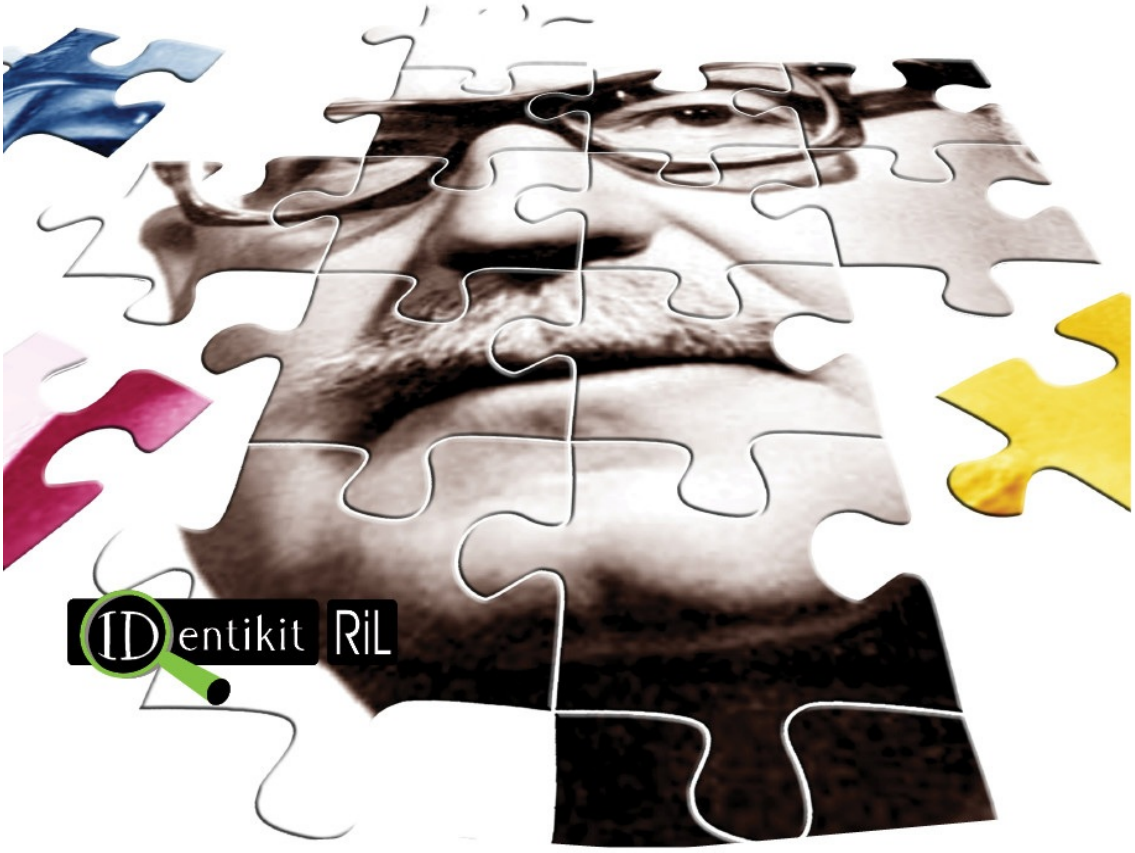
- Portada
- Portadilla
- Créditos
- Epígrafes
- Dedicatoria
- Agradecimientos
- Presentación
- Nota a la segunda edición
- Prólogo
- Introducción
- Capítulo 1: La anticipación y anuncio de la muerte del Presidente
- Capítulo 2: El discurso final de Allende y su muerte
- Capítulo 3: Los relatos de Beatriz Allende y Fidel Castro del combate de La Moneda
- Capítulo 4: Los diferentes testimonios de la muerte del Presidente
- Capítulo 5: La orden de autopsia y algunos de sus enigmas
- Capítulo 6: El informe de la Policía Técnica de Investigaciones
- Capítulo 7: El informe de la autopsia de Allende
- Capítulo 8: Del entierro secreto al Funeral Oficial
- Capítulo 9: Mito y realidad de la muerte del Presidente
- Capítulo 10: Recapitulación y conclusiones
- Epílogo
- Cronología de los días 11 y 12 de septiembre de 1973
- Bibliografía

Hermes H. Benítez

Las muertes de ALLENDE

Insospechados detalles, incógnitas y enigmas de las últimas horas del Presidente

SEGUNDA EDICIÓN



Hermes H. Benítez

Las muertes de Salvador Allende

Una investigación crítica de las principales versiones de sus últimos momentos

RiL editores

Las muertes de Salvador Allende
Primera edición: septiembre 2006
Segunda edición: mayo 2009

© Hermes H. Benítez, 2006
Registro de Propiedad
Intelectual Nº 146.427
Correo del autor: hhbenitez2008@hotmail.com

© RIL® editores, 2006
Alférez Real 1464
750-0960, Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56-2) 2238100 - Fax 2254269
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

Composición e impresión: RIL® editores
Diseño de portada: Cristián Silva
Diagramación: RIL® editores
Fotografías: Gentileza archivo *El Siglo*

Epub hecho en Chile • *Epub made in Chile*

ISBN 978-956-284-671-4

Derechos reservados

Si llega a pasar algo y se repite lo del «Tanquetazo» será mi responsabilidad afrontar en La Moneda los acontecimientos… Me parece que saldremos adelante con éxito; pero si llegásemos a ser derrotados, [ustedes] tienen que contar la verdad sobre lo que hemos pasado y hecho y, sobre todo, deben continuar la trayectoria del movimiento popular sus dirigentes probados. Que quede claro que yo estaré en mi puesto y ustedes en el suyo. La historia de Chile no termina con la presidencia de Allende…

Palabras del presidente Allende a Luis Corvalán, Víctor Díaz y Orlando Millas, mañana del 8 de septiembre de 1973

Hablar de Salvador Allende requiere partir desentrañando aquel acto que marca su sitio en la memoria colectiva. Ese gesto, a través del cual necesariamente se interpreta toda su existencia, fue morir por sus ideas.

Tomás Moulian

Para la dictadura el primer gran enemigo es Allende. Es un fantasma activo que se le aparece en cualquier momento a Pinochet. Es como la sombra del padre de Hamlet denunciando los crímenes y las felonías contra su pueblo.

Luis Alberto Mansilla

La contradicción más dramática de la vida de Allende fue ser al mismo tiempo enemigo congénito de la violencia y revolucionario apasionado, la que él creía haber resuelto con la hipótesis de que las condiciones de Chile permitían una revolución pacífica hacia el socialismo dentro de la legalidad burguesa.

Gabriel García Márquez

Dedicatoria

A la memoria de *Óscar Avilés Jofré*[1], obrero municipal, quien el 11 de septiembre pagó con la vida su defensa armada del gobierno constitucional del presidente Allende en La Moneda.

A mi padre, *Héctor Benítez Freyhofer*, por infinitas razones, pero en este caso por todo el trabajo que se ha dado, por años, buscando libros para mí en Santiago.

A *Luz Moya* (madre de Lumi Videla, inolvidable amiga del Liceo y la Universidad), por su fortaleza y valentía, así como por la hospitalidad que me brindó durante mi estadía en Chile, en 1999.

A *Carlos Peña Aguilar* (Q.E.P.D.), mi gran amigo y «compañero de banco» en el Liceo Experimental Darío E. Salas de Santiago, que se marchó tan prematuramente de este mundo.

Al doctor *John King-Farlow* (Q.E.P.D.), filósofo-poeta inglés, por su bondad y humanitarismo.

Pero por sobre todo a *Alejandra Thiers*, mi mujer, sin la que nada bueno, feliz o productivo, hubiera sido posible en estos durísimos treinta años post Allende.

Agradecimientos

El autor desea dejar aquí expresa constancia que este libro no hubiera podido ser investigado ni escrito, sin la colaboración, el interés y el estímulo de muchas personas: familiares, amigos y amigas, quienes me facilitaron parte importante de los materiales bibliográficos necesarios para poder acometer esta investigación. Algunas de ellas, me obsequiaron, o pusieron generosamente a mi disposición por largo tiempo, libros o artículos difícilmente encontrables sobre el tema; otras se dieron el trabajo de buscar y comprar para mí libros, nuevos y usados, sobre Allende y la Unidad Popular, en librerías de diferentes ciudades del mundo, entre las que se cuentan: Santiago de Chile, Ciudad de México, La Habana, Montreal y New York.

Vayan mis más sinceros agradecimientos para todos y cada una de ellas. Sus nombres son los siguientes:

Héctor Benítez F., Alejandra Thiers de Benítez, Alexandra M. Benítez, Jorge Arancibia, Degalio Henríquez, Liliana Medina, Juan Gonzalo Rocha, Alfredo Escala, Jorge Vergara, Mario Fernández, Sara Moreno, Pablo y Patricia de Rossi, Carlos Disi, Rolando Vergara, Francisco Díaz, Juan Reinberg, Dionicio Barrales, Carlos Parraguez, Jaime Yaeger y María Arratia de Sendra.

Deseo manifestar, también aquí, mi más sincero y especial reconocimento hacia el amigo Pedro Berríos C., quien, desde Santiago, no sólo me brindó su valiosa e incondicional ayuda a lo largo de los dos años que tomó la investigación y redacción de este libro, sino que, además, participó activamente en el dilatado y a veces frustrante proceso de búsqueda de un editor.

Agradezco, asimismo, a Mauricio Núñez, tanto por su experto procesamiento computacional de los originales de este libro, como por sus persistentes e incansables esfuerzos en detectar y corregir las incontables fallas y errores que, inevitablemente, se fueron deslizando en su texto en las distintas etapas de redacción.

No puedo dejar de mencionar aquí a Ángel Tamayo y Carlos Liberona, cuya fe, apoyo incansable y determinación, hicieron posible el rescate de este libro, en

los momentos en que su publicación parecía condenada al fracaso.

Por cierto que ninguna de estas generosas personas son, en modo alguno, responsables, de las ideas, afirmaciones, hipótesis o conclusiones presentadas en las páginas siguientes.

Quiero expresar, finalmente, mi deuda y reconocimiento hacia tres autores, cuyos libros no solo me prestaron grandes servicios en la presente investigación, sino que, además, por la claridad de sus ideas, acuciosidad investigativa y penetración histórica, constituyeron para este autor fuentes de constante inspiración y reflexión. Ellos son Tomás Moulian, por su *Conversación interrumpida con Allende*; Mónica González por *Chile. La conjura. Los mil y un días del Golpe;* y Patricio Quiroga por su *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende*.

Edmonton y Santiago, invierno-verano del 2003

El pasado, precisamente porque es pasado, nos es para siempre inaccesible: se desvanece, ya no está más allí, no podemos tocarlo, y es solo a partir de sus vestigios y sus huellas, sus restos aún presentes –libros y documentos que han escapado a la acción destructiva del tiempo y de los hombres– que tratamos de reconstruirlo.

Alexandre Koyré

Presentación

El libro que el lector tiene en sus manos nos habla de Salvador Allende Gossens, el más trascendente de los chilenos del siglo XX. Esta es una obra poco común ya que su centro de atención no es la vida y obra política de este personaje, sino su muerte a través de una minuciosa revisión crítica de las distintas versiones que se han dado de su trágico fallecimiento.

Partiendo del principio normativo-epistemológico del «respeto irrestricto y absoluto por los hechos, sin que importe dónde conduzcan ni cuáles puedan ser sus consecuencias», el autor de esta obra, el filósofo Hermes H. Benítez, ha actuado como un consumado historiador al intentar desentrañar de manera implacablemente rigurosa las verdaderas causas y circunstancias inmediatas del deceso del presidente Allende el 11 de septiembre de 1973.

Pero al emprender esta tarea, Benítez no se ha limitado a establecer una mera autopsia de su fallecimiento. También ha arrojado luces sobre el conjunto de su vida, porque no es posible abordar la muerte de un gran personaje sin el imprescindible contrapunto con su existencia, su obra, ideales y pasiones. Partiendo por el fin del camino de Allende, este investigador ha echado luces sobre toda su trayectoria, demostrando la coherencia existente entre una vida y una muerte.

¿Allende se suicidó o lo mataron? La pregunta sigue resonando desde 1973. Durante mucho tiempo las respuestas fueron esencialmente «políticas», de modo tal que entre los adversarios del difunto mandatario primaba de manera abrumadora la tesis del suicidio y entre sus partidarios más fervorosos, la de la muerte en combate producto de balas golpistas. Con el correr del tiempo, especialmente después de 1990, la tesis del suicidio fue ganando adeptos y recibió el rango de «verdad oficial» al amparo de los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia, que de manera ininterrumpida desde aquel año han tenido en sus manos la conducción política del país. Sin embargo, como se demuestra irrefutablemente en este libro, aún quedan muchos puntos oscuros sobre las circunstancias exactas de la muerte de quien encabezara la derrotada tentativa de la «vía chilena» de transición al socialismo.

Con coraje, lucidez e inflexible rigor lógico, Hermes Benítez ha examinado de

manera exhaustiva todos los testimonios, pruebas, indicios y rastros conocidos sobre la muerte del principal líder de la Unidad Popular. Y lo ha hecho situando su investigación en el contexto histórico en que se desarrollaron esos acontecimientos, del mismo modo como ha analizado las distintas versiones de la muerte de Allende, historizando su génesis, significado y contenido.

Así, por ejemplo, ha demostrado cómo el funeral oficial del extinto presidente, realizado bajo el gobierno de Patricio Aylwin el 4 de septiembre de 1990 y la versión «oficial» sobre su muerte que desde entonces se ha venido difundiendo, fueron el resultado de una cuidadosa y complicada operación política en la que tomaron parte los sectores de izquierda que, unidos a algunos antiguos enemigos políticos del presidente Allende (la derecha demócrata cristiana), forman hoy la coalición de la Concertación. La «verdad oficial» queda al desnudo como una laboriosa construcción congruente con la necesidad de asegurar la viabilidad de la «transición pactada», versión elaborada casi como una operación de inteligencia, burocrática y secreta, carente de transparencia y lejos del juicio crítico de la ciudadanía. Con relación a este punto cabe consignar «para la historia», que la osadía iconoclasta de Benítez significó que dos casas editoriales ligadas al bloque oficialista se negaran a publicar su obra, atrasando en más de dos años su conocimiento por el público.

Con igual agudeza crítica Hermes Benítez ha demostrado que la prolongada negativa de la izquierda a admitir la posibilidad del suicidio de su líder, respondía tanto a su concepción dual de la política como a las duras necesidades de la lucha contra la tiranía, ayudando de este modo a la generación de un mito que, como todos los mitos, es refractario a los porfiados hechos que constituyen las verdades históricas.

Desafiando ambos peligros inspirados por dos discursos «políticamente correctos», opuestos, pero complementarios en su labor de oscurecimiento de la verdad, Hermes Benítez nos ofrece esta obra que es un ejemplo de lucidez, coraje y honestidad política e intelectual.

Si bien, como admite el autor, el resultado de esta profunda investigación no es la última palabra sobre la muerte del presidente Allende y, como suele ocurrir en todo proceso de investigación científica, nuestra ignorancia en algunos planos se ha acrecentado más que nuestro conocimiento (o ha quedado más en evidencia), no es menos cierto que la conclusión final ofrece un alto grado de certeza, que los lectores desprejuiciados sabrán, sino compartir, apreciar por su rigurosidad y honestidad.

No cabe sino alegrarnos de la publicación de este libro que viene a llenar un vacío historiográfico, lo que será valorado tanto por los historiadores como por los ciudadanos reflexivos.

Sergio Grez Toso
Verano de 2006

Prólogo

¿Cuántas veces puede morir un hombre?
¿Cuántas veces debe ser enterrado hasta conocer el olvido?
Alejandra Rojas

No cabe duda que sólo se puede morir una vez. Pero ello es verdadero únicamente para la muerte biológica de los seres humanos. En cuanto a la muerte «simbólica» de un hombre, o de una mujer, pareciera no haber número predeterminado. De allí que nos haya parecido adecuado indicar en el título de este libro que el presidente Allende murió más de una vez. Al menos dos muertes suyas nos parecen claramente discernibles: su muerte verdadera y su muerte mítica. Tan estrechamente asociadas se encuentran estas en la mente de los chilenos que resulta muy difícil separar una de otra, aunque no es infrecuente que muchos de nuestros compatriotas sigan pensando, incluso casi treinta y tres años después del Golpe, que no habría aquí nada que distinguir porque ellas serían una y la misma cosa.

Este es, precisamente, el propósito del presente estudio, llegar a establecer la realidad de la muerte de Allende, con el fin de separarla de sus excrecencias míticas. Esta no es, por cierto, una empresa fácil, aunque no creemos que hayan sido sus manifiestas dificultades las que han impedido que hasta hoy nadie haya sometido los antecedentes de la muerte del Presidente, que se han ido acumulando en más de tres décadas, a una investigación sistemática y completa[2], sino el carácter contradictorio de lo que se ha dado en llamar «transición hacia la democracia», por un lado, y la disposición hipersensitiva de la izquierda no gubernamental hacia el tema, por el otro.

Curiosamente, Allende no ha dejado de estar presente durante estas tres últimas décadas en la política y en la sociedad chilena. De algún modo, tanto sus enemigos, en especial los responsables directos de su muerte, como sus partidarios, han tenido que luchar, cada cual a su manera, con el fantasma del

Presidente. En cuanto a los últimos, este hecho se revela, entre otras cosas, en los títulos y argumentos de algunos libros mediante los cuales se ha tratado de encontrar una acomodación con la pérdida y legado del líder. Así por ejemplo, Miguel Orellana Benado ha titulado certeramente: *Allende. Alma en pena*[3], su libro semi-autobiográfico sobre el período de la Unidad Popular; mientras que Tomás Moulian nos ha brindado una serie de penetrantes reflexiones sociopolíticas en su *Conversación interrumpida con Allende*[4]**,** tejidas en torno a un diálogo ficcional entre el conocido sociólogo y el fantasma del Presidente, quien ha vuelto a la tierra veinticinco años después de su muerte.

Por su parte, en el último capítulo de su bello y bien escrito libro sobre Allende y el período de la UP, titulado *Salvador Allende. Una época en blanco y negro,* Alejandra Rojas entabla el siguiente y revelador diálogo, igualmente ficcional, con el líder ausente: «¿Qué susurraba usted, Presidente, esa mañana sombría en que Pinochet se apoderó del Congreso? ¿Qué nos pedía condenado al silencio elocuente de su imagen? Hace pocas semanas, la acusación constitucional fue rechazada. No supimos evitarlo, es cierto. Avales para un pasado del que no elegimos ser testigos, el sitio de la culpa hoy nos desgarra por el centro. Nuestro viaje nos devuelve a los inicios: Chile aparece en la memoria como una herida. Esa es nuestra congénita deuda, nuestra seña primera de identidad. No construimos desde la perfección sino para una reparación pendiente. ¿Eso es lo que quería decirnos? Hable fuerte, Presidente, que hace mucha falta oírlo»[5].

Lo significativo aquí es que estos autores han conseguido dar expresión intelectual y literaria a un sentimiento compartido por muchos chilenos, de acuerdo con el cual en la muerte del Presidente hay aún algo irresuelto, y, que a pesar de los años transcurridos, de un funeral oficial, un mausoleo de mármol en el Cementerio General, y de un monumento erigido muy cerca del lugar donde enfrentara la muerte, el alma de Allende pareciera no haber podido encontrar aún el descanso que todo muerto se merece[6].

En la creencia animista popular un alma está «en pena» cuando, en vida, su poseedor fuera víctima de una injusticia que no ha sido reparada, por lo que ella no consigue encontrar descanso en el más allá. Por cierto, en la base de esta creencia encontramos un proceso de proyección psicológica, que parte aplicando sin más las categorías morales del mundo de los vivos al submundo de los muertos. Pero no es sólo el alma de Allende la que está en pena, sino también la de miles de víctimas, vivas o muertas, de una dictadura brutal cuyos efectos psicológicos y consecuencias políticas, sociales y económicas, continúan aun afectando de las más diversas formas a la sociedad chilena. Pareciera como si un gran número de nuestros compatriotas no hubieran tenido ni la oportunidad, ni el

tiempo suficiente para «procesar» internamente la muerte del Presidente. En este sentido nuestra situación colectiva es, tal vez, psicológicamente no muy distinta (aunque infinitamente menos dolorosa), que la de aquellos compatriotas cuyos seres más queridos les fueron brutalmente arrancados y «desaparecidos», bajo la dictadura, por las fuerzas tenebrosas de la represión. Esto es, por lo demás, literalmente cierto, porque como lo señalara Mónica González, en su libro monumental: «Allende estuvo 'desaparecido' durante un año y diez meses; su muerte quedó recién inscrita, en el Registro Civil de Independencia, el 7 de julio de 1975 bajo el número 593»[7]. Y tuvieron que pasar 17 años completos para que se realizaran sus funerales públicos.

Así, y de modo similar, cuando los familiares de los detenidos-desaparecidos pudieron ubicar, después de años, los restos de sus deudos, ya era prácticamente imposible poder reconciliarse con sus pérdidas. El duelo se había transformado en algo permanente, en un dolor y un vacío irreparables. Sin duda que algo semejante ocurrió con la muerte del Presidente, como lo expresara tan gráficamente Tomás Moulian cuando en el libro arriba citado comenta que el bombardeo de La Moneda no sólo destruyó el Palacio Presidencial, sino que además, «hizo un forado en nuestras vidas» (Moulian, 1998: 13)[8].

Por cierto, no se requiere creer en los espíritus, ni en la idea de un castigo moral trascendental, para comprender que lo que se necesita en este país es mucho más que un reconocimiento oficial ambivalente, unos ritos funerarios oficiales, una tumba y un monumento, para que el alma de Allende pueda encontrar el descanso, y el lugar que le corresponde en la historia reciente de Chile. En las palabras de Alejandra Rojas: «… urge hacer una [verdadera] reparación, aunque no exista el espacio discursivo donde reinsertar a Allende»[9]. Nos parece que una investigación como la presente pudiera contribuir en algo a facilitar la creación de este espacio discursivo, por lo menos esa es la esperanza de este autor.

Creemos que una de las razones fundamentales de por qué el alma de Allende continúa aún «en pena», es que en todo este tiempo no ha existido ningún debate público ni una verdadera y seria investigación acerca de las circunstancias inmediatas de su muerte. En cuanto al funeral oficial (y sus distintas partes previas y posteriores), fue evidentemente un acto de justicia, una suerte de postrera rehabilitación y reconocimiento público de la figura del presidente mártir –y así lo entendieron la mayoría de los chilenos–, pero contiene, a la vez, otra dimensión no menos importante en la que casi nadie pareciera haber reparado. Porque por debajo de las ceremonias y de los gestos públicos no podían sino operar las duras realidades a partir de las cuales se generó (y sigue existiendo) la actual democracia chilena; que constituyen los determinantes

últimos de las actitudes y posicionamientos de los distintos sectores del país ante la figura y legado histórico y político de Allende. Lo que aquí nos interesa, entonces, fundamentalmente, es mostrar el modo como dichos determinantes encontraron expresión en los detalles menos conocidos de aquellos actos. Lo que haremos *in extenso* en el capítulo 8 de este libro. De allí que nos parezca que el funeral oficial no podía dar satisfacción a la necesidad colectivamente sentida de poder encontrar un verdadero «cierre» para aquel traumático capítulo de nuestra historia que tuvo como principal figura al Presidente, sencillamente porque este no era su propósito central. De lo que se trataba en este caso no era fundamentalmente de abrir una vía al proceso de duelo colectivo, aunque contribuyera objetivamente a ello, sino, mediante la realización de ciertos actos externos y oficiales, facilitar y acelerar el olvido[10], tanto de aquellos acontecimientos históricos, como del papel que les cupo en la brutal destrucción de la vieja democracia chilena a no pocos de aquellos que hoy ya no son enemigos, sino aliados. Transformación de las conciencias y de la historia, necesarias para la preservación, legitimación y proyección en el tiempo de la actual «democracia tutelada».

En este sentido, el contenido del libro publicado por la Fundación Salvador Allende con motivo de aquellos actos, bajo el significativo título de *Por la paz de Chile. Funeral oficial del ex Presidente de la República de Chile, Salvador Allende Gossens*, es expresivo de lo que sostenemos. Porque en él no se encuentra la menor referencia escrita a las diferentes partes de aquella entera operación, ni se menciona la serie de importantes diligencias que se realizaron con anterioridad, con el fin de confirmar, tanto la identidad de los restos secretamente inhumados en el Cementerio Santa Inés el 12 de septiembre de 1973, como el suicidio de Allende. Pero será el propio Jorge Arrate, secretario general del Partido Socialista en aquel entonces, quien en su discurso en el cementerio viñamarino, reproducido en las páginas iniciales de aquel libro conmemorativo, se encargará de hacer explícitos, más allá de la retórica, los propósitos políticos esencialmente conciliatorios, subyacentes a estos actos oficiales: «Cuando sea superada la pasión que despertó su obra, el futuro lo juzgará con distancia serena. Mientras ese día llega los socialistas de Chile queremos hacer de su herencia democrática, libertaria y justiciera, un motivo de futuro y no una herida que sangra interminablemente. Queremos que su mensaje sea una fuerza reconstructora de progreso y justa convivencia. Queremos que el recuerdo de su coraje y su nobleza sirva para cicatrizar las dolientes heridas de este Chile que él amó con pasión y al que consagró su vida»[11].

Digamos aquí algo respecto de la posición del autor de este libro y de sus motivaciones, para que nadie se mueva a engaño. Es evidente que uno no se da

el agotador trabajo de investigar, escribir y hacer publicar un libro sobre una figura política como Allende, impulsado por motivaciones puramente intelectuales o literarias. Por el reverso de este tipo de estudios y desvelos se encontrarán siempre vestigios de factores biográficos y personales del autor, junto a opciones valóricas y políticas, que aunque no aparezcan siempre en la superficie, no dejan de ser por ello menos significativas y determinantes en su enfoque, perspectiva y resultados. El punto es de qué modo estos compromisos o preferencias pueden afectar la objetividad del que escribe sobre un tema tan controversial. Para decirlo derechamente: creemos que al lector (o lectora) no le será difícil saber en qué lado del espectro político se ubica el autor, cuando se trata de evaluar la conducta y las motivaciones de Allende. Pero cuando se trata de establecer cuáles fueron las verdaderas circunstancias de su muerte –el propósito central de este libro– este autor se encuentra ubicado, simplemente, del lado de la verdad; por cierto, hasta donde ella puede ser descubierta o establecida.

Cuánto más hubiéramos preferido escribir sobre la vida de Allende, que no sobre su muerte, pero para ello la historia de Chile de este último medio siglo hubiera tenido que haber sido completamente diferente. Como lo dice G. W. F. Hegel, en uno de sus cursos más accesibles, con aquella frase terrible: «en la Historia las épocas felices son páginas en blanco»[12]. Sin embargo, para mi generación las páginas felices de la historia reciente de Chile no eran en blanco, sino que mostraban un texto que resultaba no sólo inteligible, sino también considerablemente optimista y feliz. En realidad la presencia constante de la muerte, en la forma del asesinato político, del desaparecimiento o de la partida inesperada, irrumpió brutalmente en nuestras vidas sólo poco antes del golpe de Estado de 1973, primero con la muerte del general Schneider y el comandante Araya, y posteriormente con la muerte del presidente Allende, la muerte y el funeral de José Tohá, la muerte y el funeral de Pablo Neruda; los asesinatos del general Prats y su esposa, el asesinato de Orlando Letelier, así como con la muerte violenta de tantos amigos y de amigas, que dieron sus vidas resistiendo o combatiendo a la dictadura en las más desiguales condiciones.

Pero no se crea que lo que nos ha movido a investigar y escribir este libro pudieran ser sentimientos o impulsos de naturaleza *necrófila,* para emplear aquí la expresión utilizada profusamente por Erich Fromm en uno de sus últimos libros, que ya tendremos oportunidad de citar. Muy por el contrario, lo que nos ha impulsado a acometer esta ardua tarea han sido sentimientos de carácter *biófilo;* porque nos parece que la muerte del Presidente encarna y simboliza el triunfo final del respeto y el amor a la vida, por sobre las fuerzas demoníacas del odio, el egoísmo y la destrucción, y en este sentido estas páginas no constituyen

en el fondo una simple investigación sobre su muerte, sino sobre aquello que, trascendiendo su humana finitud, lo inmortaliza.

Pero, secundariamente, nos interesaba, también, poner en evidencia la complejidad del hombre y de las circunstancias en las que puso término a su vida, no escribir un panegírico ni una hagiografía. En cuanto a esto, esperamos que este libro tenga un efecto desmitificador, además de informativo. No hay duda que Allende era un hombre excepcional, pero un hombre al fin. Carlos Jorquera se ha referido a esto con la penetración de quien lo conoció íntimamente por muchos años:

«… Salvador Allende no fue un semidiós y quienes tratan de presentarlo así pueden hacerlo solamente porque él no está vivo para impedirlo. No lo permitiría porque no buscaba beatos sino seguidores con conciencias.

»Y fue arrogante y humilde; insolente y modesto; revolucionario porque quería construir una sociedad mejor, y muy celoso de su honor. De ese honor que tantos consideran como exclusividad de la alta burguesía.

»Dicho de otro modo: fue un revolucionario y un caballero. No antes ni después, todo al mismo tiempo»[13].

Creemos que la primera obligación moral que todo izquierdista tiene hacia la figura del Presidente, si es que esta denominación ha de tener algún significado, es comprender y aceptar el sentido de su sacrificio final; pero ello exige, obviamente, conocer las verdaderas circunstancias de su muerte. Es por esto que discrepamos enteramente de la opinión expresada por el propio Jorquera, cuando al comienzo del capítulo final de su revelador libro sobre Allende, declara: «Y ese es todo el misterio. No hay más enigma. Y quienes se interesan por saber si *Chicho* se mató o lo mataron simplemente no pueden entender lo que pasó en La Moneda»[14]. El problema es que ha sido precisamente dicha incertidumbre la que ha contribuido de una manera tan importante a impedir que muchos chilenos puedan llegar a comprender adecuadamente el sentido del sacrificio final del Presidente. Porque es manifiesto que esta duda casi siempre subyace a una actitud bastante difundida dentro de ciertos sectores, los que aún se resisten a aceptar que Allende se hubiera suicidado en el Salón Independencia, aquella tarde trágica del 11 de septiembre. Pero, además, y contrariamente a lo que pudiera crer el ex asesor del Presidente, aún quedan muchos enigmas y misterios por develar y resolver, en torno a las circunstancias precisas de su muerte, la autopsia de sus restos, sus dos entierros, etc., tal como lo iremos mostrando en el curso de esta investigación[15].

Testimonios, libros y documentos que han ido apareciendo a lo largo de estas tres décadas nos han permitido formarnos una visión más completa y detallada de los hechos de aquel día, de sus causas, efectos y significado. Sin embargo,

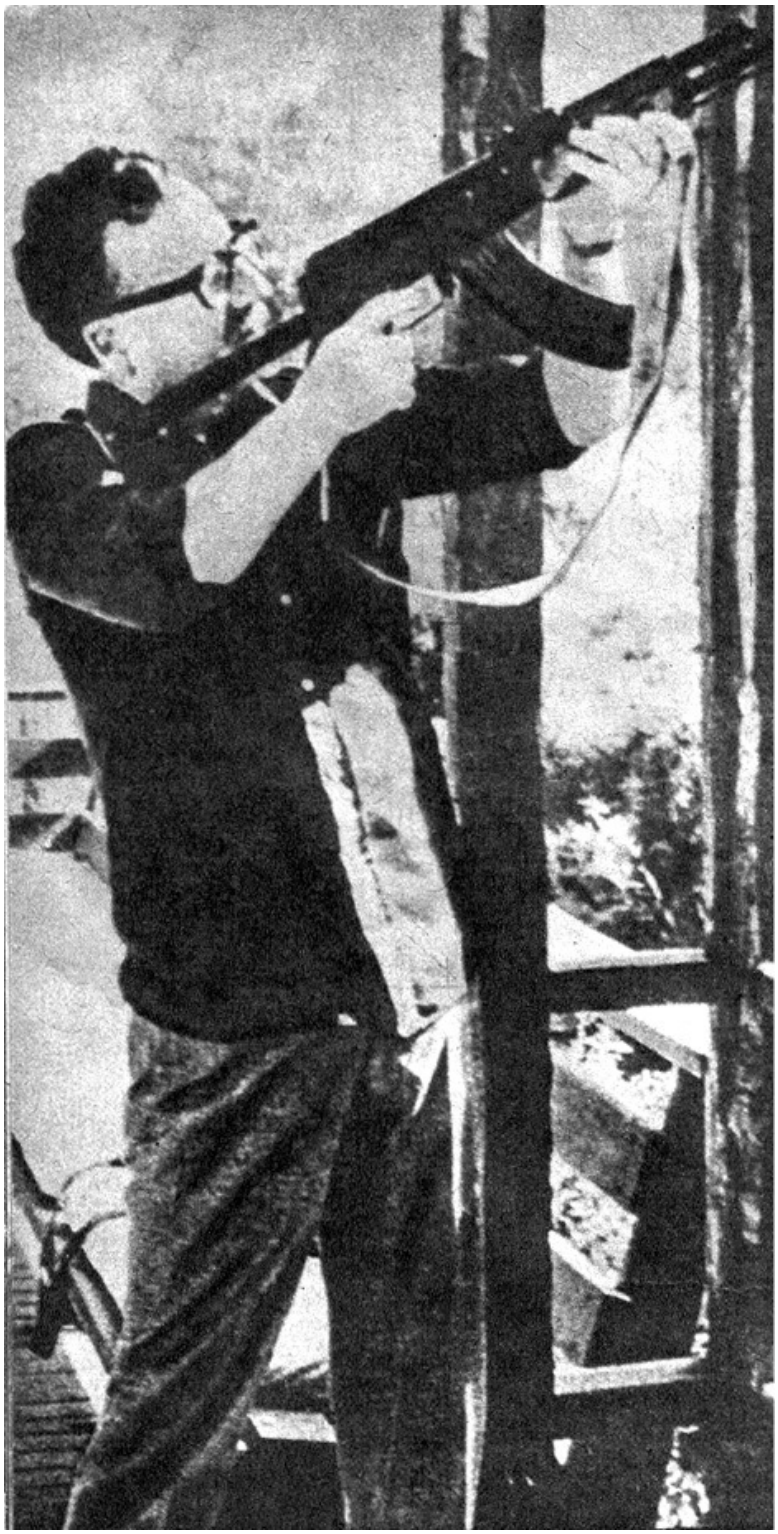
cuando ya se ha cumplido el trigésimo primer aniversario de la muerte del Presidente, dentro de amplios sectores de la izquierda chilena el tema continúa siendo considerado casi como un tabú, o en el mejor de los casos, algo de lo que sólo se habla, o escribe, elusivamente. Este difundido prejuicio es manifiesto en dos libros recientes, en los que uno hubiera esperado encontrar expresada una actitud diferente. El primer ejemplo lo suministra Patricio Quiroga, en el capítulo 23 de su excelente historia del GAP, la escolta presidencial, donde encontramos el siguiente párrafo: «La imagen del Presidente envuelto en una bandera chilena suscitó las versiones del Allende-muerto en combate y del Allende-suicidado. Algunos se ajustaron a la verdad, otros a la imaginación. Así se construye el mito: sociólogos, periodistas, políticos, cantautores y poetas contribuyeron a la transformación del dirigente político en ícono histórico»[16].

Entendemos que este no es el tema central del libro de Quiroga, pero significativamente, eso es todo lo que él dice en su investigación histórica de 289 páginas sobre tan importante cuestión.

El segundo ejemplo, algo menos reciente, lo encontramos en las páginas finales del documentado estudio de Luis Corvalán Márquez, titulado *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*, donde puede leerse el pasaje siguiente: «Desde su mismo comienzo el golpe se desató con extrema violencia. El presidente Allende se encerró en el Palacio de La Moneda con algunos de sus partidarios. Ordenó que las mujeres salieran del recinto. Luego aceptó el retiro de la guardia de Carabineros, aunque puso como condición que lo hicieran sin sus armas. Entonces cuarenta civiles se dispusieron a enfrentar el asedio de Ejército y el bombardeo de la Fuerza Aérea. A las pocas horas el Presidente yacía muerto y La Moneda en llamas por efecto de los *rockets* de los Hawker Hunters»[17].

Como puede verse, en un caso se hace referencia a las dos versiones de la muerte de Allende, pero se evita premeditadamente entrar en el tema; en el otro se habla de sus últimos momentos, pero se lo hace de una manera tan elusiva, tan elíptica, que al lector le resultaría imposible poder llegar a establecer, a partir de tales frases, lo que efectivamente ocurrió esa tarde en aquel salón consumido por las llamas en el segundo piso del viejo palacio de Toesca[18].

Introducción



La verdad fue la primera víctima del 11 de septiembre de 1973.
Fernando Paulsen

Tres causas principales contribuyeron a configurar un cuadro de desconfianza, dudas e incertidumbre, en torno a la muerte del presidente Allende: primero, el hecho que las precisas circunstancias de su muerte fueran conocidas originalmente por unos pocos testigos leales, los que caerían de inmediato en manos de los golpistas; segundo, el hecho que sólo estos últimos tuvieran acceso directo y conocimiento de los detalles de la muerte, que manipularon desde el primer momento en beneficio propio; y tercero, la circunstancia de que la información completa acerca del contenido del examen forense hecho en La Moneda por funcionarios de la Policía Técnica de Investigaciones, así como la totalidad de los resultados de la autopsia practicada a los restos de Allende en el Hospital Militar la noche del 11 de septiembre, demoraron 27 años en ver la luz pública. A partir de esto se originaron dos versiones divergentes de la muerte de Allende, que incluso treinta y un años después, continúan siendo intensamente debatidas por nuestros compatriotas.

De allí que nadie debiera haberse sorprendido ante los resultados de la encuesta de opinión pública realizada entre el 25 de noviembre y el 30 de diciembre del año 2000, por investigadores de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica, con el fin de determinar la visión que los chilenos tenían hasta ese momento del Golpe de Estado de 1973, y de la muerte del líder popular. En lo que a sus porcentajes totales se refiere, fueron los siguientes: el 49,1 % de los encuestados manifestó creer que el presidente Allende no se suicidó en La Moneda, sino que habría sido muerto allí; mientras que el 50,9% de ellos creen que Allende sí se suicidó.

Los resultados de la encuesta se descompondrían de la siguiente forma:

- Entre las personas que se identifican como de derecha, el 81,8% cree que Allende se suicidó.
- Entre las personas que se identifican como de centro, el 76,7% cree que este se suicidó.
- Entre las personas que se identifican como independientes, el 43,5% creen que Allende se suicidó.
- Entre las personas que se identifican como de izquierda, el 35,5% creen que este se suicidó.

Conclusión general de la encuesta: a 29 años del Golpe, los chilenos se

encuentran políticamente divididos del mismo modo que lo estaban en 1973[19].

Comentando ante la prensa los resultados de esta encuesta, uno de los investigadores observó con manifiesto beneplácito y arrogancia, que ella mostraba la existencia de una directa correlación entre el bajo nivel de cultura y escolaridad de los entrevistados, y la creencia de que el Presidente habría sido asesinado. En otras palabras, que mientras más ignorante se era, más alta era, también, la probabilidad de que uno no creyera en el suicidio de Allende.

Pero, cabe preguntarse, ¿cuáles serán la o las causas profundas de que casi el 50% de los chilenos no crea, tres décadas después del Golpe, en la versión oficial de la muerte del Presidente? No hay duda que entre ellas habría que incluir, en primer término, la justificada desconfianza que un alto porcentaje de la población tenía hacia cualquier información suministrada por la dictadura, que mintió desde el primer momento de manera descarada y sistemática acerca de su responsabilidad en la suerte y el paradero de miles de chilenos «desaparecidos», y que aún sigue haciéndolo por boca de sus ideólogos y defensores intelectuales. Pero, curiosamente, esta desconfianza pública no afecta sólo a la información sobre la muerte de Allende proveniente de voceros del régimen pinochetista, sino también a la información que sobre aquel hecho fuera entregada por el primer gobierno democrático posdictatorial. De otro modo no se explicaría que después de casi 13 años de haberse realizado aquella operación conocida como «exhumación y reducción» de los restos del Presidente, con posterioridad a la cual se realizó, el 4 de septiembre de 1990, su «Funeral Oficial», y se divulgó *urbe et orbi*, la noticia que este se había suicidado, todavía haya tantos chilenos que se resisten a aceptar dicha versión igualmente oficial.

Pero cualquiera sean las razones de dicha desconfianza y escepticismo público, nos pareció que las cifras entregadas por la referida encuesta, eran, por sí mismas, suficiente justificación y motivo, para emprender la compleja investigación que daría origen a este libro.

Contrariamente a lo que nos pueda indicar la referida interpretación del significado de la encuesta, es manifiesto que el escepticismo y las dudas acerca de las circunstancias de la muerte del Presidente, no existen sólo en la mente de los menos educados entre nuestros compatriotas, sino también entre personas que, además de ser cultas, se ubican en los sectores más diversos de la sociedad chilena. Veamos el siguiente ejemplo:

El editorial del periódico electrónico *El Chileno*, fechado el día 11 de septiembre de 2000 (es decir, al cumplirse, 26 años del Golpe), pero que aún puede leerse en la red, recoge algunas de las principales dudas, y quejas, que sobre la muerte de Allende subsisten aún en el ánimo de muchos chilenos de izquierda:

> Según versiones de testigos que no han sido comprobadas, ni investigadas, ni ratificadas, el Presidente se habría suicidado en su gabinete con una metralleta que le regalara el presidente de Cuba, Fidel Castro, durante la visita que hiciera a Chile. Otras versiones señalan que se habría suicidado con una pistola, sentado en su escritorio. Una tercera versión señala que habría sido baleado por la espalda desde la escalera de la entrada de Morandé 80, por un soldado u oficial desconocido, y que su cuerpo habría sido depositado [sobre] la mesa del Salón Rojo, y cubierto con una bandera chilena. Una cuarta versión señala que habría sido herido de muerte en un combate ocurrido en la entrada de La Moneda por Morandé 80.
>
> En todo caso, cuando el Palacio fue tomado definitivamente por los insurrectos, el doctor París, médico de Allende, salió enfurecido enrostrando a los soldados que lo detenían: 'Asesinos, ustedes mataron al Presidente'. Al ser conminado a callar por el oficial a cargo, París, insistió en su acusación. Lo separaron del resto de los prisioneros y recién a mediados del '90 se logró saber que había sido fusilado sin más trámite en el Estadio Nacional, y sus restos depositados en una fosa común del Cementerio General.
>
> Sobre la muerte de Allende no se ha hecho ninguna investigación judicial. Tampoco se ha realizado una investigación policial, a pesar de que se supone que los militares llevaron a unos detectives al sitio del suceso para que redactaran un protocolo policial [con el fin de] fijar la escena que presuntamente habrían encontrado cuando ingresaron al Palacio. Es decir, el Presidente sentado en un sofá con la metralleta entre las piernas y con el cráneo despedazado por haberse disparado un tiro en la barbilla con [dicha] arma.
>
> Tampoco se conoce el protocolo de la autopsia que le hicieron a Allende en el Hospital Militar. Es decir, la causa de la muerte de Allende no ha sido establecida fehacientemente. No se sabe si la herida del cráneo es *post mortem*, o la causa de su muerte, si tenía otras heridas… en suma, con la muerte de Allende tanto sus partidarios como sus enemigos han actuado en forma muy ligera, los unos porque les conviene históricamente que el Presidente se haya suicidado, y los otros por razones desconocidas, ya que deberían tener con Allende el mismo celo investigador que han tenido en miles de otros casos de personas asesinadas o hechas desaparecer por la Dictadura.

Es curioso que *El Chileno* no haya llegado a hacerse cargo posteriormente del hecho de que «el protocolo» de la autopsia practicada al cadáver de Allende en el Hospital Militar la noche del 11 de septiembre de 1973, fue hecho público –casi simultáneamente con la aparición de dicha editorial–, por la periodista Mónica González, (es decir, en septiembre del año 2000), en un anexo a su masiva investigación. Conjuntamente con aquel documento se publicó, también allí, el acta de los análisis periciales realizados en el Salón Independencia, lugar donde fueron encontrados los restos del Presidente, por efectivos de la Policía Técnica de Investigaciones, apenas un par de horas después de su muerte. En los capítulos 6 y 7 de este libro hemos reproducido en su totalidad y sometido ambos documentos a un completo y detallado examen.

En cuanto al doctor París[20], es significativo, como veremos más adelante, que ninguno de los testigos o personas que se encontraban en La Moneda aquel día, hagan la menor referencia a la conducta referida en el editorial de *El Chileno*, la que sí aparece relatada en términos muy semejantes entre las páginas 56-57 del controvertido libro de Robinson Rojas, al que nos referiremos en considerable detalle posteriormente[21].

Sin embargo, e independientemente de las consideraciones precedentes, nos parece que la mayoría de las preguntas y dudas expresadas en el editorial de *El Chileno* siguen siendo perfectamente legítimas, y por lo tanto merecen una respuesta proporcional a su importancia; incluso hoy, cuando ya se conocen públicamente los referidos documentos forenses que dan cuenta del estado de los restos del Presidente. En las páginas siguientes intentaremos responder a cada una de aquellas preguntas y dudas, por lo menos hasta donde hoy es posible, basados en las informaciones, evidencias y testimonios que hemos conseguido poner a nuestro alcance.

Pero, por cierto, no es necesario tener un bajo nivel de cultura o escolaridad para desconfiar de la versión oficial de la muerte del Presidente, por así llamarla. Un hombre tan altamente educado como era don Edgardo Enríquez, padre de Miguel y de Edgardo, médico y profesor, ex rector de la Universidad de Concepción y ministro de Educación de la UP, no aceptó nunca que Allende se hubiera suicidado, y declaró que él «… había escuchado en [Isla] Dawson de labios del doctor Patricio Guijón, su testimonio sobre la muerte del Presidente. Sin quedar convencido. Y por muchos años, después [siguió] manteniendo su incredulidad. –Que me perdone Guijón –señala[ba]– pero me contó tres versiones distintas de la muerte de Allende. Por eso no creo». «Guijón estaba muy amenazado. Hay varios hechos que hacen sospechosa la muerte de Allende: que hayan participado en su autopsia sólo médicos militares y que no lo haya hecho el doctor Asenjo, que fue al Hospital Militar y no vio la autopsia»[22].

Al parecer, don Edgardo Enríquez falleció[23] sin haber aceptado la verdad de la «versión oficial».

De manera semejante, según quedó registrado en el diario *La Época*, del martes 4 de septiembre de 1990, Radomiro Tomic, otro hombre altamente inteligente y culto, afirmó que Allende «fue elegido el 4 de septiembre [de 1970] y acribillado a balazos tres años más tarde, en el fatídico 11 de septiembre de 1973». Y agrega: «Lo mataron para silenciarlo. Para acabar con él y todo lo que representaba».

Por lo que sabemos, Tomic moriría[24], igualmente, convencido de la certeza de estas afirmaciones.

Las razones de don Edgardo Enríquez y las de Radomiro Tomic para no creer en el suicidio de Allende eran, por cierto, diferentes. Porque el primero no creía en el testimonio de quien es, en realidad, el testigo clave de la muerte del Presidente; mientras que el segundo murió antes de haber podido llegar a conocer evidencias y testimonios que son hoy, o por lo menos debieran ser, de conocimiento público.

Pero las dudas y el escepticismo acerca de la «versión oficial» de la muerte

del Presidente pueden adoptar una forma mucho más extrema, como la que se expresa en el siguiente relato, firmado por Miguel García Ramírez, y publicado bajo el título de «Morir en Santiago: 11 de septiembre 1973», que puede encontrarse aun hoy (agosto de 2003) en el sitio <www.chilevive.cl>. En una de sus partes el autor nos describe el encuentro que tuvo, la noche del 15 de septiembre, en el avión en el que, aparentemente, debió salir exiliado a México:

«… Hay un hombre que no bebe, lo recuerdo de otra parte, parece custodiado, casi protegido de alguien o algo. Me le (*sic*) acerco cuando va al baño y le pregunto dónde lo vi, me dice que estaba en el combate de La Moneda, me dice llamarse Luis Renato González Córdoba, era GAP de la (*sic*) Regional Santiago Centro, la escolta personal de Allende, me refirió que diez para las dos de la tarde del 11 de septiembre, siete hombres batieron al Presidente, eran un teniente, un capitán y cinco soldados, recibió seis impactos de bala, dos en el cuello y cuatro en el hemitórax, fue muerto con un fusil ametralladora norteamericano CIC (*sic*) 7.62. Me dice que al final tuvieron diferencias y unos prefirieron rendirse y [que] ellos retomaron la posición donde murió Allende y prepararon su cuerpo con la banda presidencial y su fusil AKA (*sic*) 7.62, el dedicado por Fidel Castro, y cerca de las 4:20 lo dejaron en su gabinete y simplemente escaparon».

El relato de Miguel García Ramírez termina con una verdadera acusación:

«… Los que se rindieron en La Moneda son proclives a la versión del suicidio, de los que combatieron hasta el final, pocos viven, como Luis Renato, ellos tienen la palabra y los estudios de antropología forense. Sólo la reconstrucción científica de los últimos momentos de Allende esclarecerá el crimen. Y no las memorias autoesculpatorias y autojustificantes. La visión del vencedor permea la del vencido».

Efectivamente, Renato González Córdova, fue uno de los miembros del GAP, la escolta presidencial, y luego de combatir en el palacio logró escaparse, según nos informan Óscar Soto, Patricio Quiroga, y otros. Sin embargo, la descripción que aquel hace de la muerte del Presidente es sumamente cuestionable[25], como lo veremos posteriormente, una vez que hayamos examinado una serie de antecedentes y testimonios a partir de los cuales nos sea posible comprender en detalle, y como desde diferentes ángulos, lo que efectivamente ocurrió, cerca de las dos de la tarde, en el Salón Independencia de La Moneda.

Consideraciones metodológicas

El método que hemos empleado en esta investigación ha consistido, en primer

lugar, en buscar, reunir, reproducir y organizar los más importantes testimonios e informaciones existentes sobre la muerte del Presidente; los que se encuentran repartidos en una considerable cantidad y variedad de fuentes: libros, testimonios orales y escritos, documentos oficiales, grabaciones, documentales, videos, etc. Los más importantes de los cuales han sido reproducidos en su totalidad en las páginas siguientes. Tratándose en su mayoría, como lo dijimos más arriba, de publicaciones difícilmente accesibles o simplemente inencontrables, nos pareció que era importante poner al alcance de los lectores y lectoras la totalidad de los materiales, primarios y secundarios, a partir de los cuales hemos extraído los resultados y conclusiones de esta investigación, con el fin de que ellos puedan tener un acceso directo a lo que constituyen sus fundamentos y pruebas. En este sentido este libro tiene, también, el carácter de una verdadera *antología documental* de materiales sobre los últimos momentos de Allende y su muerte.

En segundo lugar, hemos procedido a examinar, interpretar, evaluar, sopesar y comparar críticamente cada uno de aquellos testimonios, de acuerdo a las más estrictas exigencias lógicas y evidenciales, haciendo uso, allí donde fue posible, de tres grandes principios que detallaremos más abajo. En tercer y último lugar, procedimos a dividir el material reunido en los diferentes capítulos de este libro, de modo de organizar en un relato lineal y coherente los resultados de estas investigaciones. Fue sólo a partir de todo este trabajo de organización y examen crítico previo de los diferentes materiales acumulados sobre el tema, que conseguimos llegar a establecer las que nos parecen ser las verdaderas circunstancias de la muerte del Presidente. Porque no partimos «apostando» a favor de ninguna de las versiones de ella, sino que, con la mente abierta, dejamos, por así decirlo, que los testimonios y evidencias hablaran con su propia voz, y no con la nuestra.

El principio normativo-epistemológico que hemos aplicado rigurosamente a lo largo de esta investigación es el respeto irrestricto y absoluto por los hechos, sin que importe dónde conduzcan ni cuáles puedan ser sus posibles consecuencias. Porque si bien es cierto el autor ha tenido varios propósitos al acometer esta tarea, ninguno de ellos es más alto que poder establecer *la verdad* de los acontecimientos aquí examinados, según lo permitan los testimonios y evidencias existentes, e independientemente de si ella resulta inconveniente o inaceptable para ciertos individuos o grupos.

Entre aquellos otros propósitos que nos han impulsado a escribir este libro se cuenta, además, el deseo de poder contribuir a la recuperación de la memoria histórica del pueblo chileno en torno a la figura política máxima de un período sobre el cual, durante largo tiempo, se ha proyectado, desde la derecha, una

imagen puramente negativa. Mientras que en la izquierda se ha caído a menudo en el vicio opuesto de idealizar la figura de Allende y de exonerar acríticamente a la Unidad Popular de sus principales errores tácticos, así como de las debilidades y desaciertos de la ejecutoria de aquel. Por su parte, desde la «izquierda» gubernamental, se acostumbra a rendirle un homenaje algo huero al Presidente, fundamentalmente con fines de autolegitimación y para mantener una semblanza de continuidad histórica con el pensamiento y la acción de la izquierda predictatorial, mientras se ha procedido a despojar su legado político de todos aquellos aspectos (su antimperialismo, su búsqueda de una sociedad alternativa al capitalismo, su apoyo a la Revolución Cubana, etc.), que difícilmente pudieran conciliarse con la administración y perfeccionamiento del modelo económico neoliberal en que están definitivamente embarcados[26].

Extensas y a veces acaloradas conversaciones con amigos y compatriotas en torno a la cuestión de la muerte del Presidente, me han convencido de la importancia y necesidad de escribir este libro. No porque los testimonios y evidencias a partir de los cuales es posible establecer la verdad de los hechos no sean hoy conocidos, sino porque han ido saliendo a la luz pública de manera lenta y fragmentaria, a lo largo de muchos años, y generalmente en el contexto de algún acontecimiento político o legal especial. De modo que, para poder informarse adecuadamente de las verdaderas circunstancias de la muerte del Presidente, se necesitaría tener al alcance, y leer atentamente, un número considerable de libros y revistas claves, en su mayoría difícilmente encontrables. Pero, por sí misma, la información allí recogida no sería suficiente para llegar a formarse una opinión fundada sobre aquel hecho simultáneamente personal e histórico. Porque el acceso a las fuentes documentales y bibliográficas representa, por así decirlo, sólo la mitad del problema confrontado por el estudioso o el investigador; la otra mitad es la evaluación, comparación y jerarquización de las distintas evidencias y testimonios existentes. Y esto no es tarea fácil, porque exige un entrenamiento intelectual especial, respeto por los hechos, además de mucho tiempo y paciencia. De allí la necesidad de hacer explícitos aquí los principios y la lógica que se ha empleado en la detallada y compleja investigación, a partir de la cual se escribió este libro.

Puesto que es imposible establecer las verdaderas circunstancias de la muerte del Presidente por conocimiento directo[27], tenemos necesariamente que apoyarnos en el testimonio, oral o escrito, de aquellos que se encontraban en, o próximos, al lugar de los hechos. Esto es lo que el filósofo judío-holandés Baruch de Spinoza (1632-1677) denominara «conocimiento de oídas», aunque en este caso no utilicemos dicha denominación para referirnos únicamente a lo que se escucha, sino también a lo que puede leerse, o registrarse por otros

medios.

Tales testimonios pueden ser más o menos dignos de crédito, dependiendo ello de una serie de condiciones determinantes. Por ejemplo, la preparación del testigo, su estado mental en el momento en cuestión, su lugar o participación en los hechos reportados, etc. En cuanto a lo primero, es obvio que, en circunstancias normales, un médico es, en general, mejor testigo, que una persona sin formación médica, si de reportar la muerte del Presidente se trata. Ello por la simple razón de que un médico posee conocimientos de anatomía y fisiología, y ha sido entrenado en el examen, diagnóstico y curación de heridas y enfermedades, lo que le permite juzgar mejor que un lego en medicina la condición física y el estado de salud de una persona. Esto es perfectamente claro y evidente. Lo que no es tan fácil de entender es lo siguiente: que por sí mismo, el testimonio de un partidario de Allende no es ni más ni menos confiable que el de uno de sus enemigos, porque ambos pueden sentirse impulsados a falsear o distorsionar la realidad de los hechos por motivos o intereses políticos o ideológicos, que aunque opuestos, pueden ser igualmente contradictorios con el establecimiento de la verdad.

En relación a esto, es importante traer a cuento aquí la situación del *testigo cautivo*, que se ha prestado para tantas suspicacias y acusaciones gratuitas. Es manifiesto que el testimonio de un partidario del Presidente es sospechoso si este se encuentra, en el momento de sus declaraciones, bajo arresto, o sometido al control o presiones de los aparatos represivos de la dictadura. Porque no sabemos si esa persona está diciendo la verdad o tratando de salvar su propia vida, o la de sus familiares. Pero si esta situación se modifica, el testimonio de aquella persona puede recuperar enteramente su confiabilidad. Esto último parecen no haberlo comprendido muchos que hoy continúan impugnando la veracidad de las declaraciones del doctor Guijón, el testigo clave de la muerte del Presidente Allende, a pesar de los largos años transcurridos y del cambio de su situación posteriormente al término de la dictadura.

Lo anterior pareciera estar mostrando que, aunque es intuitivamente obvio para casi todo el mundo que los testimonios deben ser tomados con cautela, y que no todos ellos son de igual valor, es muy común que la gente no consiga evaluar adecuadamente las evidencias disponibles, simplemente porque no tienen una idea clara de cuales serían las reglas o criterios a partir de los cuales es posible sopesar y comparar los diferentes testimonios. De allí que cuando se conversa con tales personas y se los pone al tanto de las diferentes evidencias conocidas acerca de la muerte del Presidente, muchos de ellos simplemente son incapaces de apreciar y reconocer el valor de estas, y mediante el uso de distintos subterfugios argumentales y sofismas, abandonen rápidamente el plano

de la razón y de la lógica.

Un claro ejemplo de este tipo de seudoargumentaciones lo encontramos en la acusación reproducida más arriba, de acuerdo con la cual:

«Los que se rindieron en La Moneda son proclives a la versión del suicidio» [de Allende].

Esta no es más que una proposición general acerca de la supuesta falta de confiabilidad de los testigos conocidos de la muerte del Presidente, que no puede ser simplemente afirmada sino que requiere ser demostrada. La conclusión que a partir de ella quiere extraerse es que la totalidad de los testimonios existentes, que provienen de personas que están vivas, puesto que se rindieron en La Moneda, carecerían de todo valor evidencial.

Es manifiesto que si se acepta este «principio», se ha establecido *a priori* que el Presidente habría sido muerto *manu militari*. Es decir, si uno acepta que los doctores Guijón y Jirón, así como casi la totalidad de los sobrevivientes de La Moneda, mintieron al afirmar que Allende se habría suicidado, no hay otra posibilidad sino que este habría sido asesinado. Sin embargo, antes de aceptar irreflexivamente aquel principio habría que preguntarse por qué dos hombres de izquierda y fieles colaboradores del Presidente, habrían estado interesados en propalar una tal versión de su muerte, que evidentemente no favorecía a la izquierda, y que ha suscitado tanto rechazo por parte de amplios sectores de ella. La «explicación» es, por cierto, que ellos habrían sido obligados a mentir, intimidados por amenazas recibidas de agentes de los aparatos represivos de la dictadura. Esta afirmación, que pudo haber tenido algún grado de verosimilitud durante los años inmediatamente posteriores al golpe, se revela hoy como completamente infundada e inaceptable. Pero lo que descalifica enteramente estas especulaciones es la existencia de otras evidencias y de otros testigos, altamente confiables, de la muerte del Presidente, que no cayeron en las garras de la dictadura, y que desde hace mucho tiempo vienen afirmando que este se suicidó en La Moneda. Es curioso que el propio Óscar Soto, en su defensa del testimonio del doctor Guijón, presentada en su libro *El último día de Salvador Allende*, pareciera no darse cuenta de la importancia de estos testimonios.

Las consideraciones precedentes nos obligan a explicar brevemente a continuación los tres grandes principios evidenciales que hemos tenido a la vista a lo largo de esta investigación. En primer lugar, hemos empleado lo que puede denominarse «principio de coincidencia evidencial», según el cual si varios testigos (especialmente si se encuentran ubicados en posiciones políticas opuestas) reportan independientemente lo mismo respecto de cierto hecho, esto potencia o refuerza el valor evidencial de sus declaraciones individualmente consideradas. En segundo lugar, hemos hecho uso de lo que en el mundo

anglosajón se acostumbra llamar como el: «principio de preponderancia de la evidencia», que establece que si la gran mayoría de los testimonios conocidos confluyen en la misma dirección, ello significa que poseerían una mayor probabilidad de ser verdaderos. Y, en tercer lugar, hemos hecho referencia, al menos en un caso, al famoso «principio de economía de las hipótesis», más conocido como la «Navaja de Ockham»[28], de acuerdo con el cual debe asignársele, en general, mayor credibilidad o fuerza evidencial a una hipótesis explicativa más sencilla que a una más compleja.

Es fundamental tener presente que en todos los casos en que se trata de establecer la «verdad» de hechos históricos, la evidencia a la que podamos echar mano no llegará nunca a tener la capacidad de «demostrar» de manera concluyente la veracidad de nuestras explicaciones o hipótesis, sino que simplemente les suministrará un cierto «apoyo», haciéndolas así más o menos probables, pero nunca absolutamente ciertas.

A partir de lo anterior podemos establecer la siguiente jerarquía de grados de evidencia:

- Completa certeza
- Alta probabilidad
- Mediana probabilidad
- Baja probabilidad
- Improbabilidad

Dada la naturaleza de los hechos que investigaremos a lo largo de este estudio, nos parece razonable concluir que el grado más alto de evidencia al que podemos aspirar, en cuanto a determinar las causas inmediatas de la muerte del Presidente, no es la completa certeza sino la alta o mediana probabilidad, como lo mostraremos posteriormente.

Pero no nos limitaremos aquí a aplicar dichas reglas evidenciales a los diferentes testimonios, orales y escritos, de aquellos que se encontraban cerca del lugar en que murió el Presidente, sino también a varios otros hechos o acontecimientos conexos, entre los que se cuentan: los dos exámenes forenses que se le practicaron, así como sus dos entierros, separados por un espacio de diecisiete años. En cuanto a esto último, por ejemplo, con respecto a poder determinar si el cuerpo que fue enterrado en el Cementerio Santa Inés de Viña del Mar era efectivamente el del Presidente muerto, a nuestro juicio, no se ha suministrado hasta ahora la evidencia científica que nos permitiera afirmar, más allá de toda duda, que esto es así.

Esta conclusión pudiera resultar inquietante para algunos, pero es todo lo que

estamos en condiciones de afirmar a partir de las evidencias existentes. La razón de ello no es muy dificil de columbrar. En declaraciones hechas por el comandante Sánchez, edecán aéreo de Allende, muy posteriores a los hechos, aquel reconoce que, con el objeto de tranquilizarla, le mintió a Hortensia Bussi en el cementerio viñamarino, («mentira piadosa», por cierto, porque él no quería que ella viera el cráneo destrozado del Presidente), cuando le preguntó cómo podía ella estar segura de que el cuerpo que estaban enterrando allí era el de su marido. Lo cierto es que el comandante Sánchez no tenía modo de saber qué se había hecho con los restos mortales del Presidente durante o posteriormente a la autopsia, porque él no se encontraba en el Hospital Militar aquella noche, ni en el momento en que el cadáver fue supuestamente depositado en el féretro, ni tampoco cuando este fue trasladado al furgón que lo conduciría a la base aérea de Los Cerrillos, vehículo que el edecán sólo consiguió ver una vez que aquel se encontraba estacionado junto a la loza de despegue.

Diecisiete años después será el doctor Jirón, junto con unos sepultureros innominados, quienes testifiquen que el cuerpo enterrado en el mausoleo de los Grove en el Cementerio Santa Inés habría sido el mismo que fue inhumado secretamente allí, el 12 de septiembre de 1973, en presencia de *Tencha* Bussi, Laura Allende, tres sobrinos del Presidente y el comandante Sánchez. Pero al estudiar los detalles de dicho reconocimiento puede descubrirse su manifiesta debilidad, lo que le resta confiabilidad a la identificación, tal como lo mostraremos pormenorizadamente en el capítulo octavo de este libro.

De modo semejante, si se examina con cierta atención el testimonio de los «testigos presenciales» del suicidio del Presidente en La Moneda, los doctores Guijón, Jirón y Quiroga, se pone en evidencia que ninguno de ellos se encontraba en el interior del Salón Independencia, donde este se habría dado muerte, sino que sólo vieron «elevarse» súbitamente el cuerpo del Presidente, desde una cierta distancia que desgraciamente no especifican; lo que ellos interpretaron («después pensé que… etc.»), como el momento en que este debió haberse suicidado. Posteriormente, cuando Guijón ingresa al referido salón se encuentra con un «escenario» aparentemente tan inequívoco, que, por lo que se ve, a él no le quedó la menor duda de: primero, que se habría tratado de un suicidio; segundo, que el arma utilizada habría sido el fusil ametralladora del Presidente. A partir de este testimonio y de otras evidencias forenses, tenemos que concluir que el suicidio sería la explicación más probable de la muerte de Allende, pero no necesariamente que aquella haya sido el arma suicida, como lo explicaremos y demostraremos en el epílogo de este libro.

Nos parece que el testimonio de los doctores de La Moneda es sumamente sólido. Sin embargo, es por lo menos teóricamente posible, que en ese mismo

momento en que el testigo principal vio levantarse violentamente el cuerpo de Allende, quien se encontraba sentado entre dos ventanas (como lo indica el doctor Guijón en su propio relato escrito), este hubiera sido alcanzado por un proyectil proveniente del exterior y desde abajo, que pudiera ser consistente con la destrucción craneana unánimemente reportada por todos los que vieron al Presidente muerto. Esta posibilidad «teórica», por así llamarla, por lo que se sabe, ni siquiera fue considerada por los doctores de La Moneda, ni menos por los peritos forenses, civiles o militares, que examinaron el cuerpo de Allende posteriormente a su muerte. Creemos que es sumamente importante poder confirmar o descartar fehacientemente esta posibilidad.

Queremos dejar aquí expresa constancia que la presente investigación no ha contado con el patrocinio, la cooperación, o el respaldo de ninguna institución, o fundación, ni en Chile ni en el exterior. Esto presenta el inconveniente de que el autor ha tenido que valerse de sus limitados recursos y conexiones, con el fin de conseguir acceso a la documentación y bibliografía, necesarias para acometer su tarea; pero por otro lado, ser completamente independiente de toda supeditación política, ideológica o institucional, tiene la gran ventaja de que uno es libre de dar expresión a sus propias opiniones, descubrimientos o interpretaciones, por impopulares que estas pudieran ser.

Ciertamente, este libro no puede reemplazar una seria, detallada, objetiva y profunda investigación oficial sobre la muerte de Allende que nunca se ha hecho, y por lo que se ve nunca se hará, pero, dentro de sus limitadas posibilidades, aspira a dilucidar algunas interrogantes y enigmas de ella que aún siguen sin una respuesta satisfactoria. Como se verá posteriormente, varios otros «enigmas» continúan sin haber sido resueltos, a pesar de nuestros mejores esfuerzos.

Sin duda que siempre habrá personas que, más allá de cualquier evidencia, se negarán a aceptar las conclusiones de este estudio, impelidos, tal vez, por la necesidad cuasi-religiosa de creer, no en la realidad de los hechos (hasta donde ellos pueden ser establecidos), sino en aquello que les resulte emocionalmente reconfortante, o políticamente más conveniente. No es hacia estas personas que va dirigido este libro, sino hacia los lectores y lectoras racionales y reflexivos, que estén dispuestos a regular sus creencias según el grado de evidencia que ellas posean, y no de acuerdo a sus propios intereses o deseos subjetivos.

Dos posibles limitaciones, o debilidades, de este libro. La primera es que fue investigado y escrito en Edmonton, Canadá, no en Santiago de Chile. Aprovechamos, eso sí, dos viajes a la patria para buscar y reunir libros, y otros materiales, pero de todos modos pudiera ser que se nos hayan escapado algunos artículos o documentos sobre el tema, que sólo pueden encontrarse en bibliotecas

especializadas de Santiago. Tampoco pudimos entrevistar personalmente a algunos testigos a quienes nos hubiera gustado hacerles varias preguntas cruciales. Sin embargo, creemos haber tenido acceso a la gran mayoría de las fuentes y testimonios de verdadera importancia. En cuanto a una segunda posible limitación, su dependencia exclusiva de documentos escritos, intentamos compensarla comunicándonos epistolarmente con el doctor Patricio Guijón, como dijimos antes, el testigo clave de la muerte del Presidente, con el fin de pedirle que nos clarificara algunas interrogantes que se nos fueron planteando a lo largo de esta investigación. Por desgracia, y por circunstancias que desconocemos, no encontramos respuesta a nuestra carta-cuestionario, la que, sin duda, hubiera enriquecido y hecho más sólidas las conclusiones del presente estudio. De todos modos, nos pareció que era importante reproducir la parte central de esta carta en un apéndice al capítulo décimo y final de este libro.

Una última consideración introductoria. En los capítulos 6 y 7 se contiene un completo y detallado examen, que algunos pudieran calificar como simultáneamente morboso e irreverente, tanto del informe de las diligencias forenses realizadas en La Moneda por personal de la Policía Técnica de Investigaciones la tarde del 11 de septiembre, como del *Informe de la autopsia* que le fuera practicada al cadáver del Presidente en el Hospital Militar, la noche de aquel mismo día.

En cuanto a esto, Nathaniel Davis, el embajador norteamericano en Chile por aquella fecha (con una delicadeza que uno no hubiera esperado de un diplomático del país cuyo gobierno hizo todo lo posible por precipitar el derrocamiento del Gobierno Popular), escribe al comienzo del capítulo 11 de su libro sobre los últimos dos años de Allende: «Desgraciadamente [la investigación de la forma como murió] requiere de un examen casi clínico del estado de los restos del Presidente muerto. Hubiera sido más respetuoso de la memoria de Salvador Allende haber evitado este examen forense, pero la controversia en torno a su muerte no cesará»[29]. En realidad el embajador no llegó a conocer el texto de los documentos forenses a los que nos hemos referido más arriba, porque su libro apareció en 1985, es decir, 15 años antes de que éstos hubieran sido hecho públicos por la periodista chilena Mónica González. De modo que al que verdaderamente le ha correspondido realizar un examen «clínico», no del estado de los restos del Presidente, por cierto, pero sí de los documentos oficiales que describen dicho estado casi treinta años antes, no ha sido Nathaniel Davis sino el autor del presente estudio.

Mientras elaboraba mis propios análisis de aquellos importantes informes, al igual que el embajador Davis, y con mayores motivos que él –dada mi condición de chileno y de antiguo partidario de Allende y su gobierno– me asaltaba a

menudo el pensamiento de estar cometiendo poco menos que una profanación. Pero del mismo modo como el detective o el médico forense, que con el fin poder establecer la verdad de los hechos, tienen que sobreponerse a sus naturales sentimientos de horror o de piedad, cuando deben examinar los restos de la víctima de algún crimen o suicidio; en esta investigación he tenido que hacer abstracción de mis igualmente naturales sentimientos hacia el Presidente muerto, mientras sometía aquellas evidencias al más frío y detallado examen crítico. Porque, en realidad, creemos que no se profana ni falta el respeto a la memoria de Allende, cuando se busca, por todos los medios disponibles, poder establecer la verdadera causa y circunstancias inmediatas de su muerte. Por el contrario, nos parece que incurren en tales faltas quienes se aferran ciegamente a un relato mítico que, más allá de la utilidad política inmediata que en un momento pudo haber tenido, en realidad no nos permite comprender el verdadero legado histórico, ni la verdadera naturaleza del sacrificio final del Presidente.

Capítulo 1

La anticipación y anuncio de la muerte del Presidente

A mí me van a [tener que] sacar en pijama de madera
de la Moneda pero no voy a claudicar
ni voy a salir arrancando del país en un avión.
Allende a Hortensia Bussi. Noche del 10 de septiembre,
en la casa presidencial de Tomás Moro.

Allende habla anticipadamente de la posibilidad de su propia muerte. Introducción

Es bastante común que se interprete erróneamente el sentido de ciertas frases que se encuentran en algunos de los discursos y otras declaraciones públicas o privadas del Presidente, en donde este se refiere a la eventualidad de su propia muerte. Frases que a menudo son citadas fuera de contexto, con el fin de «demostrar» que Allende estaba pensando ya, con meses de anticipación, en una salida suicida. La admiración de Allende por el presidente Balmaceda es, con igual frecuencia, interpretada como una suerte de confirmación de las supuestas «tendencias suicidas» del líder popular[30].

Por ejemplo, casi todo el mundo (por lo menos en mi generación), conoce y recuerda aquellos pasajes del discurso en el Estadio Nacional en donde Allende declara que no dará un paso atrás y que sólo asesinándolo podrán sus enemigos torcer la voluntad popular de la que él era depositario. Pero, al parecer, muy pocos conocen, o recuerdan, el discurso del 8 de enero de 1972, en defensa del ministro José Tohá, reproducido más abajo, en donde el líder popular compara explícitamente su situación con la de Balmaceda, y a continuación declara que él no se suicidará como lo hizo el presidente liberal en 1891.

Sin embargo, si se leen, con algún cuidado, los discursos aquí reproducidos, se puede constatar que en ninguno de ellos se da expresión a las supuestas tendencias suicidas de Allende. Lo que en ellos sí se manifiesta, y del modo más claro, es su voluntad de combatir a los sediciosos, y de resistir hasta el final.

Es profundamente significativo que la única oportunidad en que Allende hace expresa referencia a su posible suicidio es en la mañana del 11, después de haber escuchado la proclama de la Junta Militar a las 8:30, es decir, cuando ya sabe que no cuenta con un solo regimiento o unidad para hacer frente al alzamiento, porque prácticamente las tres ramas de las FF.AA. y Carabineros se han plegado al Golpe. Es en ese momento cuando, por medio de sus edecanes, les envía a los golpistas su categórica e inequívoca respuesta a sus insistentes «ultimátums» de que se rinda, la que fuera casi literalmente repetida por radio por el almirante Carvajal al propio Pinochet: «El edecán naval me dijo que el Presidente anda con un fusil ametralladora, que tenía treinta tiros y que el último tiro se lo iba disparar en la cabeza»[31]. Pero como puede verse, incluso en esta frase el suicidio aparece siempre como la salida absolutamente final, cuando ya no sea posible una resistencia armada.

Evidentemente, Allende había anticipado con gran lucidez sus opciones y decidido de antemano cómo actuaría, y dónde, ante la eventualidad de un

alzamiento militar, incluso antes del «Tanquetazo». Esto resulta confirmado por lo que recuerda Clodomiro Almeyda, cinco años después del Golpe:

«Allende tenía una idea muy clara de lo que estaba ocurriendo. Desde mucho antes [del Golpe]. Recuerdo una reunión que tuvo a mediados de agosto con el Consejo Superior de Defensa Nacional. Había allí unos cuatro civiles y ocho militares. Estaban allí todos los altos jefes de las Fuerzas Armadas, varios de los personajes que hoy detentan el poder en Chile. La reunión se desenvolvió en forma algo rutinaria y luego, después de una pausa, Allende sorprendió a los militares cuando, dirigiéndose a ellos, emocionado sin duda, les dijo: «Yo creo, señores, que esta es la última vez que se reúne este organismo». Silencio. Era el presentimiento de Allende que las cosas iban a llegar hasta donde llegaron. «Pero sepan ustedes», continuó el Presidente, «que yo no voy a renunciar al mandato que el pueblo me entregó, que voy a morir en mi puesto de combate y que de aquí, de La Moneda, yo no saldré vivo, saldrá mi cadáver»[32].

Del discurso en el Estadio Nacional de Santiago,
4 de diciembre de 1971

1. «Quienes pretendan sacarnos del camino que nos hemos trazado, quienes, mintiendo y calumniando, hablan de que en Chile no hay libertad, se ha suprimido el derecho de información, está en peligro la prensa, son los que mixtifican para poder encontrar apoyo en determinados sectores, y son los conjurados en el ansia turbia de oponerse a la voluntad popular; y yo les digo a ustedes, compañeros, compañeros de tantos años, se los digo con calma, con absoluta tranquilidad: yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de Mesías, no tengo condiciones de mártir; soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado; pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás; que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera. Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente: defenderé esta revolución chilena y defenderé el gobierno popular, porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el Programa del pueblo».

Del discurso acerca de la acusación constitucional
en contra del Ministro del Interior, José Tohá,

8 de enero de 1972

2. «… Y miles y miles de chilenos, sin saberlo, quizás, están viviendo horas parecidas a las que la patria viviera hace 80 años cuando Balmaceda, con hondo, profundo y heroico sentido patriótico reclamara para Chile el salitre, quisiera para Chile la dignidad de ser un país dueño de sus riquezas. Balmaceda, acorralado y perseguido por los grupos oligárquicos, vio al país sumergido en una guerra fratricida, y puso fin a su existencia legando a los chilenos un ejemplo profundo y hondo de sentido nacional y de responsabilidad. Recogemos esa herencia, pero decimos que los tiempos han cambiado. Ochenta años no pasan en vano en ningún país. No se va a repetir lo de ayer. No habrá aquí una guerra fratricida, porque la vamos a impedir, y no habrá un Presidente que tenga que suicidarse porque no lo haré. No habrá un Presidente arrastrado al suicidio, porque el pueblo sabrá responder y tampoco habrá una guerra fratricida porque el gobierno y el pueblo lo impedirán.

No queremos una patria ensangrentada, no queremos víctimas inocentes. No [lo] deseamos e impediremos todo lo que signifique que la injusticia y la violencia innecesaria golpeen duramente a nuestro país. Ello no significa de ninguna manera ni claudicación ni doblegar nuestra entereza, frente a los adversarios internos, [o] los enemigos externos. Ello no significa que estemos dispuestos a claudicar, a comerciar el programa y el mandato que nos dio el pueblo. No habrá un presidente que se suicide, porque tiene la obligación, emanada de la voluntad revolucionaria del pueblo, de hacer posible el cumplimiento integral del programa de la Unidad Popular».

Tercera comunicación del Presidente
por Radio Corporación el 11 de septiembre de 1973,
iniciada a las 8:45 de la mañana

3. «Compañeros que me escuchan: la situación es crítica, hacemos frente a un golpe de Estado en que participan la mayoría de las Fuerzas Armadas. En esta hora aciaga quiero recordarles algunas de mis palabras, se las digo con calma, con absoluta tranquilidad, yo no tengo pasta de apostol ni de mesías. No tengo condiciones de mártir, soy un luchador social que cumple una tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile; sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás. Que lo sepan que lo oigan, que se les grabe profundamente: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me

diera, defenderé esta revolución chilena y defenderé el gobierno porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo. Si me asesinan, el pueblo seguirá su ruta, seguirá el camino, con la diferencia quizás que las cosas serán mucho más duras, mucho más violentas, porque será una lección objetiva muy clara para las masas de que esta gente no se detiene en nada.

Yo tenía contabilizada esta posibilidad, no la ofrezco ni la facilito. El proceso social no va desaparecer porque desaparece un dirigente. Podrá demorarse, podrá prolongarse, pero a la postre no podrá detenerse.

Compañeros, permanezcan atentos a las informaciones en sus sitios de trabajo, que el compañero Presidente no abandonará a su pueblo ni su sitio de trabajo. Permaneceré aquí en La Moneda inclusive a costa de mi propia vida».

Comentario: Como puede verse la tercera comunicación radial se pone en movimiento con la frase: «En esta hora aciaga, quiero recordarles algunas de mis palabras». Y en efecto, el Presidente repite, textualmente, aquí, pasajes del discurso del 4 de diciembre de 1971 en el Estadio Nacional, incluido más arriba. Esto lo advirtió y destacó hace ya mucho tiempo, entre otros, el corresponsal de *Le Monde* Pierre Kalfon[33]. Sin embargo, hasta donde sabemos, nadie pareciera haber indicado la procedencia del resto de los pasajes recordados en esta oportunidad. En realidad ellos se encuentran en la parte medular, no de un discurso anterior, sino curiosamente, de la respuesta del Presidente a una pregunta de Régis Debray, incluida en sus famosas *Conversaciones con Allende*, de enero de 1971. Debray le preguntó entonces lo siguiente: «puesto que su rol es el de unificador de los partidos de izquierda, de catalizador de las fuerzas populares, se le ocurre a uno que sus enemigos de fuera y de dentro del país tendrían buenas razones para eliminarlo a Ud. en este momento. Si esto llegara a ocurrir, ¿qué cree Ud. que pasaría?». En la parte final de su respuesta Allende dice así: «El proceso social no va a desaparecer porque desaparece uno de sus líderes. Puede ser retardado o prolongado, pero en el largo plazo no puede ser detenido. En el caso de Chile, si ellos me asesinan, el pueblo continuará, seguirá su curso, con la diferencia, quizás, de que las cosas serán mucho más duras, mucho más violentas, porque sería una muy clara y objetiva lección para las masas que les mostraría que esta gente no se detiene en nada. Y yo he contabilizado esta posibilidad; no la ofrezco ni la facilito, pero al mismo tiempo tampoco pienso a cada rato acerca de la posibilidad de que esto pueda ocurrir»[34]. Es decir, Allende ha introducido en la segunda parte de su tercera alocución del 11 de septiembre, de memoria y textualmente, la respuesta que diera a Debray

casi tres años antes.

Otro detalle digno de destacar en la tercera comunicación radial de Allende en la mañana del 11 es que reproduce, también, un pasaje del discurso en el Estadio Nacional del 4 de diciembre de 1971, arriba citado, y que dice así: «Se las digo con calma, con absoluta tranquilidad: yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de Mesías, no tengo condiciones de mártir, soy un luchador social que cumple una tarea que el pueblo me ha dado; pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás; que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera. Que lo sepan, que lo oigan, que se les grabe profundamente: defenderé esta revolución chilena y defenderé este gobierno popular porque es el mandato que el pueblo me ha entregado, no tengo otra alternativa, sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo».

En cuanto al discurso que el Presidente pronunciara el 8 de enero de 1972, a propósito de la acusación constitucional en contra de José Tohá, su importancia estriba, entre otras razones, en el hecho de que Allende pareciera estar reaccionando aquí ante ciertos rumores, interpretaciones y percepciones de sus opositores y enemigos, que pudieron haber sido fácilmente detectados por el CENOP[35]. Como nos informa Pierre Kalfon en su libro recién citado, incluso meses después de la fecha de aquel discurso, en agosto de 1973, circulaban en Santiago volantes de la organización paramilitar derechista «Patria y Libertad», con la siguiente frase: «Allende está ante una alternativa: o renuncia o se suicida»[36].

Ahora, en lo referente al presidente Balmaceda, lo que Allende admiraba en él, a quien consideraba «un combatiente en la tarea patriótica de recuperar nuestras riquezas del capital extranjero»[37], era su integridad moral y su dignidad, no su solución suicida, aunque ella hubiera sido la consecuencia forzosa de aquella dignidad y moralidad. Que aquel haya decidido, finalmente, seguir su ejemplo y quitarse la vida, no demuestra que a Allende lo impulsara una cierta tendencia autodestructiva, como lo han afirmado algunos de sus enemigos, sino que su situación y la de Balmaceda terminaron siendo tan semejantes en su aporeticidad, que Allende se vio forzado a tomar la misma ruta trágica de su antecesor liberal, pues su dignidad lo obligaba a sacrificarse[38].

En realidad, la explicación psicologista y reductiva, que pretende dar cuenta de las motivaciones que habrían impulsado a Allende a suicidarse en La Moneda, ha hecho escuela entre los responsables directos y corresponsables de la destrucción de la democracia chilena. Así, por ejemplo, Patricio Aylwin, presidente del Partido Demócrata Cristiano en septiembre de 1973, declaró a la prensa poco después del Golpe, que «… él recordaba algo que Allende le había

dicho una vez en una de las tantas reuniones sostenidas [entre Allende y los dirigentes máximos de la DC], con el fin de alcanzar un acuerdo: 'Esta carne está hecha de mármol, Senador', al tiempo que se golpeaba el muslo varias veces». Y luego Aylwin agregó: que «el suicidio de Allende podía explicarse sólo por el curso frívolo y de autoengrandecimiento en el que se había embarcado el Presidente»[39].

Es muy posible que la frase y el gesto que Aylwin recuerda hayan sido expresados en ánimo jocoso por el Presidente, quien tenía fama de poseer un muy especial sentido de humor. Esto es hoy, por cierto, imposible de determinar. Lo que sí es perfectamente claro es que aquel profundo sentido histórico de Allende[40] no es algo que pueda serle reconocido por los que fueron sus enemigos jurados y conjurados.

Ahora, en cuanto a la acusación de frivolidad, resultaba políticamente muy conveniente para los defensores del Golpe, y será repetida por el propio Eduardo Frei el 10 de octubre de 1973, en una entrevista concedida al periodista Luis Calvo del periódico madrileño *ABC*, en la que aquel se preguntaba, por qué en Europa «ha[bía]n idealizado a un hombre tan frívolo, y más frívolo [aún] política que moralmente, como Allende»[41].

Nadie está, por cierto, menos calificado para juzgar la conducta de Allende el 11 de septiembre, que aquellos que pavimentaron el camino de la dictadura. Pero es palmario que la explicación de Frei no es más que un cínico pase verbal concebido para hacer recaer en la víctima la entera responsabilidad de su muerte, y en el mismo acto deflectar la culpabilidad y responsabilidad que le corresponde a la derecha demócrata cristiana en la creación de las condiciones que conducirían al golpe militar y a la muerte del Presidente.

Respecto del sentido histórico del líder popular, escribe Alfredo Jocelyn-Holt:

«…¿Qué 'otra alternativa' tenía Allende? No podía transar. Lo que estaba en juego era mucho más que su propio gobierno. No podía comprometer toda esta trayectoria pasada. En este sentido el gesto de Allende es distinto del de O'Higgins. Cuando O'Higgins 'abdica' –en verdad lo derrocan–, a lo más dimite él. Su personalismo autocrático no involucra a nadie más. Cuando Balmaceda hace lo propio, lo que se sacrifica es un proyecto personal y de su grupo más próximo». «…Cuando a Allende se le pide (*sic*) que renuncie, supuestamente en aras del patriotismo, se le invita (*sic*) a transigir, contemporizar –así al menos él lo ve– a darle la espalda a toda una historia para atrás, fraguada en la convicción, y el triunfo reciente ganado a la exclusión»[42].

Es decir, el historiador liberal comprende muy bien lo que él mismo denomina la «densidad histórica» de Allende, hecho del que éste tenía plena conciencia, y que lo hacía sentirse como la encarnación de una tradición intelectual y política

con profundas raíces en el pasado de nuestro país, la que él asume con gran determinación y valor aquel día trágico.

Anexo Nº 1

La Junta informa torcidamente al país de la muerte del Presidente:

> El Gobierno Militar informa a la ciudadanía lo siguiente: 1.- A las 13:50 de martes 11 de septiembre, por intermedio de Fernando Flores y Daniel Vergara, Salvador Allende ofreció rendirse incondicionalmente a las Fuerzas Armadas. 2.- Para este efecto, se dispuso de inmediato el envío de una patrulla cuya llegada al Palacio de La Moneda se vio retrasada por la acción artera de francotiradores apostados especialmente en el Ministerio de Obras Públicas que pretendieron interceptarla. 3.- Al ingresar esta patrulla a La Moneda encontró en sus dependencias el cadáver del señor Allende. 4.- Trasladado al Hospital Militar, una comisión médica integrada por los jefes de los Servicios de Sanidad de las Fuerzas Armadas y Carabineros, junto a un médico legista, constataron su deceso y dictaminaron el suicidio. 5.- Al mediodía del miércoles 12 de septiembre se efectuaron sus funerales, privadamente, acompañado por la familia.
>
> Santiago, 12 de septiembre de 1973
> Junta de Gobierno Militar

Comentario: Este comunicado militar será reproducido el mismo día en el diario *El Mercurio,* de Santiago, bajo el escueto título de «Murió Allende», e iba acompañado de la torpe y obviamente falsa explicación siguiente: «El presidente Allende se suicidó. Su cadáver quedó en el Gran Living de La Moneda. *No se pudo apreciar la forma en que vestía porque cuando los periodistas de este diario, Juan Enrique Lira y Hernán Farías, fueron llevados por militares para observar la escena, sólo había una tenue luz que salía de un foco del Cuerpo de Bomberos*. El cadáver quedó recostado en el suelo, junto a un sofá, y al lado se mantenía una metralleta con la siguiente inscripción: «A su amigo y compañero de armas, Salvador, Comandante Fidel Castro». Los restos del ex Jefe de Estado fueron retirados desde La Moneda a las 18:30 horas, en una camilla, cubierta con un choapino boliviano» (Cursivas nuestras).

Por lo que se ha sabido posteriormente, los fotógrafos de *El Mercurio,* aunque no supieran identificar adecuadamente el Salón Independencia, no sólo pudieron apreciar perfectamente la forma en que vestía Allende, sino que cada uno tomó un rollo completo de película con sus respectivas cámaras equipadas con *flash*, pero estas fotos fueron inmediatamente confiscadas por los militares al mando del general Palacios. Esto es, precisamente, lo que se intenta ocultar con la ridícula historia de que no había suficiente iluminación en el recinto. Los periodistas de *El Mercurio* se equivocan, también, al reproducir la dedicatoria impresa en la placa adosada a la empuñadura del fusil AK del Presidente, que en

realidad dice: *A Salvador. De su compañero de Armas. Fidel Castro*.

El «comunicado militar» constituye una verdadera obra maestra de elusividad, ocultamiento y mistificación. Por cierto, Allende en ningún momento ofreció a los golpistas rendirse, ni condicional ni incondicionalmente. La misión de sus parlamentarios (Flores, Puccio y Vergara) era conseguir pactar una tregua, bajo ciertas condiciones; pero con toda probabilidad no se trató más que de una maniobra dilatoria, porque el Presidente sabía que a esas alturas ya no estaba en condiciones de exigir nada a sus enemigos, dado que la totalidad de las FF.AA. y Carabineros se habían alzado en contra de su gobierno.

Tampoco es cierto que los efectivos militares que descubrieron el cadáver del Presidente hayan sido miembros de aquella patrulla, supuestamente enviada por los golpistas a La Moneda para recogerlo. Con esta falsedad se consigue cubrir el hecho del brutal y sostenido asalto militar al Palacio de Gobierno y ocultar la heroica resistencia de Allende y un medio centenar de valientes, así como su decisión final. Otros dos importantes hechos que deliberadamente se omiten en el comunicado, pero que se encuentran estrechamente ligados a la muerte del Presidente, son: 1. El peritaje realizado en la tarde del 11 por dos equipos de la policía civil (Brigada de Homicidios y Policía Técnica de Investigaciones), que examinaron el cadáver de Allende en el Salón Independencia; 2. La autopsia secreta, cuyo informe nunca llegará a hacerse público en los 17 años de dictadura, a pesar de que es manifiesto que inicialmente los golpistas tuvieron la intención de darlo a conocer.

En cuanto al funeral secreto de los restos en una tumba sin nombre, se lo presenta como una ceremonia de carácter simplemente privado, realizada por voluntad de la familia, y no como lo que efectivamente fue, un acto de secuestro y ocultamiento del cuerpo y la memoria del presidente constitucional de Chile.

Capítulo 2

El discurso final de Allende y su muerte

Salvador Allende murió en La Moneda. Poco antes de morir se dirigió por última vez al pueblo a través de la única emisora de radio que no estaba aún en manos de los militares sublevados. Su voz era tan pausada y firme, sus palabras tan precisas y proféticas, que esa despedida no parece el postrer aliento de un hombre que va a morir, sino el saludo digno de quien entra para siempre en la Historia.

Isabel Allende

El así llamado «discurso final», es decir, el que pronunciara a partir de las 9:15 de la mañana del 11 de septiembre por radio Magallanes, constituye el preámbulo de la muerte del Presidente. Esta comunicación radial, cuyo texto es hoy conocido y valorado en casi todo el mundo, presenta un carácter multifacético pues es varias cosas a la vez: una denuncia de la traición y una protesta moral ante ella; la reafirmación de un compromiso ético con el pueblo chileno, un testamento político y una despedida. Los partidarios de su gobierno, así como los hombres y mujeres progresistas de otros países, atentos a los acontecimientos chilenos, captaron de inmediato el sentido de su mensaje postrero, y el supremo sacrificio que le seguiría. Los enemigos de Allende, siempre dispuestos a subvalorar y denigrar su figura, se han preguntado, llenos de curiosas dudas e inquietudes, por el origen de este discurso inmortal, que les resulta incongruente con la pobre imagen que siempre tuvieron del Presidente[43]. Así lo hace, por ejemplo, la periodista Patricia Politzer, antes citada, cuando declara:

«Su último discurso es tan perfecto, tan elaborado, que no parece un discurso improvisado en aquel momento de enorme tensión. Da la impresión de que Allende había pensado muchas veces en aquellas palabras»[44].

En realidad este discurso es claramente representativo del estilo y de las ideas de la mayoría de los discursos conocidos del Presidente. Observa Alfredo Jocelyn-Holt, a propósito de las cualidades oratorias de Allende, que «todos quienes lo conocieron coinciden en que no era un gran orador»[45]. A mí, que le escuché decenas de veces sus discursos, a lo largo de muchos años, esta me parece una apreciación injusta. La opinión del historiador liberal resulta, por lo demás, contradicha en más de algún sentido por la publicación de los discursos de Allende, que al ser vertidos al papel han mostrado que eran perfectamente capaces de resistir el paso del tiempo. Esto no significa, por cierto, que todas las alocuciones políticas del líder popular hubieran sido de la misma calidad. El propio *Che* Guevara, cuando se conocieron personalmente con Allende en Cuba, el año 1959, le dijo: «Mira, Allende, yo sé perfectamente quién eres. Yo te escuché dos discursos durante la campaña presidencial de 1952: uno muy bueno y otro muy malo. De modo que podemos hablar con toda confianza, porque tengo una opinión muy clara de quién eres»[46]. Creo que el *Che* hace aquí una observación correcta, que puede perfectamente ser generalizada. Es decir, que los discursos de Allende podían variar considerablemente en calidad, según el momento y las circunstancias. De manera que, al parecer, habría sido, precisamente, por obra de la presión abrumadora de los acontecimientos de aquella mañana, y no a pesar de ella, que Allende, quien era reconocido por su capacidad para pensar y actuar con calma frente a las más enervantes

situaciones[47], fue capaz de improvisar aquel discurso memorable.

Pero, ¿se trató en realidad de un discurso improvisado, o de uno escrito con antelación? Carlos Jorquera, quien tuvo el privilegio de presenciar la trasmisión del discurso final la describe así:

«Este dominio de sí mismo es la razón que explica como pudo [Allende] decir ese discurso conmovedor de 'las grandes alamedas': sentado en su silla presidencial y agachado para proteger mejor la frágil acústica del teléfono que lo comunicaba con la única emisora democrática que aún sobrevivía (la Magallanes), con su casco en la cabeza, la metralleta al lado, su mano derecha sosteniendo el fono y cubriéndolo con la izquierda, para que sus palabras postreras pudieran llegar a los oídos que siempre fueron los que más lo apremiaron: '¡Trabajadores de mi patria…!'.

»Fue un discurso improvisado, que le brotó del fondo de su alma, porque era ahí donde venía fermentando»[48].

Una confirmación de que la capacidad improvisatoria de Allende se potenciaba «bajo presión», así como de su costumbre de apoyarse en un punteo escrito, nos la suministra Clodomiro Almeyda en la misma entrevista ya antes citada. Allí el ex Canciller se refiere al legendario discurso que el Primer Mandatario chileno pronunciara en la Universidad de Guadalajara, en su visita a México en 1972, en los siguientes términos: «Lo recuerdo, y hasta hoy me impresiona, primero porque fue un discurso maravilloso, una clase magistral, que hasta hoy se recuerda, se cita y se discute en México, y, segundo, porque fue absolutamente improvisado, tan improvisado que cuando subíamos al estrado el Presidente me envió un papelito rogándome con urgencia: 'Ayúdeme a puntear'. Algo habló también sobre esto, parece, con [el presidente Luis] Echeverría, que lo acompañaba. Había tenido una actividad terrible aquella mañana y, sin duda, no había alcanzado a preparar nada. Le bastaron las primeras palabras para tomar un hilo que no se interrumpió hasta el final, en medio de una tensión tremenda, en que fue anudando toda su vida y su experiencia de hombre salido de la Universidad y lanzado desde allí a la lucha por el pan y la libertad de su pueblo. Estuve un año y medio en México, después de salir de la prisión, y pude comprobar que el discurso de Allende en la Universidad de Guadalajara se había convertido en pieza casi clásica en los medios políticos y estudiantiles mexicanos»[49]. Hortensia Bussi agrega un importante detalle complementario a estos recuerdos del ex canciller Almeyda, cuando, en una entrevista que le hiciera Otto Boye en 1983, para la edición especial de la revista *Análisis*, publicada al cumplirse los 10 años del Golpe, declara: «En ese viaje [a México], en Guadalajara, pronunció [Salvador] un discurso que también resultó excelente. Iba a hablarle a los universitarios y momentos antes le confesó al presidente

Echeverría que tenía la mente en blanco y no sabía de qué iba a hablar. *Echeverría le sugirió que se refiriese a su juventud universitaria.* ¡Y Salvador lo hizo magistralmente!»[50].

Por cierto que él había pensado muchas veces en la posibilidad de tener que enfrentarse con una situación semejante a la de aquel día, por obra de un alzamiento militar, pero no como cree o implica la referida periodista, que Allende hubiera tenido un discurso preparado de antemano para tal contingencia. Al igual que la mayoría de las intervenciones orales del líder popular, el discurso final está construido en parte con materiales e ideas de otros discursos.

Es sumamente curioso que, al parecer, nadie se haya dado cuenta que la metáfora de las «grandes alamedas» se encuentra ya prefigurada en el así llamado «discurso de la victoria», que el Presidente electo pronunciara en la madrugada del 5 de septiembre de 1970, desde uno de los balcones del antiguo local de la Federación de Estudiantes, ubicado en Alameda frente a la Biblioteca Nacional, en una de cuyas partes centrales se dice:

«… América Latina y más allá de la frontera de nuestro pueblo, miran al mañana nuestro. Yo tengo plena fe en que seremos lo suficientemente fuertes, lo suficientemente serenos y fuertes, para abrir un camino venturoso hacia una vida distinta y mejor; para empezar a caminar por *las esperanzadas alamedas del socialismo*, que el pueblo de Chile con sus propias manos va a construir»[51].

Como puede verse, de aquellas «esperanzadas alamedas», a las «grandes alamedas del socialismo», no hay mucha distancia. Es la misma metáfora de la sociedad socialista como un amplio camino, una avenida, por la que transitará libremente el hombre del futuro. Es significativo que Allende haya utilizado aquí, en el que pudiera denominarse su «discurso de la derrota», esta imagen literaria, prefigurada tres años antes en su «discurso de la victoria». Su mente, consciente o subconsciente, debió haber evocado aquellas primeras horas felices de su triunfo electoral, en total contraste con las horas tristes de sus últimos momentos como Presidente y como hombre[52].

El discurso final

> Compatriotas:
>
> Seguramente ésta sea la última oportunidad en que pueda dirigirme a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de radio Portales y radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura sino decepción, y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron. Soldados de Chile, Comandantes en Jefe titulares… el almirante Merino, que se ha autodesignado Comandante de la Armada… el señor Mendoza, general rastrero, que sólo ayer manifestara su fidelidad y lealtad al Gobierno, también se ha denominado Director General de Carabineros.
>
> Ante estos hechos, sólo me cabe decir a los trabajadores: Yo no voy a renunciar. Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengan la certeza que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni

con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

Trabajadores de mi patria: Quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron; la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia; que empeñó su palabra que respetaría la constitución y la ley, y así lo hizo. En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes, quiero que aprovechen la lección. El capital foráneo, el imperialismo unido a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les señalara Schneider y que reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas, esperando reconquistar el poder por mano ajena, para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

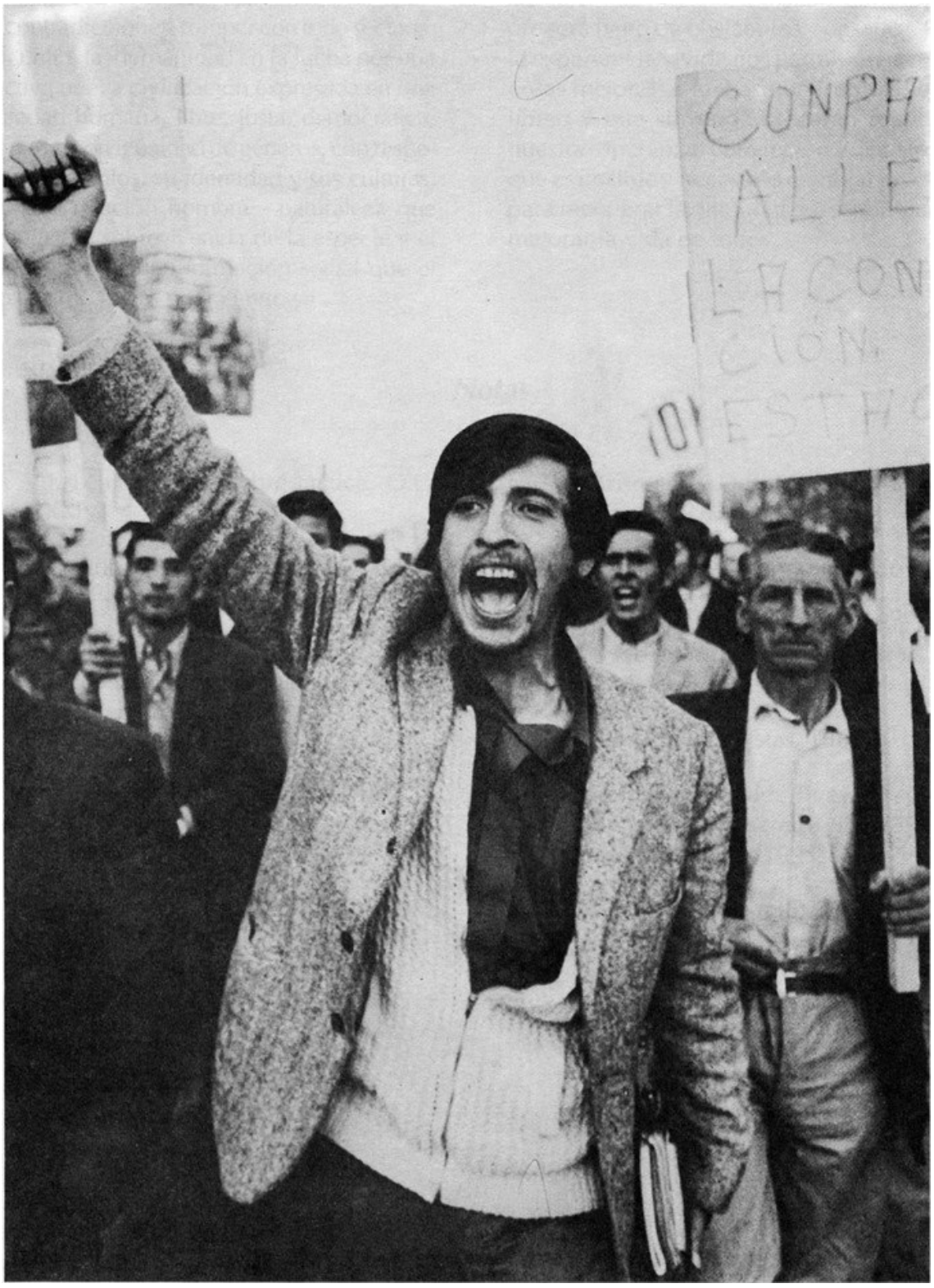
Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas, a los que hace días estuvieron trabajando contra la sedición, auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase, para defender también las ventajas que una sociedad capitalista les da. Me dirijo a la juventud –aquellos que cantaron, entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente: en los atentados terroristas, volando puentes, cortando las líneas férreas, destruyendo los oleoductos y gasoductos. Frente al silencio de los que tenían la obligación de pronunciarse. La historia los juzgará.

Seguramente Radio Magallanes será acallada, y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, me seguirán oyendo, siempre estaré junto a ustedes, o a lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno, el de un hombre que fue leal.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar y acribillar, pero tampoco puede humillarse.

Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo! ¡Vivan los trabajadores! Estas son mis últimas palabras. Tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición[53].


CONPH
ALLE

Capítulo 3

Los relatos de Beatriz Allende y Fidel Castro del combate de La Moneda

Allende pertenece a la estirpe de los derrotados triunfantes que embellecen nuestra historia latinoamericana con la sugestión de su nombre, de su obra, de su ejemplo, de su legado: como Bolívar, como O'Higgins, como muchos libertadores de entonces, como Martí y el Che, y otros pocos.

Volodia Teitelboim

Introducción

Desde el punto de vista de esta investigación, la importancia central del discurso de la hija del Presidente, así como el de Fidel Castro, es que ellos le dieron difusión mundial y legitimidad a la versión de que Allende había sido asesinado en La Moneda. En cuanto a su contenido, si se comparan ambos discursos, pueden observarse una serie de importantes similitudes y convergencias entre la visión del combate de La Moneda proyectadas por *Tati* y por el líder cubano, que no pueden explicarse por un simple influjo de la personalidad de este último. En realidad, la hija del Presidente se había identificado, desde siempre, con las posiciones más radicales del Partido Socialista[54], y había sido una de las primeras en integrar el ELN, el Ejército de Liberación Nacional, grupo secreto del partido, junto con otros de sus jóvenes miembros, entre los que se contaban Elmo Catalán, Arnoldo Camú, Tirso Montiel, Félix Huerta, Eduardo Carvallo, etc.[55]. El ELN pasó en Chile a constituirse en apoyo del foco guerrillero que, a pesar de la muerte del *Che* el 8 de octubre de 1967, continuó operando en la selva boliviana. De allí, entonces, que en el discurso de *Tati* la imagen que se proyecta de

Salvador Allende, sea perfectamente congruente con la del propio discurso de Fidel Castro, que reproducimos en su totalidad algo más abajo.

Tanto Fidel Castro, como Beatriz Allende, presentan una imagen del líder de la vía chilena al socialismo, de la «revolución por los cauces legales», como la de un «combatiente y soldado [ejemplar] de la revolución» armada. Esta suerte de metamorfosis, que ha sido considerada por algunos como una verdadera adulteración del mensaje y legado táctico más característico del Presidente, representaba en los hechos un simple cambio de énfasis, en el ambivalente mensaje político que había proyectado la Unidad Popular a través de sus propios dirigentes, pero en especial del propio Allende. Porque el imaginario político de la UP contenía dentro de sí una suerte de tensión irresuelta entre dos visiones tácticas últimamente incongruentes: la vía legal y la vía armada al poder[56].

En realidad la izquierda vivía este hecho con la inconsciencia con que el pez vive en el agua; según lo observa Hegel, lo familiar por ser conocido no es «reconocido». Como se sabe, en el Congreso del Partido Socialista, realizado en la ciudad de Chillán en noviembre de 1967, se adoptó la política del Frente de Trabajadores, concebida en la perspectiva de la lucha armada y la ruptura violenta de la institucionalidad burguesa. Los tres primeros puntos de las resoluciones del Congreso de Chillán así lo expresan:

> 1. El PS, como organización marxista-leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instalar un Estado Revolucionario que libere a Chile de la dependencia y del retraso económico y cultural e inicie la construcción del Socialismo.
> 2. La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del Estado de clase. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico y su ulterior defensa y fortalecimiento. Sólo destruyendo el aparato burocrático y militar del estado burgués, puede consolidarse la revolución socialista.
> 3. Las formas pacíficas o legales de lucha (reivindicativas, ideológicas, electorales, etc.), no conducen por sí mismas al poder. El Partido Socialista las considera como instrumentos limitados de acción, incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada[57].

Y, sin embargo, más allá de estos pronunciamientos incendiarios, en aquel Congreso resultó elegido Secretario General Aniceto Rodríguez (con una amplia mayoría de 80 votos contra 28), quien representaba la línea moderada dentro del PS, y que pondría en los años siguientes todos los recursos del partido al servicio de la candidatura de Allende y la Unidad Popular, es decir, de una línea que buscaba realizar la revolución, no por la violencia, sino por medios institucionales y pacíficos. Refiere Adonis Sepúlveda que «incluso existe el documento de una Conferencia Nacional de Organización, posterior a Chillán, en el que de manera explícita se congeló la vía armada para volcar al partido a los eventos electorales, [tanto] en la actividad parlamentaria como en la

formación de la militancia. Para la dirigencia el objetivo central era mantener la clientela electoral y no pasar a la lucha armada, y la prueba [de esto] es que la dirección del PS, desde 1958 a 1970, recayó en el mismo equipo, un grupo contrario a la lucha armada: los llamados 'guatones'»[58].

En cuanto a Allende, nos encontramos con la misma dualidad, por un lado, siendo presidente del Senado chileno, participa en 1967 en la formación de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad), brinda protección a los sobrevivientes de la guerrilla del Che en Bolivia que habían escapado a territorio chileno en febrero de 1968, y en 1970 acoge a Régis Debray, el principal teórico de la lucha armada, recién liberado de su encarcelamiento en aquel país; mientras por el otro entrega sus inagotables energías a la lucha por constituirse en el candidato de la coalición izquierdista en las elecciones presidenciales de aquel año. Como lo indica Carlos Jorquera: «El hecho de que *Chicho* Allende hubiera impulsado la creación de la OLAS no lo convirtió en un adherente de la línea 'foquista'. Siguió inalterable en su posición de siempre: fortalecer los partidos y organizaciones de masas para alcanzar un gobierno respaldado por una mayoría expresada democráticamente»[59].

Lo más significativo es el hecho que el combate y muerte de Allende en La Moneda indujeron en la mayoría de los izquierdistas la creencia de que en este acto heroico se habían, de algún modo, resuelto y reconciliado finalmente la vía institucional y la vía armada. Pablo Zepeda (*Pablito*), uno de los miembros del GAP que sobrevivió a aquella desigual batalla, expresa esto del modo más candoroso, al rememorar así lo ocurrido en el Palacio Presidencial, casi treinta años después: «Cuando iba a empezar el bombardeo estábamos en el segundo piso y el Presidente nos ordenó que bajáramos, que echáramos cuerpo a tierra, que nos cubriéramos la cabeza y nos quedáramos ahí hasta que terminara. Luego la situación se hizo insostenible por los gases que lanzaban desde el edificio de Nataniel con la Alameda. No se podía respirar por las llamas y el calor que nos inundó. En ese momento, el Presidente dio otra orden, para contrarrestar los gases nos dijo que nos tiráramos al suelo, porque abajo se respiraba mejor, y que aquellos que tenían máscaras se las pasaran a los compañeros más afligidos. *Allende daba órdenes, era el conductor de la revolución* y esa fue la imagen que me quedó grabada»[60].

Pero esto no es más que un manifiesto espejismo, porque lo que aquí se relata no es un combate propio de las revoluciones armadas, donde existe alguna posibilidad de resultar vencedor, sino una resistencia desesperada y sin salida, a la que se llegó precisamente porque el Presidente, entrampado en el respeto de la legalidad, no consiguió transitar a tiempo desde una a otra vía, cuando aún hubiera tenido alguna posibilidad de imponerse por sobre la sedición cívico-

militar en marcha.

Llama la atención que en su discurso *Tati* no se refiere en ningún momento a los detalles de la muerte de su padre. Esta omisión pudiera explicarse como la consecuencia de un acuerdo previo con Fidel Castro, en el sentido de dejarle a él aquella parte del relato del combate de La Moneda, pero es indudable que la hija del Presidente no quiso ponerse en una situación en la que las fuertes emociones vividas apenas unos días antes pudieran traicionarla en medio de su discurso.

Pero, sin duda, la razón más importante de aquella omisión es que *Tati* no fue testigo de la muerte de su padre, quien la convenció finalmente de que abandonara el palacio de La Moneda, escasos momentos antes de que, a las 11 horas y 55 minutos de la mañana, los aviones de la Fuerza Aérea iniciaran el bombardeo, de manera que ella probablemente no quiso aparecer públicamente como testigo de lo que en realidad no había presenciado.

El relato de Beatriz Allende

Discurso pronunciado por la hija del Presidente el día 28 de septiembre, es decir, apenas 17 días después del golpe de Estado en Chile, en un *meeting* especial realizado en la Plaza de la Revolución, de la Habana, Cuba, ante más de medio millón de personas.

> No vengo a pronunciar un discurso, vengo sencillamente a decirle a este pueblo solidario y fraterno cómo fueron las horas que vivimos en el Palacio de La Moneda en la mañana del día 11 de septiembre.
>
> Vengo a decirle a ustedes cuál fue la actitud, cuál fue la acción y cuál fue el pensamiento del compañero presidente Salvador Allende bajo el ataque de los militares traidores y fascistas.
>
> El pueblo cubano, desde luego, conoce la realidad, pero en muchos otros países la campaña de mentiras levantada por la junta fascista y secundada por las agencias del imperialismo norteamericano, pretende correr una cortina sobre los hechos que ocurrieron en La Moneda, trinchera de combate del presidente Allende.
>
> Vengo a ratificarles que el Presidente de Chile combatió hasta el final con el arma en la mano. Que defendió hasta el último aliento el mandato que su pueblo le había entregado, que era la causa de la revolución chilena, la causa del socialismo.
>
> El presidente Salvador Allende cayó bajo las balas enemigas como un soldado de la revolución, sin claudicaciones de ningún tipo, con la absoluta confianza, con el optimismo de quien sabe que el pueblo de Chile se sobrepondría a cualquier revés y que lucharía sin tregua hasta conquistar la victoria definitiva.
>
> El creyó con invariable confianza en la fuerza de su pueblo, con la plena conciencia del significado histórico que había de tener su actitud al defender con su vida la causa de los trabajadores y de los humildes de su patria.
>
> Pero hay algo más: Cuba y Fidel estuvieron presentes en sus palabras y en su corazón en aquellos instantes difíciles. Fuimos testigos de su lealtad hasta la muerte, de los lazos de profundo afecto que lo ataban a este pueblo, a su revolución y a su Comandante en Jefe, Fidel Castro.
>
> Prácticamente todo el último mes que precedió al golpe del 11 de septiembre lo vimos en guardia permanente. Apenas pasaba un día sin que surgieran rumores de alzamientos militares y de golpes de

estado.

Esa mañana del martes 11 recibimos noticias inquietantes y supimos que el presidente Allende muy temprano había marchado hacia Palacio. Hacia allá nos dirigimos aún sin conocer la magnitud de lo que estaba ocurriendo.

Fue sólo en el trayecto hacia La Moneda, al tener que sortear en varias oportunidades las barreras de carabineros, quienes en franca actitud hostil impedían el paso hacia la casa de gobierno, lo que nos hizo comprender la gravedad de la situación.

Logramos llegar a La Moneda aproximadamente faltando diez minutos para las nueve. En su interior estaba la guardia normal de carabineros, los cuales tenían a su cargo la protección de Palacio. No obstante, antes de entrar al edificio habíamos visto a carabineros de los alrededores en plan de rendición o de plegarse al Golpe.

En La Moneda confirmamos de inmediato que se trataba de un golpe de Estado completo con la participación de las tres ramas de las Fuerzas Armadas y Carabineros.

Dentro del edificio el clima era de actividad combativa, apoyaban al Presidente un grupo mayor que lo habitual de compañeros de su seguridad personal, los cuales habían ocupado sus puestos de combate. Se había distribuido el escaso armamento pesado. Además se integró un grupo del Servicio de Investigaciones que siempre trabajó en coordinación con los compañeros de seguridad personal.

Se encontraba también un grupo de ministros, subsecretarios, ex ministros, técnicos, personal de la planta administrativa de La Moneda, los que no quisieron abandonar el lugar, decidiéndose a combatir junto a Allende. Estaban, por último, sus colaboradores más cercanos. De todos estos, once eran mujeres.

Al pasarle una de las numerosas llamadas telefónicas que se estaban recibiendo, lo vi por primera vez en ese día. Estaba sereno, escuchaba con tranquilidad las diferentes informaciones que se le entregaban y daba órdenes y respuestas que no admitían discusión.

Personalmente había recorrido ya, y recorrería en varias ocasiones más, los puestos de combate corrigiendo la posición de fuego de algunos compañeros.

Pronto se iniciaría el fuego de infantería, el ataque de los tanques y de la artillería golpista sobre el Palacio Presidencial. Nuestros compañeros respondían con sus armas.

Supimos que desde temprano los militares golpistas conminaban repetidamente al Presidente para que se rindiera, pero él rechazó siempre en forma tajante e inapelable todos los ultimátums que le dieron los golpistas.

Jamás lo observamos dudar un solo instante. Por el contrario, siempre reafirmaba su decisión de combatir hasta el final y de no entregarse a los militares traidores, a los que ya llamaba por sus nombres: fascistas.

También supe que desde por la mañana había recibido visitas y continuaría recibiendo llamadas de los partidos de la Unidad Popular y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria; manifestándoles sus decisiones de combatir.

Le llamó por teléfono en varias ocasiones uno de los generales traidores llamado Baeza. Supe también que le habían ofrecido un avión donde podría irse con su familia y colaboradores para el lugar que él quisiera. El Presidente les respondió que como generales traidores no podían [entender] lo que era un hombre de honor, despidiéndolos, indignado, con tan fuertes palabras que no [podríamos] repetir aquí.

El Presidente tomaba medidas para librar un combate largo, se desplazaba continuamente de un lugar a otro. Pidió se revisaran los lugares más seguros para proteger a los combatientes de los futuros bombardeos aéreos. Se informaba de la cantidad de alimentos y agua almacenada.

Impartió órdenes de que el grupo médico tuviese listo el pabellón quirúrgico para atender a los heridos. Designó a un compañero para que agrupara a las mujeres y llevarlas a un lugar seguro mientras se les convencía de que debían abandonar La Moneda.

Pidió que se quemara la documentación, incluso la personal, que pudiera comprometer a los revolucionarios. Envió hacia el exterior a tres compañeros, dos de ellos mujeres, a cumplir una misión a favor de la futura resistencia.

Ya en aquellos momentos supimos que los carabineros destinados a la protección de Palacio se

habían plegado a la junta fascista.

Pude después conversar un momento a solas con el Presidente. Me dijo otra vez que iba a combatir hasta el final. Que para él estaba sumamente claro lo que iba a pasar, pero que tomaría las medidas para que el combate se librara en la mejor forma. Que iba a ser duro, en condiciones desventajosas. Sin embargo, agregó, que era consciente que esta era la única actitud que le cabía como revolucionario, como Presidente Constitucional, defendiendo la autoridad que el pueblo le había entregado. Y al no rendirse ni entregarse jamás, dejaría en evidencia a todos los militares traidores y fascistas.

Manifestó su preocupación por las compañeras que estaban allí, por su hija Isabel. Que todas debían salir del Palacio y además [que debíamos] preocuparnos de mamá, porque se estaba combatiendo en Tomás Moro y ella se encontraba allí.

Me dijo luego que se sentía en cierto modo aliviado de que este momento hubiese llegado, porque así las cosas quedaban definidas y [él] quedaba liberado de la incómoda situación que lo había mortificado en los últimos tiempos, en que mientras era él Presidente de un gobierno popular, por otro lado las fuerzas armadas, valiéndose de la llamada Ley de Control de Armas, venían reprimiendo a los obreros, allanando industrias y vejando a sus trabajadores. Esto ya me lo había dicho antes.

Su presencia de ánimo era extraordinaria, con gran disposición de combatir. En sus palabras se reflejaba la serena visión de los acontecimientos y del rumbo que necesariamente habría de tomar la lucha revolucionaria.

Planteó que lo importante era la conducción política futura. Asegurar una dirección unitaria de todas las fuerzas revolucionarias; que los trabajadores iban a necesitar una conducción política unitaria. Que por eso él no deseaba allí sacrificios estériles e inútiles; que había que esforzarse por lograr una dirección política unitaria que encabezara la resistencia que comenzaba ese día, y que para ello se necesitaba una acertada conducción política.

Prácticamente eso mismo les planteó a los ministros y colaboradores, a los cuales reunió en el Salón Toesca. Les reiteró una vez más su decisión de defender con su vida la autoridad presidencial. Agradeció la colaboración de ellos durante estos tres años, ordenando a los hombres que estuvieran armados a retornar a un puesto de combate, y a los que estaban desarmados, que lo ayudaran, primero a convencer a las mujeres que debían abandonar La Moneda, y luego hacerlo ellos [mismos], porque no quería sacrificios inútiles, cuando lo importante iba a ser la organización y la dirección de la clase trabajadora.

Allí fue la última vez que vi a uno de sus amigos y colaboradores más cercanos, el amigo de la revolución cubana, el compañero periodista Augusto Olivares, quien iba arma en mano a ocupar su posición de fuego.

Las mujeres y otros compañeros pasamos los últimos ratos cerca del pabellón quirúrgico, y en el único pequeño local subterráneo donde se almacenaba papel. El Presidente llegó hasta allí con su casco militar verde olivo. Empuñaba un fusil automático AK que le había regalado el comandante Fidel con la leyenda: «A mi compañero de armas».

Se avecinaba el bombardeo aéreo. Los aviones pasaban haciendo vuelos rasantes. En forma enérgica nos ordenó, sin más dilación, que los compañeros deberían abandonar de inmediato el Palacio. Se fue dirigiendo a cada uno de nosotros en forma individual, explicándonos por qué seríamos más útiles afuera y del compromiso revolucionario a cumplir.

Volvió a plantear que lo importante era la organización, la unidad y la conducción política del pueblo.

A mí me reprochó que estuviera ahí con este embarazo, que mi deber era irme junto a los compañeros de la Embajada de Cuba. Me hizo saber que había sufrido en carne propia las provocaciones y agresiones de que había sido víctima la representación diplomática cubana en los últimos meses. Que creía que ese día iban a ser provocados, que podría haber combate. Y que por eso debería estar junto a ellos.

Personalmente nos condujo hacia la puerta de salida por la calle Morandé. Ahí tomó la decisión de pedir un alto al fuego y un *jeep* militar para que las compañeras pudieran salir sin problema.

Minutos antes había barajado la posibilidad de que nos tomaran como rehenes para exigirle una vez más su rendición. Pero nos dijo que de ser capaces de hacer eso, no lo harían vacilar, que por el contrario, esta sería una prueba más ante el pueblo chileno y el mundo entero [de] hasta donde llegaba la traición y el deshonor del fascismo, y que esto sería para él un motivo más para combatir.

Así lo dejamos justo antes de iniciarse el bombardeo aéreo, combatiendo junto a un pequeño grupo de revolucionarios, donde también quedaba una compañera que se ocultó para combatir con ellos. Y esta es, compañeros, la imagen que conservo del Presidente; ésta es la imagen, queridos hermanos de Cuba, que quisiera dejar en la mente y en el corazón de cada uno de ustedes.

Imagen que se levanta con orgullo revolucionario en esta plaza, donde sólo hace unos meses alzó su voz emocionada para traerles el mensaje solidario y agradecido de nuestra patria, de nuestros trabajadores, de sus niños, mujeres y ancianos.

En este acto solidario con Chile quisiera decirles lo que me pidió les transmitiera a ustedes. Me lo confió en La Moneda bajo combate: dile a Fidel que yo cumpliré con mi deber.

Dile que hay que lograr la mejor conducción política unitaria para el pueblo de Chile.

Señaló que se iniciaba ese día una larga resistencia y que Cuba y los revolucionarios tendrían que ayudarnos en ella.

Hoy, desde este territorio libre de América, podemos decirle al compañero Presidente: tu pueblo no claudicará, tu pueblo no plegará las banderas de la revolución; la lucha a muerte contra el fascismo ha comenzado y terminará el día en que tengamos [un] Chile libre, soberano, socialista, por el que combatiste y entregaste tu vida.

Compañero Presidente, ¡Venceremos!

Tomado de <www.chilevive.cl>, donde figura sin fecha.

Comentario: Evidentemente el discurso de *Tati* relata la serie de marcadoras experiencias que le tocó vivir aquella mañana, incluso desde antes de que consiguiera ingresar al Palacio Presidencial, al que llama «trinchera de combate del Presidente Allende». Como puede verse, ella afirma que su padre fue muerto por los soldados golpistas, pero lo dice de un modo tan inespecífico, que es manifiesto que no había presenciado el hecho, ni conocía ninguno de sus detalles. Describe, eso sí, con considerable realismo los comienzos del ataque a La Moneda, y la actitud valiente, decidida y serena de Allende en aquel trance histórico. Lo más valioso de su relato nos parecen aquellos pasajes donde *Tati* reporta la conversación que sostuvo a solas con su padre, en la que se expresa muy bien no sólo que él ya había tomado la decisión de combatir hasta el final, incluso al precio de su vida, sino también su sentimiento de alivio ante el fin de la incertidumbre provocada por la espera de un alzamiento armado, que lo había tenido en tensión por largos meses. Se revela aquí, asimismo, su moralidad y alto sentido del honor como hombre de izquierda y Presidente, al mostrar su preocupación en aquellos momentos finales, por haber tenido que tolerar, en las últimas semanas de su gobierno, que las FF.AA. reprimieran brutalmente a los trabajadores, amparados en la aplicación unilateral de la nefasta ley de control de armas[61].

El discurso de Fidel Castro del 28 de septiembre de 1973, en la Plaza de la Revolución

Nosotros nos vamos a referir esencialmente al carácter de combatiente y de soldado de la revolución del presidente Allende el 11 de septiembre.

A las 6 y 20 de la mañana de ese día, el Presidente recibió una llamada telefónica en su residencia de Tomás Moro, informándole del golpe militar en desarrollo. De inmediato pone en estado de alerta a los hombres de su guardia personal y toma la firme decisión de trasladarse al palacio de La Moneda para defender, desde su puesto de Presidente de la República, el gobierno de la Unidad Popular. Lo acompaña una escolta de 23 hombres, armados con 23 fusiles automáticos, 2 ametralladoras calibre 30 y 3 bazucas, [la] que se traslada con el Presidente en cuatro automóviles y una camioneta del Palacio Presidencial, donde llegan a las 7:30 de la mañana.

Portando su fusil automático, el Presidente, acompañado por la escolta, penetró por la puerta principal de La Moneda. A esa hora la protección habitual de carabineros se mantenía normal en el Palacio.

Ya en el interior se reunió con los hombres que lo acompañaban, les informó de la gravedad de la situación y [de] su decisión de combatir hasta la muerte defendiendo el gobierno constitucional, legítimo y popular de Chile, frente al golpe fascista, analizó los efectivos disponibles y dictó las primeras instrucciones para la defensa de Palacio.

Siete miembros del Cuerpo de Investigaciones arribaron para sumarse a los defensores. Las postas de carabineros, mientras tanto, se mantenían en sus puestos y algunos adoptaron medidas para la defensa del edificio. Un pequeño grupo de la escolta personal custodia la entrada del despacho presidencial con instrucciones de no dejar pasar ningún militar armado, para evitar una traición.

En el espacio de una hora se dirigió tres veces por radio al pueblo, expresando su voluntad de resistir. Pasadas las 8 y 15, por los citófonos de Palacio, la junta fascista conmina al Presidente a la rendición y a la renuncia de su cargo, ofreciéndole un transporte aéreo para abandonar el país en compañía de su familia y colaboradores. El Presidente les responde que «como generales traidores que son no conocen a los hombres de honor», y rechaza indignado el ultimátum.

El Presidente sostiene en su despacho una breve reunión con varios altos oficiales del Cuerpo de Carabineros que habían acudido a Palacio, los cuales rehúsan cobardemente en aquel instante defender al gobierno. El Presidente los reprocha duramente y los despide con desprecio, conminándolos a que abandonen de inmediato el lugar. Mientras se efectuaba esta reunión con los jefes de Carabineros llegaron los tres edecanes militares; el Presidente les expresa que no era momento para confiar en los uniformados y les pide que se retiren de La Moneda. No obstante el Presidente se despide con afecto del comandante Sánchez, que había sido su eficiente edecán por la Fuerza Aérea durante varios años.

Minutos después de retirarse los edecanes y los altos oficiales de Carabineros, el teniente jefe a cargo de la Guarnición de Carabineros del Palacio Presidencial, obedeciendo órdenes de su Jefatura, instruye a un carabinero que recorra el edificio impartiendo la orden de retirarse a los miembros de la Guarnición, los cuales comienzan de inmediato a abandonar La Moneda, llevándose parte de su armamento. Lo mismo hacen los carros blindados de Carabineros, que hasta ese instante estaban en posiciones de defensa del Palacio.

Un grupo de diez carabineros, acompañados del portador de la orden de retirada, y cumpliendo, sin duda, instrucciones, cuando se retiraban por la escalera principal y ya próximos a la salida, vuelven sus fusiles intentando disparar contra el Presidente, siendo enérgicamente ripostados[62] por el personal de la escolta. Son estos los primeros disparos que se cruzan con los golpistas.

Mientras estos hechos ocurrían, numerosos ministros, subsecretarios, asesores, las hijas del Presidente, Beatriz e Isabel, y otros militantes de la Unidad Popular, van arribando al Palacio para estar junto al Presidente en estas horas críticas.

A las 10 y 45 el Presidente reúne en el Salón Toesca a los ministros, subsecretarios y asesores que

habían acudido a Palacio para estar junto a él, y les expresa que la lucha en el futuro necesitaría de conductores y cuadros, que todos los que estaban desarmados debían abandonar La Moneda en la primera ocasión posible y todos los que tenían armas debían continuar en sus puestos de combate. Naturalmente que ninguno de los colaboradores que carecían de armas estuvo de acuerdo con esta tesis del Presidente; tampoco las hijas del Presidente y demás mujeres que se encontraban en La Moneda, se resignaban a abandonar el palacio.

El combate prosiguió violento. Por los citófonos de Palacio los fascistas lanzan rabiosamente nuevos ultimátums, anunciando que si los defensores no se rinden emplearían de inmediato la Fuerza Aérea.

A las 11 y 45 el Presidente se reúne con las hijas y restantes mujeres, que en número de nueve se encontraban en el palacio, ordenándoles con toda firmeza que debían abandonar La Moneda, pues consideraba que no tenía sentido que murieran allí indefensas. Y de inmediato solicitó a los sitiadores una tregua de tres minutos para evacuar el personal femenino. Los fascistas no conceden la tregua, pero sus tropas comenzaban en esos momentos a retirarse de los alrededores de Palacio, para llevar a cabo el ataque aéreo, lo que produjo un *impasse* en el combate que permitió la salida de las mujeres.

A las 12, aproximadamente, comienza el ataque de la aviación. Los primeros *rockets* cayeron en el Patio de Invierno que estaba en el centro de La Moneda, perforando los techos y estallando en el interior de las edificaciones. Nuevas oleadas de aviones y nuevos impactos se suceden unos tras otros, inundando de humo y aire tóxico todo el edificio. El Presidente da órdenes de recolectar todas las máscaras antigases, se interesa por la situación del parque y exhorta a los combatientes a resistir firmemente el bombardeo.

El parque de los fusiles automáticos de la guardia personal del Presidente se estaba agotando después de casi tres horas de combate, por lo que el Presidente ordenó derribar de inmediato la puerta de la armería de la Guarnición de Carabineros del Palacio, donde podía encontrarse parte del armamento de aquella. Al impacientarse por la tardanza de la información sobre dichas armas, cruzando el Patio de Invierno se dirige a la armería y observando que se demoraban en derribar la puerta ordenó que se emplearan granadas de mano en la operación, lográndose abrir un boquete en el cuarto de armas, de donde extrajeron cuatro ametralladoras calibre 30 y numerosos fusiles SIG, gran cantidad de parque, máscaras antigás y cascos. El Presidente ordena que todo se lleve de inmediato a los puestos de combate y personalmente recorre los dormitorios de los carabineros, recogiendo fusiles SIG y otros armamentos que allí quedaban. El propio Presidente cargó sobre sus hombros numerosas armas para reforzar los puestos de combate, exclamando: «Así se escribe la primera página de esta historia. Mi pueblo y América escribirán el resto», lo que produjo profunda emoción en los que lo acompañaban.

Mientras el Presidente transportaba pertrechos desde la armería, de nuevo se reanuda el ataque aéreo con violencia. Una explosión quebró cristales próximos al sitio donde se encontraba el Presidente, lanzando fragmentos de vidrio que lo hieren por la espalda. Fue ésta la primera herida que sufrió. Mientras recibía atención médica ordenó que continuara el traslado de las armas, y no cesaba de preocuparse por la suerte de cada uno de sus compañeros.

Minutos después los fascistas reanudan violentamente el ataque, combinando la acción de la Fuerza Aérea con la artillería, los tanques y la infantería. Según los testigos presenciales, el ruido, la metralla, las explosiones, el humo y el aire tóxico convirtieron el Palacio en un infierno.

No obstante la instrucción dada por el Presidente de que se abrieran todos los grifos y llaves de agua para evitar el incendio de la planta baja, el Palacio comienza a arder por el ala izquierda y las llamas se propagan hacia la Sala de los Edecanes y el Salón Rojo. Pero el Presidente, que no se desalentó un solo instante, ni en los momentos más críticos, ordena hacer frente al ataque masivo con todos los medios disponibles.

Tuvo lugar entonces una de las mayores proezas del Presidente. Mientras el Palacio estaba envuelto en llamas se arrastró bajo la metralla hasta su gabinete, frente a la Plaza [de la] Constitución, tomó personalmente una bazuca, la dirigió contra el tanque situado en la calle Morandé –que disparaba furiosamente contra Palacio– y lo puso fuera de combate con un impacto directo. Instantes después otro combatiente pone fuera de acción un tercer tanque.

Los fascistas introducen nuevos carros blindados, tropas, y tanques por la calle Morandé 80 (*sic*), intensificando el fuego por la puerta de acceso a la Moneda, mientras el Palacio continuaba ardiendo. El Presidente desciende a la planta baja con varios combatientes para repeler el intento de los fascistas de penetrar al interior del Palacio desde la calle Morandé, rechazándolo.

Los fascistas suspenden entonces el fuego en ese sector y piden a gritos dos representantes del gobierno con carácter de parlamento. El Presidente envía a Flores, Secretario General de Gobierno, y a Daniel Vergara, subsecretario del Interior, quienes salen por la puerta de la calle Morandé y se dirigen a un *jeep* militar que se encontraba enfrente. Esto tenía lugar aproximadamente a la una de la tarde. Flores y Vergara conversan con un alto oficial que se encontraba en dicho *jeep*. Al regresar a Palacio y ya próximos a la entrada, desde el mismo *jeep* les disparan a traición, recibiendo Flores un impacto en la pierna derecha y Daniel Vergara varios disparos por la espalda, que los abatieron, siendo recogidos por sus compañeros bajo el fuego protector de otros defensores.

Los fascistas habían pedido el parlamento para exigir de nuevo la rendición, ofreciendo facilidades al Presidente y los defensores para abandonar Palacio y dirigirse al destino que escogieran. El Presidente reiteró de inmediato su decisión de combatir hasta la última gota de sangre, interpretando no sólo su deseo sino [también] el de todos los heroicos defensores de Palacio. Desde la planta baja resistieron las embestidas procedentes de Morandé, mientras la entrada principal de Palacio estaba prácticamente destruida.

Próximo a la 1 y 30, el Presidente sube a inspeccionar las posiciones de la planta superior. A estas alturas numerosos defensores habían perecido por la metralla, las explosiones, o calcinados por las llamas. El periodista Augusto Olivares asombró a todos por su comportamiento extraordinariamente heroico. Habiendo sido herido grave, fue atendido y operado en la sala médica del Palacio, y cuando todos lo suponían yaciendo en una cama, con arma en la mano ocupó de nuevo su puesto de combate en el segundo piso junto al Presidente. Sería prolijo (*sic*) enumerar aquí los nombres y los actos de heroísmo de los combatientes que allí se destacaron.

Pasada la 1 y 30, los fascistas se apoderan de la planta baja de Palacio, la defensa se organiza en la planta alta y prosigue el combate. Los fascistas tratan de irrumpir por la escalera principal. A las 2, aproximadamente, logran ocupar un ángulo de la planta alta. El Presidente estaba parapetado, junto a varios de sus compañeros, en una esquina del Salón Rojo. Avanzando hacia el punto de irrupción de los fascistas recibe un balazo en el estómago que lo hace inclinarse de dolor, pero no cesa de luchar; apoyándose en un sillón continúa disparando contra los fascistas a pocos metros de distancia, hasta que un segundo impacto en el pecho lo derriba y ya moribundo es acribillado a balazos.

Al ver caer al Presidente, miembros de su guardia personal contraatacan enérgicamente y rechazan de nuevo a los fascistas hasta la escalera principal. Se produce entonces, en medio del combate, un gesto de insólita dignidad: tomando el cuerpo inerte del Presidente lo conducen hasta su Gabinete, lo sientan en la silla presidencial, le colocan la banda de Presidente y lo envuelven en una bandera chilena.

Aun después de muerto su heroico Presidente, los inmortales defensores del palacio resistieron durante dos horas más las salvajes acometidas fascistas. Sólo a las cuatro de la tarde, ardiendo ya durante varias horas el Palacio Presidencial, se apagó la última resistencia.

Muchos se asombrarán de lo que aquí se acaba de narrar. Y así es, sencillamente asombroso. La alta oficialidad fascista de los cuatro cuerpos armados se había levantado contra el gobierno de la Unidad Popular y sólo cuarenta hombres resistieron durante siete horas el grueso de la artillería, los tanques, la aviación y la infantería fascistas. Pocas veces en la historia se escribió semejante página de heroísmo.

El Presidente no sólo fue valiente y firme en cumplir su palabra de morir defendiendo la causa del pueblo, sino que creció en la hora decisiva hasta límites increíbles. La presencia de ánimo, la serenidad, el dinamismo, la capacidad de mando y el heroísmo que demostró fueron admirables. Nunca en este continente ningún Presidente protagonizó tan dramática hazaña. Muchas veces el pensamiento inerme quedó abatido por la fuerza bruta. Pero ahora puede decirse que nunca la fuerza bruta conoció semejante resistencia, realizada en el terreno militar por un hombre de ideas, cuyas armas fueron siempre la palabra y la pluma.

Salvador Allende demostró más dignidad, más honor, más valor y más heroísmo, que todos los militares fascistas juntos. Su gesto de grandeza incomparable, hundió para siempre en la ignominia a Pinochet y sus cómplices.

¡Así se es revolucionario!

¡Así se es hombre!

¡Así muere un combatiente verdadero!

¡Así muere un defensor de su pueblo!

¡Así muere un luchador por el socialismo!

Hace unos minutos a esta tribuna nos llegó el texto de las últimas palabras del Presidente Allende.

«Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.

»¡Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores!

»Estas son mis últimas palabras, teniendo la certeza que el sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía, y la traición».

Los fascistas han tratado de ocultar al pueblo de Chile y al mundo este comportamiento extraordinariamente heroico del Presidente. Para ello han tratado de enfatizar la versión del suicidio.

Pero incluso si Allende, herido grave, para no caer prisionero del enemigo hubiese disparado contra sí mismo, ese no sería un demérito sino que habría constituido un acto de extraordinario valor.

Calixto García, una de las figuras más gloriosas de nuestra historia, cayó prisionero del enemigo, y cuando a la madre le informaron que su hijo estaba prisionero, ella dijo: ¡Ese no puede ser mi hijo! Pero cuando le dijeron: antes de caer prisionero se disparó un tiro para privarse la vida, ella dijo: ¡ah, entonces sí, ese es mi hijo!

Después de muerto el presidente Allende han tratado de lanzar lodo sobre su limpia figura, de una forma baja, innoble, ruin.

¡Pero qué puede esperarse de los fascistas! Incluso han sacado a relucir el fusil con que combatió Allende, el fusil automático que nosotros le obsequiamos, tratando de hacer propaganda burda y ridícula con eso. ¡Pero los hechos han demostrado que ningún obsequio mejor al presidente Allende que ese fusil automático para defender el gobierno de la Unidad Popular!

Fue mucha la razón y premonición que tuvimos al obsequiarle ese fusil al Presidente. ¡Nunca un fusil fue empuñado por manos tan heroicas de un presidente constitucional legítimo de su pueblo. Y ¡nunca un fusil defendió mejor la causa de los humildes, la causa de los trabajadores y los campesinos chilenos! ¡Y si cada trabajador y cada campesino hubiesen tenido un fusil como ese en sus manos, no habría habido golpe fascista! Esa es la gran lección que se desprende para los revolucionarios de los acontecimientos chilenos».

Extractado de <www.chilevive.cl>[63].

Comentario: Como es manifiesto, los primeros párrafos del discurso de Fidel Castro presentan una imagen esencialmente verídica y fiel de los hechos de aquella mañana, que ha sido confirmada y enriquecida por decenas de testimonios posteriores. Los miembros de la escolta que ingresaron con Allende a La Moneda aquel día, eran en realidad 20, no 23 (sin contar los cinco o seis que, siguiendo instrucciones del Presidente, se apostaron en el edificio del Ministerio de Obras Públicas), según lo consigna casi 30 años después el historiador Patricio Quiroga[64]. Fidel dice que siete miembros de Investigaciones

ingresaron a La Moneda para sumarse a los defensores, en realidad fueron 16. Se equivoca Fidel en otro detalle, cuando afirma que Allende se dirigió por radio al país sólo tres veces, en realidad lo hizo cinco veces (véase nuestra cronología al final de este libro). Esto muestra muy bien, por lo demás, lo difícil que resulta recordar y registrar de modo preciso y confiable los detalles de cualquier acontecimiento o hecho histórico.

Aquel pasaje en que Fidel se refiere al incidente protagonizado por los tres representantes comisionados por Allende para parlamentar con los golpistas, –donde se nombra a Flores y Vergara, pero se omite a Puccio y su hijo– es casi enteramente ficcional, porque se sabe hoy que ninguno de ellos fue herido en su peligroso trayecto al Ministerio de Defensa. Algo semejante ocurre con la historia de las graves heridas sufridas por Augusto Olivares, su operación y subsecuente casi milagrosa recuperación, que tampoco han sido refrendadas por ningún testigo o relato posterior.

En cuanto al controvertido episodio del bazuca, es decir, del arma antitanque que habría disparado el Presidente, Fidel Castro sostiene que este puso fuera de combate, con un impacto directo, uno de los tanques que atacaban por la calle Morandé. Según lo refieren José Manuel Vergara y Florencia Varas, «el doctor Óscar Soto habría visto a Allende tomar un bazuca y dispararle a un tanque que se aproximaba, pero que no estaba seguro si había dado en el blanco o no»[65]. A lo que parece Allende no consiguió poner fuera de combate el tanque en aquella oportunidad, como lo sugiere el propio médico del Presidente, cuando en su libro testimonial, escrito muchos años después de los hechos, se refiere así a este mismo episodio: «El combate continúa. Un tanque y un vehículo blindado intentan aprovechar la destrucción de la ancha puerta de la calle Moneda, junto a la cual había un gran boquete en la pared. Reciben disparos de bazucas, que lanzan el Presidente y Jano, de la guardia presidencial. [Los vehículos] se alejan transitoriamente, frustrándo[se] el intento»[66].

Es manifiesto que en los dos discursos arriba reproducidos se afirma que el Presidente habría sido ametrallado por los militares golpistas. ¿Cómo llegó a originarse dicha versión de los últimos momentos del Presidente? Responder a esta pregunta requiere, indudablemente, de una cierta «composición de lugar», es decir, de una suerte de reconstrucción mental de las circunstancias de los días inmediatamente posteriores al Golpe. Puede uno imaginarse el predicamento en que se encontraron en ese momento los más altos dirigentes de la izquierda chilena, quienes, luego de escapar de las garras de la represión, habían conseguido refugiarse en otros países. La noticia del suicidio de Allende, propalada por las radios de la Junta Militar durante la tarde del 12 de septiembre, circulaba ya alrededor del mundo. Por cierto que existían poderosas razones para

dudar de su veracidad. Uno no espera que sus jurados enemigos tengan mayores escrúpulos en hacer públicas informaciones falsas acerca de la muerte del líder de la Unidad Popular, especialmente si ellos mismos pudieron haberlo asesinado. Como lo pone tan bien el doctor Soto: «No se ataca un edificio con tanques, carros de combate, fuerzas terrestres y bombardeo masivo, para preservar la vida de quienes allí se encontraban»[67]. Por otro lado, no se disponía de información fidedigna acerca de los últimos momentos del Presidente, porque la totalidad de aquellos que presenciaron estos hechos habían sido tomados prisioneros por las fuerzas militares al deponer las armas y rendirse. Beatriz Allende, y otras mujeres, tenían información de primera mano de lo que había ocurrido en el Palacio de Gobierno hasta antes de comenzar el bombardeo, pero desconocían en detalle lo acaecido desde aquel momento hasta que los sitiadores ingresan, pasadas las dos de la tarde, al interior del segundo piso del antiguo edificio. Pero allí estaba, providencialmente, Renato González, miembro de la escolta presidencial, y sobreviviente del combate de La Moneda. Por desgracia el joven Renato (tenía entonces apenas 17 años de edad), quien, si bien estaba en condiciones de relatar una gran cantidad de detalles de aquella jornada memorable, tampoco había visto morir al Presidente. Pero en ese momento eso no lo sabía nadie sino él mismo. Puede uno imaginarse lo intoxicante que debe haber sido para el joven aparecer en ese momento como el único testigo vivo de hechos de tanta importancia histórica y política para Chile y el mundo. De esta intoxicación surgirá una leyenda que, aun treinta años después del Golpe y de la muerte del Presidente, se resiste empecinadamente a desaparecer, como lo mostraremos a continuación.

En un pasaje del importante capítulo 11 de su libro sobre los dos últimos años del gobierno popular, dedicado específicamente a establecer si Allende se suicidó o fue asesinado, Nathaniel Davis se pregunta dónde podría encontrarse el origen último de la difundida versión de que Allende habría sido muerto por efectivos de las fuerzas militares que atacaron el Palacio Presidencial. Buscando una respuesta satisfactoria a esta pregunta, y luego de examinar críticamente diferentes versiones de la muerte del Presidente, se va poniendo de manifiesto como cada uno de los hilos de la madeja formada por las diferentes versiones de los hechos que señalan que el Presidente habría sido asesinado, parecieran converger en el relato grabado de sus momentos finales hecho por Renato González, en los días posteriores al Golpe, y cuyo texto es el siguiente:

«Nos encontramos con un grupo de fascistas bajo el mando de un capitán mayor, en los salones cercanos al Salón Rojo. Él gritó: ‘Ríndase, señor Allende’. Nuestro compañero dijo: ‘Nunca. Es preferible salir muerto que rendirse’. Cuando terminó escuchamos un disparo hecho por el militar. Dio en el Doctor

[Allende]. Ellos abrieron fuego con sus ametralladoras, y nosotros disparamos en contra de ellos. Doce de nuestros compañeros cayeron muertos junto al Presidente Salvador Allende. Nuestros disparos se hicieron más intensos. Cayeron el oficial y seis soldados. Nos acercamos al cuerpo del Presidente. Estaba herido de muerte. Nos dijo, 'un líder puede caer, pero aún tenemos una causa. América será libre'. Eran las 1:50 P.M. cuando cayó el compañero Allende, asesinado por las balas de los fascistas y traidores. Tenía como cinco balas: cuatro en el cuello y dos en el tórax… Recogimos su cuerpo martirizado y lo llevamos a su lugar, la oficina presidencial. Lo sentamos en su sillón, le pusimos la banda presidencial, su arma en los brazos, … Encontramos la bandera [chilena]… y cubrimos su cuerpo con ella»[68].

Como puede apreciarse, esta descripción de los hechos contiene algunos de los elementos del relato que Renato González le habría hecho a Miguel García Ramírez la noche del 15 de septiembre de 1973 en el avión que llevaba a ambos al exilio mexicano, y que citamos en la introducción; aunque las diferencias son también notables. Por ejemplo, a) quienes habrían abatido al Presidente no son aquí un oficial y seis soldados, sino un teniente, un capitán, y cinco soldados; b) Allende aparece aquí como habiendo recibido seis balas en el cuerpo: cuatro en el cuello y dos en el tórax, mientras que en el artículo de Miguel García Ramírez el número aparece revertido: dos en el cuello y cuatro en el hemitórax; c) en su relato grabado Renato González sostiene que el Presidente fue envuelto con la bandera chilena; en el artículo de García Ramírez se afirma que le calzaron sólo la banda presidencial, etc.

Información mucho más reciente ha venido a confirmar inesperadamente la hipótesis de Nathaniel Davis de que la principal fuente y origen de todos los relatos en los que Allende muere asesinado, debía encontrarse en la descripción de estos acontecimientos hecha y divulgada originalmente por Renato González. Así, en un pasaje de su importante libro, Patricio Quiroga reproduce la siguiente extraordinaria revelación como saliendo de labios del propio joven sobreviviente de la escolta presidencial:

«Renato González, con nombre de chapa *Eladio*, fue uno de los cuatro GAP que combatió en La Moneda y vivió para contarlo. Fue el hombre que simuló un ataque, el doctor *Cacho* Soto le diagnosticó peritonitis y por eso partió a la Asistencia Pública. Volvió a narrar ese episodio producto del fingimiento y del miedo. Recordó a los enfermeros que lo protegieron y ocultaron en la morgue, sintió el escalofrío por los compañeros heridos y sangrando, revivió el viaje en ambulancia en pleno toque de queda con el fin de buscar nuevos heridos y la casa que le tendió la mano y el viaje al exterior. Todo muy rápido, una vorágine de acontecimientos que de pronto lo puso en La Habana y *ante el propio Fidel*

Castro que le pedía detalles sobre los últimos minutos de Allende, información con la que el líder cubano dio forma a su histórico discurso del 28 de septiembre del ’73 en la Plaza de la Revolución»[69].

El problema con Renato González es que no podía ser un buen testigo de la muerte de Allende, simplemente porque él no se encontraba presente cuando ello ocurrió, según ha podido establecerse posteriormente. González no sólo le informó a Fidel Castro de ciertos detalles de los últimos momentos del Presidente que eran puramente ficcionales, induciéndolo así a aceptar una versión incorrecta y falsa de su muerte, sino que además se dedicó personalmente a propalar esta versión completamente mítica de los acontecimientos de La Moneda, que en su momento adquirió tal legitimidad dentro de la izquierda, que terminó por desplazar casi completamente a una representación verdadera de lo allí acaecido.

No hay duda que Fidel Castro se basó en el testimonio de Renato González en aquella parte de su discurso donde afirma que los defensores de La Moneda continuaron combatiendo por dos horas después de la muerte del Presidente, lo que no aparece confirmado por ningún otro de los testimonios conocidos. Fidel también sigue el relato del joven sobreviviente del GAP, cuando señala que Allende habría sido herido en la espalda al ser alcanzado por fragmentos de vidrio, productos de una explosión, en los momentos en que se encontraban transportando pertrechos desde la armería ubicada en la planta baja. Igualmente, su relato de los últimos momentos del Presidente se apoya en la descripción hecha por Renato González, en donde aquel, parapetado en un rincón del Salón Rojo, recibiría en el estómago y en el pecho los disparos mortales, luego de lo cual sería conducido por los miembros de su guardia personal hasta su gabinete, donde después de sentarlo sobre su sillón presidencial, puesto sobre el pecho la banda tricolor de Presidente y su arma al brazo, finalmente lo habrían envuelto en la bandera chilena.

Pero la parte final de su discurso expresa, al mismo tiempo, la cautela de Fidel Castro ante las informaciones suministradas por Renato González y otros exiliados chilenos, acerca de los momentos finales del presidente Allende, pues en ella se contiene una verdadera «salida de escape» al dilema del «asesinato o suicidio», que a nuestro juicio no ha sido apreciada en toda su significación, especialmente por aquellos que acusan al líder cubano de haber sido el autor de la leyenda de un Allende muerto en combate.

En el centro de la foto se aprecia a Renato González, miembro del GAP,
con las manos tras la nuca, en los momentos en que es capturado
por los soldados que atacaron La Moneda.
Publicada en Rojas, 1998: 200, reproducida en Quiroga, 2001.

Capítulo 4

Los diferentes testimonios de la muerte del Presidente

La imagen del Presidente envuelto en una bandera chilena suscitó las versiones del Allende-muerto-en-combate y del Allende-suicidado. Algunos se ajustaron a la verdad, otros a la imaginación.

Patricio Quiroga Z. (2001)

Observa correctamente Carlos Jorquera, en su personalísimo libro sobre Allende, que «nadie pudo conocer en su integridad todo lo que sucedió esa mañana [del 11 de septiembre], porque fue un drama que se vivió en varios escenarios simultáneamente»[70]. En efecto, de allí que sea necesario contar con la mayor cantidad y variedad posible de relatos sobre los diferentes acontecimientos de aquel día. Particularmente en lo que se refiere a los últimos momentos del Presidente, creemos que no existe una versión o un testimonio, que por sí solo pudiera considerarse suficientemente completo o definitivo. Porque cada uno de ellos está presentado, inevitablemente, desde un determinado ángulo y desde un particular punto de vista, y por lo tanto representa una entre infinitas visiones parciales de los hechos. Cada testimonio depende, por cierto, de la situación y estado de ánimo del testigo, de su memoria, de su capacidad expresiva, de su sentido de observación, de su propio lugar e importancia dentro de los acontecimientos descritos, etc. Es por esto que sólo el conjunto de los testimonios conocidos pueden permitir que nos formemos una imagen esencialmente veraz, y de cierta completitud, de lo que ocurrió aquel martes trágico. Curiosamente, incluso informaciones suministradas por los enemigos del Presidente, convenientemente interpretadas, pueden ayudarnos a configurar un cuadro más detallado y completo de las verdaderas circunstancias de su muerte.

El último instante. Versión del doctor José Quiroga

El doctor José Quiroga Fuentealba, médico de La Moneda, cardiólogo y masón, es una de las últimas personas que ve con vida al presidente Allende.

Me encontraba en el segundo piso, esperando salir por Morandé 80. Y entonces veo al presidente Allende avanzar por el pasillo. Veo que entra al Salón Independencia, solo. Yo creo que pasaron algunos segundos, cuando alguien pregunta, ¿qué está haciendo [él] ahí, solo?».

…Y otro, de los que estaban en la fila, abre la puerta del salón y pudimos verlo.

…–¿Qué alcanza a ver usted?

…–Veo al Presidente. Está sentado. Veo su inconfundible figura en medio del humo y de los gases que invaden el recinto. Está en un sillón, de frente. Y entonces sin que se escuche nada, porque el ruido en el exterior es tremendo, su rostro desaparece, como si se desvaneciera dentro del humo.

…–¿Cree usted que ese es el instante mismo en que se suicida?

…–Sí, sí, siempre lo he pensado así.

Bueno, ahí todos entendimos lo que había pasado. No había nada que hacer. Alguien irrumpió en llanto y nosotros empezamos a bajar lentamente para salir por Morandé 80, excepto el doctor Patricio Guijón, que se quedó junto al cuerpo del Presidente[71].

El testimonio del doctor Arturo Jirón, según Patricia Verdugo

[Yo] iba saliendo de los últimos. Creo que me quedé atrás –recuerda el doctor Jirón– porque a esa altura, yo ya funcionaba automáticamente. Y como soy alto siempre quedé atrás, de los últimos, en las filas del colegio. No tengo otra razón para explicar por qué me quedé de los últimos en esa fila de personas.

Estaba atrás, muy cerca del Presidente. Ahí estaba también el doctor Patricio Guijón, quien había retrocedido para buscar una máscara antigás. Y Enrique Huerta, el Intendente de Palacio. Y el detective David Garrido. Nadie lo vio [al Presidente] sentarse en el sillón de terciopelo rojo del salón llamado Independencia.

El doctor Guijón dice que alcanzó a ver como se movía el cuerpo en un espasmo vertical. Subió y bajó. El doctor Guijón dice que no escuchó el disparo. Se le mezcló con [el ruido] de la balacera que arreciaba en la calle. El detective Garrido dice que lo escuchó gritar [¿al Presidente?]: «Allende no se rinde». Todos coinciden en que Enrique Huerta gritó luego: «¡El Presidente ha muerto!». Eran las dos y cuarto de la tarde:

Entré y lo vi. La metralleta entre las piernas, la cabeza despedazada. Muerto. Vi a Enrique Huerta tomar una metralleta y decir algo, muy alterado, algo así como que iba a salir armado y disparando de La Moneda. Alguien lo toma y lo calma. Hay instantes de confusión. Sólo sé que veo al doctor Patricio Guijón, cabizbajo, sentarse en un sillón cerca del Presidente. Yo estoy anonadado. Y no sé cómo de nuevo llego a la fila que baja la escalera[72].

Examen del testimonio del doctor Jirón

Lo más digno de destacarse en este testimonio es el hecho que el doctor Jirón no presenció lo que fuera interpretado por el doctor Guijón como el preciso momento de la muerte del Presidente, sino que simplemente se apoya en su descripción en cuanto a esto. Lo otro que llama la atención en su relato es la hora en que habría ocurrido el suicidio, que aparece adelantada por lo menos en 15 minutos respecto de la hora registrada en el testimonio colectivo redactado por el doctor Óscar Soto, que será reproducido más abajo.

Es sólo el párrafo final, donde se relata lo que Jirón efectivamente vio, que viene a confirmar en parte lo reportado por los doctores Guijón y Quiroga, en sus respectivos testimonios.

En su completa cronología del día 11 de septiembre, Pierre Kalfon señala que el doctor Jirón habría escuchado la detonación de la ametralladora del Presidente, «demasiado próxima para provenir del exterior», pero esta apreciación no aparece mencionada en ninguna otra declaración conocida del médico de La Moneda[73].

El testimonio original del doctor Patricio Guijón, según el general Ernesto Baeza

El relato siguiente corresponde a las declaraciones que el doctor Guijón habría hecho, luego de ser detenido, ante los militares golpistas, en relación al suicidio del Presidente. Estas fueron leídas por el general Ernesto Baeza a los periodistas de los órganos de prensa autorizados entonces por la dictadura, el día jueves 20 de septiembre. Como se sabe, Baeza, ingresó a La Moneda, junto con las tropas de asalto la tarde del 11 de septiembre, y al día siguiente asumió el mando de la Dirección General de la Policía de Investigaciones, que fuera intervenida por el Ejército.

> El Presidente dijo «ríndanse», que «*La Payita* salga primero…» «yo saldré al final». Se produjo el movimiento. El ordenamiento. Alguien proporcionó una escoba y yo me saqué el delantal blanco de médico, que teníamos puesto para identificarnos, y lo di para que sirviera como bandera blanca. En ese momento salió todo el grupo y yo quedé más o menos al final. Cuando íbamos bajando hacia la puerta de Morandé 80, con la intención de rendirnos, de acuerdo a lo ordenado por el propio Salvador Allende, recordé que había dejado mi máscara de gases y volví a buscarla. Y justamente cuando voy en busca de ella pasé frente a la puerta de la habitación que había hacia el salón inmediatamente contiguo. Vi justamente frente a mí, en el lado derecho, sentado en un sofá, un sofá rojo, al presidente Allende en el preciso instante en que se disparaba con un arma colocada entre las piernas. Yo pude ver como el cuerpo se sacudía y el cráneo volaba hecho añicos. No pude precisar si fueron uno o dos disparos porque había un intenso tiroteo afuera que no me permitió reconocer los tiros del arma. Corrí inmediatamente hacia él para ver si podía prestar alguna ayuda, pero al llegar cerca de él

> me di cuenta que no había nada que hacer. El destrozo era tan grande que aseguraba una muerte inmediata. Desconcertado ante toda esta situación, ante este hecho, y sin hallar otra cosa que hacer, yo ya había perdido contacto con el grupo, no había nadie en el salón, no hallé otra cosa que sentarme al lado de él y esperar lo que pudiera acontecer[74].

Comentario: Como puede apreciarse, el relato reproduce aquí los elementos esenciales de la descripción muy posterior del doctor Guijón. Sin embargo, se evidencia una considerable diferencia en la parte referente al instante de la muerte del Presidente. Guijón (o Gijón según Baeza) no dice aquí que a él «le pareció» que había presenciado el momento en que Allende se habría dado muerte, sino que afirma categóricamente que él vio cuando el Presidente se suicidó «con una arma colocada entre las piernas», descripción que no aparece en ninguno de los otros relatos originales conocidos del doctor Guijón, y que, evidentemente, quiere inducir en el lector la idea de que Guijón habría podido distinguir en ese momento el arma con la que se dio muerte Allende.

Además, se omiten aquí dos importantes detalles: a) que en un gesto instintivo le haya tomado el pulso, y b) que haya cambiado de posición la ametralladora, que encontró entre las piernas del cadáver. Se sabe positivamente que Guijón le informó a Palacios de ambos hechos, –los que incluso quedaron registrados en el informe forense escrito el 11 de septiembre de 1973 por los peritos de la Policía Técnica de Investigaciones– pero ellos deben haber sido omitidos por Baeza, muy probablemente porque hubieran aparecido como debilitando el testimonio, cuyo único propósito era, por cierto, demostrar ante la faz del mundo que los golpistas no habían sido los responsables directos de la muerte de Allende.

El testimonio del doctor Patricio Guijón, según Ignacio González Camus

El libro del periodista Ignacio González Camus es uno de los más conocidos, entre los que entregan una descripción detallada de lo ocurrido, dentro y fuera de La Moneda, el día 11 de septiembre. Está basado en entrevistas realizadas entre abril de 1986 y marzo de 1988, así como en antecedentes recogidos de libros, periódicos y grabaciones. Sin embargo, desde el punto de vista de esta investigación, adolece de una deficiencia fundamental que le resta valor testimonial: el libro no contiene ni una sola indicación, ni general ni específica, de sus fuentes. En algunos casos se incluyen en el libro frases en letra cursiva que deben corresponder a la reproducción textual de lo dicho por algunos testigos, cuyos nombres, sin embargo, no se indican. Pero, aunque es manifiesto que el autor hace uso de fuentes y relatos auténticos, en los casos en que no se

dispone de testimonios complementarios, es imposible establecer en detalle si lo allí consignado corresponde a la realidad histórica, o es una simple reconstrucción ficcional, o literaria, de los hechos.

Como otros ocupantes del palacio de gobierno, el doctor Patricio Guijón caminaba por el corredor del segundo piso para entregarse a los militares. Los primeros en la fila ya habían llegado a la planta baja, tras la lenta y dificultosa bajada por la escalera de caracol.

Allende iba en dirección contraria al avance de la hilera, dando la mano a todos.

–Ya compañero, hay que rendirse. Bote las armas –decía.

Y les agradecía su presencia y su solidaridad para con él y el gobierno.

A esa misma hora, la cadena radial de las Fuerzas Armadas entregaba un comunicado:

«El señor Allende ha dado a conocer su intención de rendirse y pide para ello cinco minutos de cese del fuego.

»Esta condición es imposible, porque no termina la acción de fuego de personas ubicadas en edificios colindantes a La Moneda».

Tras repetir el texto, el oficial que hablaba señaló que habría nuevas informaciones «en breves minutos más».

El movimiento de la fila en el interior del Palacio proseguía.

Frente a la puerta del Salón Independencia, había un grupo de cuatro personas: las últimas. Se encontraban allí el Intendente de Palacio, Enrique Huerta, el detective David Garrido y otros dos policías.

Habían estado alternativamente de pie y en cuclillas, para escapar un poco al humo, pasándose una máscara antigás.

El Presidente les dio la mano, lo mismo que a los demás.

En ese momento, el doctor Guijón, próximo ya a la escalera y a la intensidad de la luz de las ventanas, se dijo: «Esta es la primera vez que he estado en una guerra. Cómo no voy a llevar un recuerdo a los chiquillos».

Decidió recuperar la máscara [antigás] que había dejado en el suelo.

Se devolvió.

Allende ingresó en el Salón Independencia.

Todas las puertas del corredor estaban cerradas. Guijón, cuando se acercaba al lugar en que suponía que estaba el artefacto antigás, observó el hueco iluminado de una puerta que, hasta pocos momentos antes, había estado cerrada.

El grupo que estaba frente a la puerta creyó escuchar un grito:

–¡Allende no se rinde, milicos…! –y el Presidente agregó un insulto.

Después imaginarían que lo había dicho mirando por la ventana hacia Morandé.

Guijón se asomó.

Vio a Allende. Escuchó las detonaciones. Creyó que el Presidente se disparaba en el momento de sentarse. Pero lo que en realidad había visto –lo pensó después– era el alzamiento del cuerpo provocado por los proyectiles.

Allende estaba sin casco. El cráneo le voló. Se hallaba sentado frente a la puerta desde la que Guijón lo observaba.

El médico se acercó e hizo un gesto absurdo: le tomó el pulso.

El Presidente carecía de cráneo de las cejas hacia arriba. La masa encefálica había volado.

Le pareció, vagamente, escuchar que alguien gritaba desde la puerta:

–¡Murió el Presidente!

El grupo que estaba afuera se había asomado, mirando el cadáver del Presidente. Enrique Huerta exclamó, estranguladamente:

–¡Viva Allende!

Miró a los detectives:

–¡Quedémonos, ¡resistamos aquí! –exclamó.

Pero no había nadie más que ellos. Los demás habían bajado. Parecía absurdo seguir allí. No lo hicieron. Sólo corrieron la voz de lo que había sucedido. Guijón se quedó al lado del cadáver, que conservaba el fusil ametralladora entre las piernas.

Pasaron los minutos. El médico estaba sentado en un pequeño piso. Se corrió más cerca del cadáver, porque en su espalda había una ventana y afuera se escuchaban los balazos. Temió la irrupción de balas perdidas.

Tenía el aspecto de un doliente. Parecía estar velando el cuerpo de Allende. Miró hacia la oficina de Osvaldo Puccio. Esta habitación tenía abierta sus dos puertas, que estaban en línea, enfrentadas. Una de ellas comunicaba con las escaleras.

Guijón pensó que si los militares entraban, lo harían desde ese costado. Si le observaban tan cerca del arma de Allende, dispararían al menor movimiento suyo.

Cogió el arma y la puso más apartada, hacia la derecha del cadáver del Presidente. Ni siquiera pensó que podía haber impreso sus huellas dactilares en el fusil ametralladora[75].

Compárese el relato anterior del doctor Guijón con estas más breves declaraciones suyas hechas en 1984 a la hoy desaparecida revista *Cauce*:

En el momento que voy saliendo me digo que tengo que llevarle un recuerdo a mi chiquillo. Volví sobre mis pasos a buscar la máscara de gas. Rehice el camino por el mismo corredor. Ya habían salido prácticamente todos y justo frente a una puerta abierta veo como Allende se pega el tiro. ¡Fue desconcertante! Porque se estaba sentando en el momento de dispararse. *En realidad lo que vi fue la levantada que le produjo el impacto*. Entré inmediatamente y le tomé el pulso: estaba muerto. No tenía bóveda craneana… Había volado. Me senté al lado de él y me quedé pensando. Sabía que tendría que llegar alguien. Pensé: si no fui capaz de honrarte en vida por lo menos te acompañaré ahora que estás muerto»[76].

El testimonio colectivo redactado por el doctor Óscar Soto

Este relato es de especial valor e importancia, porque aunque fue escrito por el doctor Soto, –quien, como se sabe, no se encontraba próximo al Salón Independencia en el momento de la muerte del Presidente–, no está basado sólo en sus propias experiencias y recuerdos de aquel día, sino además en los testimonios orales de las siguientes personas: los doctores Patricio Arroyo, Alejandro Cuevas[77], Patricio Guijón, Arturo Jirón, Víctor Hugo Oñate, José Quiroga y Hernán Ruiz; además de los de Miria Contreras, secretaria de Allende (cuyo nombre aparece erróneamente escrito como ‘Miriam’, a lo largo de todo el libro); y Osvaldo Puccio H.; todos los cuales se encontraban en La Moneda aquella mañana del 11 de septiembre.

Asciendo por la escalera y me detengo unos tres escalones antes de llegar a un espacio pequeño, del segundo piso, donde se encuentra Allende rodeado de algunos compañeros. Grito para ser oído. Allende al comienzo no me oye; luego me interroga: «¿Qué dice, doctor?». «Presidente, el primer piso está tomado por los militares. Dicen que deben bajar y rendirse», respondo. Allende ordena sin

titubear: «Bajen todos. Dejen las armas y bajen. Yo lo haré al último». Para mí, esta será la última visión que tenga de Allende. Esta decisión ha sido precedida de una breve conversación en el Salón de la Independencia en que participan Allende, Paredes, París, Jirón, Poupin, Barrios y *Payita*; hay el presentimiento de una masacre dadas las condiciones en que nos encontramos y habrá que rendirse. Uno tras otro bajamos por la escalera; *Payita* ocupa uno de los primeros lugares en esta fila porque así lo ha querido el Presidente. Se lleva un pañuelo blanco, un mantel que el doctor Quiroga ha retirado del comedor. Los últimos en descender serán Oñate, Cuevas, Jirón y Huerta. En esos momentos de confusión Allende se ha retirado a la primera habitación, conocida como Salón de la Independencia, en el cual se sienta; la muralla, tras él, está adornada por un gobelino con escenas campestres y en la pared frente al sillón, se encuentra colgando una pintura. «La jura de la Independencia», obra de Pedro Subercaseaux. Los últimos que descienden escuchan una ráfaga de dos disparos y un fuerte grito de Enrique Huerta: «¡Allende ha muerto! ¡Viva Chile!». [Aquel] coge nuevamente su metralleta, en actitud de continuar el combate, Pincheira se la arrebata de las manos y la deja en el suelo. Es un sacrificio inútil. Escasos instantes después, Patricio Guijón que ha comenzado a bajar la escalera, recuerda que ha dejado abandonada su máscara antigás en el Salón de la Independencia y regresa para llevársela, como un recuerdo, de los episodios vividos. Se queda atónito. Allende se ha disparado su metralleta, que todavía está entre sus piernas. Tiene el cráneo destrozado y yace semi inclinado a la derecha. Guijón le retira la metralleta y la pone sobre las piernas del cadáver[78]. Esta escena será también contemplada desde la puerta por Arturo Jirón, que bajara al último por la escalera del Palacio. En esa habitación muy pronto entran dos militares de tropa, con sus característicos pañuelos, y posteriormente el jefe operativo del grupo militar, general Javier Palacios, con una mano vendada y acompañado por un oficial que resulta ser Armando Fernández Larios, posteriormente conocido en todo el mundo como uno de los ejecutores del asesinato de Orlando Letelier y Ronnie Moffitt en Washington. Patricio Guijón, que permanece en el lugar es un testigo clave; algunos que ya estamos fuera del Palacio conocemos de la muerte del Presidente; nos lo ha dicho, sollozando, Enrique Huerta. Se ha suicidado, pero nadie creerá la versión de la Junta Militar si esta no es refrendada por algunos de los defensores de La Moneda. Guijón explica al general Palacios las razones de su presencia allí. Este, correcto en su trato personal, le permite que llame por teléfono a su esposa, Silvia, para comunicarle que se encuentra bien. Palacios, perplejo, no logra comprender. ¿Por qué tantos médicos en el Palacio? No es el lugar y el momento para contar toda la historia. Guijón está presente allí cuando llegan los bomberos, alrededor de las 16:30 horas, para combatir el incendio y luego, cuando peritos balísticos, topógrafos[79] y expertos en identificación llenan el salón y cumplen sus funciones, examinando el sitio del suceso y el cadáver del Presidente. Este será envuelto en un chamanto boliviano[80], blanco y gris, y llevado al Hospital Militar de Santiago para practicársele la necropsia.

El grupo de defensores del Palacio que ha salido con las manos detrás de la cabeza, golpeados a culatazos y patadas por los soldados, son obligados a colocarse de pie mirando a la pared del edificio. Patricio Arroyo, por azar, está parado junto a Jaime Barrios y Enrique Huerta; de soslayo visualiza en la mano izquierda de Huerta la hora, son las 14:10. Esto permite afirmar, casi con absoluta seguridad, que el suicidio de Allende ha ocurrido siendo las 14 horas[81].

Examen del testimonio colectivo redactado por el doctor Óscar Soto

La descripción de los hechos que aquí se hace se inicia con el doctor Soto subiendo al segundo piso con el fin de transmitirle al Presidente la orden de rendición impartida por los militares, quienes han tomado ya control de la planta

baja de La Moneda. La comunicación entre ellos resulta dificultada por el ruido de la balacera, que en esos momentos debe haber sido tan intensa como ensordecedora. Allende les ordena a todos deponer las armas al tiempo que les informa que él será el último en bajar. Este detalle se encuentra en la casi totalidad de los testimonios conocidos. Luego se nos relata algo que no ha sido referido en ningún otro testimonio anterior: que la decisión de rendirse fue tomada colectivamente en previsión de una masacre inútil. En seguida se produce la fila tantas veces descrita, precedida por *La Payita*, tal como lo ha ordenado el Presidente. Curiosamente, el delantal blanco del doctor Guijón, que sirviera de bandera de rendición, se ha transformado aquí en un mantel del mismo color que habría sido tomado del comedor por el doctor Quiroga. En ese momento Allende habría ingresado al Salón Independencia sentándose [sobre el famoso sillón de felpa de color rojo granate] cuyo respaldo se encontraba apoyado en el muro oriente, entre dos ventanas que daban a la calle Morandé, y cubierto por un gobelino.

Según este relato colectivo, es en ese mismo momento en que Oñate, Cuevas, Jirón y Huerta habrían escuchado dos disparos, uno tras otro, y el subsecuente grito de este último anunciando dramáticamente la muerte del Presidente, al tiempo que manifestara su intención de continuar el combate. Es bastante dudoso, sin embargo, que los referidos defensores de La Moneda hayan podido escuchar y distinguir el número de los disparos mortales, puesto que según ha declarado en sus testimonios personales el doctor Guijón, ni él mismo, quien se habría encontrado en ese momento cerca de la puerta del Salón Independencia, consiguió oírlos. Pero este es un detalle menor, lo que no lo es la falla que se produce a continuación en la descripción de la secuencia temporal de los hechos descritos. Porque si tal como allí se afirma, el doctor Guijón hubiera recordado, «escasos instantes después» de escucharse los balazos, que había dejado abandonada su máscara antigás, no hay modo de que él hubiera tenido tiempo de alcanzar a presenciar el momento en que el cuerpo del Presidente se elevó violentamente a consecuencia del o de los disparos, presumiblemente de su fusil ametralladora. Importantísimo detalle que, entre paréntesis, es omitido aquí. La descripción posterior corresponde, sin duda, a lo que Guijón debió haber visto una vez que ingresara al interior del salón. El médico le retira, de entre las piernas, la ametralladora con la que Allende supuestamente se ha suicidado y la pone transversalmente sobre ellas. Esto es presenciado desde la puerta del Salón Independencia por el doctor Arturo Jirón, tal como el mismo lo declarara independientemente mucho antes.

Pero se conoce otra descripción breve del modo cómo el doctor Óscar Soto se habría enterado del suicidio de Allende, que no es mencionada en su libro

testimonial. Cuenta Gonzalo Martínez Corbalá, el Embajador de México en Chile durante los años de la Unidad Popular, que «el doctor Soto [le] narró que, al bajar las escaleras para dejar el palacio presidencial y cuando ya nadie salvo Allende quedaba en su interior, [él] escuchó el sonido de un disparo proveniente del Salón Independencia, lugar donde había quedado solo el Presidente»[82]. Esta declaración no nos parece digna de crédito y, además, contradice manifiestamente el testimonio de los doctores Quiroga y Guijón, los que encontrándose mucho más cerca de Allende en ese momento, han declarado, independientemente, que el ruido de la balacera era allí tan ensordecedor que no les fue posible escuchar, ni menos poder distinguir, el número de los disparos mortales[83].

Como es manifiesto, la totalidad de los testimonios reproducidos más arriba coinciden en que el Presidente se habría suicidado. Ninguno *de los médicos que observaron lo ocurrido se hallaban dentro del Salón Independencia, sino en un pasillo, ubicado a una cierta distancia de él (la que, por desgracia, no especifican)*[84], desde el cual observaron el súbito y violento alzamiento de cuerpo de Allende. Ellos dedujeron, entonces, que este movimiento debió haberse producido a consecuencia del o de los balazos que el Presidente se habría disparado bajo la barbilla en ese preciso momento.

¿Cuán confiables son las observaciones de estos testigos claves? En primer lugar, tres de ellos eran médicos, es decir, personas acostumbradas a observar y examinar enfermos y heridos; en segundo término, todos ellos, Guijón, Jirón y Quiroga, eran partidarios del Presidente y hombres que contaban con toda su confianza. Lamentablemente ninguno de ellos sabía nada de armas, ni menos de su uso.

El hecho de que todos ellos cayeron inmediatamente en poder de los golpistas, debiendo sufrir largas penas en Isla Dawson y en otros lugares de detención, represión y tortura (donde, como señala Nathaniel Davis, fueron «sometidos al frío, a la privación, a la indignidad y al abuso físico») hizo que dentro de la izquierda chilena muchos descalificaran *a priori* sus declaraciones de que el Presidente se había suicidado. Otros, como Robinson Rojas, no sólo argumentaron que el suicidio había sido un «montaje»[85], sino que, además, con el fin de dar plausibilidad a dicha seudoexplicación, presentaron al doctor Guijón como un cobarde quien, al ingresar los militares golpistas al segundo piso del Palacio Presidencial, se habría encontrado llorando. La descripción que hace Rojas del testigo en su libro es además de injusta y denigrante, en parte, completamente ficcional:

«…el doctor Patricio Guijón Klein, que desde noviembre de 1972 había sido contratado como médico cirujano en el equipo de doctores para cuidar la salud

del Presidente. No pertenecía a ningún partido político integrante de la Unidad Popular. Había aceptado ser médico de Allende simplemente porque eso mejoraba su *status* como profesional. Esa tarde del 11 de septiembre se había visto entrampado junto con el equipo médico restante (siete personas), y el futuro le deparaba ser 'testigo' de un suicidio que no ocurrió… Era su vida contra la trama montada por los militares insurrectos. Prefirió ser testigo»[86].

Comentario: Mediante esta falaciosa y enteramente *ad hominem* descalificación, Rojas quiere hacernos creer que el testimonio del doctor Guijón carecería de todo crédito. En realidad él no había sido contratado para cuidar la salud del Presidente (de eso se encargaba el doctor Soto, quien era cardiólogo), sino que era parte del equipo de médicos de La Moneda. El hecho de que Guijón no perteneciera a ningún partido político de la coalición gubernamental no lo hacía ni más ni menos confiable; mientras que la descripción de los motivos que lo habrían impulsado a aceptar su designación como médico de La Moneda es una interpretación personal del periodista. En la página 62 de la edición española de su libro Rojas repite conceptos muy similares. Pero, además, es patentemente falso que el médico se hubiera visto «entrampado» aquel día en La Moneda. Si el doctor Guijón se quedó en el Palacio Presidencial a soportar el ataque terrestre y el bombardeo aéreo –después de los repetidos esfuerzos de Allende para que abandonaran el lugar todos aquellos que así lo desearan, o quienes no supieran manejar armas, o pudieran ser más útiles en el exterior– es simplemente porque el médico así lo eligió, lo que está mostrando indirectamente que no era ningún cobarde.

La muerte de Allende según el comandante Roberto Sánchez, edecán aéreo del Presidente

Aunque el contenido esencial de este testimonio es reproducido entre las páginas 369 y 371 del libro de Ignacio González Camus, es manifiesto que la entrevista, hecha al oficial en julio de 1998, por Gonzalo Martínez Corbalá, ex embajador de México en Chile, es superior y más digna de confianza que la versión literaria de González Camus. La citamos aquí tal como aparece en las páginas finales del libro del ex embajador azteca:

> *Embajador*: ¿Qué detalles recogió Ud. de la muerte del Presidente Allende y del lugar en que se produjo el deceso?

Comandante Sánchez: Al lado del comedor presidencial, en La Moneda, existían dos salones. El Salón Rojo, que era más protocolar, y otro más privado, que era una especie de *living* con dos o tres sillones. Yo estoy seguro de que ahí se mató el Presidente. El día 12, después del encuentro ya señalado con Verónica [Ahumada] y Cecilia [Tormo][87] yo fui a La Moneda a tratar de retirar mis cosas personales, pensando que algo podía haberse salvado de la destrucción y el incendio provocado por los bombardeos del día anterior. La verdad es que estaba todo quemado. Antes de abandonar el recinto subí al lugar donde había muerto el Presidente. Se encontraba aún [allí] uno de los sillones pegado a la pared. Dos balas incrustadas en la muralla: restos de masa encefálica y sangre aún podían verse. Pienso que la primera bala debe haberlo matado de inmediato. La segunda [probablemente] salió con la presión del dedo, porque la metralleta estaba dispuesta *tiro a tiro* y no para disparar ráfagas.

Ello me vino a confirmar la versión que la noche anterior me había proporcionado el general Bórquez, médico de la Fuerza Aérea, quien había sido compañero del presidente Allende en la Escuela de Medicina. Él me dijo: «Yo firmé el acta de la autopsia. El Presidente se mató, se voló la masa encefálica».

Esa conversación fue lo que me motivó a tratar de impedir que doña *Tencha* viera el cadáver del Presidente [en el Cementerio Santa Inés]. Ella me decía, con toda razón: «¿Cómo sé yo que los restos que vamos a enterrar son los de Salvador? Señora *Tencha*, yo le contestaba, «tenga confianza en mí». Era demasiado doloroso que ella viera los restos del Presidente en ese estado.

Un año después, en la casa de Moy de Tohá, me encontré con el doctor Patricio Guijón, a quien conocía poco porque se integró al final al equipo médico de La Moneda y que fue un testigo importante de lo que había ocurrido.

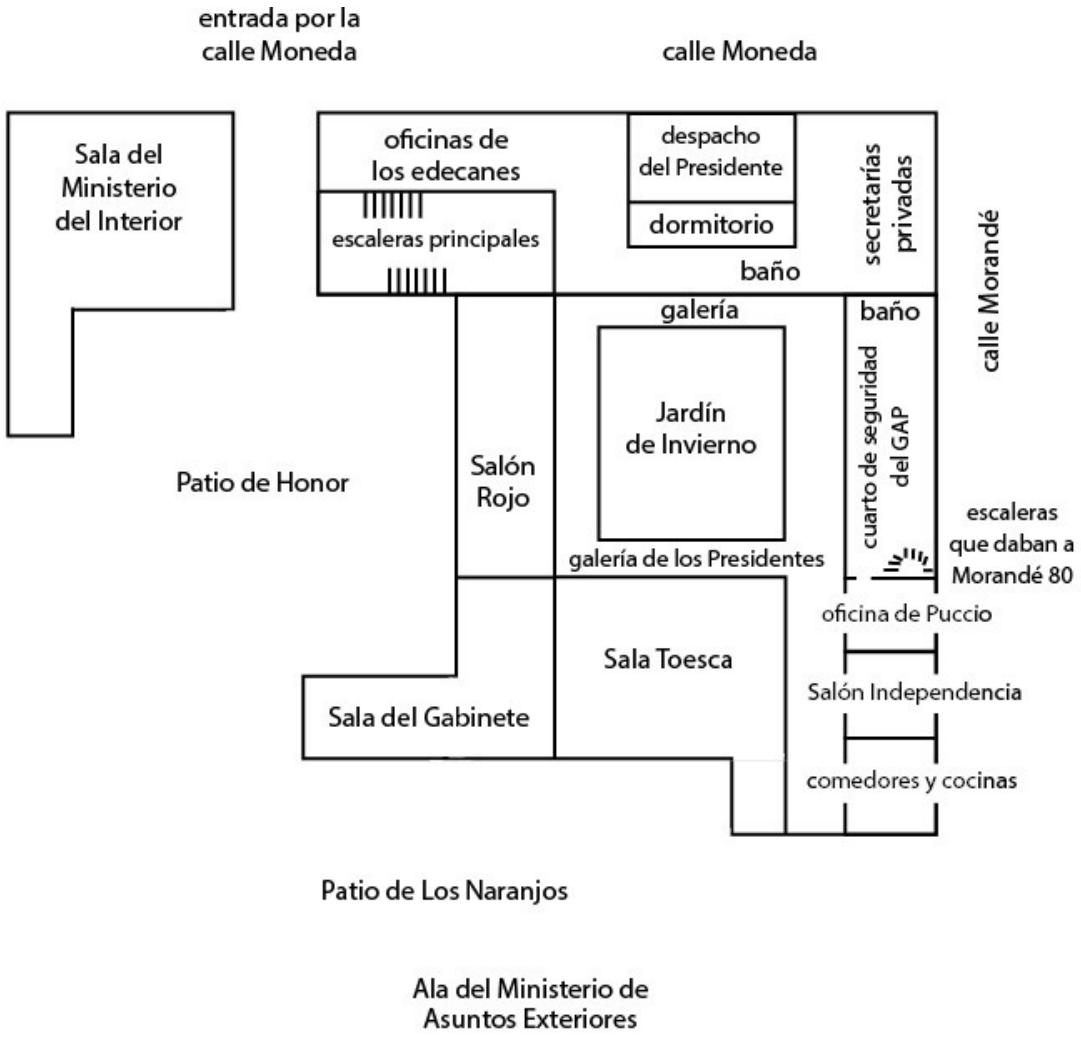
Esa noche confrontamos las versiones de cada cual y surgió la certeza de cómo se había producido la muerte del Presidente Allende. Posteriormente se corrió el rumor de que los restos no eran efectivamente los que estaban sepultados. Pero también se constató posteriormente, ya con pruebas científicas, que ese rumor no era efectivo[88].

Comentario: Es curioso que el comandante Sánchez no consiga recordar aquí el nombre del Salón Independencia, y tampoco tenga una visión topográfica adecuada de los diferentes salones de La Moneda. Porque el recinto donde murió el Presidente no estaba contiguo al Salón Rojo sino a la Sala Toesca (véase plano adjunto en la página siguiente). Pero lo que resulta del todo desconcertante es que él haya podido ubicar y ver allí al día siguiente los proyectiles mortales incrustados en el muro posterior del salón. Se pregunta uno: ¿qué clase de examen pericial habían hecho los funcionarios de la Brigada de Homicidios y de la Policía Técnica de Investigaciones, si las balas que supuestamente provocaron la muerte del Presidente se encontraban aún allí? ¿Acaso no constituían ellas importantes piezas evidenciales?

En su monumental libro, Mónica González reproduce un relato algo diferente de la visita del comandante Sánchez al lugar de los hechos, que puede ayudarnos a entender estas inexactitudes y contradicciones aparentes. Dice allí el edecán aéreo:

«El edificio estaba casi desocupado. Pasé por el Salón Independencia y vi el sillón manchado con sangre y restos de masa encefálica… Los impactos de bala en la muralla de atrás… Fue muy fuerte ver eso… Me senté en el sofá de felpa

roja… recordé que pocas horas antes, al momento de despedirse de nosotros, el Presidente nos explicó cómo se iba a suicidar… Hice la repetición de sus movimientos… ¿Habrán sido estos? ¡El Presidente cumplió con lo que nos dijo!»[89].



Plano del segundo piso del Palacio de La Moneda, sector noreste (1973).

Es decir, lo que el edecán presidencial habría visto no fueron los proyectiles, sino los impactos, o perforaciones, dejados por aquellos sobre la superficie de la pared posterior del Salón Independencia. No puede haber sido de otro modo, porque incluso consta en el Acta de Análisis del examen pericial, reproducido y examinado más adelante, que se ubicaron allí «vainillas y proyectiles…, e incluso un cartucho para pistola» (véase secciones 2.1.3. y 2.1.4, del referido documento). En la primera de estas secciones se detalla, incluso, que los

impactos de bala quedaron estampados en el muro, luego de haber atravesado el gobelino que lo cubría. Desgraciadamente no se indica allí la altura de tales perforaciones.

En cuanto a las afirmaciones del doctor Bórquez, referidas más arriba por el Comandante Sánchez, son convergentes con otros testimonios. Sin embargo, y contrariamente a lo que sostiene el edecán, aquél no firmó el «acta de autopsia». Lo que puede constatarse mediante la simple inspección del referido documento, que examinaremos posteriormente. Pero, además, el Comandante está obviamente equivocado respecto de una supuesta conexión entre Bórquez y Allende, porque no fue él, sino el doctor José Rodríguez Véliz, quien había sido compañero de curso del Presidente en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile[90].

Finalmente, cabría preguntarse ¿Cómo supo el comandante Sánchez que la ametralladora del Presidente se encontraba puesta en la posición *tiro a tiro*? Este detalle sólo pudo conocerlo alguien que hubiera examinado el arma luego de los hechos. Pero como se verá en el capítulo 6, esto no consiguieron hacerlo ni siquiera los peritos de la Policía Técnica de Investigaciones, por una extraña y reveladora circunstancia, sólo recientemente conocida, a la que nos referiremos en detalle posteriormente.

Las declaraciones de Miria Contreras en 1988 sobre la muerte del Presidente [91]

> En una entrevista publicada en la revista colombiana *Semana*, Miria Contreras –secretaria privada de Allende durante los últimos 10 años de su vida, quien estuvo en el Palacio Presidencial hasta el final– ha confirmado que él se suicidó, cumpliendo así con su promesa de que «si tratan de sacarme de La Moneda antes del término de mi mandato, van a tener que sacarme con los pies por delante».
>
> Miria Contreras, ahora de 60 años de edad, quien ha vivido en Cuba desde el Golpe, rompió un silencio de 15 años acerca de las controvertidas circunstancias de la muerte de Allende, en una entrevista en La Habana.
>
> Ella dice que Allende se quitó la vida con una ametralladora Skorpio –un regalo del presidente cubano Fidel Castro– mientras el Palacio Presidencial era bombardeado por la Fuerza Aérea.
>
> Inmediatamente después, ella ingresó a su oficina, logrando zafarse de un amigo periodista quien trató de detenerla y vio el cuerpo de Allende «en medio de un charco de sangre detrás de su escritorio… el arma estaba en sus manos[92].
>
> Detenida brevemente por los militares del Palacio Presidencial, [Miria] Contreras consiguió escapar y vivió escondida en Santiago por varios meses, hasta que se asiló en la Embajada de Suecia, y posteriormente salió a exilarse a Cuba.
>
> Cuando conseguí dejar Chile y venirme a Cuba, a nadie le gustó mi versión del suicidio de Salvador. No sabía que no podía ni siquiera mencionarse. Sólo los militares y la extrema derecha hablaban de suicidio en aquel tiempo. Pero yo lo vi muerto unos pocos segundos antes de que los soldados entraran al Palacio Presidencial. Nunca he entendido cómo las imágenes pudieron alterar el hecho de su suicidio.

> Ella recuerda que Allende hablaba frecuentemente de la posibilidad de quitarse la vida, «y sentía una gran admiración por el presidente Balmaceda, quien se suicidó en 1891, después de ser derrotado en la Guerra Civil[93].

Comentario: En realidad las declaraciones reproducidas por el periódico puertorriqueño no son otra cosa que pasajes escogidos de la entrevista que, a comienzos de 1988, le hiciera a Miria Contreras el periodista Gastón Salvatore de la revista italiana *Epoca*, y que fuera reproducido posteriormente en el diario *El Mercurio* de Santiago. Como puede verse, las declaraciones de *La Payita* contienen algunos manifiestos errores. Por ejemplo, el arma con la que Allende se habría quitado la vida, de acuerdo con la versión oficial, no fue un fusil Skorpio, sino un rifle de asalto AK de fabricación soviética. Este es un error fácilmente explicable en alguien que no sabía de armas, no así dos errores de monta que allí se contienen. De acuerdo con todos los relatos de los testigos más próximos al lugar de los hechos, el Presidente no se suicidó detrás de su escritorio, sino sentado sobre un sillón de felpa de color rojo granate, que no se hallaba ubicado en su Oficina-escritorio, sino en el Salón Independencia. La «oficina» de Allende, a la que se refiere *La Payita*, se encontraba en el lado poniente y opuesto de La Moneda (véase plano adjunto), es decir, a decenas de metros del lugar indicado por ella. La impresión general que se desprende de su relato de los hechos es que Miria no vio al Presidente muerto, sino que supo esto por boca de alguno de los combatientes de La Moneda, presumiblemente mientras encabezaba la fila de los sobrevivientes que bajaron, para ser detenidos, por la escalera que daba directamente a la salida de Morandé 80[94]. De lo contrario no se explica que ella no hubiera podido indicar el lugar correcto donde se suicidó el Presidente, ni describir adecuadamente la escena de su muerte, pues la totalidad de los testimonios coinciden en la escasa sangre que había en el lugar. Sin embargo, y más allá de estas imprecisiones, creemos que las declaraciones de *La Payita* son de todas maneras importantes, en cuanto a que corroboran, independientemente, lo relatado por otros testigos, tales como los doctores Quiroga, Guijón y Jirón, quienes afirmaron desde el primer momento que Allende se había suicidado.

Desgraciadamente Miria Contreras[95] cae aquí, también, en el error tan común de interpretar la admiración que aquel sentía hacia el presidente Balmaceda, como si hubiera estado basada centralmente sobre su solución suicida, y no sobre su patriotismo, valor y moralidad. Como vimos en el primer capítulo, antes del Golpe, Allende no habló nunca de quitarse la vida, sino de resistir hasta el final. Si somos rigurosos, la única referencia suya al suicidio se produjo, como lo señalamos antes, sólo cuando supo que no tenía otra salida digna.

Anexo Nº 2

La muerte de Allende según el Informe Rettig

La así denominada «Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación», fue creada por Decreto Supremo Nº 355, del 25 de abril de 1990 bajo el primer gobierno post dictatorial de Patricio Aylwin. No tenía carácter judicial, ni la autoridad para asignar culpabilidades ni imponer penas. Sus propósitos no eran jurídicos sino fundamentalmente políticos, y en los hechos el informe cumplió con asignar un castigo moral a los culpables de crímenes cometidos por la

dictadura durante diecisiete años de régimen de terrorismo de Estado. Con todo, y a pesar de sus acotados parámetros y limitados objetivos, los resultados de sus investigaciones estremecieron la conciencia pública nacional, entre otras razones porque representaban el primer reconocimiento oficial de los atropellos a los derechos humanos cometidos bajo la dictadura.

Las conclusiones de aquellas investigaciones –conocidas como el «Informe Rettig»– en honor al presidente de dicha comisión, Raúl Rettig Guisen, un antiguo político radical, fueron entregados oficialmente a aquel el 4 de marzo de 1991, registrando un total de 2.920 casos probados de muertes o desaparecimientos ocurridos entre el 11 de septiembre de 1973 y el 11 de septiembre de 1990. Es altamente expresivo del carácter del Informe que en él se detallen los nombres de las víctimas (no de todas, por cierto), al tiempo que se omiten los nombres de los victimarios, en su gran mayoría miembros de las FF. AA. y agentes de los diferentes aparatos represivos de la dictadura.

La Comisión pareció prodigar una cierta culpabilidad colectiva que produjo en algunos la sensación de que «todos, todos nosotros –según el Informe Rettig– [seríamos] culpables»[96].

Curiosamente, el gobierno de Aylwin se autoimpuso un plazo de apenas dos semanas para dar a conocer el Informe en todas las regiones del país. Como lo consigna Felipe Portales, en relación a la insuficiente difusión del Informe, este ni siquiera fue inscrito en el registro de propiedad intelectual, quedando así fuera de las bibliotecas públicas. Sólo en 1996, antes de cerrarse el mandato de la Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación, se procedió a sacar una segunda edición del Informe, esta vez propiamente registrada[97].

Como podrá verse, el texto que reproducimos en este anexo es un relato que tiende a no herir demasiado la delicada sensibilidad de los responsables y co-responsables de las sistemáticas violaciones de los derechos humanos cometidas desde el mismo día 11 de septiembre de 1973. El lenguaje elusivo y el contexto mínimo dentro del cual es presentada la muerte de Allende le permite a la Comisión proyectar una imagen hasta cierto punto aséptica del Golpe de 1973. Tras esta apariencia se advierte ya una intención conciliatoria, que con posterioridad se confirma y acentúa aún más, en detrimento de la voluntad de hacer justicia en especial respecto a Pinochet, el principal responsable.

Del Informe Rettig

> El 11 de septiembre de 1973, en la mañana, se iniciaron las acciones directas de los efectivos de las Fuerzas Armadas en contra del Palacio de La Moneda, lugar en que se encontraba el Presidente

de la República, acompañado de un grupo de sus colaboradores directos y de miembros de su dispositivo de seguridad, conocido como GAP.

Alrededor de las 13:00 horas, una vez que se había producido el bombardeo del Palacio de Gobierno, el Presidente solicita a Osvaldo Puccio, Fernando Flores, ministro Secretario General de Gobierno, y [a] Daniel Vergara, subsecretario de Interior, que concurran al Ministerio de Defensa con el fin de sostener una reunión con los generales que allí se encontraban. Cuando el Presidente es informado que el único acuerdo posible es la rendición incondicional, solicita salir del Palacio al último grupo que allí queda. Un testigo presente en la ocasión señaló: «Como a las dos de la tarde Salvador Allende dijo que esto era una masacre, que nos rindiéramos, que bajáramos con una bandera blanca, en fila india, sin nada en los bolsillos. Los militares ya habían entrado al primer piso».

A las 13:45 horas, al momento de salir el último grupo de personas por la puerta de calle Morandé, entraron por diferentes accesos de Palacio, las tropas militares compuestas por efectivos de los regimientos «Tacna», «Buin» y una unidad de reserva.

Según la versión de los diferentes testigos, el general a cargo de la operación ingresó a La Moneda, subió hasta el Salón Independencia y allí encontró el cuerpo sin vida del presidente Salvador Allende Gossens. A su lado estaba el doctor Patricio Guijón, quien testimonia [testifica hubiera sido mejor] que aproximadamente a las 14 horas, estando en el último lugar de la fila para hacer abandono del edificio, decidió devolverse con el objeto de sacar una máscara antigases. Al pasar frente al Salón Independencia y mirar hacia el interior pudo observar al Presidente *con un fusil automático* en sus manos; en ese momento su cuerpo recibió el impacto de las balas. Con lo expuesto, la Comisión ha debido establecer que el Presidente Salvador Allende se quitó la vida.

Su caso es singular, sin duda alguna.

La Comisión no ha juzgado pertinente ni posible intentar calificar la muerte del Presidente con arreglo a los criterios que debió elaborar para el estudio de los demás casos

Al afirmar esto, no está la Comisión eludiendo su responsabilidad. Es cierto que el caso de Salvador Allende no es distinto, en un sentido muy hondo, de tantos otros casos que ha visto esta Comisión. Su vida, como toda vida, es insustituible en su esencial dignidad e individualidad. El dolor de los familiares merece todo respeto.

Sin embargo, es de toda evidencia que la investidura que detentaba, las circunstancias históricas de su deceso y las innegables connotaciones de su última determinación, confieren a su muerte un significado que escapa a las posibilidades y a los deberes que esta Comisión intenta dilucidar.

El día y las circunstancias en que el presidente Allende se quitó la vida marcan un extremo de división de la sociedad chilena. Creemos ver signos de que esta división se va superando y esperamos contribuir, con este informe, a que se avance hacia el necesario reencuentro. Con este fin y, en conciencia, la Comisión se inclina con respeto ante el dolor de todos quienes sienten íntimamente la muerte del presidente Allende y difiere un pronunciamiento sobre las circunstancias en que esta se produjo y sobre su significado, a la propia sociedad chilena y a la historia[98].

La parte del Informe Rettig aquí citada contiene un importante detalle que es preciso comentar, porque alude directamente a un punto central de esta investigación. En realidad en ninguna de sus declaraciones iniciales, que sin duda son las de mayor valor evidencial, el doctor Guijón afirmó haber visto al Presidente «con un fusil automático entre sus manos», sino que siempre dijo haber presenciado el súbito movimiento de su cuerpo elevarse por encima del sillón sobre el que se encontraba sentado. De modo que aquella descripción no es otra cosa que una contribución de la propia Comisión, o de los que redactaron el informe, que al principio creímos basada en fuentes militares o de derecha. Afortunadamente, en una entrevista relativamente reciente, publicada en el

periódico *The Clinic*, se contienen unas declaraciones de Guijón que nos permiten establecer, de manera definitiva, cuál habría sido el verdadero origen de aquella referencia a la ametralladora de Allende, que no se encuentra en ninguna de sus declaraciones originales. Relata Guijón: «… Me asomo, miro hacia dentro y veo justo el momento en que Allende se dispara el balazo, porque te digo, justo. Cuando di mis primeras declaraciones, yo decía que había visto al Presidente dispararse en el momento en que iba sentándose. Porque yo vi eso (Se sienta, imitando el movimiento de Allende). Ahora lo que yo vi *–después me lo explicaron los peritos balísticos–* fue que él se disparó con la metralleta y la fuerza del disparo lo hizo levantarse y luego caer sentado otra vez»[99].

Como puede apreciarse, el doctor Guijón, testigo crucial de la muerte del Presidente, parece no haber comprendido la importancia de mantener estrictamente separados en su testimonio, por un lado, lo que constituyen los *hechos* efectivamente presenciados, y por el otro, su posible *interpretación.* Con el paso del tiempo esta confusión pareciera haberse agudizado en su mente, como lo demuestra la última de las declaraciones del médico de La Moneda, en las que se refiere así al arma larga con la que, supuestamente, Allende se habría suicidado: «…en ese momento fue cuando escuché un disparo en el Salón Independencia y vi una persona como sentándose en un sillón, *con una ametralladora*»[100].

En cuanto a esto mismo, no cabe duda que Patricia Verdugo es una periodista bien informada, pero es indiscutible que hay algo profundamente intuitivo en la descripción que ella nos presenta en el capítulo final de su libro reciente sobre Allende y la intervención norteamericana, donde (sin conocer nuestra investigación), consigue recoger lo que consideramos la esencia de los testimonios sobre los últimos momentos del Presidente, en las siguientes palabras: «En medio de la confusión y los disparos, del humo y los gritos, *nadie lo vio dar los pocos pasos que lo separaban del Salón Independencia. Nadie lo vio sentarse en el sofá de terciopelo rojo y tomar la metralleta*. El detective Garrido dice que lo escuchó gritar ‘Allende no se rinde’. El doctor Guijón dice que volteó la cabeza y vio que el cuerpo del Presidente se movía en un espasmo vertical. *Nadie escuchó los disparos*»[101]. En lo que al arma mortal se refiere, en el epílogo de este libro se pondrá de manifiesto el significado e importancia de aquellos aspectos de su testimonio que Guijón no supo mantener separados, pero que fueran tan bien identificados por la certera intuición de Patricia Verdugo.

Capítulo 5

La orden de la autopsia y algunos de sus enigmas

El Golpe debió luchar contra el fantasma del Presidente muerto.

Tomás Moulian

¿Quién dio la orden de que se le practicara un examen *post mortem* a los restos del Presidente? Esto es, por fortuna, algo sumamente simple de establecer, gracias a los buenos oficios de los radioaficionados de izquierda que el 11 de septiembre interceptaron y grabaron las transmisiones intercambiadas por los principales cabecillas del Golpe. He aquí la parte atingente de aquella trasmisión:

> *Puesto Nº 1 (Peñalolén-Ejército)*: Dice el Comandante en Jefe lo siguiente. Es indispensable que, a la brevedad posible, los… los médicos jefes del Servicio de Sanidad del Ejército, de la Armada y de la FACH, y el Jefe de Servicio Médico de Carabineros, más el Médico Legista de Santiago, hagan, ehh… certifiquen la causa de muerte del señor Allende, con el objeto de evitar que más adelante se nos pueda imputar, por los políticos, a las Fuerzas Armadas de haber sido [se aclara la garganta] las que provocaron su fallecimiento. Esto interesa que sea a la brevedad y que [aclara la garganta] y que Ud. se lo comunique a las respectivas instituciones. Diga si me ha entendido, adelante, cambio.
>
> *Vicealmirante Carvajal*: Conforme. Los médicos serían los directores de Sanidad de las tres instituciones, más el médico legista del Hospital Militar, entiendo.
>
> *Puesto Nº 1*: No, rectifico, rectifico. Los jefes del servicio médico de cada institución y además de Carabineros, y un quinto médico que sería el médico legista de Santiago para que él dictamine la causa del fallecimiento. En conjunto con los médicos militares. Que hagan un acta.
>
> *Vicealmirante Carvajal:* Bien, conforme, así se va a hacer[102].

El texto de la transmisión arriba citada deja establecido de modo irrefutable que la idea de que se practicara una autopsia a los restos del Presidente provino de Pinochet. Pero, buscando siempre tras las apariencias, a menudo engañosas, cabe preguntarse, si acaso los motivos allí declarados fueron en realidad los que,

efectivamente, impulsaron al déspota a adoptar aquella decisión, o si fueron, al menos, sus motivos centrales. Con el transcurrir de los años han salido a la luz pública algunas informaciones que hacen abrigar serias dudas sobre la veracidad de tales motivos. Por ejemplo, si se examinan las declaraciones del doctor Miguel Versin Castellón en una entrevista que le hiciera el periodista Francisco Martorell, de la desaparecida revista *Análisis*, con motivo de la supuesta confirmación oficial del suicidio del Presidente en septiembre de 1990, se descubren algunas curiosas y significativas discrepancias. Dada su importancia citaremos un largo pasaje de dicha entrevista, junto con su respectivo encabezamiento:

> Miguel Versin Castellón, ex jefe de Sanidad de la Armada, fue convocado junto a Mario Bórquez Montero, de igual cargo en el Ejército, y José Rodríguez Véliz, de la Fuerza Aérea, para que realizaran la autopsia del cadáver de Salvador Allende. El doctor Versin es el único que está en condiciones de hablar. Bórquez está gravemente enfermo y José Rodríguez Véliz falleció hace algunos años. A ellos se sumó Tomás Tobar, que dejó de existir en 1982.
>
> *Análisis* entrevistó a Versin Castellón en su consultorio de la ciudad de Valparaíso. En la oportunidad, narró que en septiembre del '73 se le ordenó, en primer lugar, identificar el cadáver del presidente Allende y segundo, determinar la causa de su fallecimiento. «Para eso –agrega– se nombró una comisión de Directores de Sanidad de las FF.AA., que yo presidía». «Ante esa exigencia pensé y elegí a uno de los mejores autopsiadores [autopsistas hubiera sido lo correcto] de Santiago, el doctor Tomás Tobar. Lo fui a sacar de la cama porque estaba resfriado. El doctor Tobar tuvo que hacer dos trabajos: primero, reconstituir la cara del presidente Allende, que estaba un poco desfigurada, porque circulaban versiones de que podía ser otra persona; segundo, establecer la causa de la muerte, y en ella determinar el tipo de lesiones que tenía y a qué correspondían. Nuestro trabajo comenzó como a las 22 horas y terminó alrededor de las 3 de la mañana del 12 de septiembre[103]. Primero [se] hizo una reconstitución minuciosa de la cara, que estaba bastante destrozada, y apareció el rostro inconfundible del presidente Allende».
>
> *Periodista*: ¿No le quedó ninguna duda que se trataba de él?
>
> *Dr. Versin Castellón*: Ninguna[104].

Lo primero que llama la atención en estas declaraciones del médico naval, es que su explicación de los propósitos de la autopsia del cadáver de Allende no se corresponde directamente con las razones explícitas de la orden impartida por Pinochet al almirante Carvajal en la referida comunicación radial de la tarde del Golpe. Puesto que los conspiradores creían hablar en total secreto, no hay motivo para desconfiar, en cuanto a esto, de las palabras del propio Comandante en Jefe[105]. Así, mientras Pinochet ordena la autopsia con el fin declarado de ponerse a cubierto de posibles futuras acusaciones de que los golpistas habrían asesinado al Presidente, el doctor Versin dice que el propósito del examen *post mortem* fue determinar si efectivamente el cuerpo retirado de las ruinas de La Moneda era el del presidente Allende. Pero lo que es más sospechoso, al tiempo que evidencia que muy probablemente los propósitos verdaderos de la autopsia trascendían los expresamente declarados por Pinochet, es que para obtener una

positiva y absolutamente inequívoca identificación del cadáver del Presidente no se necesitaba recurrir a ninguna autopsia, ni tampoco a una reconstitución de su rostro, pues hubiera bastado una simple comparación de sus huellas dactilares, procedimiento sencillísimo en un país donde los padres de cada recién nacido deben dejar estampadas sus huellas dactilares en el Registro Nacional de Identificación. Por lo demás, las impresiones dactilares de Allende habían sido tomadas temprano en la tarde por Héctor Henríquez, experto en huellas de la Brigada de Homicidios, como ya lo reportaron hace mucho tiempo, entre otros, los periodistas José Manuel Vergara y Florencia Varas (1974: 75) y como consta, incluso, en la página 2 del Informe de la Autopsia que se reproduce y examina en detalle más adelante.

Sospechamos que propósitos mucho más siniestros e inconfesables se ocultaban tras aquellas aparentemente atendibles razones de Pinochet para ordenar la autopsia del cadáver del Presidente. Tales oscuros propósitos se fueron mostrando aquel día, y los días y meses siguientes, a quienes tuvieran los conocimientos de psicopatología necesarios como para sacarlos a la luz. Por un lado, el deseo sádico[106] de ejercer un poder total de control y aniquilamiento de los restos de aquel a quien había traicionado pocas horas antes; por otro lado, la necesidad, originada en un profundo temor paranoico, de asegurarse que ese cuerpo «no pudiera volver a la vida» a tomar venganza[107].

Que este tipo de manifestaciones sádicas y paranoicas[108] se encontraban presentes en la psicología de Pinochet lo ha demostrado suficientemente su conducta a lo largo de los 17 años de su régimen de terror, tortura y asesinato constante, pero lo confirma de modo especialmente dramático el siguiente testimonio, hecho público hace algún tiempo (mayo de 1999), en el curso de las investigaciones realizadas por el juez Juan Guzmán, en torno al caso conocido como de la «Caravana de la Muerte»:

«El mayor Enrique Cruz [Loyer], que en septiembre de 1973 era el comandante de la Unidad de Artillería del Regimiento Tacna, le señaló al teniente coronel Fernando Reveco Valenzuela que en el sector conocido como ‘los rastrillos’ …vio a Pinochet presenciar las torturas de miembros del GAP. Desde el lugar donde se instalaba, por motivos de luz, no podía ser visto por los torturados y tampoco por los torturadores»[109].

En el contexto de lo expresado más arriba, es altamente significativo que el déspota haya elegido presenciar, precisamente, la tortura de miembros de la escolta personal del Presidente. Como este no podía ya ser torturado, su autopsia[110] debe haberle parecido a aquel lo más cercano al ensañamiento brutal del cuerpo cometido en la tortura[111]. Es como si el miedo paranoico hacia el Presidente muerto se hubiera transformado así en un odio sádico hacia todo

aquello que se le apareciera como identificado o vinculado directamente con él: el edificio de La Moneda, los miembros del GAP, etc.

Pero la desconfianza paranoica de Pinochet, y el temor a que el Presidente, incluso ya muerto, pudiera escaparse de sus manos, quedan retratadas del modo más brutal en un trozo de la transmisión, supuestamente secreta, entre dos cabecillas del Golpe:

> *Puesto Nº 1 (Peñalolén-Ejército):* …antecedentes sobre la situación de Salvador Allende. Nos decían de que lo habrían sacado de La Moneda. Enseguida, queremos saber si ya los… de… los jefes de servicios de sanidad con el médico legista hicieron el reconocimiento y el acta correspondiente. Enseguida, hay que tener cuidado porque no vaya a ser que lo quieran llevar a la …a la morgue para hacerle la autopsia y, en seguida, …eso es peligrosísimo porque no se vaya …es un antro de extremistas y entonces no vaya a ocurrir que traten de robarse el cuerpo. Adelante, cambio, Nicanor.
>
> *General Díaz Estrada*: Mira, no te puedo decir si ya salió de La Moneda, pero delante de mí Brady, hace aproximadamente una hora y media, dio la orden de trasladarlo en secreto, en ambulancia, al Hospital Militar. Y los jefes de sanidad de las tres Fuerzas Armadas y Carabineros, más el médico legista, fueron citados al Hospital Militar para ejecutar el… el examen y elaborar el acta. Entiendo que esa acta tienen que traerla aquí al Estado Mayor y no ha llegado todavía. Ehhh… creo que no han tenido tiempo de hacer el examen. En todo caso, el cuerpo va a quedar en el Hospital Militar hasta nueva orden.
>
> *Puesto Nº 1*: Recibido conforme. Oye, Nicanor, hay que tomar las medidas de seguridad, dile a Herman Brady, de garantizar la absoluta seguridad del Hospital Militar en ese caso. Y cuando tengas información, por favor, la proporcionas para acá. Adelante, cambio, Nicanor[112].

Como puede verse, en el encabezamiento de la reproducción textual de la transmisión no se indica que las referidas palabras sean de Pinochet, sino simplemente que provendrían del *Puesto Nº 1*, es decir, del Comando Militar de Peñalolén, lugar donde este se ocultaba. Dado el carácter fragmentario y algo distorsionado de esta parte de la transmisión (según puede apreciarse al escuchar el disco compacto que acompaña al libro de Patricia Verdugo) es posible que quienes la editaron no hayan estado completamente seguros si acaso es Pinochet el que así habla. Pero es evidente que el militar que se comunica en tales términos no puede ser sino el propio jefe golpista. ¿Quién otro se hubiera atrevido a tutear al general Díaz Estrada?

En lo que al contenido de la transmisión se refiere, ¿temía aquel acaso, que Allende, después de muerto, como el legendario *Cid Campeador*, pudiera aún ganarle alguna batalla, en este caso la batalla por el poder? Según lo mostraremos posteriormente, Pinochet continuará su personal combate contra el fantasma del Presidente todavía por muchos años.

Allende armado y con casco, flanqueado por los miembros del GAP
Danilo Bartulín y Luis Rodríguez.
Según Camilo Taufic esta foto fue tomada por Luis Lagos.

Anexo Nº 3

Dos diferentes intentos de médicos no militares
de participar en el examen necrológico de Allende

Ya vimos anteriormente como el doctor Edgardo Enríquez se refirió al intento del doctor Alfonso Asenjo, el afamado neurocirujano y viejo amigo del Presidente, de poder estar presente en la autopsia de sus restos. Lo mismo trató,

por su parte, Osvaldo Olguín, quien el 11 de septiembre era senador y vicepresidente del Partido Demócrata Cristiano, además de médico. Olguín se comunicó con el general Ernesto Baeza y le expresó la necesidad de que estuvieran presentes testigos fidedignos en el examen *post mortem* de Allende. El diputado DC, y también médico, Mariano Ruiz-Esquide se comunicó telefónicamente con Olguín y le pidió a este que obtuviera autorización para que ambos, junto al ex diputado y médico Julio Montt, fueran admitidos en la realización de la autopsia. Olguín estuvo de acuerdo y así se lo planteó al general Baeza.

–Muy bien, voy a consultar y le aviso, respondió Baeza.

Minutos más tarde el general llamó a Osvaldo Olguín y le expresó que, por acuerdo de la Junta, tanto él, como Ruiz-Esquide y Montt, podían presenciar la necropsia. Luego de pedirle la dirección de su residencia, le indicó que, a las 17 horas, pasaría a recogerlos una patrulla militar en dos *jeeps*. Pero ni los vehículos militares, ni la patrulla, aparecieron aquel día por lado alguno[113].

La pregunta que obviamente se plantea es ¿por qué cambiaron de opinión los jefes golpistas, luego de haber aceptado inicialmente el ofrecimiento de los parlamentarios médicos demócrata cristianos? He aquí uno de los tantos enigmas irresueltos de este complejo y difícil caso. Otra pregunta: ¿por qué los jefes golpistas nunca dieron a conocer el texto completo de los informes forenses, es decir, tanto el de la Policía Técnica de Investigaciones como el *Acta* del examen *post mortem* practicado al cadáver del Presidente la noche del 11 de septiembre? Pues no cabe duda, basados en las instrucciones del propio Pinochet, que ambos peritajes fueron realizados con la intención inicial de que sus resultados se dieran a conocer públicamente. ¿Qué impulsó, finalmente, a los cabecillas del Golpe a cambiar de idea y a mantener estos documentos en secreto? ¿Había en dichos documentos alguna información que pudiera contradecir o deslegitimar de algún modo la versión oficial del suicidio del Presidente? Creemos que sí, como lo mostraremos en detalle más adelante.

Capítulo 6

El informe de la Policía Técnica de Investigaciones

… uno no debería nunca hablar de la muerte de un hombre como una figura, ni siquiera en el caso de una figura ejemplar en la lógica de un emblema, en una retórica de la bandera o del martirologio.
La vida de un hombre, tan única como su muerte, será siempre más que un paradigma y algo diferente de un símbolo. Y esto es, precisamente, lo que un nombre propio debería siempre nombrar.

Jacques Derrida

Junto con el *Informe de autopsia*, reproducido y examinado en las próximas páginas, el Informe de la Policía Técnica representa la segunda más importante evidencia documental del caso aquí investigado. Ambos textos han sido tomados *verbatim* de las versiones fotográficas publicadas como anexos al libro titulado *Chile. La conjura. Los mil y un días del Golpe*, de la periodista chilena Mónica González. En ambos casos se trata de documentos oficiales que, evidentemente, fueron escritos en la tarde, o en la noche del 11 de septiembre, respectivamente. En cuanto al informe de la Policía Técnica de Investigaciones, titulado *Acta de análisis*, que siguiendo el orden cronológico de los hechos incluímos aquí en primer término, fue escrito en hojas con el membrete de la Dirección General de Investigaciones, numeradas correlativamente, las que llevan los timbres y firmas correspondientes, al pie o al costado de cada página, según el caso. El texto está completamente limpio y sin faltas ni errores tipográficos, sin embargo, el apellido del doctor Guijón aparece allí incorrectamente escrito, como ‘Gijón’.

El Acta del peritaje de Investigaciones

REPÚBLICA DE CHILE
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES
LABORATORIO DE POLICÍA TÉCNICA
SECCIÓN QUÍMICA Y FÍSICA

ACTA DE ANÁLISIS

Hoy 11 de septiembre de mil novecientos setenta y tres a las 19 horas, en la sección Química y Física Forense del Laboratorio de Policía Técnica y ante la presencia de los Peritos Balísticos Srs. JORGE QUIROGA MARDONES (Jefe de Sección), CARLOS DAVIDSON LETELIER y JORGE ALMAZABAL MARDONES, de los Armeros Artífices Srs. ALBERTO VALDEBENITO COFRÉ y LUIS QUEZADA VALENZUELA, los Peritos Químicos Srs. CARLOS GARCÍA GALLARDO (Jefe Subrogante de la Sección), LEOPOLDO DUSSERT LEÓN, OMAR LABRA CORREA y RICARDO ROSAS HOHMANN, practicaron un análisis pericial a cuatro muestras recogidas por los Peritos Balísticos Srs. DAVIDSON y ALMAZABAL en el Palacio Presidencial.

En la inspección ocular efectuada en dicho lugar al cadáver del Sr. SALVADOR ALLENDE GOSSENS por los Peritos antes mencionados, estos apreciaron una coloración negruzca en la zona comprendida en el lado interior y entre los dedos índices y pulgar de la mano izquierda, y una más leve en la misma zona en la mano derecha.

Con papel filtro Nº 616, específico para residuos nitrados, se frotó las zonas de ambas manos, constituyendo así las muestras que fueron numeradas 1 y 2, las correspondientes a la mano derecha, y 3 y 4 las de la mano izquierda.

Para el examen de las muestras antes citadas, se procedió de la siguiente manera:

1.- Pruebas en Blanco con papel filtro y difenilamina sulfúrica para determinar la neutralidad de ellos, obteniéndose resultado negativos.

2.- Prueba a una hoja de afeitar, previamente limpiada con alcohol y enseguida frotada con papel filtro para utilizarla en cortar cada una de las muestras recogidas en el sitio del suceso y guardar las contramuestras respectivas en bolsas de polietileno: el resultado fue negativo.

3.- El análisis químico para identificar los residuos nitrados con el reactivo de difenilamina sulfúrica en las muestras de referencia, acusó los siguientes resultados:

Muestra Nº 1 (mano derecha): indicios puntuales positivo débil.
Muestra Nº 2 (mano derecha): positivo débil.
Muestra Nº 3 (mano izquierda): indicios puntuales positivo débil.
Muestra Nº 4 (mano izquierda): indicios puntuales positivo intenso.

Siendo las diecinueve horas treinta minutos se da por finalizado el análisis y firman para constancia los peritos participantes de la Sección Química.

CARLOS GARCÍA GALLARDO LEOPOLDO DUSSERT LEÓN
Jefe de Sección Subrogante Perito Químico

OMAR LABRA CORREA RICARDO ROSAS HOHMAN
Perito Químico Perito Químico

JAEB
1973

2.- TRABAJOS REALIZADOS

2.1. Inspección ocular

2.1.1. Posición del cadáver y el arma

El cadáver se encuentra semitendido en un sofá, con la espalda apoyada en el respaldo de dicho sofá y su tronco inclinado hacia el lado derecho.

Sobre su abdomen y antebrazo derecho, se encuentra colocada un arma automática, con el cañón dirigido hacia la derecha (Ver fotografías Nos 1416/73-A; B y C, y Croquis Nº 15.255).

Al lado izquierdo del cadáver y sobre el sofá se encontraba un cargador de arma automática sin munición y un casco con las iniciales J.M.F., en una de las cintas interiores de suspensión (Fotos C y H).

Próximo al cargador antes citado, y sobre el sofá, hay una porción de masa encefálica (Foto G). Otra porción se encuentra sobre una alfombra próxima al sofá (Foto I y L). Pequeños restos de la misma materia dispersos en diferentes lugares del salón.

En diversos lugares del piso, se observan disgregados, fragmentos óseos de la caja craneana (Fotos M; N; Ñ; O; P y Q).

2.1.2. Posiciones según versión del doctor Gijón (*sic*)

Expresa que, siendo el último de un grupo de personas que abandonaba el salón, al trasponer la puerta oeste, miró hacia atrás y vio que el señor Allende en ese momento se reclinaba hacia el respaldo del sofá. Acto seguido, se acercó para tomarle el pulso y en esos momentos constató una lesión por estallido en el cráneo, observando a la vez, que entre ambas piernas se encontraba un arma automática apoyada con su culata en el piso, como lo ilustra la foto I y el croquis 15.254.

Agrega el Dr. Gijón (*sic*) que tomó el arma de esta posición y la colocó sobre el cuerpo del señor Allende, tal como la encontraron los peritos, según se informó precedentemente.

2.1.3. Impactos en el muro

El gobelino colocado en el muro detrás del sofá, presenta dos orificios correspondientes a perforaciones por paso de proyectiles de armas de fuego que finalmente inciden en el muro, causando dos impactos. Tales impactos quedan acotados en los croquis Nos 14.256 y 15.255.

2.1.4. Proyectiles y vainillas

El croquis Nº 15.255 y foto S, señalan la posición en que los peritos ubicaron diversas vainillas y proyectiles. Además la foto R, muestra un cartucho para pistola.

No se pueden proporcionar mayores antecedentes sobre estos elementos, por cuanto fueron entregados a personal militar a las órdenes del señor general Javier Palacios R., conjuntamente con el arma antes citada.

2.1.5. Trayectoria interna

En mérito de las observaciones practicadas por el señor inspector don Pedro Espinoza y los peritos informantes, se podría indicar como una primera aproximación de base razonable que la trayectoria interna de el o los proyectiles que ocasionaron la muerte del Señor Allende, ha sido presumiblemente de abajo hacia arriba, de delante hacia atrás, con entrada en la región mentoniana inmediatamente a la izquierda de la línea media, y salida de el o ellos, con estallido de la zona parietal izquierda. Ver croquis Nos 15.253 y 15.254, y Fotos A; B; C; D; E; V y W.

La hipótesis con respecto a la herida de entrada, se ve reforzada por la presencia de, al parecer, un halo carbonoso en la zona mentoniana. (Fotos V y W).

2.1.6. Toma de muestras

Durante la inspección, los peritos observaron manchas de aspecto carbonoso, en el arco formado por los dedos índice y pulgar de ambas manos, siendo más acentuada la de la mano izquierda. Empleando papel filtro neutro, se tomó dos muestras de cada mano, dándose la numeración 1, 2, 3, y

2.1.7. Análisis químico

Las muestras citadas fueron entregadas para análisis a la Sección Química y Física del Laboratorio de Policía Técnica, trabajo que se efectuó en presencia de los Peritos Balísticos.

El resultado de este análisis, queda consignado en el Acta que se adjunta.

2.1.8. Posición de disparo

Después de analizar e interpretar:

a) La posición en que fue encontrado el cadáver;

b) La versión proporcionada por el doctor Sr. GIJON (*sic*) con respecto a lo que vio instantes después de producidos el o los disparos y la descripción que hace sobre la forma en que se encontraba el arma;

c) La localización de restos de masa encefálica y el escurrimiento de sangre hacia el costado derecho de su ropa, inmediatamente debajo del cuello;

d) Las manchas carbonosas registradas en el arco índice-pulgar de cada mano, más acentuada en la izquierda y en la parte inferior de la región mentoniana;

e) La zona desprendida de la caja craneana;

f) Los impactos que se registran en el muro,

Estimamos que la posición más probable que pudo haber para el cuerpo y el arma en el momento del disparo, ha podido ser una semejante a la que en forma esquemática, está representada gráficamente en el croquis Nº 14.256 [reproducido al final de este libro] en la cual la persona ha estado sentada en el sofá, con cierta inclinación hacia delante, sosteniendo el extremo superior del cañón con la mano izquierda, la boca del arma casi en contacto con el mentón y accionando el disparador con la mano derecha. Es posible, en consideración a los dos impactos en la pared y la apreciación superficial de la herida de entrada, que haya existido una sucesión rápida de disparos.

Aceptada esta hipótesis, es posible que la trayectoria interna ya descrita continúe con una trayectoria externa que hace impacto en el muro. En el caso de ser dos disparos, con muy pequeña variación, se cumpliría también para otra trayectoria externa que produce un segundo impacto en la pared. Los dos impactos de la pared se corresponden con los dos orificios constatados en el gobelino.

3.- CONCLUSIONES

Tal como se dijo en un principio y durante el desarrollo del presente estudio, la falta de algunos antecedentes importantes no permite enunciar conclusiones definitivas.

3.1 La muerte del señor ALLENDE GOSSENS, se produjo como consecuencia de una herida a bala que tiene su entrada en la región mentoniana, y su salida en la región parietal izquierda.

No se descarta la posibilidad de que se trate de dos trayectorias correspondientes a dos disparos de rápida sucesión.

3.2. El hecho acaecido, por las condiciones de la herida de entrada, de la trayectoria interna, herida de salida y otros antecedentes obtenidos en el sitio del suceso (manchas en las manos, posición del cuerpo y el arma, etc.) tiene las características de un suicidio. En consecuencia se descarta la posibilidad de homicidio.

3.3 Se acompañan:

Fotografías Nos 1416/73 desde A a Z.

Croquis Nos 15.253; 15.254; 15.255 y 14.256

Saludan atentamente a USÍA,

JORGE QUIROGA MARDONES
Ingeniero Jefe Secc. Balística
Colegio de Ingenieros Nº 1344
CARLOS DAVIDSON LETELIER
Perito-Balístico
REF: Bal. 437-73
CDL/JAM

JORGE ALMAZABAL MARDONES
cwpl Perito-Balístico

LUIS RAÚL CAVADA EBEL
Jefe del Laboratorio de Policía Técnica

LUGAR DONDE FUE ENCONTRADO EL CADAVER DE DON SALVADOR ALLENDE GOSSENS EN EL SALON INDEPENDENCIA UBICADO EN EL 2º PISO DE MORANDE 80.
CROQUIS Nº 15254
CASCO
RESTOS DE MASA ENCEFALICA.
POSICION PRIMITIVA DEL ARMA SEGUN LA VERSION DEL DR. PATRICIO GUIJON KLEIN Y QUE LA SITUA COMO LO INDICA ESTE CROQUIS.
POSTERIORMENTE EL DR. GUIJON TOMA EL ARMA Y LA COLOCA HORIZONTAL SOBRE LAS PIERNAS DEL CADAVER COMO QUEDA REGISTRADO EN EL CROQUIS Nº 15253.-

Croquis N° 15254, de Allende tal como fue encontrado por el doctor Guijón, dibujado por el planimetrista Alejandro Ossandón Carvajal.
Publicado en González, 2000: 14.

Examen y comentario del Acta del Peritaje de Investigaciones

En su libro *Coup! Allende's last Day*, los periodistas chilenos Florencia Varas y José Manuel Vergara, informan, que una vez controlado el incendio de La Moneda, el general Palacios habría llamado a personal de la Brigada de Homicidos para que realizaran el peritaje forense del cuerpo de Allende. A cargo del grupo habría estado el inspector Pedro Espinoza, acompañado por los detectives Julio Navarro, los peritos balísticos Jorge Almazabal y Carlos Davidson, el planimetrista Alejandro Ossandón, el fotógrafo forense Enrique Contreras, y el experto en huellas Héctor Henríquez[114].

A la luz del informe oficial aquí reproducido, pareciera como si tal información pudiera desecharse como incorrecta, o simplemente falsa, porque el documento anteriormente reproducido no fue expedido a nombre de la Brigada de Homicidios sino, como es manifiesto, por el Departamento de Policía Técnica de Investigaciones, cuyo membrete es claramente visible en la parte superior de su hoja inicial. Asimismo, en el costado izquierdo de cada página se halla estampado el timbre del Departamento de Policía Técnica. En el encabezamiento del documento tampoco aparecen mencionados los nombres del inspector Pedro Espinoza, del detective Julio Navarro, del planimetrista Alejandro Ossandón, del fotógrafo Enrique Contreras, ni del experto en huellas Héctor Henríquez. Sin embargo, Varas y Vergara registran correctamente en su libro (entre los que participaron en el peritaje), los nombres de los peritos balísticos Jorge Almazabal y Carlos Davidson, que en realidad no pertenecían a la Brigada de Homicidios sino a la Policía Técnica. Esto le permite a uno inferir que personal de la Brigada de Homicidios debió haber tenido alguna participación, siquiera inicialmente, en el peritaje de los restos de Allende. Esta presunción cobra mayor fuerza si se considera que un hombre tan bien informado como el embajador norteamericano Nathaniel Davis, según lo refiere en su documentado libro, envió pocos días después del Golpe a un funcionario de su embajada a contactarse con el experto en huellas Héctor Henríquez, de la B.H., con el fin de que este le confirmara o desechara la información oficial acerca del suicidio de Allende, que ya había sido hecha pública por los voceros de la Junta Militar[115].

Pero lo que comprueba definitivamente la participación, por lo menos inicial, de la Brigada de Homicidios aquella tarde, es que en la sección 2.1.5, del informe pericial, titulada «Trayectoria interna», se haga explícita referencia al nombre del inspector Pedro Espinoza, y se aluda colectivamente al resto de los detectives de la Brigada de Homicidios como a «los peritos informantes»[116].

La existencia de esta discrepancia entre los nombres de los funcionarios y de

las instituciones policiales a cargo del peritaje, indicados en la información periodística, y los nombres e institución consignados en el documento oficial, pareciera estar indicando que algo ocurrió aquella tarde durante el peritaje forense realizado en La Moneda, aunque esto nunca llegó a conocimiento público. Es posible que por motivos de desconfianza de los jefes golpistas hacia los miembros de la Brigada de Homicidios, a quienes consideraban como leales al Presidente y a la Unidad Popular[117], hayan decidido, en algún momento, dejar el peritaje en manos de los funcionarios de la Policía Técnica. Decisión que debió haber sido adoptada cuando los detectives de la Brigada de Homicidios se encontraban ya trabajando en el lugar por un tiempo considerable. De allí que estos hayan alcanzado, incluso, a tomarle 27 fotografías y a registrar las impresiones dactilares del Presidente. Pero no solo eso. El planimetrista Alejandro Ossandón, de la B. H., tuvo tiempo hasta para dibujar cuatro croquis (que llevan los números 15.253; 15.254; 15.255 y 14.256), el segundo de los cuales es un detallado y bien dibujado esbozo del Presidente en la posición en que fue encontrado muerto por el doctor Guijón. Este croquis fue dado a conocer públicamente, por vez primera, en la página 14 del libro *Chile. La conjura*, de Mónica González, donde puede advertirse claramente el apellido Ossandón escrito bajo el timbre oficial de Investigaciones[118].

Otra posible explicación de este cambio de la repartición policial a cargo del peritaje de los restos de Allende, pudiera ser que los cabecillas del Golpe no hayan querido utilizar los servicios de funcionarios de la «Brigada de Homicidios», porque esto podía ser interpretado, dentro y fuera de Chile, como un reconocimiento tácito de que el Presidente había sido asesinado por los soldados golpistas.

Dejando de lado el contenido del primer párrafo, que registra la hora y fecha del peritaje así como los nombres de los funcionarios participantes, con sus respectivas especialidades y rangos, el informe se inicia mediante una descripción de las primeras observaciones hechas a simple vista por los peritos en los dedos del Presidente muerto, particularmente los índices y pulgar de la mano izquierda, los que se presentaban impregnados de lo que presumiblemente eran restos de pólvora. De allí que se proceda a tomar cuatro muestras, dos de la mano derecha y dos de la izquierda, con el fin de poder establecer la exacta natureza química de aquellos residuos. De acuerdo con los exámenes de laboratorio, las tres primeras muestras, correspondientes a los dedos de las manos derecha e izquierda, contenían indicios débiles de presencia de nitratos, mientras que la última muestra, tomada de algunos de los dedos de la mano izquierda (ello no se especifica aquí), mostraban fuertes indicios de nitratos, es decir, de restos de pólvora.

La página dos, sección dos, que lleva por título: «Trabajos realizados», comienza detallando la posición en que tanto el cadáver como el arma del Presidente fueron encontrados por los funcionarios de la Polícia Técnica, y si nuestra suposición anterior es correcta, algún tiempo antes por los detectives de la Brigada de Homicidios. Como puede apreciarse, esta descripción es crucial, porque es sólo a partir de ella que puede establecerse fehacientemente las circunstancias exactas de la muerte. El cuerpo de Allende fue encontrado en posición semisentado sobre un sofá (que por otros testimonios sabemos era de felpa de color rojo granate), con la espalda apoyada sobre este, y con el cuerpo algo inclinado hacia el lado derecho. En cuanto al arma, que, curiosamente, se describe simplemente como «automática», sin indicar su numeración, marca, calibre, ni manufactura, fue encontrada, según aquí se indica, reposando sobre el abdomen y el antebrazo derecho del Presidente, y con su cañón apuntando hacia el lado derecho.

Al lado opuesto del cuerpo sin vida y sobre el sofá fueron encontrados un cargador vacío, presumiblemente de la misma arma, y un casco con las iniciales J.M.F. escritas sobre su correa de suspensión. Según lo han informado Pierre Kalfon y otros, se trataba del casco del carabinero jefe de la Guardia de Palacio, capitán José Muñoz (desconocemos su apellido materno), quien debió habérselo cedido al Presidente, presumiblemente temprano en la mañana del 11 de septiembre[119].

Más abajo se constata la presencia de varios restos de materia encefálica sobre el referido sofá, así como de restos de la caja craneana repartidos por el piso, a consecuencia del o de los disparos mortales.

Bajo el subtítulo: «Posiciones según versión del Doctor Gijón (*sic*)», se consigna la parte medular del testimonio del médico de La Moneda, en los términos siguientes: «Expresa que, siendo el último de un grupo de personas que abandonaba el salón, al trasponer la puerta oeste, miró hacia atrás, y vio que el señor Allende en ese momento se reclinaba hacia el respaldo del sofá. Acto seguido, se acercó para tomarle el pulso y en ese momento constató una lesión por estallido en el cráneo, observando a la vez, que entre ambas piernas se encontraba un arma automática apoyada con su culata en el piso, como lo ilustra la foto Nº 1 y el Croquis 15.254. Agrega el señor Gijón (*sic*) que tomó el arma de esta posición y la colocó sobre el cuerpo del señor Allende, tal como la encontraran los Peritos, según se informó precedentemente».

¿A qué salón se refería el doctor Guijón? ¿Al Salón Toesca? ¿Al Salón Independencia? Si se observa el plano adjunto puede verse que una de las puertas que da hacia el oeste es la del propio Salón Independencia. Pero en ninguno de sus testimonios posteriores el médico ha afirmado haberse

encontrado dentro de dicho recinto en el momento mismo en que se suicidara el Presidente, sino en el pasillo que conducía a la escalera que llevaba a la puerta de Morandé 80. Además, el doctor Guijón declara aquí haber visto cuando el Presidente «se reclinaba» hacia el respaldo del sofá, descripción mucho menos expresiva de un movimiento tan violento, que manifestar haber visto «…como el cuerpo se sacudía y el cráneo volaba hecho añicos» (testimonio de Guijón según el general Ernesto Baeza); o «…el alzamiento del cuerpo provocado por los proyectiles» (testimonio de Guijón, según Ignacio González Camus); o en las palabras de Arturo Jirón: «El doctor Guijón dice que alcanzó a ver como se movía el cuerpo con un espasmo vertical. Subió y bajó».

Al declarar el testigo, a continuación, que «se acercó para tomarle el pulso» al Presidente muerto, refuerza involuntariamente la opinión incorrecta que él se encontraba dentro del Salón Independencia en el momento en que este se dispara, lo que manifiestamente no ocurrió así, según sus propias declaraciones posteriores.

El testigo declara haber encontrado la ametralladora entre las piernas del Presidente, y luego menciona el importantísimo detalle del movimiento del arma supuestamente suicida desde su posición original. Importantísimo porque representaba una alteración involuntaria, pero no por ello menos significativa, del escenario original de la muerte, que debía mantenerse intacto si es que había de producir por sí mismo la evidencia a partir de la cual pudieran deducirse con certeza las causas y detalles de aquel hecho.

A continuación, bajo el subtítulo «Impactos en el muro», se constata la existencia y ubicación de dos impactos de bala sobre la pared que se encontraba inmediatamente detrás del sofá sobre el cual se habría dado muerte el Presidente, pero por desgracia no se indica su altura exacta. Es sumamente curioso que no se haga aquí ninguna referencia al posible calibre de las balas que causaron estas perforaciones, ni se indique si dichos proyectiles fueron encontrados o recuperados.

El subtítulo «Proyectiles y vainillas» nos confronta con lo que constituye simultáneamente una importante revelación y un verdadero misterio. La *revelación* de la apropiación indebida, por parte de los efectivos militares al mando del general Palacios, de varias piezas evidenciales, un cartucho de pistola de calibre no especificado, presumiblemente también dicha arma corta, vainillas y proyectiles de calibres igualmente indeterminados, y el propio fusil automático del Presidente. El *misterio* se refiere, por cierto, a los posibles motivos que pueden haber tenido los golpistas para requisar aquellos elementos. Pero quizás si lo más sorprendente aquí es que los funcionarios de la Policía Técnica hayan tenido el valor y el profesionalismo de dejar claramente estampada esta

irregularidad en su informe. Lo que por lo demás le da una gran credibilidad a la totalidad del documento aquí examinado, porque muestra que a pesar de haberse encontrado sometidos a las presiones y circunstancias de aquel día, los peritos de la Policía Técnica consiguieron mantener un alto grado de objetividad científica e independencia de juicio en la realización de sus investigaciones[120].

Pero más allá de la cuestión de los motivos subyacentes a aquella flagrante irregularidad cometida por los militares, como observador científico se ve uno confrontado aquí a una situación verdaderamente paradojal. Porque, por una parte, se siente uno impulsado a confiar en la objetividad e integridad moral de los funcionarios de la Policía Técnica, y por lo tanto también a creer en la verdad de sus conclusiones; mientras que por la otra le asalta a uno la duda acerca de cuáles pueden haber sido los efectos de esta crasa intromisión militar en la investigación de la muerte del Presidente y en sus conclusiones. Esto es hoy algo casi imposible de establecer, pues mientras no se aclare aquel misterio la confiabilidad última de los resultados del Informe de la Policía Técnica pareciera quedar enteramente en suspenso. En cuanto al modo como aquella interferencia pudo haber afectado las conclusiones de la investigación policial, intentaremos explicarlo por medio de una hipótesis alternativa especial, cuya discusión y fundamentación hemos querido reservar para el epílogo de este libro.

Bajo el subtítulo «Trayectoria interna», del *Acta de análisis*, se hace referencia, por primera y única vez, a la contribución hecha a los peritajes por parte de los miembros de la Brigada de Homicidios, los que son aquí nombrados como: «…el señor inspector de Investigaciones don Pedro Espinoza y los peritos informantes». Esto pareciera estar indicando que sus observaciones y testimonios (fotografías, croquis, y evidencias materiales recolectadas) fueron simplemente incorporados a la investigación, sin dar mayores explicaciones de ello en el texto del Informe. En realidad, a no ser porque los nombres de los detectives de la Brigada de Homicidios fueron mencionados en la prensa y en varios reportajes y libros, hubiera sido prácticamente imposible llegar a descubrir que la investigación forense del cuerpo de Allende en La Moneda cambió oficialmente de manos en algún momento de aquella tarde.

En el referido apartado del informe se establece, tentativamente, y por vez primera, la posible trayectoria interna del o de los proyectiles que causaron la muerte casi instantánea del Presidente. La forma como se la describe es aquí de gran importancia, porque revela el carácter científico de sus deducciones: «…se podría indicar *como primera aproximación de base razonable* que la trayectoria de los proyectiles… etc… ha sido *presumiblemente* de abajo hacia arriba, de delante hacia atrás, con entrada en la región mentoniana inmediatamenta a la izquierda de la línea media, y salida de él o ellos, con estallido de la zona

parietal izquierda». Y a continuación se concluye: «La *hipótesis* con respecto a la herida de entrada, se ve reforzada por la presencia de, al parecer, un halo carbonoso en la zona mentoniana». En otros términos, lo que aquí se está expresando es que a partir de los efectos destructivos provocados en el cráneo y la mandíbula del Presidente por el paso de los proyectiles, así como por la presencia de un círculo de pólvora en torno a la herida de entrada, puede razonablemente concluirse cuál habría sido la posición del arma en el momento del o de los disparos. De acuerdo con el Informe, esta debe haber correspondido a la de una persona que, semisentada, se dispara a sí misma, con un fusil automático cuyo cañón ha sido colocado inmediatamente bajo la barbilla, aunque esto no será explicitado sino unas cuantas líneas más abajo.

Los subtítulos siguientes: «Toma de muestras» y «Análisis químicos», se refieren brevemente a estos procedimientos y sus conclusiones aparecen registradas en detalle en la página número uno de este documento, aunque desde un punto de vista formal, hubiera sido más adecuado que se adjuntaran al final.

El apartado siguiente, titulado «Posición de disparo» contiene una conclusión mucho más completa, no meramente acerca de la trayectoria interna del o de los proyectiles letales, sino además acerca de la probable posición del arma y el cuerpo del Presidente en el momento del disparo. Esta conclusión es extraída ahora a partir de un número mucho mayor de datos, elementos de juicio y observaciones, entre los que se incluyen: la posición del cadáver, el testimonio verbal del doctor Guijón, la ubicación en el escenario de la muerte de los restos de masa encefálica y la dirección seguida por la sangre bajo el cuello y la ropa del Presidente, las manchas de pólvora en sus dedos, más marcadas en los dedos índice y pulgar de la mano izquierda, así como el círculo negro en torno al orificio de entrada del o los proyectiles, los trozos de caja craneana encontrados, y los impactos en el muro posterior del Salón Independencia, por encima del respaldo del sofá, sentado sobre el cual se habría dado muerte Allende. A partir del examen de todos estos elementos de juicio los peritos declaran: «estimamos que la posición *más probable*» en que pudieron encontrarse el arma y el cuerpo del Presidente «en el momento del disparo», ha podido ser una semejante a la que, en forma esquemática, está representada en el croquis Nº 14.256 (presumiblemente dibujado también por Alejandro Ossandón, el planimetrista de la B.H.), en la cual la persona está sentada en el sofá, con cierta inclinación hacia delante, sosteniendo el extremo superior del cañón con la mano izquierda, la boca del arma casi en contacto con el mentón y accionando el disparador con la mano derecha» (Cursivas nuestras).

El resto del apartado considera la posibilidad de que hayan sido dos los disparos mortales y no uno, hipótesis que, aparentemente, ha sido formulada a

partir de los dos orificios descubiertos en la pared sobre la que se encontraba apoyado el respaldo del sofá, y de la forma de la herida de entrada del o de los disparos mortales. Sobre esto diremos posteriormente algo más.

La parte tercera y última del Informe contiene sus conclusiones finales. Es importante destacar que estas conclusiones no se corresponden directamente con las que fueran dadas a conocimiento público el día 12 de septiembre de 1973, por los voceros de la Junta Militar.

Luego de insistir acerca del carácter incompleto de la investigación, y la naturaleza no definitiva de sus conclusiones, a causa de la apropiación indebida de varias piezas evidenciales por parte de los efectivos militares, el informe presenta su conclusión final:

«La muerte del señor ALLENDE GOSSENS, se produjo como consecuencia de una herida a bala que tiene su entrada en la región mentoniana, y su salida en la región parietal izquierda.

No se descarta la posibilidad de que se trate de dos trayectorias correspondientes a dos disparos de rápida sucesión[121].

El hecho acaecido, por las condiciones de la herida de entrada, de la trayectoria interna, herida de salida y otros antecedentes obtenidos en el Sitio del Suceso (manchas en las manos, posición del cuerpo y el arma, etc.), tiene las características de un suicidio. En consecuencia se descarta la posibilidad de homicidio».

Obsérvese como las conclusiones del Informe pericial indican que la muerte del Presidente se produjo a causa de una herida de bala, probablemente de carácter suicida, pero allí no se especifican ni su calibre, ni el nombre ni las características del arma supuestamente utilizada.

Constatamos que, de acuerdo con el Informe, aparte de la herida en la cabeza, el cuerpo de Allende no presentaba ninguna otra, ni en el tórax, el abdomen, ni en ningún otro lugar. Esto es muy importante, porque la casi totalidad de los relatos que afirman que el Presidente fue asesinado ubican las heridas mortales, no en su cabeza, sino en su cuerpo[122]. Nathaniel Davis ha formulado en cuanto a esto un criterio que, en 1985, es decir, antes de la publicación de los resultados de los estudios forenses aquí examinados, mostraba muy bien la importancia crucial de estas supuestas heridas para el establecimiento de las verdaderas causas y circunstancias inmediatas de la muerte del Presidente. Escribía entonces el ex embajador norteamericano: «Si la evidencia pudiera determinar la existencia, o ausencia, de heridas en el pecho o en el abdomen, estaríamos más cerca de resolver el enigma de la muerte del Presidente»[123]. Nos parece que este criterio sigue siendo tan válido hoy como lo era hace treinta años, pero en la actualidad ni siquiera necesitamos confirmar esto indirectamente mediante el

informe de autopsia (allí donde este afirma que Allende no habría presentado heridas corporales), para certificar que Allende no recibió disparos en el cuerpo, por lo menos no en su parte frontal, porque la verdad de tal afirmación puede constatarse directamente, mediante una simple inspección de la fotografía del Presidente muerto sobre la camilla militar (que figura en la página 15 del libro de Mónica González, con el Nº 1416/73 W), donde la pechera de su *sweter* y el faldón de su camisa aparecen completamente limpias, sin perforaciones ni manchas de sangre perceptibles[124].

Por último, si se compara el número de fotografías y croquis indicados en el Acta de los peritajes de la Policía Técnica, con las que fueran incluídas en el libro de Mónica González, puede concluirse que apenas unas pocas de estas evidencias han sido dadas a conocer públicamente. Por ejemplo, allí faltan los croquis Nos 15.253 y 15.255 (este último indicaría, supuestamente, la ubicación de los impactos de las balas mortales que se alojaron sobre el muro posterior del Salón Independencia); asimismo falta el croquis Nº 14.256, en el que aparece dibujado el cuerpo de Allende con su rifle sobre las piernas, y no entre ellas; como ocurrió a consecuencia del cambio introducido en el escenario del suicidio por el doctor Guijón, el que tampoco ha sido dado a conocer hasta ahora. Igualmente, se desconocen las fotografías que aparecen identificadas en el Acta con las letras A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, Ñ, O, P, Q, R, S, T, U, V, X, Y, Z, es decir, un total de 26 fotos[125].

Debilidades y omisiones del informe pericial y dos preguntas

Como lo hemos constatado más arriba, este informe adolece de una notoria carencia. Ninguna de las armas allí mencionadas (ni el rifle automático AK de fabricación soviética del Presidente; ni la misteriosa pistola que se nombró en el apartado 2.1.4.), aparecen identificadas de modo preciso, es decir, indicando su calibre, número de serie, procedencia y manufactura[126]. Lo mismo ocurre con los cartuchos y vainillas indicadas en el referido apartado, de las que ni siquiera se indica su número o cantidad exacta, así como con el cargador «de arma automática» que fue encontrado sobre el sofá, al costado izquierdo del cuerpo de Allende. Creemos que a la luz del propio Informe la explicación más probable de esta curiosa omisión se encontraría en el hecho de que los policías civiles (entre los cuales, significativamente, tres eran peritos balísticos), no tuvieron libre acceso a dichas armas, ni a los referidos cartuchos, vainillas y cargador,

evidencias que probablemente fueron confiscadas casi de inmediato por los efectivos militares, quién sabe con qué inconfesados propósitos, o como verdaderos «trofeos de guerra»[127]. En realidad esta última explicación sólo podría ser válida en el caso del fusil ametralladora del Presidente, pero no para los cartuchos y vainillas ilegalmente requisados por el personal militar. Esto lo hace a uno pensar que aquella interferencia castrense pudo haberse realizado con fines que no han sido aún explicados ni revelados.

Nótese que nada se dice, tampoco, en el Informe, acerca del estado mecánico del rifle AK del Presidente, que hubiera permitido establecer si en el momento de ser supuestamente utilizada como arma suicida se encontraba en posición automática o «tiro a tiro». Ahora, en cuanto al paradero de este rifle, que como es obvio constituía una importantísima pieza evidencial, y por lo tanto debió haber sido retenida y examinada por los funcionarios de la Policía Técnica, el Informe sólo señala, del modo más escueto, que fueron «entregados» al personal militar bajo las órdenes del general Palacios.

Curiosamente, en la primera de las páginas finales, no numeradas, del libro de Mónica Gonzalez, se reproduce la fotografia del fusil ametralladora que Fidel Castro le obsequiara a Allende. En un costado de ella se muestra una burbuja de aumento en la que puede leerse claramente la dedicatoria del presidente de Cuba, grabada sobre una pequeña placa adosada a la empuñadura. Según la periodista, esta foto habría sido tomada en La Moneda en el «momento en que los peritos de Investigaciones concurrieron para certificar la muerte del Presidente». ¿Cómo pudieron haber tomado esta fotografía si según consta en el propio Informe de la Policia Técnica ellos no tuvieron acceso a dicha arma porque tuvo que ser entregada al personal militar?[128].

Otra importante omisión del Informe de la Policía Técnica es el hecho que en él no se consignan ni la altura, ni los ángulos, de los impactos alojados en el muro posterior del Salón Independencia. Tampoco se indica allí si ellos correspondían al calibre de la ametralladora AK del Presidente (7.62 milímetros). No existiendo estas mediciones sería prácticamente imposible poder determinar si aquellas perforaciones se produjeron en el momento de su suicidio, o si se trataba de perforaciones de balas que vinieron a alojarse en aquel muro, en algún momento, durante aquellas cuatro y media horas de encarnizado combate.

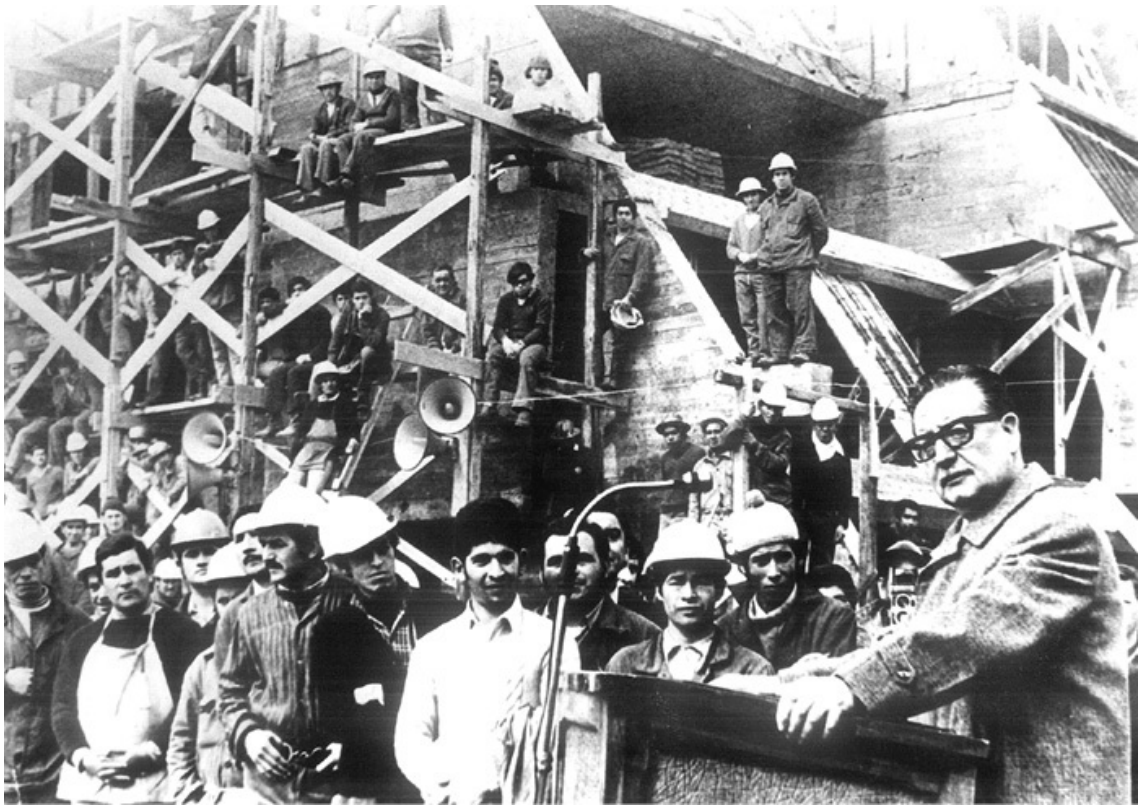
Otra notoria omisión del Informe bajo examen es que guarda absoluto silencio acerca del valioso reloj *Jaeger-LeCoultre*, que se sabe positivamente el Presidente llevaba aquel día en su muñeca izquierda, y al que alude el propio general Palacios en una de sus declaraciones posteriores[129].

En la introducción de este libro hemos hablado de la posibilidad «teórica» de que Allende hubiera muerto al ser alcanzado por un proyectil proveniente desde

el exterior, en el mismo momento en que el doctor Guijón ve elevarse espasmódicamente su cuerpo desde el pasillo que conduce al Salón Independencia. No existiendo en el informe ninguna indicación acerca del calibre del arma con la que supuestamente se quitó la vida Allende, ni del calibre de los proyectiles que perforaron el muro, esta posibilidad «teórica» tendrá que ser descartada por otros medios forenses.

En conexión con lo dicho más arriba, se plantea de modo casi inevitable la pregunta, que muy pocos se han hecho públicamente hasta hoy, por el paradero de la ametralladora AK, número 1651, del Presidente, que pertenece, incuestionablemente, al patrimonio histórico del pueblo chileno, y que por lo tanto debería ser ubicada, recuperada y expuesta en el Museo Histórico Nacional, para conocimiento y ejemplo de las futuras generaciones.

Una última pregunta, ¿dónde se encuentra el finísimo reloj pulsera *Jaeger-LeCoultre*, Nº 1.298.766, del presidente Allende?



Capítulo 7

El Informe de la autopsia de Allende

Como una operación realizada con inteligencia, energía y valor; con destreza de cirujano que sabe cortar, ni de más ni de menos, que no pierde inútilmente ni sangre ni tiempo …

Pasaje de la Homilía del Obispo de la Serena, Juan Francisco Fresno, en la que, al cumplirse un año del Golpe, este lo compara con una intervención quirúrgica.

El Informe de la Autopsia practicada al cadáver del Presidente en el Hospital Militar la noche del 11 de septiembre de 1973, al igual que los restos mortales de muchos otros izquierdistas, estuvo «desaparecido» por 27 años. De acuerdo con la información registrada en el acta de la segunda sesión secreta de la Junta Militar, realizada el día 13 de septiembre de 1973 («desenterrada», igualmente, hace apenas unos años), el Informe habría quedado, en un sobre lacrado, bajo la custodia del secretario de la Junta, el general Fernando González Martínez. Su texto se mantuvo en secreto por todo este tiempo, y sólo llegó a conocimiento público en septiembre del año 2000, gracias al celo investigativo de la periodista Mónica González.

El Informe fue escrito en hojas con el membrete del Instituto Médico Legal, Dr. Carlos Ybar, que llevan el timbre de esta institución, y las firmas de los doctores José Luis Vásquez y Tomás Tobar Pinochet, al costado izquierdo de cada página, con excepción de la página final que va firmada y timbrada al pie.

El texto de este informe no contiene, tampoco, errores tipográficos, pero se han deslizado en él dos fallas que hemos podido detectar: 1. En el tercer párrafo, de la página 1, de sólo tres líneas, dice: «La autopsia del cadáver fue *presentada* por un reducido número de personalidades debidamente autorizadas por el señor

Fiscal, instructor de la causa», cuando en realidad debió decir: «La autopsia del cadáver fue *presenciada* por un reducido número de personalidades, etc». Este error le plantea a uno la duda de si acaso entre las «personalidades» que presenciaron el espectáculo macabro de la autopsia del Presidente aquella noche, no se encontraría el propio Pinochet; misterio que, por desgracia, no estamos en condiciones de dilucidar aquí. Se sabe, eso sí, de por lo menos otro alto oficial golpista que se encontraba allí aquella noche, quien, sin duda, prefirió que su nombre quedara oculto en el anonimato[130].

2. En el centro del último párrafo de la hoja número 2 del Informe de Autopsia dice: «Tanto los bordes mismos como los márgenes mismos del orificio se presentan abundantemente impregnadas (*sic*) de sustancia negruzca granulosa, la que forma un halo de 1,5 cms. de anchura en su cuadrante *inferior*, y de 0,5 cms. en el cuadrante inferior y de 0,5 cms. en el cuadrante opuesto». Obviamente el primero de los cuadrantes referidos debe ser el cuadrante superior.

El Informe de autopsia

INSTITUTO MÉDICO-LEGAL
Dr. Carlos Ybar
Avda. La Paz 1012 – Teléfono 370389
SANTIAGO - CHILE

TTP/ehm
17
Informe de autopsia Nº 2449/73 de:
SALVADOR ALLENDE GOSSENS
Santiago, 11 SET 1973

SEÑOR FISCAL:

Con fecha 11 de septiembre de 1973, siendo las veinte horas, los peritos médico-legistas que suscriben, asistidos por el auxiliar especializado del Instituto Médico Legal señor Mario Cornejo Romo, nos constituimos en el Hospital Militar de esta ciudad en cumplimiento de disposiciones dictadas por el señor Fiscal de la Primera Fiscalía Militar, por las cuales se nos comisionaba para practicar la autopsia médico legal al cadáver del señor SALVADOR ALLENDE GOSSENS.

El examen de los restos fue practicado en el pabellón de cirugía del Departamento de Otorrinolaringología del referido Hospital, en cuya mesa central, reposando sobre una camilla de lona de campaña y cubierto con una gruesa manta, yacía el cadáver en posición de cúbito dorsal.

La autopsia del cadáver fue *presentada*(*sic*) por un reducido grupo de personalidades debidamente autorizadas por el señor fiscal, instructor de la causa.

La diligencia se terminó de cumplir hacia las 24 horas del día 11 de septiembre en curso, quedando los restos a disposición de las autoridades correspondientes para los trámites ulteriores.

Pasamos a continuación, a hacer la relación de nuestras observaciones.

Cadáver de sexo masculino, que se presenta vestido con sus ropas en relativo orden, estando el abrigo sobrepuesto, el que presenta manchas de sangre e impregnación de sustancia cerebral

atricionada en su delantero derecho, manga de ese lado y en su parte interna y posterior. También se observan las mismas manchas en forma de salpicaduras en el lado izquierdo del cuello. Manchas de sangre y sustancia cerebral atricionada se observan también en la parte anterior y lateral externa del lado izquierdo y cara anterior de la pierna derecha del pantalón. Manchas de sangre en forma de salpicaduras se observan en el dorso del zapato derecho y parte interna de ambos calcetines. Manchas de sangre y sustancia cerebral atricionada se observan también en el hombro, delantero, manga derecha y parte posterior del vestón, y en menos cantidad, en las mismas regiones del lado izquierdo. Las ropas interiores también se presentan impregnadas de sangre.

EXAMEN EXTERNO

Rigidez generalizada, marcada. Livideces de mediana intensidad, en el plano posterior, desaparecen con la presión del dedo.

Los pulpejos de los dedos de ambas manos se presentan impregnados de tinta morada de tampón para tomar las impresiones digitales.

En la región ínguino-abdominal derecha hay dos cicatrices antiguas de tipo quirúrgico, muy próximas entre sí, oblicuas hacia abajo y hacia dentro, de 11 y 6 cms. respectivamente.

En ambas manos hay salpicaduras de sangre, especialmente en la derecha.

En la parte externa de la palma de la mano izquierda hay una zona de impregnación de sustancia negruzca, que cubre un área de 2 por 1 cms.

Ambos párpados del ojo derecho se presentan equimóticos, de color amoratado azulejo, especialmente el superior. Una lesión análoga, de 1 cm. de diámetro, se constata en el párpado superior izquierdo en su parte media Por dentro de ella, hay un pequeño desgarro superficial de 1 cm. Por dentro de este último, se observa otro análogo, de forma semilunar de 3 cms.; todos ellos con infiltración sanguínea periférica.

En la región sub-mentoniana, inmediatamente a la izquierda de la línea media e inmediatamente por detrás del borde inferior del hueso maxilar inferior, se observa un orificio de entrada de proyectil, de forma irregularmente estrellada, cuyo diámetro es de aproximadamente 2 cms. Sus bordes son muy irregulares, dentellados, presentando cinco desgarros de disposición radiada, el mayor de los cuales mide 2,5 cms. Siendo de sólo 0,5 cms. el menor. Tanto los bordes mismos como los márgenes del orificio, se presentan abundantemente impregnados de sustancia negruzca granulosa, la que forma un halo de 1,5 cms. de anchura en su cuadrante inferior (¿?) y 0.5 cms. en el cuadrante inferior y de 0, 5 cms. en el cuadrante opuesto. Además de los cinco desgarros indicados, existe otro vertical, que parte desde la porción superior del orificio y termina en el borde del labio superior a 1 cm. de la línea media. El proyectil atraviesa los tegumentos y perfora el piso de la boca, determinando un estallido de la lengua con amputación de su extremo anterior y una fractura conminuta de la parte anterior del cuerpo del hueso maxilar inferior, con avulsión de algunas piezas dentarias y fracturas alvéolo-dentarias. La mucosa de la lengua y en parte la de las encías se muestran con impregnación de sustancia negruzca granulosa abundante. Perfora luego el paladar en su parte posterior y media, determinando su estallido, con múltiples fracturas del macizo óseo y de la mucosa gingival, la que presenta también impregnación negruzca granulosa y con formación de un desgarro cutáneo que compromete el dorso de la naríz en su mitad superior y la región cilio-palpebral interna derecha. Penetra al cráneo inmediatamente por delante del cuerpo del esfenoides, arrastrando a su paso un fragmento desprendido de la lengua, el que se encuentra incrustado en la masa cerebral y determina la atrición total de la base craneana, con desprendimiento de esquirlas grandes y pequeñas. Desde esta zona de atrición de la base del cráneo se desprenden numerosos rasgos de fractura que ascienden hacia la bóveda, dividiéndose y subdividiéndose y circunscribiendo múltiples esquirlas de diversos tamaños, algunas de las cuales se han perdido. El proyectil, continuando en su avance, se abre paso a través de la masa encefálica, determina la atrición casi total de ella, parte de la cual se encuentra fuera de la cabidad craneana, y en cuyo espesor se encuentran incrustadas esquirlas óseas y un puente de prótesis dentaria, constituido por un soporte de metal dorado posterior que sostiene cuatro piezas: el incisivo lateral superior derecho, el canino vecino y los dos premolares que le siguen. Entre las

esquirlas que se encuentran desprendidas, se observa una que muestra un segmento de orificio redondeado, tallado a bicel externo de aproximadamente 2,5 a 3 cms. de diámetro. El proyectil sale finalmente al exterior por la parte alta y mitad posterior de la bóveda craneana, dejando un gran desgarro del cuero cabelludo de 28 cms. de longitud, que se extiende desde la parte interna de la región ciliar izquierda hasta la región occipital de este lado, con una derivación anterior y derecha hacia la región parietal de este lado de 10 cms. El gran desgarro antero-posterior descrito, en correspondencia de la unión de su tercio medio con su tercio posterior, lugar que coincide con el tercio posterior de la sutura digital, presenta una zona constituida por diversos desgarros de disposición radiada, // a expensas de los cuales es posible reconstituir un orificio irregularmente rodeado, de labios evertidos, de aproximadamente 3 por 2,5 cms. de diámetro. Estos desgarros miden entre 1 y 2,5 cms. de longitud.

De la descripción que acabamos de hacer se deduce que el proyectil describe una trayectoria intra-corporal de abajo // hacia arriba, de adelante hacia atrás y sin desviaciones apreciables en el sentido lateral.

La dentadura presenta piezas desprendidas que se encuentran en el fondo de la cavidad bucal y piezas fracturadas, además de piezas protésicas. En la arcada superior, se encuentran: el primer gran molar derecho fracturado, el segundo gran molar en su sitio; el tercer molar falta por caída antigua. En seguida está la prótesis descrita, que por su parte posterior es de metal dorado, en cuyo incisivo hay un pequeño vástago metálico vertical, advirtiéndose, en el primer premolar, una excavación que encaja en el resto de la pieza dentaria correspondiente. Le sigue el incisivo central derecho, que presenta una obturación metálica dorada en su borde libre. Enseguida, el incisivo lateral izquierdo y el canino de este lado. Termina esta arcada con el resto de la corona del primer premolar izquierdo, en donde se ven dos pequeñas perforaciones. En la arcada inferior falta el último gran molar derecho. Están presentes ambos primeros grandes molares, cada cual con obturaciones metálicas. Se observa después el segundo premolar derecho; luego el primer premolar de este lado, cuya corona se encuentra fracturada. Luego está el incisivo lateral y ambos centrales, fracturados. El canino izquierdo, como asimismo el incisivo lateral de este lado, faltan. Siguen a continuación en una esquirla ósea semidesprendida, el primer premolar izquierdo, luego el segundo premolar de este, con sus coronas fracturadas; y a continuación, ambos primeros grandes molares, cada uno con una obturación metálica. El último gran molar izquierdo falta.

EXAMEN INTERNO

Cráneo: De paredes de espesor normal, con las extensas lesiones dejadas por el proyectil.

Encéfalo: En gran parte atricionado, con zonas hemorrágicas subaracnoides y reducido en parte a papilla, debido al paso del proyectil.

Pulmones: Libres, con discreta antracosis. Al corte algo pálidos, con pequeñas hemorragias por aspiración sanguínea.

Corazón: De tamaño ligeramente aumentado, contiene sangre líquida escasa en sus cavidades. Válvulas y aorta limpias. Coronarias con pequeñas manchas lipoídeas y ampliamente permeables. Pequeñas hemorragias subendocardíacas en el ventrículo izquierdo en correspondencia del tabique. Miocardio pálido al corte.

Hígado: Liso, anémico, con discreta infiltración grasosa. Vesícula de aspecto normal.

Bazo: De cápsula arrugada, con la pulpa firme y pálida.

Riñones: De superficie muy fina y regularmente granulosa, con la cortical algo disminuida de espesor. Al corte, pálidos.

Estómago: Contiene aproximadamente 50 cc. de una papilla semi-líquida de color amarillento cremoso, entre la que se descubren pequeños grumos blanquecinos, con olor ligeramente ácidos. Mucosa limpia, algo pálida, con escasos puntos hemorrágicos.

Órganos visuales: Macroscópicamente sin alteraciones de sus medios transparentes.

EXÁMENES DE LABORATORIO

Informe Nº 2784
Muestra sangre
Resultado:
Grupo Sanguíneo: A
Alcoholemia: 0,00 g. por mil

Informe Nº 2782
Muestra de piel palma mano izquierda
Examen solicitado: Pólvora
Resultado:
Piel mano izquierda:
CARBÓN: en pequeña cantidad
NITRATOS: negativo
Informe Nº 27843
Muestra de: orificio de entrada bala región submentoniana
(Piel-lengua-esquirla ósea base cráneo).
Examen solicitado: Pólvora
Resultado:
Piel: CARBÓN en regular cantidad. NITRATOS: Negativos. Se observan fibras textiles (negras y rojas)
LENGUA: CARBÓN en regular cantidad. NITRATOS: Indicios.
Esquirla ósea base cráneo: CARBÓN en pequeña cantidad. NITRATOS: indicios. Se observan dos fibras textiles rojas.

CONCLUSIONES

1.- Cadáver de sexo masculino, identificado como SALVADOR ALLENDE GOSSENS.
2.- La causa de la muerte es la herida a bala cérvico-buco-cráneo- encefálico, reciente, con salida de proyectil.
3.- La trayectoria intra-corporal seguida por el proyectil, estando en cuerpo en posición normal, es: de abajo hacia arriba, de delante hacia atrás y sin desviaciones apreciables en sentido lateral.
4.- El disparo corresponde a los llamados «de corta distancia» en medicina legal.
5.- El hallazgo de carbón y productos nitrados en los tejidos interiores del orificio de entrada, como la mucosa de la lengua y en una esquirla ósea de la base del cráneo, justifica la apreciación de que el disparo ha podido ser hecho con el cañón del arma directamente apoyado sobre los tegumentos.
6.- El disparo ha podido ser hecho por la propia persona.

Saludan atte a US.

Dr. José L. Vásquez F. Dr. Tomás Tobar Pinochet.

AL SEÑOR
FISCAL DE LA PRIMERA FISCALIA MILITAR
PRESENTE

Examen y comentario del Informe de autopsia

El *Informe de autopsia*, con toda seguridad escrito durante la madrugada del 12 de septiembre, va dirigido al Fiscal de la Primera Fiscalía Militar, cuyo

nombre no se indica, sin embargo, en el documento. Podría tratarse de Joaquín Earlbaum Thomas, quien posteriormente tendría a su cargo el así llamado «Caso de La Moneda», mediante cuyas diligencias se buscaba investigar y procesar a los sobrevivientes del ataque al Palacio Presidencial.

Como hemos dejado establecido más arriba, la autopsia del cadáver del Presidente fue realizada, la noche del mismo día 11, en cumplimiento de una orden emanada directamente de Pinochet. Se recordará que este insistió desde el primer momento en que debían participar en el examen *post mortem* los médicos Jefes de Sanidad de las tres ramas de las FF.AA., el jefe del Servicio Médico de Carabineros, más un supuesto «Médico legista de Santiago», que debió referirse en realidad al Director del Instituto Médico Legal. Sin embargo, los nombres de estas «autoridades» no aparecen, ni aludidos, ni firmando, el documento bajo examen. Esto es extraño, porque al no indicarse sus nombres pareciera como si la orden de Pinochet no hubiera sido seguida ni realizada en los términos explícitamente indicados por él. Manifiestamente, si uno de los declarados propósitos buscados mediante la realización de la autopsia de los restos del Presidente era disipar las sospechas del mundo de que este había sido asesinado por las fuerzas militares que atacaron La Moneda, tenía sentido hacer aparecer aquel documento lo más legítimo y oficial posible. ¿Por qué entonces no aparecen las firmas de aquellas autoridades? Puesto que el contenido del *Informe* no fue nunca dado a conocer oficialmente al público en su totalidad, cabe preguntarse si alguna de la información allí contenida pudo haber sido la causa del cambio de opinión de Pinochet, o de la Junta, en cuanto a darlo a conocer. Hasta donde sabemos, no existen antecedentes de ningún tipo que nos permitan responder categóricamente a estas preguntas.

Se recordará que en la entrevista que el doctor Miguel Versin Castellón, Jefe de Sanidad de la Armada en 1973, concediera en 1990 a la revista *Análisis*, se revelan algunos de los entretelones y modo de aquella operación secreta. Dice el médico que en septiembre de 1973 se le ordenó: 1. Que identificara el cadáver de Allende y 2. Que determinara la causa de su fallecimiento. «Para eso, señala, se nombró una Comisión de Directores de Sanidad de las FF.AA., que yo presidía». Como ya vimos, la orden indicada por el doctor Versin discrepa con la razón de la orden dada por radio por el propio Pinochet a uno de sus subalternos. Aquella comisión la formaron, junto con el propio doctor Versin: Mario Bórquez Montero, por el Ejército; y José Rodríguez Véliz, por la Fuerza Aérea. Olvida el doctor Versin indicar aquí el nombre del Jefe del Servicio Médico de Carabineros, lo que es fácilmente explicable, dada la tradicional actitud despectiva de las FF.AA. hacia las fuerzas policiales.

Cuenta Versin, además, que él mismo contactó al doctor Tomás Tobar

Pinochet, un médico forense de gran experiencia, para que realizara la autopsia, la que habría comenzado, según él, cerca de las 22 horas, y terminado alrededor de las 3 de la mañana del día 12 de septiembre[131]. Sin embargo, de acuerdo con lo consignado en el Informe ésta se inició a las 8 horas y terminó a las 12 horas PM.

Ahora, ¿por qué la autopsia fue realizada en el Hospital Militar y no en el Instituto Médico Legal? Evidentemente existían razones de «seguridad» para ello. Ya vimos como en la imaginación paranoica de Pinochet se agitaban las imágenes de una turba de extremistas tratando de «robarse» el cuerpo del Presidente. De allí que, para tranquilizarlo, el general Díaz Estrada le informe al Comandante en Jefe que el general Brady había dado ya la orden de que los restos de Allende fueran traslados en secreto, en una ambulancia, al Hospital Militar. Si los golpistas desconfiaban de los detectives de la Policía de Investigaciones, en ese momento probablemente tampoco tenían gran confianza en los funcionarios del Instituto Médico Legal.

Es necesario destacar que si en realidad se trataba de establecer las causas de la muerte de Allende, el peritaje realizado en La Moneda por el personal de la Policía Técnica (como ya vimos, con la participación «extraoficial» de la Brigada de Homicidios), hacía prácticamente innecesaria una autopsia, aunque esta pudiera haber ayudado a determinar con mayor precisión los efectos destructivos del o los proyectiles mortales; en especial porque una vez sacado el cadáver del lugar de los hechos (de su *matriz*, como se denomina en terminología forense), pocos antecedentes nuevos podían establecerse acerca de la manera como había muerto el Presidente, que no hubiera sido ya determinado por el examen pericial *in situ*. Pero además, como ya lo dijimos antes, si de lo que se trataba era de conseguir la identificación del cuerpo, ello pudo perfectamente haberse conseguido mediante un simple examen de las huellas dactilares del occiso[132]; lo que hacía igualmente innecesaria una «reconstrucción facial», y tampoco exigía la realización de una autopsia. Pero, por cierto, cualquiera fueran las «razones»aparentes aducidas ante sus subalternos, en la mente de Pinochet debieron haber influido motivaciones más oscuras y profundas, como lo hemos tratado de mostrar en el capítulo 5.

Luego que los tres párrafos iniciales registran el lugar, fecha y hora del examen *post mortem*, los nombres de los médicos y del ayudante a cargo, así como el nombre del autopsiado, la primera parte propiamente técnica del *Informe de autopsia* describe las primeras observaciones del modo cómo se encontraba externamente la vestimenta del Presidente. Sexo, estado de la ropa y relación pormenorizada de los efectos visibles dejados por los disparos que le habrían causado la muerte, tales como manchas de sangre, restos de materia cerebral, etc.

En seguida, bajo el título de «Examen externo», se comienza describiendo el estado de la piel al tacto (lividez), *rigor mortis*, etc., observaciones que normalmente permiten establecer con cierta aproximación la hora de la muerte, la que, sin embargo, no aparece allí estimada ni indicada. A continuación se señala que las yemas de los dedos del cadáver se presentaron impregnados del tipo de tinta utilizada para la identificación de las huellas dactilares, dejada allí, sin duda, por los funcionarios de la Brigada de Homicidios durante su peritaje de la tarde en La Moneda[133]. Luego se describen dos cicatrices quirúrgicas que con toda probabilidad corresponden a una o dos operaciones de hernia inguinal del lado derecho, comunes en hombres de la edad de Allende, quien tenía 65 años en el momento de su muerte[134].

Las dos frases siguientes indican la existencia de salpicaduras de sangre y muy probablemente de pólvora, en las manos del Presidente, especialmente en su izquierda. Ello sería consistente con la hipótesis de que este se suicidó sosteniendo el cañon de su ametralladora con dicha mano, mientras accionaba el gatillo con la mano derecha, según se lo describe en el *Acta* de la Policía Técnica. Aunque parece inevitable que se encontraran restos de pólvora en cantidades apreciables en las manos de un hombre que había estado disparando por varias horas con una o varias armas automáticas.

A continuación se describe el amoratamiento (*equimosis*) de los párpados de los ojos derecho e izquierdo, así como un desgarro de la parte interna de este último. Esto, sin duda, corresponde al efecto destructivo del proyectil mortal sobre el tejido y la circulación sanguínea del área circundante a los impactos.

De allí se pasa a describir el estado de la zona que se encuentra bajo la barbilla o mentón, en su lado izquierdo, donde se ha producido la entrada del proyectil mortal. El orificio se encuentra recubierto y rodeado de restos de pólvora, como ocurre siempre en el caso de disparos a corta distancia.

Posteriormente se describe en gran detalle, y como en cámara lenta, la trayectoria y los efectos destructivos del proyectil, primero en el interior de la boca, donde nuevamente se encuentran restos de pólvora, y luego en la masa encefálica y en el cráneo. Posteriormente se especifican, en casi media página, los efectos del proyectil sobre cada una de las piezas dentarias del cadáver, incluyendo varias prótesis, todo ello descrito con gran detenimiento y precisión técnica. Creemos que esta parte del *Informe* por sí misma podría servir para convencer de su autenticidad al más escéptico, entre otras razones, porque a partir de estas descripciones pudiera establecerse fácilmente la identidad del cadáver, mediante su comparación con las radiografías y registros dentales del Presidente.

Apoyándose en la extensa descripción precedente los médicos forenses

proceden a establecer y describir la trayectoria probable del proyectil como: «intracorporal de abajo hacia arriba, de delante hacia atrás y sin desviaciones apreciables en el sentido lateral». Es decir, esto significaría que el arma de la que salieron los disparos mortales tiene que haberse encontrado situada en una posición que fuera consistente con dicha trayectoria.

En las líneas siguientes se continúa con una descripción, incluso más extensa que la anterior, de los estragos y restos dejados en la boca por el proyectil letal. Se pregunta uno por qué ella no aparece inmediatamente a continuación de la descripción precedente, de modo que la conclusión acerca de la trayectoria del proyectil hubiera quedado ubicada al final y no en el medio del pasaje.

Luego, bajo el título «Examen interno», viene una descripción, más bien somera, del estado del cráneo y cada uno de los órganos internos, que evidentemente han sido sometidos a un examen histológico, como es de rigor en un examen *post mortem*. Es decir, trozos de dichos órganos son cortados en finas láminas, y observados a simple vista, o bajo el microscopio. En el cráneo, así como en el cerebro, se registran, nuevamente, los efectos destructivos provocados en sus estructuras por el proyectil al abrirse paso a gran velocidad. En cuanto a los pulmones se indica que estos presentaban una «discreta antracosis», es decir, una ligera coloración negruzca, semejante al color negro que adquieren los pulmones de los mineros del carbón. Esta coloración suele encontrarse, también, en los pulmones de los fumadores[135].

En cuanto al estado del corazón, es importante destacar la existencia de pequeñas hemorragias en la zona inferior interna del ventrículo izquierdo, que muy probablemente corresponden a secuelas internas de por lo menos un par de infartos leves, o preinfartos, que sufrió el Presidente. Uno en junio de 1970, es decir, unos meses antes de la elección presidencial; el otro en octubre de 1972, en medio del paro sedicioso de los camioneros[136].

Respecto del contenido del estómago, se encontró allí lo que es descrito como «una papilla semilíquida de color amarillento cremoso, …con pequeños grumos blanquecinos», que apunta hacia otro detalle que, evidentemente, los médicos militares no podían haber conocido, y que es relatado por Mónica González en los siguientes términos: «Allende revisa las dependencias escogiendo el lugar donde debe parapetarse la gente. En la cocina, entre los muros interiores de 80 centímetros de espesor, Danilo Bartulín encuentra un lugar apropiado para que el Presidente y los GAP aguanten el bombardeo. Faltan minutos para el mediodía. Tengo hambre, dice Allende. Bartulín le alcanza un pedazo de pan»[137].

Bajo el título «Exámenes de laboratorio» se detallan los 3 diferentes exámenes que se practicaron, es decir, de sangre, con su correspondiente alcoholemia; de presencia de pólvora en la piel de la mano izquierda, y de presencia de pólvora

en un fragmento de piel-lengua-esquirla ósea, extraído del orificio de entrada de bala en la barbilla. Como puede verse la alcoholemia reveló que el Presidente no había bebido alcohol aquel día[138], lo que, por cierto, no constituyó el menor obstáculo para que, durante y posteriormente al Golpe, la prensa, controlada en su totalidad por los golpistas, machacara una y otra vez que Allende había sido un alcóholico y se habría encontrado ebrio en el momento de su muerte[139]. En cuanto a la presencia de restos de pólvora, tanto en la mano izquierda como en la barbilla, se detectó su existencia en cantidades más bien bajas, cuando, como lo señaláramos anteriormente, uno hubiera esperado la detección de altas cantidades de pólvora, en alguien que estuvo disparando por un espacio de varias horas con un arma automática.

Por otra parte, las fibras textiles rojas aludidas en el documento pudieran corresponder a partículas de lana desprendidas del *sweter* tejido multicolor, de dibujos romboidales, que llevaba puesto aquella mañana el Presidente, como puede verse tanto en las fotografias que circularon a través de la prensa mundial el mismo día del Golpe[140], o como se muestra en la fotografia Nº 1416/73-W, del Presidente muerto, tomada por los funcionarios de la Policía Técnica de Investigaciones, y que aparece reproducida en la página 15 de *Chile. La conjura*, el libro de Mónica González tantas veces citado.

En síntesis, el *Informe de autopsia* establece que el Presidente habría fallecido a consecuencia de una herida de bala que le comprometió la región identificada como «cérvico-buco-cráneo-encefálica», es decir, una provocada por un proyectil que luego de ingresar por la barbilla, próximo al cuello, se desplazó por el interior de la boca hacia el cráneo, para terminar saliendo por su parte superior. La trayectoria interna de la bala es descrita como si correspondiera a la posición de un arma disparada a corta distancia, con el cañón apoyado directamente bajo la barbilla, con una cierta inclinación hacia atrás y sin mayor desviación lateral. Se concluye, finalmente, que el disparo mortal pudo haber sido hecho por la propia víctima, es decir, sería consistente con la hipótesis de un suicidio.

Observaciones finales: llama la atención que en este informe se hable sólo de *un* solo proyectil, y no de dos posibles, como ocurre en el acta levantada por los peritos de la Policía Técnica de Investigaciones. Esto pudiera estar indicando que no habría sido posible determinar el número de balas salidas del arma suicida, a partir del puro examen anatómico de los restos, y de los efectos destructivos de estos proyectiles sobre los tejidos y estructuras óseas[141].

De acuerdo con los periodistas Florencia Varas y José Manuel Vergara, los funcionarios de la Brigada de Homicidios habrían redactado el informe siguiente, cuyo texto fue dado a conocer a la prensa el día 12 de septiembre:

«Un examen externo realizado por la Policía reveló en el mentón una herida erosivo-contusa de forma estrellada, que representa el punto de entrada del proyectil, y en cuyos bordes había una apreciable cantidad de polvo carbonoso. En la superficie del lado derecho del arco sigmótico se apreciaba otra herida, aparentemente el punto de salida del proyectil o de una esquirla ósea. En la región parietal izquierda, una herida que marca el punto de salida de la bala que provocara la ruptura de la caja craneana. Hay fracturas en la mandíbula superior, el maxilar, el maxilar inferior, la nariz y la frente. Se desarrolló lividez en las áreas correspondientes. Rigidez incipiente en el nivel maxilar. Causa probable de la muerte: trauma cráneo-encefálico provocado por una herida de bala de naturaleza suicida»[142].

Como puede apreciarse, este texto no es, como erróneamente indican los periodistas, una simple versión abreviada del Informe de la Policía Técnica de Investigaciones, anteriormente reproducido y examinado, sino un documento del todo diferente, a saber, aquella parte del informe de la autopsia que los jefes golpistas decidieron hacer pública. Evidentemente esta no fue redactada por los funcionarios de la Policía Civil, sino por algún médico militar que debe haber participado o presenciado, la autopsia de los restos de Allende. Según se ha revelado recientemente, este no sería otro que el doctor José Luis Vásquez Fernández[143]. De allí que en el informe arriba reproducido se encuentren algunas frases que, con algunas variaciones, figuran en el informe de autopsia. Compárese, por ejemplo, el siguiente pasaje de este último informe con las primeras cinco líneas del citado más arriba:

«En la región submentoniana, inmediatamente a la izquierda de la línea media e inmediatamente por detrás del borde inferior del hueso maxilar inferior, *se observa un orificio de entrada de proyectil, de forma irregularmente estrellada*, cuyo diámetro es de aproximadamente 2 cms. Sus bordes son muy irregulares, dentellados, presentan cinco desgarros de disposición radiada» (Cursivas nuestras).

Por otra parte, en el informe de la autopsia se habla de una «herida a bala cérvico-buco-cráneo-encefálico», mientras que en el breve informe forense dado a conocer a la prensa, se habla simplemente de un «trauma cráneo-encefálico»[144]. Pero lo más revelador es que en este último informe no se afirma que «el disparo pudo haber sido hecho por la propia persona», sino se dice que la muerte del Presidente, habría sido provocada «por una herida de bala de naturaleza suicida». Es decir, el tenor hipotético y tentativo de las conclusiones del informe forense, propiamente tal, ha sido reemplazado aquí por una fórmula unívoca y categórica.

Martín Kaplan, anticipándose a los hechos, escribió durante los primeros años

de la dictadura: «El resultado [es decir, el informe] de la autopsia –documento dudoso que carece de todo valor moral o legal–, por venir de quien viene, no ha sido publicado aún. Y si es publicado, contendrá la misma cortante y castrense declaración: 'se suicidó'[145]. Respecto del valor moral o legal del informe no nos pronunciamos, pero nos parece que este debe ser examinado con la mayor seriedad científica, aunque sus conclusiones nos parezcan dudosas o inaceptables. Por lo demás, y como lo hemos visto aquí, más allá de los detalles del examen mismo, este documento contiene una gran cantidad de información altamente reveladora acerca de la conducta de los enemigos del Presidente aquel día, de la que no nos hubiéramos enterado, a no ser por su texto. Esto nos enseña que no es una buena práctica investigativa rechazar *a priori* una posible fuente de información antes de haberla conocido en detalle. Porque hay que tener siempre presente que la *validez* de una información puede ser independiente de su *origen*.

Capítulo 8

Del entierro secreto al Funeral Oficial

Allende muerto sobre la camilla militar de lona
en la que fue posteriormente sacado de La Moneda.
Publicada en el número especial de revista *Análisis*,
septiembre de 1983 y reproducida en González, 2000: 15.

Mi madre había enterrado sola a Salvador Allende,
sin nosotras, había pasado por todas las humillaciones,
no la dejaron abrir el cajón…
siempre tuvo la duda de si efectivamente lo había enterrado.

Isabel Allende B.

Introducción

Los verdaderos propósitos de secreto y ocultamiento perseguidos por los golpistas, tanto del entierro mismo como de los restos del Presidente Allende en el Cementerio Santa Inés, pueden percibirse con gran claridad en los siguientes cinco hechos que se han ido revelando con el correr del tiempo: 1. El traslado del cuerpo y la sepultación se realizaron en completo secreto y bajo absoluto control militar; 2. No se permitió a Hortensia Bussi ver el cuerpo de su marido; 3. No se permitió a la familia la colocación de ninguna placa o inscripción recordatoria con el nombre del líder popular en el mausoleo de los Grove; 4. No se entregó a la familia ningún documento certificando su muerte; 5. Como si esto no fuera suficiente, para asegurar el absoluto secreto y el olvido, no se dejó ninguna constancia en los registros del cementerio de que allí se hubiera enterrado a Salvador Allende.

A. El entierro secreto

El entierro secreto del Presidente según el comandante Sánchez

> Los restos del presidente Allende compartieron, de algún modo, el mismo destino que gran parte de las víctimas [de la dictadura]. Tuvo una tumba semiclandestina por casi dos décadas, después de que el 12 de septiembre salió en el ataúd desde el Hospital Militar [Relata el edecán aéreo].
>
> Me ordenaron que me presentara al Hospital Militar para retirar el cuerpo del Presidente y llevarlo al aeropuerto de Los Cerrillos. Todos entendían que yo debía hacerlo. Y yo entendía lo mismo, era su edecán –asegura el comandante Roberto Sánchez.
>
> Toque de queda en todo Chile. Sólo patrullas militares se divisan en las calles y helicópteros rastrean desde lo alto. Flamean las banderas en casas y departamentos de los que saludan con alegría el Golpe militar. Algunos las ponen por temor. Donde no hay bandera, la sospecha marca con tinta invisible a los moradores. La delación de los vecinos sería, para muchos, el primer peldaño para terminar en los campos de concentración del Estadio Nacional o del Estadio Chile.
>
> Cuando el edecán aéreo llega a retirar el cuerpo del Presidente, en la guardia del Hospital Militar le informan que salió hace pocos minutos, custodiado por tanquetas de Carabineros: «Ordené al chofer que avanzara lo más rápido posible. Íbamos de uniforme, en un vehículo de la Fuerza Aérea, pero no podíamos correr mucho aunque las calles estuvieran vacías. Había muchos controles militares. En la Plaza Italia, los soldados me informaron de tanquetas que habían pasado poco antes. Unas habían seguido [por] Alameda abajo. Otras habían doblado por Vicuña Mackenna hacia el sur. Opté por intentar alcanzar al segundo grupo. No pude».
>
> En la pista de Los Cerrillos, el DC 3 está con los motores en marcha. No, el ataúd del Presidente aún no ha llegado, le informan al edecán. Pocos minutos después, aparece el sombrío cortejo. Hace frío. O quizás no tanto, pero el edecán recuerda que sintió frío. No recuerda, en cambio, en qué

vehículo venía el féretro. Sólo sabe que miró el ataúd y ordenó a los soldados que ayudaran a bajarlo para luego subirlo al avión. Las tanquetas de Carabineros custodiaban la operación.

Los minutos pasaban, algunos oficiales decían que se debía despegar de inmediato y el comandante Sánchez tenía la vista fija en el acceso a la pista. Estaban allí, en silencio, grupo aparte, cabizbajos, los sobrinos Eduardo y Patricio Grove, junto con un sobrino nieto de apenas diecisiete años, Jaime Grove. Rodeaban a Laurita Allende, la adorada hermana del Presidente. ¿Por qué no llegaba la Primera Dama?

Temí cualquier cosa. Hice todo lo posible para calmar el apremio del piloto, tratando de ganar tiempo para que la señora *Tencha* pudiera llegar. Fue un inmenso alivio verla aparecer. Lamentablemente, las hijas no pudieron llegar –relata el comandante Sánchez.

–A mis hijas no les dieron salvoconducto y, por lo tanto, no podían salir a la calle para tratar de llegar al aeropuerto. Ese mismo día, en la tarde, Beatriz partió a Cuba. Fue el día más triste de mi vida, recuerda Hortensia Bussi de Allende.

Pegados al fuselaje gris, amarrados por cinturones a los estrechos asientos de recto respaldo, los dolientes se guardan el dolor muy adentro. El fuselaje del avión suena, durante el despegue, como si fuera a partirse en dos. Y ya en el aire los crujidos del metal semejan lamentos. Los lamentos que la familia no emite en presencia de los uniformados. Frente a todos, en el piso, el ataúd. Y sobre el ataúd, el multicolor chamanto que envolvió su cuerpo sangrante en La Moneda. ¿Cómo es que ese chal llegó hasta ahí? Hay objetos que se transforman en intocables, como si los alcanzara lo más recóndito del temor a la muerte y al misterio del más allá. Como si algo del Presidente se hubiera quedado atrapado entre las hebras. Y el chal sigue allí, junto al cuerpo mutilado, para acompañarlo en la tumba.

–Quiero estar segura que vamos a enterrar a Salvador. Quiero verlo –dijo la viuda cuando el féretro salió del avión en la pista de la base aérea de Quintero.

–Imposible, está terminantemente prohibido abrir el ataúd –le contestó el oficial.

–Señora *Tencha*, confíe en mí, yo lo vi y es el Presidente –terció el edecán aéreo, mintiendo.

No podía permitir que ella lo viera. Me habían dicho que la cabeza estaba destrozada, que la mitad superior de la cabeza había volado con los disparos. No podía verlo, explicó el comandante Sánchez.

Un carro funerario de la Armada y dos automóviles esperan en la pista. En un auto, la viuda, el edecán aéreo y Eduardo Grove. En el otro, Laura Allende, Patricio y Jaime Grove. Recorrido rápido hasta el cementerio Santa Inés, en Viña del Mar. Es la orden que recibieron los choferes del mínimo cortejo.

–Las calles estaban vacías. Ni un alma a la vista. Recuerdo haber visto que algunas ventanas se abrían, haber divisado algún rostro tras los vidrios. Nada más –dice la viuda.

Los enterradores esperan en la puerta [del cementerio] y cargan la urna sobre el carro metálico de transporte. Olor a sal y yodo del frío mar de Chile trae la brisa que se levanta desde el poniente. Un olor que el Presidente parecía saborear, en grandes bocanadas, cada vez que llegaba al Palacio Presidencial del Cerro Castillo. Como si reconociera ese olor salino del aire de su primera inspiración en el puerto de Valparaíso.

Ahora, muy cerca de su ciudad natal, el cortejo se detiene frente al sobrio mausoleo de la familia Grove[146]. Es una tumba subterránea cubierta por una lápida de mármol blanco. Ya está abierta. No hay más que silencio como himno de despedida. El silencio lo dice todo. Cada uno escucha lo que debe escuchar. El ataúd baja hasta uno de los nichos y, al ser encajado por uno de los enterradores, se desliza con dificultad. Es un sonido hueco, son de muerte.

Un puñado de tierra toma la viuda y lo lanza a la tumba. La hermana, los sobrinos y el edecán aéreo hacen lo mismo. Los uniformados a cargo de la custodia observan en silencio. Hortensia Bussi camina unos pasos y coge unas pocas flores de la planta más cercana.

–Que sepan que aquí yace el presidente constitucional de Chile –dice, al tiempo que las lanza a la tumba…[147].

El relato de Hortensia Bussi del entierro secreto

El día 13 de septiembre, mientras se encontraba asilada en la Embajada de México en Santiago, la viuda del Presidente relata al periodista Manuel Mejido, del periódico mexicano *Excelsior*, cómo se enteró de la muerte de Allende, la manera hostil como la trataron los militares, y los detalles del entierro secreto:

> El otro día [miércoles 12 de septiembre] me avisaron por teléfono que Salvador se encontraba en el Hospital Militar y que estaba herido. Me dirigí allá y aunque me identifiqué plenamente, los soldados me negaron la entrada. Después hablé con un general que me recibió con estas palabras: «Señora, fui amigo de Salvador Allende. Le expreso mi más sentido pésame». Entonces supe que había muerto.
>
> Me prometió este general, cuyo nombre no conozco, un *jeep* y un oficial para que me acompañara al campo aéreo del Grupo 7 de la Fuerza Aérea de Chile, donde me dijeron que tenía que dirigirme. Pero después salió otro general que tampoco conozco, y simplemente me dijo que viajara en mi auto, porque no había disponibles ni vehículos ni soldados. Decidí viajar en el pequeño automóvil de mi sobrino Eduardo Grove Allende. En el campo aéreo me dijeron que el cadáver de Salvador estaba a bordo de un avión de la Fuerza Aérea. Antes de abordarlo hablé por teléfono con mi hija Isabel, pero no pudo acompañarme porque le faltaba su salvoconducto.
>
> Subí al avión. Imagínese el cuadro que vi: un ataúd en el centro, cubierto con una frazada militar, y a los lados, Patricio Grove, mi otro sobrino, y Laura Allende, la hermana de Salvador. Me acompañaron también el edecán Roberto Sánchez y Eduardo Grove. Volamos hacia Viña del Mar. El avión descendió en la Base Aérea de Quintero. El vuelo fue sin tropiezos, suave. Después bajaron a Salvador.
>
> Pedí verlo, tocarlo, pero no me lo permitieron… Me dijeron que la caja estaba soldada. En dos automóviles, siguiendo al furgón, fuimos hasta el cementerio Santa Inés. La gente nos miraba extrañada. No sabían de quién se trataba, ni de quién era el cadáver que iba en el furgón. Había una gran cantidad de soldados y de carabineros, como si se esperase una multitud. Las cinco personas que acompañábamos a Salvador caminamos en silencio hasta la cripta familiar, donde enterramos hace un mes a Inés Allende, la hermana de Salvador, que había muerto de cáncer.
>
> Volví a insistir en ver a mi marido. No me lo permitieron, pero levantaron la tapa [del ataúd] y descubrí una sábana que lo cubría. No supe si eran los pies o la cabeza. Me dieron ganas de llorar. Los oficiales me impidieron que lo viera. Volvieron a repetirme que el ataúd se encontraba soldado. Entonces dije al oficial que me acompañaba, en voz alta: «Salvador Allende no puede ser enterrado en forma tan anónima. Quiero que ustedes sepan por lo menos el nombre de la persona que están enterrando». Tomé unas flores y las arrojé a la fosa y dije: «Aquí descansa Salvador Allende, que es el Presidente de la República, y a quien no han permitido que ni su familia lo acompañe[148].

B. El Funeral Oficial

Por un día la memoria de[l Presidente Allende]
ocupó las candilejas, para luego dar paso
al silencio concertado, al olvido pactado.

Diecisiete años después de su inhumación clandestina en el Cementerio Santa Inés de Viña del Mar, el día 4 de septiembre de 1990, se realizó la resepultación de los restos mortales del Presidente; lo que se dio en denominar sus «Funerales oficiales», cuyo carácter y detalles es necesario recordar y examinar en el contexto de este estudio, porque arroja luz sobre la actitud ambivalente, tanto del Partido Socialista en el gobierno, como del resto de sus aliados de la Concertación, y en especial del Partido Demócrata Cristiano, hacia la figura y el legado moral, político e histórico de Salvador Allende.

En primer lugar, tendríamos que decir que las exequias del Presidente realizadas aquel día no tuvieron un carácter popular, como podría haberse esperado, tratándose de la figura máxima de la izquierda chilena, sino que ellas fueron conscientemente diseñadas como una ceremonia oficial, solemne y elitista. *Oficial* porque fueron organizadas, realizadas y controladas hasta en sus últimos detalles, por el gobierno de Patricio Aylwin, enemigo jurado de la Unidad Popular; *solemne* porque se les dio a las ceremonias un carácter que hubiera correspondido más bien al de un político católico y burgués, que a un librepensador y un socialista; y *elitista* porque calculadamente no se permitió la libre y espontánea participación del pueblo en la ceremonia. Esto se consiguió no sólo centrando los funerales en torno al programa oficial y los invitados extranjeros (más de un centenar y medio), sino además impidiendo que la gente marchara tras el cortejo[149], o pudiera acercarse al vehículo que transportaba la urna durante su viaje al cementerio, el que en la mayor parte de su trayectoria (tanto en Viña del Mar como en la Ruta 68, y en Santiago), se desplazó a gran velocidad, en vez de hacerlo lentamente, como es tradicional[150]. Curiosamente, la palabra española ‘funeral’ se originó en el término latino *funeralis*, que significa, precisamente eso cuya realización no fue permitida en este caso, es decir, una «procesión». Y como si lo anterior no bastara, se cerraron al pueblo las puertas del cementerio durante la ceremonia oficial (realizada en su plazoleta), y se lo apaleó como en los peores tiempos de la dictadura, ante el menor intento de este de romper el masivo cerco policial tendido en su entorno[151].

Al darle a la resepultación de los restos del presidente Allende el carácter de un Funeral Oficial, el gobierno de la Concertación, presidido por el católico Aylwin, se comprometía de antemano con algunas opciones. En primer lugar, implicaba realizar el sepelio por medio de una ceremonia funeraria católica, lo que evidentemente equivalía a no tomar en cuenta para nada las creencias de Allende, quien fue desde su juventud un marxista convencido y un activo masón desde 1935. Por lo poco que trascendió en la prensa de aquellos días, se ve que

varios personeros de la masonería chilena se movilizaron en aquella oportunidad con el fin de poder participar en las ceremonias oficiales, y tal vez, conseguir que se sepultara al Presidente de acuerdo al rito funerario masónico[152]. Que esto fue así lo demuestra el tenor de la respuesta negativa, consignada por la prensa, que la propia diputada Isabel Allende, les dio a los representantes de la Gran Logia, al replicarles, «…que de acuerdo con la más profunda tradición chilena corresponde a la Iglesia Católica organizar los actos de responso en los casos de fallecimiento de ex Presidentes de la República»[153]. De manera que a la Gran Logia de Chile no le quedó otra opción que contentarse con una solución de consuelo, es decir, efectuar una ceremonia fúnebre privada, «sin el cuerpo presente del mandatario», la que se realizó el mismo 4 de septiembre de 1990 a las 19 horas, en su templo principal de la calle Marcoleta 659, con la concurrencia de más de 600 masones de las distintas logias de Santiago y otros ciudades[154].

Pero Allende no sólo fue en vida un no creyente y un masón, sino que además se había suicidado, lo que ponía a la Iglesia ante un espinudo problema teológico (y hasta de derecho canónico), porque para la teología cristiana el suicidio es un pecado, moralmente una forma de asesinato, dado que nadie sino Dios, puede legítimamente poner fin a la residencia de un alma en esta tierra. La salida que se encontró para este «intríngulis teológico» fue tan simple como efectiva: guardar el más completo silencio ante estos hechos. De allí que en el responso leído aquel día por el Arzobispo de Santiago, monseñor Carlos Oviedo Cavada, en la Catedral metropolitana, no se hiciera la menor referencia, ni siquiera velada, al suicidio del presidente Allende[155].

Pero la izquierda y la coalición gobiernista no sólo hicieron sentir su particular actitud ante el hombre, el político y el legado del Presidente muerto, sino que el propio Patricio Aylwin se encargó de hacer explícito el carácter contradictorio y ambivalente de la situación, en el discurso central de la ceremonia oficial realizada en la plazoleta del cementerio (haciéndose acreedor a una generalizada rechifla de parte de aquellos que fueron dejados fuera del recinto), en cuyos pasajes más representativos manifestó lo siguiente:

> Se equivocan y causan daño quienes quieren hacer de este acto o ver en él un motivo o pretexto para reavivar [viejas] querellas. Honrar a un difunto no es un acto de proselitismo, ni puede ser ofensa para nadie.
>
> Como todo el país sabe, yo fui adversario político de Salvador Allende [pifias] –¡a aquellos que silban les digo: el único lenguaje en que podemos entendernos es el lenguaje de la verdad!–; eso no me impidió respetarlo como persona, reconocer sus merecimientos, coincidir en muchas cosas y mantener con él relaciones amistosas. Ello es de la esencia de la vida democrática. Fui severo opositor a su gobierno, lo que tampoco nos impidió –ni a él ni a mí– dialogar en busca de fórmulas de acuerdo para salvar la democracia.

> *Debo decirlo con franqueza: si se repitieran las mismas circunstancias, volvería a ser decidido opositor*. Pero los horrores y quebrantos del drama vivido por Chile desde entonces nos han enseñado que esas circunstancias no deben ni pueden volver a repetirse, por motivo alguno. Es tarea de todos los chilenos impedirlo. Y lo impediremos en la medida en que desterremos el odio y la violencia, en que evitemos los sectarismos ideológicos y las descalificaciones personales o colectivas, en que sepamos respetarnos en nuestras diferencias y en que todos acatemos realmente las reglas del juego democrático[156].

En realidad Aylwin no habla aquí el lenguaje de la verdad que retóricamente invoca. En primer lugar porque él no mantuvo nunca relaciones amistosas con Allende y fue un implacable adversario del Presidente y su gobierno. Tampoco le reconoció públicamente a Allende ningún merecimiento, ni siquiera después de muerto, como lo testifican las categóricas declaraciones que hizo con posterioridad al Golpe.

La confirmación oficial de la identidad y del suicidio de Allende

Durante la segunda semana de septiembre de 1990, es decir, cuando ya se había realizado el funeral oficial, la revista política chilena *Análisis* dio a conocer por medio de un «Informe especial», cuyas conclusiones fueron inmediatamente reproducidas por la prensa mundial, que Allende no había sido asesinado por miembros de las fuerzas militares que penetraron al segundo piso de La Moneda aquella tarde del 11 de septiembre, sino que se había suicidado. La oportunidad de estas tardías «revelaciones» no fue, por cierto, algo puramente casual, pues se las presentó como el resultado de las diligencias realizadas secretamente, la noche del 17 de agosto, en el Cementerio Santa Inés. Es decir, de las operaciones de «exhumación y reducción» de los restos alojados en el mausoleo de la familia Grove, y de confirmación de su identidad[157], según se lo describe en el informe firmado por el redactor político de la referida revista, Francisco Martorell. Evidentemente, las palabras ‘exhumación y reducción’ hacen referencia al hecho de que los restos fueron sacados del féretro en que se encontraban y puestos en otro de menor tamaño, siendo finalmente enterrados en la misma sepultura en que habían sido depositados secretamente 17 años antes. Desde allí serían sacados la mañana del 4 de septiembre de 1990, luego de una breve ceremonia, para ser conducidos a toda velocidad al Cementerio General de Santiago.

Pues bien, si se examina con algún sentido crítico la operación de

identificación recién descrita se hace manifiesto que las cosas fueron bastante más complejas de lo que parecieran a simple vista. Porque el desenterramiento tuvo lugar casi a la media noche y en el más estricto secreto. Y por lo que se sabe, aparte del personal del cementerio, sólo estuvieron allí presentes, en calidad de testigos, el Ministro Secretario General de Gobierno, Enrique Correa; el asesor del Ministerio del Interior, Juan Luis Egaña; el abogado Jorge Donoso y Ximena Casarejos, ambos de la Secretaria General de Gobierno. Según «una fuente reservada», señaló *El Mercurio*, «en el acto no se hicieron presentes [ninguno de los] familiares del ex Presidente»[158].

De acuerdo con la información entregada por la prensa, el doctor Patricio Guijón, o Arturo Jirón[159], habría certificado allí mismo la «autenticidad» del cadáver del ex Presidente, «en la primera oportunidad en que se abre la urna, desde que fue depositada en el Campo Santo de Viña del Mar en 1973»[160]. Sin embargo, no se divulgó el menor detalle, ni el tiempo que habría tomado, este supuesto reconocimiento *in situ*. No se requiere ser un experto en medicina forense para darse cuenta de las dificultades que entraña el reconocimiento de un cuerpo que ha estado enterrado por 17 largos años. Es igualmente muy curioso que no se haya informado si acaso los restos fueron sometidos a algún tipo de examen o análisis pericial, con el fin de poder determinar tanto la identidad como las causas de la muerte. En cuanto a los testigos, al parecer su única función era, simplemente, dar fe que se trataba de los restos del Presidente, lo que difícilmente pudieron haber estado en condiciones de establecer, sin poseer entrenamiento forense, y sin la realización de peritajes y análisis óseo-dentales o de ADN.

En las líneas finales del informe especial al que nos hemos estado refiriendo, Francisco Martorell resume así las conclusiones de los hechos de aquella jornada: «… el resultado de la exhumación y reducción de los restos del presidente Allende, según ha trascendido, entre otras evidencias demostró que el cadáver de quien fuera elegido presidente de Chile el 4 de septiembre de 1970 tenía un orificio en el cráneo que puede corresponder a un disparo de tipo suicida. Los que vieron los restos de Allende y sumaron a ello los antecedentes que tenían están en condiciones de afirmar que Allende se quitó la vida».

Es manifiesto que las afirmaciones de personas sin nombre, que se apoyarían en antecedentes que no se detallan, carecen del menor valor evidencial y no demuestran nada respecto de la muerte de Allende. A menos que uno esté dispuesto a creer en las conclusiones de quienes «vieron sus restos», (quienquiera que ellos sean), los que supuestamente habrían contado con ciertos misteriosos antecedentes, de los que tampoco se nos entrega la menor información.

El referido informe especial contiene también una historia, sumamente implausible, que, curiosamente, nadie pareciera haber conocido o mencionado en 17 años. Nos referimos al testimonio de aquellos sepultureros anónimos[161], quienes, por obra de un verdadero milagro, habrían visto el rostro del Presidente antes de ser enterrado secretamente en 1973. Relata Francisco Martorell que al final de aquel entierro (suponemos que posteriormente a las palabras pronunciadas allí por Tencha Bussi), los sepultureros, «…procedieron a ubicar el ataúd en el bandejón de la tumba de la familia Grove. En ese momento, la tapa superior [del ataúd], sujeta con dos tornillos, posiblemente con los movimientos del viaje, cedió y se abrió. Por espacio de 20 segundos, los sepultureros pudieron ver el rostro de Salvador Allende. 'Tenía la barbilla ennegrecida, uno de los ojos desviados y parte del bigote volado. El resto del cuerpo, [que] vimos desde la cintura para arriba, estaba completamente normal', dijo a *Análisis* uno de los presentes en la fatídica tarde de septiembre de 1973.

[A los sepultureros] no les quedó, a partir de la imagen, ninguna duda de que estaban sepultando al Mandatario depuesto por los militares. Así también lo consignaron en el acta notarial que le entregaron a la familia Allende-Bussi el martes 4 de septiembre de 1990, cuando se exhumaron los restos de Salvador Allende para que fueran trasladados a Santiago. En ella confirmaron que el cadáver enterrado el 12 de septiembre de 1973 era el de Allende. Afirmaron que la tumba fue sellada, la escotilla quedó bajo 30 centímetros de tierra y nunca fue removida en 17 años. La versión de los sepultureros de Allende fue validada durante la exhumación y reducción de los restos, realizada el 17 de agosto pasado, por el ministro Secretario General de Gobierno, Enrique Correa y el médico Arturo Jirón. Ambos confirmaron que se trataba del cadáver de Allende»[162].

Llama la atención el importante papel[163] que aparecen jugando aquí unos sepultureros innominados, de quienes no se especifica ni siquiera el número, y cuyo dudoso testimonio estaría supuestamente demostrando tres cosas: 1. Que los restos enterrados en el mausoleo de los Grove eran efectivamente los de Allende; 2. Que este se habría suicidado, y 3. Que no presentaban heridas en el tórax. Pero lo que estira, hasta la ruptura, los límites de la credibilidad de dicha historia, es que todo este supuesto testimonio requiere que uno crea en la veracidad del curioso incidente del desprendimiento de la tapa del ataúd, que habría permitido a los sepultureros ver el rostro y el cuerpo del Presidente. Las preguntas son obvias, ¿dónde se encontraban en ese momento los deudos que no presenciaron esta escena? ¿Por qué nadie había reportado este importante detalle antes? Pero eso no es todo. Recuérdese la parte final del relato que hace Hortensia Bussi del entierro secreto, citada más arriba, donde dice: «Volví a

insistir en ver a mi marido. No me lo permitieron pero levantaron la tapa y sólo descubrí una sábana que lo cubría. No supe si eran los pies o la cabeza. Me dieron ganas de llorar. Los oficiales me impidieron que lo viera. Volvieron a repetirme que el ataúd se encontraba soldado». No parece haber ninguna razón para dudar de la veracidad de estas observaciones hechas por Tencha Bussi hace 17 años. Pero si esto es así, ¿cómo pudieron entonces los sepultureros haber visto el rostro y el torso de Allende, si su cuerpo se encontraba enteramente cubierto con una sábana blanca?

Sin embargo, existen otras razones para no creer en la veracidad de aquel singular relato. Porque, incluso, si aceptáramos como de buena ley la historia de que los sepultureros consiguieron ver el rostro y parte del cuerpo del cadáver de Allende, es manifiesto que es prácticamente imposible poder establecer, mediante una simple inspección de unos pocos segundos (a menos que uno sea un pariente cercano o amigo, y disponga de alguna forma científica de identificación), si los referidos restos eran efectivamente los del Presidente. Tanto es esto así, como lo relatara más arriba el doctor Versin, que la principal razón que habría, según él, impulsado a Pinochet a ordenar la autopsia del cadáver de Allende, habría sido la duda que lo embargaba respecto de la identidad del cuerpo encontrado en La Moneda. Ahora, si es difícil establecer la identidad de una persona muerta por simple inspección de sus restos, puede uno imaginarse cuánto más difícil habría sido poder determinar si estos correspondían o no a los de un suicida. Aun en el caso que se tratara de un experto forense, porque las heridas provocadas por un arma homicida son, como es obvio, casi indistinguibles de las causadas por un arma suicida. De allí la necesidad de realizar detallados peritajes y exámenes.

En lo referente a la afirmación de que el cuerpo no presentaba heridas en el tórax (detalle de gran importancia para poder desechar la versión de que el Presidente había sido acribillado), lo que los tardíos «testigos» parecieran no haber tomado en consideración en su relato es que los restos de aquel debieron haber presentado varias otras «heridas», no sólo en su torso, sino también en el cráneo y en el vientre, a consecuencia de la autopsia que se le practicó la noche del 11 de septiembre en el Hospital Militar. Pero, como se ve, los poco perceptivos «testigos» al parecer no se enteraron de que los restos habían sido sometidos a un examen *post mortem*, puesto que no hacen la menor referencia a las notorias alteraciones de la anatomía normal que se habían producido en el cuerpo por obra de la autopsia; omisión que, por cierto, le resta aun más credibilidad a tan insólito relato.

Demás está decir que, desde una perspectiva científica y crítica, no podemos sino rechazar en su totalidad la historia contada por aquellos sepultureros; la que,

evidentemente, no puede ser considerada dentro de una investigacion seria, acuciosa y transparente, de los restos del Presidente, 17 años después de su muerte.

Finalmente, cabría preguntarse, ¿dónde están los resultados de los exámenes forenses, de los análisis óseo-dentales o de las pruebas de ADN a partir de las cuales se habría confirmado, primero, la identidad de Allende, y luego que este se habría suicidado? Hasta donde nos ha sido posible establecerlo, parece que estos exámenes nunca se hicieron[164]. Y, sin embargo, a partir de tan insuficientes evidencias ciertas personas vinculadas al gobierno de la Concertación han pretendido extraer conclusiones definitivas acerca de la muerte del Presidente Allende. Así lo hace, por ejemplo, el propio doctor Óscar Soto, en las páginas finales de su libro testimonial, cuando declara: «… las versiones contrapuestas [sobre su muerte] quedaron definitivamente zanjadas, cuando el 17 de agosto de 1990 se realizó la exhumación del cadáver de Allende, que permanecía en la tumba de la familia Grove, en Viña del Mar, comprobándose la naturaleza suicida de las lesiones que le ocasionaron la muerte»[165].

En realidad, la conclusión precedente carece de la fuerza evidencial que parece asignarle el doctor Soto, porque ni él ni nadie nos ha mostrado de qué modo específico se habría comprobado la identidad y el suicidio de Allende, durante o con posterioridad a la operación de exhumación y reducción de sus restos.

Capítulo 9

Mito y realidad de la muerte del Presidente

En mi opinión Allende no pasará a la historia
como un combatiente revolucionario,
aunque murió luchando como un revolucionario.

Fernando Alegría

Si examinamos con cierta atención y detenimiento el monumento a Allende erigido en una de las esquinas de la Plaza de la Constitución, a apenas unas decenas de metros del lugar donde combatió valientemente, y finalmente se quitó la vida, podemos apreciar que el escultor[166] representó su sacrificio final por medio de una figura envuelta en la bandera chilena; la que pareciera casi a punto de emprender el vuelo por sobre aquella sólida, aunque materna, base rocosa, que se abre como un enorme útero. Es la imagen del Presidente renaciendo en el momento mismo de morir, como en el simbolismo masónico de la iniciación[167], o en el mito del Ave Fénix. En otros términos, es Allende trascendiendo la existencia terrenal de los mortales, para elevarse al plano de la existencia eterna de los seres míticos. Esta dicotomía entre lo terrestre y lo etéreo, ha sido enfatizada, por lo demás, por el propio artista, quien reservó la plasticidad del bronce para la figura del Presidente y la bandera, al tiempo que utilizó la rígida materialidad de la piedra para el pedestal materno sobre el que se levanta.

Sin pronunciarnos sobre el valor estético de la obra escultórica, nada hay, por cierto, de reprochable en esta perfectamente válida representación artística de la muerte del Presidente, puesto que es característico del arte sublimar y

transformar creativamente la realidad, tanto la natural como la histórico-social. Lo condenable es que caigamos en el error, harto difundido por lo demás, de interpretar lo que efectivamente ocurrió en La Moneda aquel 11 de septiembre, a partir de este tipo de representaciones simultáneamente artísticas y míticas; perdiendo así de vista el sentido y significado verdadero de los hechos que condujeron a la muerte del Presidente, así como el carácter y especificidad de las condiciones político-sociales a partir de las cuales estas se habrían generado.

De allí, entonces que, en un sentido más profundo, se equivoque Patricio Quiroga al afirmar, en su libro tantas veces citado, que la imagen del Presidente envuelto en una bandera chilena habría suscitado, simultáneamente, las versiones del Allende-muerto-en-combate y la del Allende-suicidado. Porque el personaje así representado no es el Presidente-médico que salva la vida de casi todos sus compañeros y finalmente se quita la propia, sino el héroe unidimensional armado que, muerto en combate, es envuelto en la bandera chilena por los miembros sobrevivientes de su escolta, en una suerte de ritual patriótico-revolucionario; exactamente de la misma forma como aquel instante fuera representado en la descripción apócrifa de su muerte, concebida y difundida *urbi et orbi* por el joven Renato González.

Como puede verse, los procesos de sublimación artística y mítica de la figura y muerte de Allende se nos aparecen aquí como esencialmente semejantes. En ambos casos tiene lugar una especie de simplificación, o reducción[168], tanto de la complejidad del hombre como de las circunstancias en las que decidió, por su propia voluntad, abandonar heroicamente este mundo.

En el curso de estas páginas hemos buscado responder, en primer lugar, a la pregunta acerca de cómo ocurrió efectivamente la muerte del Presidente; si se trató de un asesinato o de un suicidio. Para ello procedimos a un examen de los hechos y las circunstancias que la rodearon, a partir de un detallado análisis crítico de los testimonios personales y documentos oficiales que se refieren a la muerte. El establecimiento de este hecho es, sin duda, condición necesaria de una adecuada evaluación del significado humano y político del sacrificio final del Presidente. Condición necesaria, pero no suficiente, por cierto, porque no basta saber cómo murió este para comprender correctamente la naturaleza de su sacrificio. Para ello se requiere conocer su personalidad, sus ideas políticas, pero por sobre todo, sus principios morales y valores.

De allí que sea iluminador preguntarse: ¿cuáles fueron, específicamente, los valores por los que el Presidente terminaría dando su vida? Como lo hemos argumentado en otra oportunidad[169], encontramos en Allende una profunda disposición moral que subyacía a su identidad de hombre y de político. Será esta disposición constitutiva suya la que lo impulsará a hacerse socialista siendo muy

joven, luego de haberse autoimpuesto un compromiso ético con su padre en 1932, ante cuya tumba juró dedicar su vida a la lucha social. Es esta misma disposición moral la que, posteriormente, lo hará vincularse, también desde muy joven, a una institución semisecreta como es la masonería, inspirada en los valores éticos, intelectuales y políticos de la Ilustración francesa[170].

Ahora bien, si examinamos la personalidad de Allende a la luz de su decisión final, encontramos que se ponen allí de manifiesto a lo menos tres *valores personales* característicos suyos: su dignidad de hombre y líder de la izquierda, la consistencia de sus ideas y convicciones, y su valentía. Conjuntamente con estos tres valores individuales se destacan en el Presidente tres *actitudes morales hacia los demás*: la compasión por el oprimido, la tolerancia hacia las ideas y creencias ajenas, y el respeto por la vida humana.

Será su profunda dignidad personal lo que lo haga elegir la muerte antes que rendirse y entregarse a sus enemigos armados; sentimiento que se potenciaba en él en una aguda conciencia de la dignidad y «densidad histórica» (Jocelyn-Holt *dixit*) que conllevaba su cargo de Presidente. Una persona es consistente, o consecuente, cuando su conducta no hace sino confirmar sus creencias, palabras y promesas; Allende había declarado muchas veces en discursos y comunicaciones privadas, que sólo muerto podrían impedirle terminar su mandato, pero ser coherente con aquellas expresiones verbales demandaba no sólo fuertes convicciones, sino una valentía a toda prueba.

De las tres referidas actitudes morales de Allende hacia los demás, la primera permite dar cuenta de su permanente preocupación, como dirigente social y parlamentario, por los derechos, el bienestar y los intereses de las grandes mayorías postergadas. La segunda actitud moral, su sentido de la tolerancia, se expresó con gran claridad en su negativa a imponer por la fuerza su propia postura táctica a la totalidad de las fuerzas de la izquierda, polarizadas antes del Golpe en un empate catastrófico entre ultras y moderados, como lo ha mostrado de modo brillante Tomás Moulian, en su libro *Conversación interrumpida con Allende*.

En cuanto a la tercera actitud moral del Presidente, indicada más arriba, es decir, su respeto por la vida humana, se manifestó, en primer lugar, en su aspiración a realizar en Chile una revolución sin sangre; pero cobró especial significado durante el «Tancazo» del 29 de junio, y posteriormente en el propio 11 de septiembre, en sus llamados a proteger la vida y la integridad física de los partidarios de su gobierno, y en especial de los trabajadores. Sin embargo, pocos hechos destacan mejor su profundo respeto por la vida ajena que su constante vigilancia y preocupación por sus compañeros y compañeras en las horas más críticas de la heroica resistencia en La Moneda.

Por otra parte, el carácter moral autoconsciente de la decisión de quitarse la vida antes que rendirse, se expresa especialmente en dos pasajes de su discurso final. El primero es aquel en que el Presidente pareciera proyectarse más allá de la muerte inminente en una visión anticipada de su propia imagen histórica: «Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, me seguirán oyendo, siempre estaré junto a ustedes, o a lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno, el de un hombre que fue leal». Dignidad y lealtad, dos valores morales por los que Allende quiso que se lo recordara después de muerto. Dignidad en la defensa de su investidura presidencial y de su conducta ante la fuerza bruta, lealtad hacia sus principios socialistas, hacia el programa de su gobierno y hacia los trabajadores. En realidad Allende emplea tres veces la palabra 'lealtad' en su discurso final: «Pagaré con mi vida la lealtad del pueblo …»; «Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron …», significando con estas dos primeras el vínculo y apoyo que los trabajadores le prodigaron; mientras que en la tercera vez la palabra 'lealtad' es empleada para significar el deber moral que él, como Presidente, tenía y sentía hacia su pueblo: «Por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno, el de un hombre que fue leal».

El segundo pasaje en el que se expresa y destaca el carácter moral autoconsciente de su decisión final, corresponde a las tres últimas líneas de su discurso: «Tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano; tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición». Líneas en las que se contiene una reafirmación de lo que dijera al comienzo: «Mis palabras… serán… el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron…». Es decir, Allende tenía plena conciencia que tanto las palabras acusatorias que lanzara contra sus enemigos, así como su muerte, representaban una lección y un castigo moral que se descargaría sobre los golpistas, y que los deslegitimaría ante la faz del mundo. Pero esto no debe ser entendido simplemente como un gesto político, y así de corto alcance, porque es manifiesto que en aquel momento Allende no estaba pensando sólo en el futuro inmediato, sino en una visión de largo alcance, en la que la acción de los golpistas es condenada ante las generaciones futuras y la historia de Chile y del mundo.

Desde nuestra perspectiva, es importante poder entender, también, cuáles habrían sido las opciones que el Presidente visualizaba aquella mañana del 11, porque a partir de ellas podemos formarnos una idea más justa de su decisión final. Al respecto, escribe Patricio Quiroga, que «es posible que Allende haya barajado dos posibilidades de salida de la crisis: el plebiscito y el suicidio»[171]. Por nuestra parte, creemos que el Presidente, una vez que comprendió, después de

las 8:30 de la mañana, al escuchar la proclama de la Junta, que su suerte estaba echada, debió haber contemplado una tercera posibilidad, más acorde con sus deseos y su carácter: morir luchando. Porque él pudo perfectamente haber muerto al ser alcanzado por las balas enemigas, los cañonazos o los *rockets*, en más de cuatro horas de intenso combate, durante el cual se expuso en varias oportunidades, temerariamente y más allá de los límites de lo razonable, al fuego graneado de las armas insurrectas. He aquí el relato que hace Carlos Jorquera de uno de estos episodios: «El Presidente estaba tendido en el suelo, disparando con su metralleta por una ventana que daba a la Plaza de la Constitución [El doctor Arturo] Jirón tuvo que tenderse también y tomar al *Chicho* por los pies y empezar a retirarlo de ese lugar por el que entraba un vendaval de balas»[172].

Pero al no morir en la lucha, a Allende no le quedó otra salida digna que el suicidio.

Allende como héroe trágico

A partir de lo anterior es interesante examinar la visión que de la conducta de Allende, aquella mañana del 11, han proyectado algunos autores quienes han tratado de explicarse el significado de sus momentos finales. Así por ejemplo, en el «best seller» de Tomás Moulian, titulado *Chile actual. Anatomía de un mito*, encontramos el siguiente pasaje que ha llamado nuestra atención: «… El palacio ardiendo, arrasado por las bombas, lanzadas por feroces máquinas de guerra, *mientras Allende estaba allí, en medio de la metralla, el humo, los restos destruidos del Estado*. Ese acto constituyó el asesinato del Presidente en funciones. El suicidio fue la formalización de una muerte ya ejecutada. Esto fue así en el doble terreno de lo real y de lo simbólico»[173].

Es manifiesto que Moulian describe aquí a Allende como a un individuo pasivamente resignado ante las circunstancias, lo que manifiestamente no fue así, porque en realidad el Presidente en ningún momento se limitó a «estar allí», sino que, desde que ingresó a La Moneda, a las 7:35 de la mañana, se dedicó a recabar información sobre la magnitud del alzamiento militar, de boca de sus colaboradores civiles y militares; intentó movilizar a las organizaciones populares; barajó sus posibilidades de poder controlar el Golpe; rechazó airada y valientemente cada una de las presiones y ultimátums golpistas; se encargó de organizar la mejor resistencia armada al asedio militar que le permitieron los limitados recursos bélicos disponibles; se preocupó de proteger y salvarle la vida a las mujeres, y a cuanto partidario quiso abandonar el lugar; combatió como un valiente por más de cuatro horas, y como si esto fuera poco, dejó para la

posteridad el «discurso de las grandes alamedas», su testamento político.

No se trata, por cierto, de que Moulian desconozca estos hechos, pero al poner el acento sobre el aspecto puramente pasivo de la situación del Presidente, en el pasaje citado, nos hace perder de vista aquello que su muerte tuvo de libre decisión frente a una situación límite. En realidad Allende se comportó en sus últimas horas del modo que lo hizo, precisamente porque la resistencia en La Moneda no fue para él una decisión casual, o externamente impuesta, sino la consecuencia de una decisión libre y racionalmente adoptada con mucha anticipación. Es importante tomar esto en consideración, porque de lo contrario se ve al Presidente como un personaje trágico, pero en el sentido en que corrientemente se cree que la conducta humana era representada en el teatro griego clásico, es decir, como la de seres marcados por la fatalidad, ante la cual son víctimas casi totalmente impotentes. Pero tal creencia implica un doble error, primero, porque este no era el sentido más propio de la tragedia griega clásica, y segundo, porque esa no es la conducta característica del héroe trágico.

Un conocido ejemplo de esta concepción «corriente» de la tragedia, por así llamarla, lo encontramos en aquella famosa carta que Radomiro Tomic enviara al general Prats en 1973, en la que aquel escribe: «Sería injusto negar que la responsabilidad de algunos es mayor que la de otros, pero, unos más y otros menos, entre todos estamos empujando a la democracia chilena al matadero.

Como en las tragedias del teatro griego clásico, todos saben lo que va a ocurrir, todos desean que no ocurra, pero cada cual hace precisamente lo necesario para que suceda la desgracia que pretenden evitar»[174].

Dejando de lado la ingenuidad que implicaba creer que en el Chile de la Unidad Popular todos deseaban que no hubiera Golpe de Estado, cuando precisamente la derecha y la DC freísta empleaban todos los recursos legales o ilegales para hacerlo posible; lo que nos interesa destacar en esta carta es la idea tan difundida de que la tragedia griega habría tenido un carácter esencialmente fatalista.

A propósito de esto escribe el profesor norteamericano William Chase Greene, en un bellísimo libro suyo donde se refiere al tema: «Se afirma a menudo que la tragedia griega es fatalística –que todos los acontecimientos están predeterminados, que los personajes son impotentes ante la fuerza del destino, [del] que [sólo esperan] su llamada. … Lo que sí es verdadero es que una parte, grande o pequeña, de la acción de la mayoría de las obras teatrales se considera que se sigue de causas más allá del control de los personajes. … *Pero el más alto y más puro efecto trágico se produce cuando el poeta no se contenta meramente con sacar adelante los acontecimientos externos, … sino que muestra también la actitud moral de su protagonista hacia los acontecimientos y hacia su propia*

acción. Este responde a la llamada del honor, venga lo que venga; soporta lo que el destino o los dioses le envíen. Su [propia] acción puede haber causado su caída, pero su voluntad se mantiene noble; aprende por el sufrimiento; y allí puede haber una reivindicación final del sufriente, aunque de una clase inesperada. Aquella tragedia, aunque algunas veces caiga en el lamento tradicional y en el pesimismo, está penetrada por el sentimiento de que la vida es un juego de altas apuestas, en el cual el hombre puede ganar noblemente, o en el peor caso, puede perder noblemente. *El más grande drama griego, en otras palabras, se sostiene en el juego recíproco entre destino y carácter, entre lo que el hombre no puede cambiar y lo que está dentro de su poder*»[175].

Aplicando los conceptos del profesor Greene arriba expuestos, podríamos decir, entonces: lo que Allende no podía cambiar en la «tragedia» del 11 de septiembre era la voluntad golpista de derrocar su gobierno; lo que sí estaba dentro de su poder era rendirse, o combatir hasta el final a sus enemigos jurados; Allende eligió el combate, y cuando comprendió que ya no había más resistencia posible, se quitó la vida, privándolos así de la satisfacción sádica de humillarlo y vejarlo. Pocos actos los hay de mayor dignidad y valor. Es sólo en este específico sentido en que puede calificarse la conducta del Presidente como trágica. O como dice otro autor anglosajón: «El espíritu trágico aparece en la lucha [de los héroes] por seguir siendo fieles a sí mismos y retener su dignidad humana, a pesar de su malhadado destino, [de este modo] ellos consiguen transformar su derrota y subyugamiento en una especie de victoria pírrica»[176]. Esta es la «victoria en la derrota», distintiva de los héroes trágicos de todos los tiempos, a la que se refiere el historiador Isaac Deutscher, en las páginas finales de su excepcional trilogía sobre la vida de León Trotsky.

No fue, entonces, ninguna fatalidad, sino precisamente la moralidad, el sentido del honor y el carácter de Allende, los que lo impulsaron aquel día a defender con las armas su gobierno y su investidura; no en cualquier lugar, sino precisamente en el Palacio de La Moneda, «centro del poder del Estado y símbolo histórico del régimen institucional», como lo definiera Joan Garcés. Pero esta decisión no la adoptó apresuradamente el Presidente la mañana del Golpe, sino casi un año antes, según lo hemos sabido recientemente, gracias a los relatos de diferentes personas cercanas a Allende, entre ellos varios miembros del GAP[177].

Escribe Paz Rojas: «Durante años la izquierda chilena no ha sabido interpretar el gesto simbólico de Allende y le fue más fácil negar la posibilidad de un *suicidio* y constituirlo en la primera *víctima* de la dictadura militar. Esto, seguramente, porque el suicidio, en general, tiene una connotación negativa ligada a la concepción que de él tiene el discurso cristiano-occidental. No

obstante se olvida que en muchas otras culturas y concepciones del mundo, esto no es así. En muchos casos el suicidio es un acto de máximo valor y honor, al que acceden muy pocos hombres»[178].

He aquí, nuevamente, la oposición, correctamente recogida por la doctora Rojas, entre el determinismo de los hechos y la libertad de Allende para adoptar una conducta valerosa y digna frente a ellos. Porque cuando el izquierdista le niega al Presidente la opción de que se hubiera quitado la vida, le niega simultáneamente su libertad de elección, lo reduce a la condición de víctima pasiva de un destino preparado casi enteramente por sus enemigos. Es decir, en vez de considerar la muerte por propia decisión como la conducta más noble y más alta, se la desvaloriza, poniéndola por debajo de la de una simple víctima.

En cuanto a la visión cristiana del suicidio, como un acto en contra de Dios, y por lo tanto moralmente negativo, no hay que olvidar que Allende no era un cristiano sino un socialista y un libre-pensador, de modo que su conducta no debe ser medida con los parámetros de la moralidad cristiana, sino con la vara de sus propios valores racionalistas.

Observa Alejandra Rojas: «Dentro y fuera del país hablar del suicidio es la herejía. … Si hoy se le pregunta a cualquier europeo biempensante cómo murió Salvador Allende, su respuesta será categórica: ‘Acribillado por Pinochet’». Esto lo escribió la escritora chilena sólo seis años atrás, y, por lo que sabemos, en los últimos años las cosas no han cambiado sustancialmente en este respecto[179].

No cabe duda que muchos izquierdistas no han sabido valorar adecuadamente el sacrificio del Presidente, y, sin embargo, hasta algunos de sus declarados enemigos han sido capaces de comprender, dentro de su visión autoritaria, por cierto, el significado moral de su muerte. Así, por ejemplo, el general Palacios, en una entrevista que concedió al periódico *Las Últimas Noticias*, con motivo de cumplirse cuatro años del Golpe, declaró:

«[Allende] se suicidó con la metralleta que le había regalado Fidel Castro. Yo la tuve entre mis manos. Fue muy valiente, muy varonil. Hay que reconocer las cosas. Él dijo que no entregaba el mando y que estaba dispuesto a cualquier cosa. Era excelente tirador. Antes de entrar [yo a La Moneda], lo veía desde la calle cuando se asomaba; de vez en cuando sacaba la metralleta y disparaba. Creo que no le quedaba otra salida. Se le ofreció incluso un avión pero no quiso salir. Es lo mejor que pudo haber hecho. Entre los socialistas pasó a ser un héroe»[180]. En lo fundamental uno no puede sino estar de acuerdo con la estimación del general golpista, siempre que no se olvide que cuando se afirma que al Presidente «no le quedaba otra salida», uno se está refiriendo a una salida que fuera consistente con su honor y sus convicciones políticas y morales, no que no hubiera podido evadir la muerte, «escurriéndose de la Historia por la

puerta de servicio», como lo dice tan bien Carlos Jorquera.

Por su parte, Nathaniel Davis, el ex embajador norteamericano en Chile, al final de su seria, acuciosa y bien documentada investigación, concluye: «Allende probablemente murió en el Salón Independencia [por efecto de las] balas [disparadas] en su cabeza con la subametralladora que le regaló Fidel Castro, y no baleado por soldados en un combate [ocurrido] en otro lugar [de La Moneda]. Esta conclusión no disminuye el verdadero coraje de Allende en sus últimas horas, o en muchas otras previas, ni niega su sacrificio por sus creencias políticas»[181].

Si hasta el general Palacios y el ex embajador Davis han sido capaces de comprender la grandeza moral y el valor del suicidio del Presidente Allende, ¿por qué tantos chilenos siguen sin aceptar que él haya elegido este trágico fin, aquella tarde del 11 de septiembre de 1973?

No creemos antojadizo afirmar que Allende hubiera hecho suyas las palabras de Giordano Bruno, quemado vivo en la hoguera, en 1600, por la inquisición romana, y uno de los héroes masónicos por excelencia:

«Mucho he luchado. Creí que sería capaz de salir vencedor. … El mero hecho de haberlo intentado ya es algo. … No obstante, había en mí algo que yo fui capaz de hacer y que ningún siglo futuro negará que me pertenece, aquello de lo que un vencedor puede enorgullecerse: no haber temido morir, no haberme inclinado ante mi igual y haber preferido una muerte valerosa a una vida de sumisión»[182].

Capítulo 10

Recapitulación y conclusiones

Habría sido más feliz si mis conclusiones
hubieran sido en otra dirección; pero la obligación de seguir
la compulsión de los hechos es inescapable.

Harold J. Laski

Estamos llegando al final de esta investigación en torno a las verdaderas causas y circunstancias de la muerte del presidente Allende. Ese era nuestro propósito inicial, la razón última de todo este largo y a veces intrincado proceso de búsqueda. El camino que tuvimos que recorrer para llegar a este punto nos ha permitido ir reuniendo y examinando los diferentes detalles, antecedentes y testimonios de este hecho simultáneamente personal y colectivo; cuyos efectos en la historia de nuestro país continúan sintiéndose aun tres décadas después, como las «réplicas» tardías de aquel terremoto social y político que afectó a Chile en 1973, y que no sólo fue el inicio de la destrucción de la vieja democracia chilena, sino también de la «refundación» del país sobre bases neoconservadoras, que calzan tan bien con la introducción del modelo económico neoliberal hasta hoy dominante.

Buscando poder establecer y clarificar cada uno de los detalles de la muerte del Presidente hemos examinado algunos de los acontecimientos y declaraciones que rodearon tan trágica como valiente decisión. Al analizar algunos discursos y otras expresiones privadas y públicas de Allende en las que este hacía referencia a la eventualidad de su propio deceso, mostramos como en realidad no puede encontrarse en ellas ninguna justificación para la interpretación derechista de que el Presidente haya abrigado en su psicología alguna tendencia al suicidio o a la autoinmolación.

En realidad la labor denigratoria de sus enemigos ha buscado presentar una muerte heroica y digna como el acto de desesperación final de un individuo impulsado a la autodestrucción por su propia vanidad. En el fondo, todo se explicaría en términos del tamaño del ego de Allende y de su afición por los gestos dramáticos. No se trata de que éste fuera un hombre valiente, fiel a sus principios y obediente al mandato del pueblo, sino simplemente que el Presidente tenía sueños de grandeza. Para el derechista no se trata, tampoco, de que él hubiera comprendido la tremenda responsabilidad histórica que en esos momentos cargaba sobre sus hombros, sino simplemente que a Allende lo dominaba el deseo de «pasar a la historia».

Posteriormente procedimos a suministrar algunos antecedentes del así llamado «discurso final», a partir de los cuales es posible comprender su génesis y lugar

dentro de las expresiones oratorias del Presidente. Mostramos como aquel discurso inmortal contiene elementos de otros discursos anteriores, y que hasta la metáfora de las «grandes alamedas» tiene una clara prefiguración, pues ya se encuentra en la alocución que Allende pronunciara la noche de la victoria electoral de tres años antes.

Examinando los relatos de Beatriz Allende y Fidel Castro del combate de La Moneda, nos propusimos hacer explícitos los fundamentos de su común representación de la valerosa y digna conducta del Presidente el día 11 como una suerte de combate guerrillero. Dijimos que en la base de dicha representación se encontraba, en última instancia, el carácter «mezclado» de las vías mediante las cuales la izquierda chilena, y particularmente el Partido Socialista, buscaban llegar al poder. La enorme influencia que en esto ejerció la revolución cubana, no sólo sobre Allende sino sobre su propio partido, es manifiesta. De allí que Jaime Suárez tenga toda la razón cuando escribe en su libro testimonial: «Sin temor a equivocarme, es posible afirmar que Salvador Allende es impensable desvinculado de la Revolución Cubana»[183]. Es más, incluso podría sostenerse que el así denominado «proceso chileno», es completamente inexplicable, en su naturaleza, peculiaridades y contradicciones, fuera del contexto político e ideológico suministrado por la revolución caribeña.

La inconsciente internalización por parte de la izquierda chilena de una concepción híbrida de las vías hacia el socialismo, y por lo tanto de la política en general, favoreció también una visión de la muerte del Presidente y de su significado, en la que el suicidio resultaba incongruente. Si a esto se agrega la justificada desconfianza que la izquierda sentía hacia cualquier información proveniente de los líderes golpistas o de sus portavoces, no es sorprendente que en el imaginario político la *muerte mítica* de Allende haya reemplazado tan fácilmente a su *muerte verdadera*, y que incluso treinta años después, aquella se resista empecinadamente a desaparecer. En este sentido Renato González, Hortensia Bussi, Fidel Castro, Beatriz Allende, y todos aquellos que contribuyeron, de uno u otro modo, a crear, el primero de ellos, y publicitar y legitimar, los segundos, la versión de un Allende asesinado, fueron en parte víctimas de sus propias creencias, desconfianzas y deseos.

En el capítulo cuarto vimos que, al estudiarse los diferentes relatos de los últimos momentos del Presidente, hechos por testigos próximos o remotos, puede observarse la recurrencia de ciertos hechos principales incontestables que aparecen prácticamente en todos ellos, así como la existencia de variaciones en los detalles de los diferentes testimonios, que muestran por sobre todo fallas de percepción, memorización e interpretación de los hechos, por parte de los testigos; o que son consecuencia de la acomodación de los relatos a las

diferentes circunstancias y contextos en que fueron dados a conocer. En algunos importantes casos estas variaciones han sido, también, consecuencia de la deliberada distorsión de los hechos con propósitos de denigración o descalificación del testigo o del enemigo, o como resultado de la sublimación y elaboración míticas de los acontecimientos relatados por parte de los partidarios de Allende, como ocurriera evidentemente con la descripción de los últimos momentos del líder popular hecha por Renato González en septiembre de 1973.

En el caso de los discursos de Beatriz Allende y Fidel Castro, que corresponden a descripciones de los sucesos de La Moneda hechas en contextos directamente políticos, nos encontramos con expresiones de falta de información, percepción ideologizada o simple elaboración mítica de los acontecimientos, los que fueron presentados a los oradores como simples hechos indiscutibles por los propios informantes.

En el capítulo quinto nos propusimos mostrar las motivaciones sádicas y paranoicas subyacentes a la orden de Pinochet de someter los restos del Presidente a un innecesario[184] examen *post mortem*. Sádicas, porque la disección del cuerpo sin vida de quien acababa de traicionar tiene las connotaciones de un sucedáneo de la tortura y la humillación, de la que el Presidente había privado al déspota por obra de su suicidio. Paranoicas, porque en todo momento el general alzado se comporta como si estuviera motivado por un temor irracional hacia el Presidente ya muerto, y lucha con su fantasma como si lo hiciera contra un enemigo vivo. Esto ayuda a explicarse, por ejemplo, que Pinochet se demorara cinco años en ordenar el inicio de la reconstrucción de La Moneda, la que, como lo mostramos, deseó fuera consumida por las llamas el 11 de septiembre; y cuando finalmente se la reconstruye, se ha clausurado misteriosamente la puerta de Morandé 80, cuyo recuerdo se encontraba asociado en la mala conciencia del dictador con la imagen del Presidente muerto y su heroica resistencia.

En cuanto al informe de los peritajes realizados por la Policía Técnica en el Salón Independencia, así como el de la autopsia de los restos de Allende, hecha bajo el control de un equipo de médicos militares en el Hospital Militar de Santiago la noche del 11, luego de su detallado estudio podemos afirmar, con un alto grado de certeza, que ambos son documentos genuinos redactados por experimentados especialistas en sus respectivos campos, de acuerdo a las exigencias de rigor, veracidad y cientificidad propias de la moderna investigación policial y de la medicina forense[185]. Que sus meticulosas observaciones y exámenes son por sí mismos dignos de todo crédito; mientras que sus conclusiones, que fueron explícitamente formuladas con el carácter de hipotéticas y tentativas, merecen nuestra atención y consideración, independientemente del hecho de que se pueda discrepar de ellas. Pero, además,

muchas de aquellas observaciones aparecen indirectamente confirmadas en cada uno de sus detalles, por la casi totalidad de los antecedentes y evidencias físicas externas conocidas, y por los relatos de un gran número de testigos confiables, quienes, o se encontraban en el lugar de los hechos, o se informaron de ellos directamente por boca de los pocos testigos que se hallaban cerca en el momento de la muerte de Allende.

Respecto de lo que constituyó el tema del capítulo octavo de este libro, allí no sólo nos referimos a los diferentes aspectos y características del entierro secreto de 1973, sino que, además, examinamos con mirada crítica los detalles menos conocidos de la operación de «exhumación y reducción» de los restos del Presidente, realizada el 17 agosto de 1990, previamente a los funerales oficiales del 4 de septiembre de aquel mismo año. Es aquí donde se hace manifiesto el carácter esencialmente político-comunicacional de estas diligencias y ceremonias, y la ninguna seriedad científica con que se realizó el así llamado «reconocimiento» de los restos de Allende, reportado en la prensa nacional y mundial en septiembre de 1990. Por cierto, el significado de estos hechos trasciende mucho más allá del plano de lo puramente forense, es decir, del establecimiento de la verdad acerca de las reales circunstancias de la muerte del líder popular, pues pone al descubierto la ambivalencia con que el gobierno de la Concertación, y el propio Partido Socialista, confrontó estos importantes hechos desde que recibieran, por primera vez en 1990, la posesión del Gobierno, de manos de la dictadura.

A la luz de nuestras investigaciones, nos parece que el abandono de la versión original de que Allende se había suicidado, y su reemplazo por la de su asesinato, hecha pública por *Tencha* Bussi el 19 de septiembre de 1973, luego de haber declarado ella misma pocos días antes a la Televisión y la prensa mexicana que el Presidente había cometido suicidio[186], debió provenir de una decisión adoptada en conjunto por la propia viuda del Presidente y los cuadros dirigentes de la izquierda chilena exiliados en Ciudad de México. Esta hipótesis formulada por Nathaniel Davis en el libro sobre Allende y su gobierno, ha sido confirmada con posterioridad por diferentes actores y testigos, entre ellos por el propio Renato González, cuya participación, directa o indirecta, en este giro fue, sin duda, fundamental, así como su influjo sobre la representación del combate de La Moneda y la muerte del presidente Allende propalada en La Habana por Fidel Castro y Beatriz Allende, en sus influyentes discursos del 28 de septiembre de 1973.

De aquel cambio de una versión a otra de la muerte del Presidente, se enteraron no sólo un cierto número de los exiliados chilenos en Ciudad de México, sino también algunos importantes funcionarios del gobierno azteca,

tales como el ex embajador de México en Santiago, Gonzalo Martínez Corbalá, quien escribió en 1998: «Hasta el día de hoy he respetado la versión ampliamente difundida de que Salvador Allende fue asesinado en el ataque final del ejército contra los ocupantes de La Moneda. Sin embargo, debo decir que en las fechas inmediatamente posteriores al golpe de Estado, recibí, por parte de varios asilados en la embajada mexicana, que acompañaron al Presidente en sus últimos momentos, testimonios que apuntaban hacia el suicidio. Agrego de inmediato que este hecho, lejos de disminuir la valentía de ese gran hombre que fue Salvador Allende, pone de relieve su entereza y su congruencia con los ideales por los que luchó a lo largo de su vida. Fue fiel a sí mismo y se puso a la altura de la más dramática de las horas de su pueblo. Alguien de su enorme dimensión humana no podía verse mancillado y humillado por quienes en sus últimas palabras no dejó de calificar como traidores y cobardes»[187].

Como se sabe, la versión de que Allende fue asesinado había sido definitivamente abandonada en esferas ligadas al Partido Socialista y al gobierno de la Concertación, ocho años antes de que se publicara el libro del ex embajador, es decir, con posterioridad al funeral oficial del Presidente el 4 de septiembre de 1990 en el Cementerio General, y sus acontecimientos y diligencias conexas; de manera que el diplomático mexicano sabía muy bien que podía expresarse con entera confianza en cuanto a esto.

Aquella versión dominó por muchos años, (y como hemos visto, aún continúa dominando), sobre la conciencia del hombre y la mujer de izquierda, tanto en Chile como en el extranjero. Pero nos pareció digno de destacarse que el hecho de la revelación pública de lo que puede denominarse como la «verdad oficial» acerca de la muerte de Allende, vino a producirse en considerable medida a consecuencia de las exigencias impuestas por la nueva alianza entre los sectores mayoritarios de la izquierda chilena, y los antiguos enemigos del presidente Allende, es decir, la derecha demócrata cristiana. Ello le dio a estas revelaciones su especial carácter y ambigüedad, e hizo necesario que tuvieran que resolverse rápidamente ciertos «unfinished businesses», heredados del período dictatorial. Conjuntamente con esto la imagen y legado de Allende fueron sometidos a un proceso de «reciclaje» y «domesticación», con el fin de ponerlos al servicio de los requerimientos políticos e ideológicos de los «nuevos tiempos» neoliberales[188].

Entre los primeros se encontraba, antes que nada, la «cuestión irresuelta» de la muerte del líder popular y el entierro secreto de sus restos; y en segundo término lo que ha constituido una verdadera espina en el costado de la democracia tutelada: la cuestión del atropello sistemático a los derechos humanos durante los años de la dictadura, que se ha mostrado hasta ahora completamente refractaria a

toda «solución política»[189].

Pero es significativo que aquella divulgación de la «verdad oficial» sobre la muerte de Allende, que fue concebida como la culminación de una operación de varias partes, no fue hecha, en lo que a la identificación de los restos se refiere, como quien dice, «bajo la luz del sol», esto es, de modo abierto y transparente, sino de manera oficial, burocrática, y secreta, mientras el gobierno de la Concertación ejercía un total control sobre la entera operación.

Según lo hemos mostrado más arriba, uno de los aspectos menos conocidos de estos acontecimientos lo constituyó la identificación de los restos enterrados en el mausoleo de la familia Grove, en el Cementerio Santa Inés, como correspondiendo a los del presidente Allende. La palabra del doctor Jirón, que pudiera ser suficiente para los propósitos de esclarecimiento y divulgación buscados por el gobierno de Aylwin, no lo es de acuerdo con los estrictos principios evidenciales utilizados a lo largo de esta investigación. De manera que, mientras no se hagan públicos los resultados de los exámenes a partir de los cuales pudiera determinarse científicamente la identidad de los restos exhumados en el cementerio Santa Inés, o alguna otra prueba forense digna de confianza, no podemos sino poner «entre paréntesis» su veracidad, es decir, suspender nuestro juicio sobre las conclusiones dadas a conocer a la prensa de aquellos días, por personeros vinculados al gobierno de la Concertación, y basarnos en nuestras propias indagaciones y descubrimientos.

Como puede verse, el conocimiento de la verdad acerca de la muerte de Allende estuvo condicionado, desde el primer momento y en una importante medida, por razones de orden político. Así, mientras la izquierda en el exilio rechazó la versión del suicidio, influida, tanto por su concepción dual de la política, como por las duras necesidades de su desigual lucha contra la dictadura; la Concertación, por su parte, le impuso su particular estilo, visión y *tempo* al proceso de revelación y confirmación de los detalles del suicidio del Presidente, en congruencia con la necesidad de asegurar la viabilidad de su «transición pactada». Esta no es, por cierto, una simple afirmación, sino una conclusión que se apoya sobre una gran cantidad de información y antecedentes que hemos ido presentando en varios de los capítulos centrales de este estudio.

El lector recordará que en el prólogo de este libro introdujimos una original hipótesis explicativa, que denominamos «posibilidad teórica», con el fin de cubrir la eventualidad de que Allende hubiera encontrado la muerte, no por su propia mano, sino por efecto de un proyectil proveniente desde el exterior, que fuera consistente no sólo con la destrucción craneana que le provocaron la, o las, balas mortales; sino además con el súbito elevamiento del cuerpo del Presidente presenciado y reportado por el doctor Guijón. Le asignamos a esta hipótesis el

apellido de «teórica», porque representa una explicación alternativa de los hechos que nadie ha considerado hasta ahora, que siendo relativamente plausible pudiera servir para poner a prueba la solidez de las evidencias y exámenes periciales hoy conocidos.

Al examinar dicha hipótesis a la luz del *Informe* de la Policía Técnica, ella pareciera ser refutada por dos razones principales: 1. El ángulo del o de los proyectiles letales, indicado por la trayectoria de su acción destructiva en el cráneo del Presidente, pareciera no corresponder al de una bala que pudo haber sido disparada a larga distancia. Asimismo, la existencia de restos de pólvora en la zona de entrada de la herida, como ocurre cuando se descarga un arma a «quemarropa», probaría que en realidad se trató de un suicidio. 2. De acuerdo con el Informe, los impactos de bala descubiertos sobre el muro posterior del Salón Independencia indicarían que habrían sido dejados allí por las balas del arma suicida. Sin embargo, nos parece que esta conclusión resulta debilitada por el hecho de que se desconocen las mediciones hechas por los funcionarios de la policía de Investigaciones, que permitirían establecer con precisión la altura y el ángulo de dichos impactos. Todo lo que sabemos al respecto es que esta información quedó registrada en uno de los croquis (el Nº 15.255) hechos por funcionarios de la Brigada de Homicidios, e incluso en varias fotografías, que por motivos que desconocemos no pudieron ser rescatadas o sacadas a la luz por Mónica González[190]. Tampoco sabemos si tales impactos habrían correspondido al calibre del rifle AK del Presidente (7.62 milímetros), puesto que nada se dice al respecto en el Informe. Como es obvio, si se conoce la altura del sofá, longitud del arma, y la posición de Allende en el momento de quitarse la vida, es posible determinar con considerable precisión la altura y el ángulo en que el o los proyectiles mortales debieron haberse, o no haberse, incrustado en la pared.

Nuestra personal opinión, formada a partir de la reproducción simulada del suicidio del Presidente bajo diferentes condiciones (variando la altura del sofá, la extensión del arma, la posición y ángulo en que se habría encontrado sentado el líder popular, quien medía 1 metro y 73 centímetros, exactamente la estatura de este autor[191]), es que los impactos indicados tanto por la Policía Técnica, como por el propio comandante Sánchez en su visita del día 12 de septiembre a La Moneda en ruinas, pudieron no haber sido causados por las balas salidas del rifle automático de aquel, en el momento en que, supuestamente, se quitara la vida con dicha arma. Porque, según nos parece, ellas se hubieran alojado a considerable altura sobre el muro o incluso en el cielo raso, y por lo tanto no hubieran sido tan fácilmente visibles y localizables como parecieran indicarlo los testigos. Pero como es obvio, mientras estos croquis y detalles no sean dados a conocer, conjuntamente con los calibres de los proyectiles que causaron aquellas

perforaciones, no hay forma de poder establecer a ciencia cierta su verdadero origen.

La interpretación de Robinson Rojas de la muerte del Presidente

Finalmente, procederemos a exponer, resumir, y examinar críticamente la versión de los últimos momentos del Presidente, según se los describe en el capítulo primero del libro *Estos mataron a Allende*, del periodista chileno Robinson Rojas. Nathaniel Davis califica esta versión como «la más ampliamente citada y creída descripción hasta la fecha» (1985)[192] que, indiscutiblemente, aún continúa influyendo en la percepción que muchos hombres y mujeres de izquierda, dentro y fuera de Chile, tienen de las circunstancias de la muerte del líder popular. De allí que estimemos necesario tomar una posición frente a ella. Nos parece que aunque esta interpretación pudiera ser desalojada «in toto» mediante la aplicación del «principio de economía de las hipótesis», indicado en la Introducción, de todos modos es conveniente e instructivo examinarla en cierto detalle, pues es sólo de esta forma que pueden comprenderse cabalmente sus debilidades, carencia de apoyo objetivo y falsedad última.

La interpretación de Rojas es bastante compleja, pero se organiza en torno a la existencia de un supuesto «Plan Alfa Uno» que habría sido concebido con antelación por los generales golpistas, para ser implementado el día del Golpe. Este plan consistiría en «… el cerco, ataque y toma del Palacio de La Moneda, con el propósito de hacer prisionero a Salvador Allende y preparar después su ‘suicidio’, en condiciones remedadas de la autoeliminación de un antiguo presidente chileno, José Manuel Balmaceda»[193].

¿Cómo se enteró Rojas de la existencia de dicho plan? Él mismo nos lo cuenta: «… el objetivo final del Plan ‘Alfa Uno’ estaba contenido en unas *ideas* que recogí de tercera o cuarta mano, después [de] que, consumado el asesinato de Allende, algunos altos mandos militares que estaban en el aparato del Plan Alfa Uno, se confidenciaron con mandos inferiores, e incluso civiles, abrumados por la barbaridad que habían planificado, puesto en acción y ejecutado el 11 de septiembre»[194].

Esta revelación debiera poner en guardia al lector, y al mismo tiempo predisponerlo a no esperar demasiado en cuanto a la confiabilidad de las fuentes utilizadas por Robinson Rojas. Es curioso que el periodista diga que se habría enterado del objetivo de aquel plan por medio de algunas «ideas» que recogió de

tercera o cuarta mano, y no de «información» que habría recogido de tercera o cuarta mano; lo que delata que muy probablemente se trata de una simple hipótesis, o una interpretación suya de aquellos hechos. Nada hay de criticable en tratar de comprender lo ocurrido el 11 de septiembre mediante la formulación de una hipótesis explicativa, o de una cierta interpretación; lo censurable es confundir hechos e interpretaciones, o querer hacer pasar estas por aquellos. Pero dejando de lado por el momento tales detalles, hay que decir que, según Rojas, el «Plan Alfa Uno» habría sido formulado por los golpistas a partir de la visualización de dos escenarios alternativos:

1. El Presidente es atrapado en la residencia de Tomas Moro o en La Moneda, y ante la contundencia del ataque combinado por aire y tierra se suicida antes de que comience el combate.

2. El Presidente decide rendirse, al enterarse que no tiene el apoyo de ningún regimiento ni fuerza militar organizada.

«Si ocurre Uno entonces se debe encargar a [la] prensa militar que haga el anuncio de inmediato, comenzando paralelamente la fase prensa del descrédito al objetivo suicida centrando la operación en proponer (*sic*) una imagen de borracho, licencioso y sibarita (esto se conecta con el equipo encargado de componer pruebas).

»Si se da Dos, se separa al objetivo de inmediato de todos los demás civiles y militares que puedan estar con él. Estos deben ser enviados a seguridad de Escuela Militar, bajo arresto en tiempo de guerra. El objetivo, una vez aislado, debe ser llevado en seguridad máxima a Blindados 2. Se le debe tratar en forma humillante por personal escogido con uniforme de baja graduación. Se le somete a vejámenes (desnudo, actitudes vejatorias, obligarlo a ejecutar actos humillantes, los cuales se fotografiarán de manera abierta para que el objetivo sepa, según experiencias que nos han comunicado, para inducirlo a suicidio por efecto traumatizante. Se debe agregar a la preparación el mostrar al objetivo el material preparado previamente para desacreditarlo públicamente. Si la inducción [del suicidio] tiene éxito, prensa militar debe comenzar de inmediato la operación «conocimiento público» en los términos ya citados. Si el objetivo resiste la acción del equipo para efecto traumatizante, y no se consigue resultado alguno cuando hayan transcurrido entre 60 y 90 minutos después de la rendición, el objetivo será inmovilizado y muerto con características de suicidio. A esto seguirá la operación prensa militar como estaba previsto. En ambos procedimientos se informará que el objetivo fue tratado en forma respetuosa a su rango por los vencedores. Que, por eso, sus ropas no se sometieron a registro cuando se lo dejó solo en el recinto de oficiales del regimiento, y esto posibilitó que el objetivo guardara su pistola calibre 7.65 entre sus ropas. Con ella, el

objetivo se suicidó mientras estaba solo en la dependencia, esperando la llegada de los comandantes en jefe para que firmara su renuncia, según él mismo había aceptado, y dijera unas palabras al pueblo para que no resistiera en ningún momento a la acción de las instituciones militares. El objetivo había aceptado, también, salir en un avión con destino a Cuba, puesto a su disposición por la FACH»[195].

Obsérvese, en primer lugar, que todo este largo párrafo, y otros más que lo anteceden, se encuentran «entre comillas», es decir, son citados como si se tratara del texto de un documento genuino, cuya sintaxis y redacción pretende simular el lenguaje militar. Pero la simulación es tan poco convincente que es mucho más probable que se trate de pasajes salidos enteramente de la imaginación de su autor.

Continúa Robinson Rojas:

«De acuerdo con informaciones posteriores, muy fragmentarias, los conspiradores del 'Alfa Uno' no consideraron jamás la posibilidad de que Salvador Allende resistiera hasta el final el asalto abrumador de blindados, infantería y aviación, a los cuales se agregaría más tarde, pasadas las 13 horas, una escuadra de Carabineros del Grupo de Servicios Especiales, que cubrió el segundo piso de La Moneda con bombas de gases lacrimógenos y vomitivos»[196].

«… El día 11 de septiembre, pocos minutos después de las dos de la tarde, toda la operación 'Alfa Uno' se tambaleó, cuando la patrulla de penetración de la Escuela de Infantería subió al segundo piso de La Moneda y asesinó al presidente Allende 'fuera de programa'»[197].

A consecuencia de este hecho, … «se vino abajo toda la trama montada para tener un 'suicidio limpio' de Salvador Allende. El cadáver acribillado, cubierto por una ensangrentada bandera chilena, en el Salón Rojo del Palacio de La Moneda, estuvo a punto de hacer fracasar, con graves consecuencias para los generales insurgentes, 'Alfa Uno'. [Estos] se demoraron cuatro horas (desde las tres hasta las siete de la tarde de ese día), en montar un improvisado escenario dentro de los escombros de La Moneda para 'demostrar' el 'suicidio' de Allende, buscándose un 'testigo presencial' que sirvió para el papel bajo la amenaza de ser acusado, por los propios altos mandos sublevados, como 'asesino del Presidente de la República'. El apresurado montaje del escenario del 'suicidio' fue tan improvisado, urgido por el tiempo que corría, que resultó una historia burda, llena de contradicciones y mentiras evidentes»[198].

Hasta aquí la parte sustancial de lo que Robinson Rojas denomina una «reconstrucción de los sucesos de ese día 11 de septiembre y de los días posteriores»[199]. Digamos, en primer lugar, que la existencia de un «Plan Alfa», en los términos en que los pone Rojas nos parece escasamente creíble. La manera

como se plantean los supuestos escenarios alternativos es, igualmente, muy poco verosímil. ¿Por qué de acuerdo con el primero de estos escenarios el Presidente tenía que quitarse la vida antes del combate? ¿No podía este suicidarse, durante o posteriormente al combate? Y de ser así, ¿de qué modo esto hubiera alterado en nada la aplicación de aquel plan?

En cuanto a la descripción de la manera en que, de acuerdo con el supuesto plan, se hubiera tratado al Presidente en caso de que se rindiera, es bastante plausible. Después de todo Rojas había tenido casi un año para enterarse del tipo de tratamiento que los militares fascistas daban regularmente a sus «prisioneros» (su libro apareció publicado en octubre de 1974), especialmente a aquellos que, como los de Isla Dawson, ocuparon importantes cargos durante el gobierno de la UP; pero esto no significa que se nos esté revelando aquí los detalles de un verdadero plan militar.

Ya hemos aludido antes, aunque brevemente, el intento de Rojas de dar alguna verosimilidad a su lectura de los hechos ocurridos en La Moneda la tarde del 11, mediante su teoría del montaje del suicidio del Presidente. Según esta, luego de que, pasadas las dos de la tarde, Allende fue «accidentalmente» ametrallado en el Salón Rojo por uno de los soldados que asaltaron La Moneda, los golpistas se habrían visto obligados a realizar las siguientes maniobras:

1. Por orden del general Palacios el cuerpo sin vida del Presidente fue trasladado al Salón Independencia.
2. Una vez allí se procedió a cambiarle parte de la ropa y se le puso una chaqueta.
3. Se acomodó el cadáver de modo que apareciera sentado sobre el sofá del Salón Independencia.
4. Se le voló la cabeza con dos balazos de su fusil ametralladora.
5. Se obligó al doctor Guijón a servir de testigo del falso suicidio.

Según Rojas «todo esto se hizo con tal apresuramiento que se cometieron errores elementales, tan elementales como el de la posición del cadáver de Allende, las contradicciones entre Guijón y el general Palacios en sus declaraciones posteriores; … la falsedad circunstancial del comunicado oficial de los generales insurrectos sobre la muerte de Allende; y lo más grave, una diferencia de dos horas entre la muerte real del Presidente Allende, y la muerte que señala el informe de la Brigada de Homicidios»[200].

Es evidente que ni una sola de estas supuestas maniobras de montaje del suicidio del Presidente posee ninguna apoyatura en los hechos. No existe la menor evidencia medianamente confiable de que Allende haya sido ametrallado (con tres balas en el estómago, según Rojas) en el Salón Rojo; que su cadáver haya sido posteriormente trasladado al Salón Independencia, o que se le haya

cambiado la ropa o puesto una chaqueta. Y lo más importante: todo ello puede afirmarse con total prescindencia de las declaraciones del doctor Guijón, e incluso de los informes de la Policía Civil y del examen *post mortem* practicado al cuerpo sin vida por médicos militares. Ya observamos antes como las pocas fotografías conocidas del Presidente muerto no revelan ninguna herida abdominal, y su vestimenta no aparece diferente en las fotos tomadas antes y posteriormente a su muerte. Como también lo indicamos con anterioridad, una elemental comparación entre la fotografía de Allende saliendo de La Moneda la mañana del 11, flanqueado por Danilo Bartulín y Juan Rodríguez, su escolta armado; y la foto del Presidente tal como fue encontrado en el Salón Independencia, publicada por la revista *Análisis*, al cumplirse 10 años del Golpe (véase láminas), muestra que su ropa era la misma antes y después de su suicidio. Esto, por sí mismo, sería suficiente para echar por tierra en su totalidad la «teoría del montaje».

En cuanto al punto 3, Rojas sostiene que el cuerpo del Presidente muerto en el Salón Rojo fue forzado a adoptar la posición sentado cuando ya se encontraba afectado por el *rigor mortis*, es decir, cuando ya había transcurrido algún tiempo desde que fuera ametrallado. Tampoco tiene el periodista ninguna prueba material de este hecho, sino que representa una simple deducción suya a partir de la observación de que si Allende se hubiera suicidado con su rifle AK, por efecto de la fuerza del o los impactos, su cuerpo hubiera caído sobre el piso o sobre el sofá, pero que en ningún caso hubiera podido quedar en la postura en que fue encontrado de acuerdo con la descripción propalada por los militares golpistas. Como lo mostraremos a continuación, esta consideración tiene un cierto mérito, pero también puede explicarse a partir de una hipótesis alternativa de la muerte del Presidente.

La afirmación número cuatro, es decir, aquella según la cual los militares habrían simulado el suicidio del Presidente volándole la cabeza de dos balazos de su fusil ametralladora, es igualmente una pura especulación, sin ningún fundamento en los hechos. Pero, además, su verdad depende enteramente de que el Presidente hubiera sido muerto por varios balazos en el tórax, o en el abdomen, lo que, como dijimos, resulta categóricamente refutado por aquella foto de Allende muerto, que publicó la revista *Análisis* en 1983, y en la que es evidente que este no presenta ninguna herida corporal. A su vez esta foto es confirmada en su veracidad por el hecho de que la vestimenta del Presidente aparece siendo la misma antes y después de su muerte, como lo muestran varias fotografías conocidas. De manera que Rojas no podría argumentar que aquella foto fue tomada una vez que los golpistas le habían cambiado la ropa. En otras palabras, no hubo «montaje» porque no hubo traslado del cuerpo de un salón a

otro, ni cambio de ropa, ni por lo tanto tampoco un suicidio simulado.

Respecto de la afirmación de que el doctor Guijón habría sido obligado por el general Palacios a servir de testigo presencial del falso suicidio del Presidente, después de treinta años, y tres gobiernos postdictatoriales, se ha demostrado más allá de toda duda que el médico de La Moneda no solo no mintió respecto de los momentos finales de Allende, sino que fue el único testigo que vio, aunque desde una cierta distancia y entre el humo y la oscuridad allí reinantes, alzarse el cuerpo del Presidente en los momentos en que este debió quitarse la vida en el Salón Independencia. Pero, además, el suicidio ha sido confirmado independientemente de las declaraciones de Guijón, por ciertos detalles revelados en los informes de la Policía Civil, por un lado, y de la autopsia, por otro. Lo mismo indican declaraciones de varios de los defensores del Palacio Presidencial que salieron con vida de esta hazaña, entre otros *La Payita*, quien fue una de las primeras en rechazar públicamente la versión de que el Presidente había sido ametrallado.

¿Qué queda de la «teoría del montaje» de Robinson Rojas, después de todo lo mostrado y argumentado más arriba? Nos parece que, en realidad, no mucho.

Epílogo

Dudas finales y una hipótesis

«De Omnibus dubitandum» (De todo hay que dudar)

Lema favorito de Karl Marx

Desde los inicios de la extensa investigación que dio origen a este libro, y una vez que nos pareció que la totalidad de las evidencias y relatos examinados demostraban que el suicidio del Presidente era un hecho casi incontrovertible, una acuciante pregunta nos ha venido trabajando internamente. ¿Por qué Allende se habría quitado la vida con la ametralladora que le obsequiara Fidel Castro? ¿Cómo es posible que él, quien una vez enterado de que estaba perdido, porque la totalidad de las fuerzas militares se habían plegado al alzamiento, tuvo la presencia de ánimo y la visión de preocuparse del significado y trascendencia histórica y política de cada una de sus palabras, gestos y conductas, haya elegido poner fin a su vida precisamente con el arma que le obsequiara y dedicara el líder cubano? Ello no sólo porque el Presidente comprendió que se estaba jugando allí su lugar en la historia de Chile, sino además porque anticipó que su combate y muerte en La Moneda se constituiría en una poderosa bandera de lucha contra la dictadura. Evidentemente, utilizar aquel rifle como el arma suicida, equivalía a entregarles gratuitamente a sus enemigos un poderoso simbolismo de derrota, que a Allende, «político hasta el último acto de su vida», como dice Moulian[201], no pudo habérsele escapado.

A la luz de esta pregunta-observación, y de otras incertidumbres que se fueron acumulando en nuestra mente en el curso de estas búsquedas, hemos formulado una hipótesis alternativa de la muerte del presidente Allende, que más de alguien pudiera considerar como discutible, pero que a nuestro juicio representa la única interpretación de los hechos consistente con la totalidad de las evidencias y

testimonios existentes sobre sus últimos momentos. De acuerdo con esta hipótesis, Allende se habría suicidado en el Salón Independencia, como lo afirma el doctor Guijón, y parecen probarlo fuera de toda duda un gran número de relatos y otras evidencias materiales y forenses convergentes; pero aquel no lo habría hecho utilizando su fusil ametralladora, como creyó el médico de La Moneda, sino con un arma corta, presumiblemente aquella misma cuyo cartucho requisaron inexplicablemente los soldados al mando del general Palacios, en presencia de los detectives de la Brigada de Homicidios[202]. He aquí las razones en que nos apoyamos para postular tal hipótesis:

1. De acuerdo a los reportes más confiables, ni el doctor Guijón, ni nadie, se encontraba en el interior del Salón Independencia en el momento en que el Presidente se suicida.

2. Lo que Guijón ve desde el pasillo es el súbito alzamiento del cuerpo de Allende entre el humo, pero no ve de qué arma salen el o los disparos mortales.

3. Cuando el médico ingresa al Salón Independencia, encuentra la ametralladora entre las piernas de Allende, y *asume* que esa habría sido el arma suicida.

4. Pero esto no permite descartar la posibilidad de que Allende se haya disparado en la barbilla con una pistola, o un revólver, mientras se encontraba en aquel lugar, sentado sobre el sofá de felpa de color rojo granate, y sosteniendo su fusil ametralladora entre las piernas, quizás sí indicando a la posteridad que aquella era el arma con la que había combatido hasta el último instante.

5. La hipótesis de un disparo con arma corta permite explicar varias anomalías descubiertas en el escenario del suicidio, algunas de las cuales quedaron registradas en el informe del peritaje realizado en el lugar de la muerte por funcionarios de Investigaciones: (a) El requisamiento militar de aquel misterioso «cartucho para pistola», y probablemente también la pistola, según se indica en el apartado 2.1.4 del Informe de la Policía Técnica; (b) El hecho de que los calibres de las perforaciones (por no decir nada de los proyectiles cuyo paradero se desconoce), encontradas en la pared posterior del Salón Independencia no hayan sido especificados allí. Desde un punto de vista puramente lógico, es claro que si se desconocen los calibres de las balas mortales, no puede afirmarse con ningún grado de certeza que el arma suicida haya sido un fusil automático, ni por tanto descartarse definitivamente, tampoco, la posibilidad de que en el suicidio se hubiera utilizado otra arma; (c) El hecho, señalado por Robinson Rojas[203], de que, al ser disparada, la ametralladora debió haber saltado y caído, por efecto del retroceso, a una cierta distancia del cuerpo del Presidente; (d) Un balazo con arma corta en la barbilla, permite explicar, también, por qué las perforaciones indicadas sobre el gobelino y el muro oriente de Salón Independencia debieran

encontrarse a baja altura, como lo hemos afirmado anteriormente. La razón de ello es simple: un disparo con arma larga en la posición descrita en el informe tiende a dejar huellas a mayor altura[204]; (e) El hecho de que el cuerpo fue encontrado semitendido, pareciera indicar que el o los disparos salieron de un arma de mediano calibre, de lo contrario la fuerza de las explosiones causadas por las balas de más alto calibre de un fusil ametralladora hubieran impulsado el cuerpo a quedar en otra postura, o a caer sobre, fuera o frente al sofá.

Por el lado opuesto, algo que pareciera contradecir nuestra hipótesis es el hecho de que cuando Allende, por medio de sus edecanes, anuncia a los golpistas que primero se suicidará con el último tiro de su arma, pero que no se rendiría, hace un gesto indicativo en este sentido con su fusil ametralladora. Sin embargo, la fuerza de tal consideración es sólo aparente, porque esa era el arma que en ese momento el Presidente tenía en sus manos, lo que lo obligaba a utilizarla para hacer aquel ademán. Es decir, su gesto estaría mostrando que Allende tenía ya decidido a aquella hora de la mañana que, como último recurso, se suicidaría, no necesariamente que en ese momento estuviera pensando en hacerlo con su fusil ametralladora.

Existen dos observaciones contenidas en el informe policial que es necesario examinar y explicar a la luz de nuestra hipótesis. La primera de ellas se refiere a la existencia de restos carbonosos de cierta consideración que fueron encontrados en el arco índice-pulgar de la mano izquierda del Presidente, lo que los detectives atribuyeron al hecho de que aquel habría sostenido con esta mano el cañón de su rifle AK en el momento de dispararse. Ya nos habíamos preguntado antes, en relación a esto, ¿cuán confiables pueden ser tales indicios, y su interpretación, en el caso de una persona que ha estado disparando con armas automáticas por un espacio de casi cinco horas? Lo más curioso, y que pareciera confirmar nuestras dudas al respecto, es que en la parte del *Informe de autopsia* titulada: Informe Nº 2782, en el que se consigna el resultado del examen de pólvora de una muestra de piel de la palma de la mano izquierda de Allende, se lee: «Piel palma mano izquierda. CARBÓN en pequeña cantidad. NITRATOS: negativo». Es decir, la palma de la misma mano que en el informe de la policial civil aparece impregnada de residuos carbonosos, aquí apenas sí revela la presencia de vestigios de este origen.

La segunda observación del informe policial a la que deseamos referirnos, en segundo término, es aquella en la que se constata que el cuerpo del Presidente fue encontrado en una posición «semitendido en un sofá, con la espalda apoyada en el respaldo de dicho sofá y su tronco inclinado hacia el lado derecho». Asimismo, el escurrimiento de la sangre hacia el hombro derecho, representado en el croquis 152.54, y una inclinación del cuerpo y torsión del cuello del

Presidente hacia el mismo lado, según lo muestra la fotografía Nº 1416/73-W. Esta inclinación y torsión fueron interpretadas por los peritos de la policía civil como evidencia de que el disparo mortal habría sido hecho mientras la ametralladora, con su culata sobre el piso, era sostenida por el cañón, que se encontraba levemente inclinado, con la mano izquierda, mientras era gatillado con la derecha, como lo hubiera hecho un diestro[205]. Sin embargo, nos parece que no puede descartarse la posibilidad de que las torsiones del tronco y del cuello allí indicadas pudieran también ser consistentes con el o los disparos salidos de un arma corta, que pudo ser gatillada tanto con la mano derecha como con la izquierda. Porque una vez producido el disparo, al relajarse la musculatura del cuello, por efecto de la gravedad, la cabeza pudo caer hacia cualquier lado, dependiendo su posición final más de la fuerza de la detonación y la postura del cuerpo en ese momento, que del ángulo en el que habrían penetrado el o los proyectiles.

Dos observaciones finales. La primera: el croquis referido más arriba revela un detalle al que aparentemente no se le ha prestado ninguna atención, pero que pareciera corroborar nuestra hipótesis de que el Presidente no se suicidó de la manera como se ha creído hasta ahora. Si se observa el dibujo en cuestión puede verse que la culata pivotante de su fusil ametralladora aparece plegada hacia su posición superior. Al ser apoyada sobre el piso en esta postura la longitud del arma se extiende, lo que hubiera hecho algo más difícil para Allende poder accionar el gatillo. Esto nos hace pensar, una vez más, que ella no fue utilizada como el arma suicida. Pero, y esto nos parece lo más importante, si en el momento de producirse el o los disparos, la culata del rifle se hubiera encontrado descansando sobre el piso en un solo punto (como aparece en el croquis), parece poco probable que el arma, por la acción del disparo, hubiera podido mantenerse parada entre las piernas del Presidente, en vez de moverse y caer a una posición más cercana a sus pies; o que, impulsada por el retroceso, no hubiera caído por sobre sus piernas, para venir a reposar con su cañón sobre el suelo. Ahora bien, no creemos posible que la culata pivotante del rifle haya adoptado la posición arriba indicada a consecuencia del o de los disparos, o como resultado de su manipulación por el doctor Guijón, pues en ese caso ella hubiera pivotado naturalmente hacia abajo por efecto de la gravedad, y no hacia arriba, como aparentemente se la encontró.

Una segunda pequeña observación. Llama la atención que en el excelente croquis del Presidente muerto, hecho por el planimetrista Alejandro Ossandón, su rifle AK aparezca dibujado sin la característica mira delantera, es decir, aquella que se encuentra situada a pocos centímetros por sobre la boca del cañón. Esto pudiera ser una nueva indicación de que el equipo forense de la B.H. debió

interrumpir súbitamente sus trabajos, al hacerse cargo de la investigación los detectives de la Policía Técnica. La existencia de este croquis nos estaría indicando, por otra parte, que si bien los militares se incautaron de las armas encontradas en el Salón Independencia, ello no podría entenderse como que los funcionarios de la Policía Civil no hayan tenido acceso, aunque restringido, por lo menos a la ametralladora del Presidente.

Pues bien, de acuerdo con las observaciones y consideraciones precedentes, ¿qué es exactamente, entonces, lo que demostrarían los informes de la Policía Técnica y de la autopsia? 1. Que el cuerpo disectado la noche del 11 de septiembre era efectivamente el de Allende. Esto es confirmado por una gran cantidad de detalles internos del informe, así como por varios hechos y circunstancias personales del líder popular que hemos ido sacando a la luz; 2. Que el Presidente se suicidó mediante un disparo bajo el mentón. Así lo demuestran la posición y características de la herida de entrada del o de los proyectiles mortales, el halo carbonoso que la rodeaba, etc., etc. Sin embargo, ninguna de las observaciones o evidencias contenidas en estos documentos demuestran, satisfactoriamente, que el arma suicida haya sido el rifle AK del Presidente. En realidad, la indebida interferencia militar en el escenario del suicidio, y el desconocimiento de los calibres de las balas mortales, hacen completamente imposible esta demostración, dando pie así a la posibilidad de que en el suicidio se haya utilizado otra arma, presumiblemente un arma corta, que luego de ser disparada debió haber saltado lejos de la mano de Allende, para terminar reposando sobre el piso alfombrado, a una cierta distancia del referido sillón. Hasta donde se sabe, esta arma no fue mencionada en ninguno de los relatos del doctor Guijón, ni fue vista ni encontrada por los detectives. Pero la equivocidad indicada en la parte del informe policial en el que se hace referencia a los cartuchos y vainillas requisados por los soldados golpistas, pareciera indicar veladamente su existencia.

Pero esta lectura de los hechos requiere de una suposición complementaria. Porque si el propósito de la interferencia militar en el escenario del suicidio fue ocultar los cartuchos, así como la misteriosa pistola con la que se habría dado muerte el Presidente, ello estaría indicando que alguien, probablemente el general Palacios, se dio cuenta, en algún momento, que la ametralladora AK no había sido el arma suicida. No sabemos cómo pudo Palacios haber llegado a descubrir esto, pero es manifiesto que él fue el único jefe militar que tuvo absoluto control sobre la totalidad del escenario del suicidio, del cuerpo sin vida de Allende, así como sobre las armas, proyectiles, cargadores y vainillas que se encontraron allí; y quien dispuso de más de dos horas, no sólo para formarse una completa idea de lo que había ocurrido en aquel salón, sino incluso para

adulterar dicho escenario, antes de que arribaran los peritos de Investigaciones.

Con su heroica resistencia y su muerte en La Moneda Allende había transformado su derrota militar en una gran victoria moral sobre los golpistas, convirtiéndose en el acto en una figura mítica que parecía alzarse desde su tumba para denunciar ante la faz del mundo los crímenes de la dictadura. De allí que fuera tan importante para los golpistas machacar hasta la saciedad que el Presidente se había suicidado, pues esto parecía restarle algo de mérito a su decisión final. Pero si además de haberse suicidado, se conseguía hacer aparecer como que Allende lo había hecho con el arma que le obsequiara Fidel Castro, era evidente que sus enemigos habrían conseguido escamotearle, ante la conciencia pública y la historia, otro pedazo de aquella victoria moral.

Ahora bien, las conclusiones finales que podemos extraer a partir de la totalidad de las evidencias disponibles, acerca de la muerte del Presidente y sus circunstancias, incluyendo sus dos funerales (el uno secreto y el otro oficial), separados por una distancia de 17 años, serían las siguientes: 1. Es altamente probable que Allende se haya suicidado mediante un disparo bajo la barbilla, y no que fuera asesinado; 2. No puede descartarse la posibilidad que el arma suicida no haya sido su rifle AK, sino una pistola u otra arma corta; 3. No se han hecho públicas las pruebas científicas que permitan afirmar de modo irrefutable que el cuerpo que fuera enterrado en el cementerio Santa Inés el 12 de septiembre de 1973 haya sido efectivamente el del Presidente; el sumario reconocimiento de los restos hecho por el doctor Jirón, si bien tiene un cierto valor probatorio, no está a la altura de las modernas exigencias científico-forenses, ni de los requerimientos de una verdadera comprobación histórica.

De manera que la pregunta original acerca de si Allende se habría suicidado, o habría sido asesinado, se ha multiplicado en varias otras insospechadas interrogantes, cuyas respuestas podemos conjeturar, pero que tampoco tienen un carácter simple y definitivo: si el Presidente se suicidó con un arma corta, ¿qué fue de ella?; ¿con qué fin se incautaron los soldados bajo las órdenes del general Palacios de los cartuchos y armas encontrados en el Salón Independencia?; ¿de qué modo específico esta apropiación castrense de dichas evidencias materiales allí encontradas pudo haber alterado o influido sobre las observaciones y conclusiones del peritaje realizado por los detectives de la policía civil en el Salón Independencia? Nuestra respuesta a estas preguntas es que todas estas manipulaciones permitieron ocultar el hecho, de gran importancia política en ese momento, de que en realidad Allende no se había suicidado con su fusil AK[206].

Otra pregunta: ¿por qué el documento en el que se contienen los detalles y conclusiones de este peritaje, así como aquel en el que se describe la autopsia de los restos del Presidente, no fueron nunca dados a conocer por los golpistas?

Después de haber examinado detenidamente el primero de estos documentos, nos parece que no es difícil explicarse por qué su contenido se mantuvo en secreto. La razón es que su revelación pública hubiera significado el completo descrédito de la versión oficial del suicidio, al dejar en evidencia la crasa interferencia militar en el escenario de la muerte. Como el *declarado* propósito del peritaje realizado en el Salón Independencia era demostrar que el Presidente no había sido asesinado *manu militari* (además, por cierto, de asegurar a Pinochet que el cuerpo sacado de La Moneda correspondía efectivamente al de aquel), una vez que los detectives dejaron constancia escrita de la apropiación castrense de varias piezas evidenciales, no había ya ninguna razón para hacer público el documento que certificaba aquella diligencia, pero si muchas para mantenerlo en secreto. Tampoco había ya ninguna razón para divulgar los detalles del examen *post mortem* (que, entre otras cosas, demostraba que Allende no había bebido alcohol el día del Golpe), puesto que muy pocos hubieran creído en la veracidad de sus observaciones y conclusiones; además de que la revelación pública, tanto del hecho mismo como de sus estremecedores detalles, hubiera, sin duda, resultado contraproducente para la deteriorada imagen, nacional e internacional, de la dictadura.

Como puede verse, al final de este largo y algo tortuoso camino investigativo hemos terminado con más preguntas que las que partimos en un comienzo. Es decir, y como suele ocurrir en todo proceso de búsqueda científica, con respecto a algunos hechos hemos descubierto varias cosas nuevas, pero en cuanto a otros nuestra ignorancia se ha acrecentado más que nuestro conocimiento. ¿Significa esto que los esfuerzos hasta aquí desplegados habrían sido poco menos que inútiles? Ciertamente que no. Al término de esta investigación documental sabemos con un alto grado de certeza que el Presidente debió haberse suicidado. Para ello no necesitamos apoyarnos en la sumaria observación del doctor Jirón, hecha 17 años despues. No hemos encontrado testimonio medianamente confiable, ni evidencia forense, que no lo corrobore (*principio de preponderancia de la evidencia*); y al mismo tiempo hemos mostrado el carácter espurio, ficcional, o autocontradictorio, de aquellos relatos, como los de Renato González y Robinson Rojas, en los que se afirma que Allende fue asesinado. También hemos descubierto que no existe prueba alguna, ni testimonial ni balística, que demuestre que Allende se suicidó con la misma arma con que combatió valientemente por más de cuatro horas. Estas tres conclusiones son por sí mismas de gran importancia, y nos permiten refutar la versión oficial de la muerte del Presidente y al mismo tiempo proponer una interpretación alternativa: el suicidio con arma corta. Pero, además, ahora sabemos que bajo la superficie de algunos de los hechos examinados se ocultaban muchas otras dudas, enigmas

y preguntas, de cuya existencia ni sospechábamos inicialmente. Esto representa, también, una ganancia incuestionable de todos nuestros esfuerzos, tanto de parte de este autor, como de sus pacientes lectores.

Por cierto que no me hago la menor ilusión de que la totalidad de mis lectores vayan a aceptar los descubrimientos y conclusiones centrales de esta investigación, pues, por desgracia, ello no depende puramente de lo sólidos o persuasivos que hayan sido los argumentos y pruebas aquí presentadas. En realidad uno nunca debiera subestimar el poderoso efecto que los prejuicios y dogmatismos ejercen sobre la mente de los seres humanos. Pero me conformaría con que la lectura de este libro consiguiera despertar la curiosidad y el interés del más amplio número de personas, tanto dentro como fuera de Chile, en torno a la necesidad de reexaminar lo ocurrido en La Moneda la tarde del 11 de septiembre de 1973, pues sobre la muerte del Presidente Allende aún no se ha dicho, ni escrito, la última palabra; ni tampoco acerca de muchos otros enigmas que rodearon el Golpe y que continúan sin haber sido resueltos. Como lo manifestara a propósito de esto, en 1998, el comandante Sánchez al ex embajador de México en Chile, Gonzalo Martínez Corbalá:

«Hay muchas cosas que no se saben [públicamente], y que yo no voy a divulgar»[207].

Anexo Nº 4
Una entrevista reciente al doctor José Quiroga[208]

José Quiroga es ya parte de la historia. No hay otra opción si el destino lo colocó en el Salón Independencia, con La Moneda en llamas, cuando tras abrir la puerta para buscar al presidente Salvador Allende, con los militares ingresando a culatazos, fue testigo del momento en que el Mandatario se suicidó.

La versión oficial hasta ahora dice que hubo sólo un testigo directo, el doctor Patricio Guijón, el único que se acercó al cuerpo. El médico recibió el repudio de la izquierda mundial al ratificar que Allende se había suicidado. La versión del asesinato por parte de las tropas de Pinochet era más poderosa para muchos.

José Quiroga tardó 25 años en espantar los fantasmas de esa jornada sangrienta y poder escribir su versión en 1998 para el libro de Óscar Soto, *El último día de Salvador Allende*, otro médico que estuvo en el palacio ese día. Sin embargo, en esa obra no dio todos los detalles ni señala que efectivamente hubo más testigos. Quiroga relata esa parte extraviada de su historia en su casa de Los Ángeles [California], ahora como director del Programa contra la Tortura en esta ciudad y miembro del directorio de *Physicians for Social Responsibility*, organismo que ganó el Premio Nobel en 1985.

«Cuando Allende ordena el rendimiento (*sic*) [la rendición es lo correcto], usamos una bandera blanca, un mantel que yo mismo saqué de uno de los comedores. Los militares hacen ingreso alrededor de las 2 de la tarde y comienza a salir la gente. Es una larga fila de personas y los médicos nos ubicamos al final, subiendo por una escalera hacia el segundo piso. Iban sacando a la gente y poniéndola en el suelo, en la salida de Morandé.

«A medida que la gente iba bajando desde el segundo piso, Allende empieza a avanzar en el sentido contrario, yendo hacia el final, y llega donde estamos nosotros. Abre la puerta y entra al Salón Independencia, solo. Y es en ese momento cuando, después de un minuto, algo así, no recuerdo exactamente, decimos 'pero ¿qué está haciendo solo [el Presidente?]. Entonces abrimos las puertas. *Todo estaba oscuro, lleno de humo y gas lacrimógeno. La mayoría de nosotros estaba con máscaras antigás*, el ambiente era irrespirable y la piel que estaba descubierta de la máscara me ardía terriblemente. Y en ese momento en que se abre la puerta, se ve la figura del Presidente sentado, frente a nosotros, *sin poder ver muchos detalles*, pero evidentemente que era él, *y lo único que recuerdo es que la figura del Presidente en un momento desaparece*».

En la versión escrita por Quiroga de este relato, al que *La Opinión* pudo acceder, dice: «Antes que ninguno de nosotros pudiera reaccionar o entrar al salón, su cara cuyos rasgos me permitían reconocerlo claramente, se borraron y luego desapareció de mi vista. Todos los que estábamos frente a la puerta pudimos observar lo mismo».

Quiroga nombra al resto de los testigos: «Enrique Huerta, Arturo Jirón, Arsenio Pupín, Hernán Ruiz Pulido, Patricio Guijón».

«El [Presidente] se suicidó colocándose la ametralladora aquí (lo demuestra con sus manos) básicamente en la base de la mandíbula y seguramente accionó [el arma] y todo voló. Nosotros vemos el momento en que ocurre el hecho. Y ahí, mucha gente, todos nos dimos cuenta de lo que pasó. *Yo ni siquiera entré a la pieza*. Alguna gente lloró (se emociona), todos angustiados… Y al final no había nada que hacer, así que nosotros empezamos a salir. *Y uno solo de nosotros entró, que es el doctor Guijón*, y cuando los militares llegan ahí lo encuentran, y ahí lo detienen».

Periodista: Cuando [fue] testigo del suicidio, ¿no escuchó el estampido?

–No. Había millones de estampidos al mismo tiempo. Esa cosa era una [verdadera] batalla.

El arrepentimiento

Yo nunca escribí nada sobre esto. Por 25 años hubo una situación psicológica de rechazo. Después de un cuarto de siglo (el doctor) Soto nos escribió y nos dice que debiéramos hacer algo, escribir la historia de lo que realmente ocurrió. Porque si a mí se me hubiera preguntado hace un montón de años atrás, yo te habría dicho que no sabía nada. Por años dije eso. Porque a pesar de que sabía, en ese momento era más importante el aspecto político y que todo el mundo creyera que a Allende lo habían matado (*sic*) los militares. Después de 25 años [esto] ya no es un hecho político, sino histórico. La gente tiene derecho a saber lo que pasó. Y los únicos testigos sobrevivientes que vimos exactamente lo que pasó somos los médicos.

Periodista: ¿Cómo se sintió siendo testigo del suicidio y no aclarar el tema?

–Yo por años negué que me hubiera afectado, que me tocó a mí, hasta que empecé a escribir la historia. Y ahí el tener que revivir el proceso fue muy duro».

Cuenta que después del Golpe hubo una investigación por la muerte de Allende. «Tuve que ir a declarar al Tribunal [Militar] sobre lo que hice en La Moneda y qué vi. Pero declaré que yo estaba adentro (¿?), [pero] que no tenía una posición [de importancia] y que no sabía nada».

Periodista: Y ustedes reforzaron la teoría de que no sabían, de que no hablarían.

–Nosotros nunca nos pusimos de acuerdo, nunca. Fue una decisión que todo el mundo tomó [independientemente] de no hablar. Primero, porque nadie nos preguntó. Segundo porque espontáneamente no íbamos a decir nada.

Periodista: Guijón sí lo dijo.

–Ese es el único problema de conciencia que tengo, de no haber salido en defensa de Guijón, pues el pobre tuvo que sufrirla solo. Porque los únicos que podíamos haber salvado a Guijón éramos nosotros, decir que [él] estaba diciendo la verdad. Yo soy muy amigo de Guijón, somos compañeros de curso, todo, pero era difícil, él entiende eso. ¿Ves tú? Pero él estuvo solo en esto, pues «la izquierda siempre lo atacó» (Cursivas nuestras).

Examen de la entrevista al doctor José Quiroga F.

Cuando los originales de este libro se encontraban ya completamente terminados, llegó a nuestro conocimiento el texto, reproducido arriba en su totalidad, de la entrevista hecha al doctor Quiroga en Los Ángeles. Esta entrevista, recientemente dada a conocer por la prensa chilena, contiene cierta información interesante, además de unas supuestas «revelaciones» que creemos necesario examinar en el contexto de la interpretación de la muerte de Allende presentada en este libro. En lo referente a la revelación de que, además del doctor Guijón, existirían otros cinco testigos inmediatos de la muerte del Presidente, aparentemente no conocidos, que serían: Enrique Huerta, Arturo Jirón, Arsenio Poupín, Hernán Ruiz Pulido, y el propio doctor Quiroga, habría varias cosas que señalar.

Digamos, primero que nada, que como deben haberlo advertido nuestros lectores, esta no es la primera vez que el doctor Quiroga relata su experiencia de los últimos momentos de Allende. Como se recordará, en el capítulo cuarto

reprodujimos *verbatim* su testimonio, según aparece en el libro *Allende, masón*, de Juan Gonzalo Rocha. Le preguntamos a este autor por el origen de dichas declaraciones, y nos informó, de la manera más cordial, que se trataba del texto de una entrevista que él mismo le había hecho al doctor Quiroga, en marzo del año 2001, en la ciudad de Santiago[209].

Si comparamos aquellas palabras con el testimonio aparecido recientemente en *La Nación*, llama la atención la notable convergencia existente entre ambos relatos. En los dos se habla de la fila formada por los médicos, y otros sobrevivientes de La Moneda, aprestándose a bajar al primer piso del viejo edificio en llamas por la escalera que daba a Morandé 80, para entregarse a los soldados golpistas. Igualmente, en ambos relatos se nos dice que de pronto Allende avanzó en el sentido contrario a la dirección de aquella fila, ingresando al Salón Independencia. En ambos relatos se afirma, también, que luego de transcurridos algunos segundos, alguien [¿Huerta?] se pregunta en voz alta: –¿Qué está haciendo ahí solo [el Presidente]? Al abrir la puerta del Salón, que suponemos él debió haber cerrado tras de sí, Quiroga cuenta como ve su figura inconfundible sentada frente a él, a través del humo y la oscuridad del recinto, en los momentos en que esta «desaparece», «como si se desvaneciera».

Pero mientras que en la entrevista grabada que le hiciera Juan Gonzalo Rocha se encuentra nítidamente distinguido aquello que el médico efectivamente *vio*, de lo que *dedujo o conjeturó* posteriormente; en las revelaciones a la prensa ambos aspectos aparecen completamente confundidos, como puede apreciarse en lo que Quiroga afirma inmediatamente a continuación de lo que presenció: «El [Presidente] se suicidó colocándose la ametralladora aquí (lo demuestra con sus manos) básicamente en la base de la mandíbula y seguramente (!) accionó [el gatillo] y todo voló. Nosotros vemos el momento en que ocurre el hecho».

Es decir, como otros testigos anteriores, el doctor Quiroga no consigue distinguir aquí lo que vio, o experimentó directamente, de lo que dedujo o conjeturó a partir de aquellas observaciones. Porque ¿cómo pudo haber visto al Presidente gatillar el arma suicida, si él mismo nos acaba de decir que no pudo distinguir «muchos detalles», en el Salón oscuro y lleno de humo; y que «lo único que recuerda», es la figura de Allende en el momento en que desaparece de su vista? ¿Cómo puede el médico de La Moneda, haberlo visto quitarse la vida con su rifle de asalto, si nos ha confesado aquí mismo que ni él ni ninguno de los cinco testigos nombrados ingresaron al Salón Independencia? Es decir, en cuanto a esto, seguimos dependiendo enteramente del testimonio del doctor Guijón, que como lo indicamos antes, nos parece veraz e indiscutible, en cuanto al hecho del suicidio del Presidente, aunque no en lo referente al arma empleada por este.

Respecto de los demás testigos, que según Quiroga habrían visto lo mismo que él, recordemos, en primer lugar, que el doctor Arturo Jirón fue muy explícito en sus declaraciones en el sentido de que él no presenció el momento en que Allende se dio muerte, sino que en esta parte su relato se apoyó enteramente en lo visto y reportado por Guijón, según lo mostramos en el apartado del capítulo cuarto, titulado: «El testimonio del doctor Arturo Jirón, según Patricia Verdugo». Recordemos, además, que allí mismo se nos dijo que frente a la puerta del Salón Independencia se encontraban Huerta, el detective David Garrido y otros dos policías de nombres desconocidos.

Ahora bien, dos de las personas que Quiroga nombra como habiendo sido testigos directos de la muerte del Presidente, es decir, Arturo Jirón y Hernán Ruiz, participaron antes en el relato colectivo redactado por el doctor Óscar Soto, que figura en la segunda parte de su libro testimonial, y que nosotros examinamos, también, en el capítulo cuarto. Allí, refiriéndose al momento final de Allende, comenta, entre otras cosas, Óscar Soto: «Esta escena sería también contemplada desde la puerta por Arturo Jirón»[210]. De modo que la «revelación» de la existencia de otros testigos lo es sólo parcialmente. Pero, además, faltaría establecer si efectivamente aquellos otros testigos que, según afirma Quiroga, se encontraban también frente a la puerta del Salón Independencia en el momento del suicidio (es decir, Huerta, Poupín y Ruiz), vieron exactamente lo mismo que vio, o creyó ver, el doctor Quiroga. Esto, por cierto, de acuerdo con las más altas exigencias evidenciales y científicas, no puede ser simplemente asumido.

Quiroga confirma, por otra parte, algo que nosotros hemos venido sosteniendo en estas páginas, en cuanto a que los testigos no habrían podido escuchar, ni menos distinguir, el número exacto de los disparos mortales, porque en ese momento el ruido reinante en aquel recinto debió haber sido absolutamente ensordecedor.

De especial importancia es aquella parte de la entrevista en la que Quiroga relata como los sobrevivientes de tan desigual batalla, al enterarse de las verdaderas circunstancias de la muerte de Allende, decidieron, espontáneamente y sin previo acuerdo, no revelar públicamente estos hechos; sin duda que impulsados por razones de conveniencia política del momento. Es aquí donde se produce un conflicto de lealtades en los referidos testigos, que los pone en oposición con el doctor Guijón, quien siempre dijo la verdad de lo que había presenciado en el Salón Independencia la tarde del 11 de septiembre.

Como se ve esta tardía revelación de Quiroga, simultáneamente, exonera a Guijón de toda falta, y confirma, por una nueva vía, que el Presidente se suicidó. Lo que no confirma, por cierto, es que este lo haya hecho utilizando su rifle AK, pues tal cosa no la vieron ni Quiroga, ni Guijón, ni nadie, sino que aquel lo

afirma a partir de información que, sin duda, debió haber escuchado posteriormente a los hechos, de labios de alguno de los sobrevivientes de La Moneda, de detalles dados a conocer por la propia prensa dictatorial, o incluso de fuentes forenses, como lo revelará casi 30 años después del Golpe el propio doctor Guijón, según lo indicamos al final del Anexo Nº 2.

En consecuencia, puesto que ni Quiroga, ni ninguno de los testigos recientemente revelados por él, ingresaron al Salón Independencia con posterioridad a la muerte del presidente Allende, el doctor Guijón continúa siendo el único testigo clave de su suicidio.

Anexo Nº 5
Quince preguntas al doctor Guijón

El día 31 de diciembre de 2002 le escribimos al doctor Patricio Guijón una larga carta en la que, luego de presentarnos e identificarnos, le explicamos el propósito, ideas centrales y organización del presente libro, en ese momento en proceso de redacción. Al final de esta comunicación le formulamos las siguientes 15 preguntas, que reproducimos aquí textualmente. Como podrá apreciarse, nos interesaba, especialmente, poder establecer algunos detalles, aún insuficientemente claros, del escenario de la muerte del Presidente y conjuntamente con ello poner a prueba la hipótesis de que este pudo haber encontrado la muerte al ser alcanzado por disparos provenientes del exterior. También le preguntamos por aquella misteriosa pistola, cuyos cartuchos fueron inexplicablemente requisados por soldados bajo el mando del general Javier Palacios.

1. De acuerdo a su mejor estimación, ¿a qué distancia se encontraba Ud. del Presidente, en el momento en que ve elevarse su cuerpo por efecto del o de los disparos?
2. ¿Podría indicarme, mediante una cruz, en el mapa adjunto, dónde se encontraba Ud. en el pasillo, y dónde el Presidente en el momento de su muerte?
3. ¿Podría señalar Ud. con una línea roja la posición de las ventanas del Salón Independencia en el mismo mapa?
4. ¿Podría dibujar Ud. un pequeño plano esquemático de la distribución del mobiliario y demás elementos arquitectónicos y decorativos del Salón Independencia, así como de ubicación del cuerpo de Allende en ese entorno?

5. ¿Qué podría Ud. decir acerca de la posibilidad «teórica» explicada más arriba?

6. En la reproducción literaria que hace González Camus de su relato de los últimos momentos de Allende se dice: «Guijón se quedó al lado del cadáver, que conservaba el fusil ametralladora entre las piernas». … «Cogió el arma y la puso más apartada hacia la derecha del cadáver del Presidente»[211]. Mientras que en el testimonio colectivo, redactado por el doctor Óscar Soto para su libro, y en el que Ud. también participó, se afirma: «Guijón le retira la metralleta y la pone sobre las piernas del cadáver»[212]. Circula, incluso, otra versión, supuestamente basada en una conversación que Ud. habría sostenido la tarde del 28 de septiembre de 1974 con el profesor alemán Lothar Bossle, y de acuerdo con la cual «Patricio Guijón vio desde el pasillo, en el momento en que se agachó para recoger la mascarilla de gas que se le había caído, como [Allende] apretó el gatillo. Quiso ayudar a Allende, sacó la metralleta y comprobó que la mandíbula había sido destrozada por los dos disparos. *El médico puso la metralleta encima de la mesa*, ya que súbitamente se le ocurrió que, al ser sorprendido con el arma en la mano, podía hacerse sospechoso de haber asesinado a Allende»[213].

Pregunta: ¿Cuál sería la descripción correcta de lo Ud. que presenció aquel día?

7. Habiendo fallecido don Edgardo Enríquez, espero no lo interprete Ud. como una ofensa si le pregunto: ¿a qué tres versiones de la muerte del Presidente se refería él en el texto más arriba citado del libro de González Camus?

8. El texto del apartado 2.1.4 del *Acta de análisis* de laboratorio, de la Policía Técnica de Investigaciones, titulado: «Proyectiles y vainillas», que registra los detalles del peritaje realizado por personal de Investigaciones en el Salón Independencia, durante la tarde del 11 de septiembre de 1973, dice lo siguiente:

«El croquis Nº 15.255 y Foto S, señalan la posición en que los peritos ubicaron diversas vainillas y proyectiles. Además la Foto R muestra un cartucho para pistola.

»No se pueden proporcionar mayores antecedentes sobre estos elementos, por cuanto fueron entregados a personal militar a las órdenes del señor general Javier Palacios R., conjuntamente con el arma antes citada»[214].

9. En relación a esto quisiera preguntarle: ¿Vio Ud. esta pistola en algún lugar?

10. ¿Vio Ud. al personal militar retirar el fusil automático AK con el que se habría dado muerte el Presidente? Como Ud. debe saberlo, este no ha sido nunca devuelto por los militares golpistas a sus legítimos dueños.

11. ¿Podría agregar Ud. alguna nueva información, observación, corrección o comentario a sus declaraciones previas acerca de la muerte del Presidente?

12. ¿Quisiera Ud. corregir algún mal entendido que pudieran haber suscitado sus declaraciones sobre el suicidio de Allende?

13. ¿Existe alguna pregunta que le hubiera gustado que le formulara?

14. ¿Tuvo Ud. alguna participación en el proceso de «exhumación y reconocimiento» de los restos mortales del Presidente, realizado el 17 de agosto de 1990, previamente a su funeral oficial del 4 de septiembre?

15. ¿Fue Ud. invitado a participar en el funeral oficial del Presidente?

Anexo Nº 6
La verdadera muerte del presidente Allende.
Respuesta a Camilo Taufic.

Estimado Camilo:

Hubiera querido escribir una respuesta inmediata a tu extenso artículo titulado «Todas las muertes del presidente Allende», publicado, con profusión de fotografias, en la sección «Temas del Domingo», del diario *La Nación* de Santiago, correspondiente a la semana del 10 a 16 de septiembre del año en curso; pero en ese momento me encontraba en Chile, lejos de mi familiar computador personal y de mi bien dotada biblioteca edmontoniana. Hoy, ya de vuelta en Canadá, procedo a contestarte.

Por cierto, no me siento, en absoluto, «dueño» del tema, pero creo que el hecho de haber escrito y publicado un libro entero sobre la muerte de Allende (a cuyo lanzamiento te refieres al pasar en tu artículo), me da alguna autoridad para manifestar públicamente mi opinión discrepante de tu interpretación; en lo que ella se refiere a los principales hechos y circunstancias de este tan litigioso como fascinante episodio de nuestra traumática historia reciente.

Tu interpretación

No revisaré la totalidad de tu artículo, sino que, a continuación, me limitaré a resumir y examinar críticamente aquellos que me parecen ser los aspectos centrales de la argumentación allí presentada.

1. Introduces la temática mediante una descripción de los detalles de lo que constituye la así denominada «versión oficial» de la muerte de Allende, que me parece fidedigna, más allá de algunos puntos menores; por lo menos hasta donde haces referencia su entierro secreto en el Cementerio Santa Inés de Viña del Mar, el día 12 de septiembre de 1973. Pero a partir de allí, siguiendo a Robinson Rojas[215], tomas el camino equivocado, al intentar interpretar la cuestión de la renuncia del General Ernesto Baeza, como probatorio de que el suicidio de Allende no habría sido más que un montaje. Lo que pareces no advertir es que al seguir dicho camino has prejuzgado de antemano cuál sería el resultado de tus búsquedas. Otros, antes que tú, han tratado de hacer sentido de este oscuro incidente, como es el caso del ex embajador Nathaniel Davis en el capítulo 11 de su interesante libro[216], pero han sido mucho más cautelosos a la hora de sacar sus conclusiones. Al final me referiré a esto en otro contexto.

2. A continuación describes las circunstancias que condujeron a la realización del peritaje de los restos del Presidente muerto en el Salón Independencia. Tú te refieres correctamente al hecho de que aquella tarde se produjo un relevo del personal de la Brigada de Homicidios (inicialmente a cargo de las diligencias), por parte de efectivos de la Policía Técnica de Investigaciones, pero extraes conclusiones incorrectas de ello, pues, sostienes, que estos habrían firmado «… 'un acta de análisis de las muestras halladas' de una carilla, agregando –sin reconocer su autoría– el informe truncado de la BH (otras tres carillas, que aparecen con numeración diferente y las iniciales de otro mecanógrafo, en la reproducción de todo el documento). El acta fue publicada el año 2000 por Mónica González, en su libro *La conjura: los mil días del golpe.*

Te confieso que aquí tuve que echar mano del libro de Mónica González, porque me asaltó la duda de si acaso te estabas refiriendo al mismo documento reproducido allí, o a otro diferente. Porque si examinas con cierto detenimiento el *texto* del documento titulado «Acta de Análisis», que figura entre las páginas 495 y 498 del referido libro, verás que no fue compuesto como lo tú afirmas (a partir de una interpretación equivocada de ciertos engañosos detalles aparienciales), mediante la simple sustitución de su primera página. Que esto no fue así es confirmado por el hecho de que en aquella página se encuentran ya indicados los nombres de los mismos cuatro peritos que firman al final, es decir, Jorge Quiroga Mardones, Carlos Davidson Letelier, Jorge Almazabal Mardones y Luis Raúl Cavada Ebel. Todos los cuales eran miembros de la Policía Técnica, y no de la Brigada de Homicidios.

En el capítulo sexto de mi libro, conjeturo que la participación de dos diferentes grupos de la policía civil en el peritaje realizado en el Salón

Independencia, habría sido motivado por la desconfianza de los golpistas hacia el personal de la BH, al que consideraban como proclive al Presidemte y a la Unidad Popular; y por el hecho de que el solo nombre de esta repartición pudo ser interpretado, dentro y fuera de Chile, como un reconocimiento tácito de que Allende había sido asesinado por los militares que bombardearon y asaltaron La Moneda. Pero lo central aquí es que el relevo de la BH por la Policía Técnica de Investigaciones, en los peritajes realizados en La Moneda, quedó registrado en el documento bajo examen, donde se menciona al inspector Pedro Espinoza de la BH, y se alude colectivamente al resto de los detectives bajo su mando como a «los peritos informantes». Es decir, allí donde tú ves los vestigios documentales de un montaje del suicidio del Presidente por parte de los golpistas, yo veo las manifestaciones de un cambio en la repartición a cargo de los peritajes; y a partir de una lectura cuidadosa del texto del «Acta de Análisis», identifico la verdadera naturaleza de la falsificación a la que fue sometido, no el documento, sino al escenario de la muerte del Presidente, según explicaré más abajo.

Por cierto que todas las observaciones acerca del supuesto carácter truncado, o falsificado, del referido documento forense, tienen el propósito de descalificar y rechazar las observaciones, conclusiones y autoridad última de este, sin haberte dado el trabajo de examinar una sola línea de su texto. Procedimiento muy poco recomendable para un investigador serio.

3. Una vez descartada sumariamente la veracidad, o confiabilidad, del «Acta de Análisis», vuelves a retomar la cuestión de la renuncia del General Baeza, que como se ve constituiría el hecho central a partir del cual crees poder resolver el enigma de la muerte del Presidente. La supuesta renuncia de Baeza probaría, de acuerdo con tu intepretación, que los golpistas habrían hecho un montaje del suicidio de Allende, lo que, por cierto, no es otra cosa que la vieja e indemostrada tesis de Robinson Rojas bajo un nuevo ropaje. Los dudosos testimonios de Propper, Davis o Scherrer no consiguen, sin embargo, darle mayor credibilidad a esta tesis, de allí que procedas a examinar, a continuación, ciertas declaraciones del general Baeza en las que éste describe la postura en que fue encontrado muerto el Presidente, las que comparas con una foto de Allende muerto (la Nº 1416/73-W) que, se nos dice, sin hacer referencia a su ubicación exacta, podría encontrarse hoy en internet, «sin indica[ción de] su procedencia y de autor anónimo». A tu juicio aquella foto mostraría la verdadera posición en que fue encontrado muerto el Presidente. En dicha foto éste no aparecería sentado, como lo afirma Baeza, sino más bien tendido sobre un sofá . Acerca de esto conjeturas que tal posición sería indicativa de que el Presidente fue arrastrado hasta el Salón Independencia, «cargado sobre una frazada doblada

puesta bajo su espalda». Si te entiendo bien, al mencionar estos detalles lo que tratas de hacer es dar plausibilidad a otra de las tesis de Robinson Rojas, a saber, que luego de su muerte Allende habría sido sacado del lugar de su deceso y trasladado al Salón Independencia, donde se simuló su suicidio.

4. Enseguida sorprendes a tus lectores con una extraordinaria afirmación: el supuesto «descubrimiento» de que el fusil AK del Presidente, contrariamente a lo que han declarado el ubicuo general Baeza y otros testigos, «no tenía culata de madera», y por lo tanto si es que se ha afirmado que sobre ella se encontraba adosada la placa con la inscripción de Fidel Castro, el arma que se dice fue encontrada en La Moneda no podría ser aquella que le obsequió el líder cubano. Curioso razonamiento que se refuta en un minuto con solo mirar la foto de Allende y Eduardo Paredes disparando en El Cañaveral con el fusil AK del Presidente (reproducida en las páginas finales no foliadas del libro de Mónica Gonzalez), al pie de la cual aparece dicha arma, con una burbuja de aumento, que muestra claramente como la placa con la referida inscripción no se encontraba fijada en su culata, sino en su *empuñadura.*

De aquella falsa consideración extraes la siguiente conclusión: «aparentemente, del fusil-ametralladora dedicado por Fidel Castro no salió ningún tiro el 11 de septiembre, ni el arma estuvo en La Moneda, al menos mientras Allende vivió. Desapareció ese mismo día, y nunca más se la ha vuelto a ver, aparentemente destruida –junto a todas las otras pruebas fisicas de las armas y proyectiles que pudieron intervenir en la muerte de Allende– por orden del general Javier Palacios, siguiendo instrucciones de la Junta Militar».

En prueba de ello traes a cuento un nunca antes conocido, pero de ser cierto, extraordinario testimonio de Joan Garcés, según el cual, «La metralleta obsequiada por Fidel Castro a Salvador», le ha confirmado Garcés a su amigo Victor Pey (el dueño del diario *El Clarín*), «nunca salió de El Cañaveral, siempre estuvo allí, expuesta en una pared del living». Y en seguida agregas un nuevo dato: «La noche del 10 a 11 de septiembre, tanto Joan Garcés como el periodista Augusto Olivares pernoctaron en Tomás Moro. En la madrugada[217] se trasladaron a La Moneda, tras los autos que llevaban al Presidente y su escolta, armados cada uno de sus integrantes con fusiles ametralladoras AK. Estos eran 20 o 30, según distintas fuentes, pero el arma obsequiada por Fidel Castro seguía en El Cañaveral».

Posteriormente observas: «Es cierto que *La Payita*, que vivía en El Cañaveral, al enterarse del Golpe bajó inmediatamente a Santiago, junto a 13 gaps, entre ellos su hijo, Enrique Ropert de 19 años, pero no pudieron llegar con sus armas hasta La Moneda. Se ignora si bajaban con el AK obsequiado por Fidel Castro. Fueron hechos prisioneros en la Intendencia, desarmados, incluido el hijo de *La*

Payita, que hasta hoy permanece como detenido-torturado-desaparecido».

Y a continuación concluyes:

«Así, en el mejor de los casos, la metralleta de Fidel quedó secuestrada en la Intendencia, aunque lo más probable es que 'nunca haya salido de El Cañaveral', como sostiene Joan Garcés. Pero desde la Intendencia o desde El Cañaveral pudo ser fácilmente trasladado ese AK a La Moneda, una vez concluida la batalla, disparar los dos balazos a la muralla, atravesando el gobelino, en inventar la fábula del 'suicidio de Allende con el obsequio de Fidel' que propagandísticamente asociaba –y en forma subliminal– el final de la vía pacífica al socialismo con el castrismo». Hasta aquí las citas de tu artículo.

Mis respuestas

Supongamos ahora, con fines argumentales, que la interpretación que tú haces de todos los hechos y testimonios antes referidos sea la correcta. Es decir: a) Que la renuncia, o supuesta renuncia, del general Baeza el día 12 de septiembre hubiera estado motivada por su molestia ante los intentos del Servicio de Inteligencia Militar de hacer un montaje del suicidio de Allende en el Salón Independencia. b) Que el reemplazo de los peritos de la BH por personal del Laboratorio de Policía Técnica de Investigaciones, así como la (también supuesta) interferencia y adulteración realizada en el «Informe de Análisis», fueran indicativas de que habría existido tal montaje. c) Que el cuerpo del Presidente no fue encontrado en posición sentado, sino que su verdadera posición habría sido la de tendido sobre aquel famoso sofá de color granate ubicado entre las ventanas del Salón Independencia. d.) Que el fusil AK del Presidente no hubiera salido nunca de El Cañaveral, y que por lo tanto no pudo haber sido utilizado por aquel para darse muerte en La Moneda; sino que fue llevado allí, posteriormente a su asesinato, por los golpistas para simular su suicidio.

Ahora bien, ¿cuáles serían las conclusiones que tendrían que extraerse en caso de que todo todo lo anterior fuera verdadero? En primer lugar que la totalidad de las declaraciones y testimonios del doctor Guijón, el testigo clave del suicidio del Presidente, así como del resto de los sobrevivientes del combate de La Moneda, serían absolutamente falsos. Es decir, las declaraciones y testimonios de *La Payita* (la primera en hacer público el suicidio), del doctor Jirón, Enrique Huerta, Arsenio Pupin, el doctor Soto, Henrique Ruiz Pulido, Patricio Arrollo, del doctor Alejandro Cuevas, Víctor Hugo Oñate y del doctor José Quiroga. Y no sólo eso. Serían igualmente falsas las declaraciones más recientes de este

último, hechas en su casa de Los Angeles, California, el 31 de diciembre del 2002, y publicadas en *La Nación*, en las que el médico confirma la veracidad de las declaraciones del doctor Guijón respecto del suicidio de Allende, y hace su *mea culpa* en cuanto al hecho de no haberlo respaldado públicamente, cuando su testimonio fue impugnado por los sostenedores de la tesis del asesinato del Presidente.

Es difícilmente creíble que ni uno solo de los referidos testigos, todos valientes y leales partidarios de Allende, hubiera revelado nunca la verdad acerca de su muerte. Es imposible pensar que ellos pudieran haberse puesto de acuerdo en una verdadera conspiración para mentir de manera tan craza y prolongada acerca de un hecho de tanta importancia humana e histórica para Chile. En realidad el propio doctor Quiroga sostiene que tal acuerdo nunca existió, sino que luego del Golpe los involucrados decidieron, independientemente el uno del otro, guardar silencio sobre las verdaderas circunstancias de la muerte. Es igualmente imposible creer que en más de 30 años, y cuatro gobiernos concertacionistas, ninguno de los testigos indicados haya hablado o revelado la supuesta verdad del asesinato del Presidente.

¿Qué significaría, por otra parte, que el fusil AK no hubiera sido utilizado por Allende en la defensa de La Moneda, ni servido de arma suicida? ¿Significaría, como tú crees, que esta arma fue introducida posteriormente en el escenario de la muerte para hacer un montaje del suicidio del Presidente una vez que éste fue asesinado por alguno de los soldados que penetraron al segundo piso del viejo edificio diseñado por Toesca? En eso también discrepamos.

En realidad creo que aquí viene a manifestarse en su verdadera dimensión la debilidad, e insostenibilidad última, de la hipótesis de Robinson Rojas que tú adoptas de modo tan acrítico como punto de partida. Porque no necesitamos recurrir a la explicación de un montaje del suicidio para poder dar cuenta de todas las oscuridades e incertidumbres que rodean el uso y paradero del fusil ametralladora del Presidente. Así como aquellas que se refieren a la curiosa renuncia del general Baeza. En cuanto al fusil AK obsequiado a Allende por Fidel Castro, por de pronto, te diré que mientras no tenga yo una confirmación independiente del propio Joan Garcés, suspenderé mi jucio acerca de lo que afirmas, en el sentido de que aquel habría quedado en El Cañaveral el día 11 de septiembre. Aunque parece inconcebible que el Presidente, o algún miembro de su escolta, no hubieran tratado llevar aquella excelente arma a La Moneda, dada la limitación del armamento con que contaban sus defensores. Pero, por cierto, esto pudieron haber intentado hacerlo los GAP, quienes junto con *La Payita* y su hijo, fueron detenidos por Carabineros antes de poder ingresar al Palacio, como tú indicas.

En realidad toda esta nueva información y elementos de juicios hechos públicos en tu artículo, de ser ciertos, pueden ser fácilmente explicados mediante la hipótesis que presento y argumento en mi libro[218], pues allí sostengo que el Presidente, aunque se quitó la vida, como lo afirman la totalidad de los sobrevivientes del combate de La Moneda, no lo hizo con su fusil AK, sino con una arma corta que debió haberse encontrado a su alcance aquella trágica tarde. La interferencia y adulteración del escenario de la muerte por obra del general Palacios y sus hombres, que quedó registrada en el propio informe del acta de los peritajes realizados en el Salón Independencia por personal de la BH y de la Policía Técnica de Investigaciones, habría tenido por objeto ocultar aquella arma corta y convencer al mundo de que Allende se había dado muerte con el fusil que le obsequiara Fidel Castro; y no como Robinson Rojas y tú creen, para simular el suicidio del Presidente. En otros términos, el «montaje» no habría consistido en crear la apariencia de un suicidio, sino en ocultar el arma empleada efectivamente en él, y reemplazarla por el fusil AK; porque, como lo señalo en mi libro, ello le suministraba a los golpistas un poderoso simbolismo de derrota, que les servía para deslegitimar a quien, con su valerosa conducta, los había hundido moralmente ante la faz del mundo; pero que, además, hacía aparecer a Allende como una suerte de castrista inconsistente. Que el fusil AK del Presidente pudo haber sido introducido en el escenario de la muerte por los propios golpistas, es algo que no estoy en condiciones de determinar. Pero es manifiesto que de comprobarse la veracidad de esta información, mi hipótesis del suicidio con arma corta adquiriría una fuerza aun mayor.

Creo que tu error, Camilo, así como el de Robinson Rojas, ha sido tratar de encontrar la punta del hilo de la madeja por el lado equivocado: el oscuro incidente de la renuncia del general Baeza, cuando debiste haber empezado por un examen de los testimonios de los sobrevivientes de batalla de La Moneda, cuya veracidad rechazaste *a priori*, tal como lo hace Rojas. Todo lo que tanto él como tú deducen o conjeturan a continuación no es más que la consecuencia lógica de este error metodológico inicial.

Una última observación: al costado de la amplia fotografia de La Moneda ardiendo que aparece en la parte superior de la página 27 de *La Nación*, se incluye la siguiente frase que me imagino suscribes: «Lo que nadie supo hasta el año 2003 –al menos públicamente– es que en el momento de morir; Allende estaba en presencia de al menos ocho personas, la mayoría de ellos médicos».

Esto es manifiestamente incorrecto. Como lo muestro en detalle en mi libro (páginas 183 a la 187), en su parte dedicada al examen de la entrevista reciente al doctor Quiroga, tales declaraciones inducen la creencia de que se tratara de una gran revelación, lo que en realidad no son, pues mucho antes se sabía que

varios sobrevivientes de la batalla de La Moneda se encontraban muy cerca del Salón Independencia en el momento de la muerte del Presidente. Pero, además, aquellas declaraciones deben ser adecuada y correctamente entendidas. Porque si bien las personas indicadas por Quiroga (Enrique Huerta, Arturo Jirón, Arsenio Poupin, Hernán Ruiz Pulido, más Patricio Guijón y el propio José Quiroga; y algunos otros detectives que allí no se mencionan), se encontraban cerca del lugar donde Allende se quita la vida –el pasillo que lleva a la escalera de Morande 80– sólo los doctores Quiroga y Guijón vieron efectivamente cuando aquél se dispara. El resto de los «testigos» no sólo no presenciaron el alzamiento del cuerpo del Presidente por efecto del disparo, en medio del humo y la oscuridad, sino que tampoco ingresaron posteriormente al Salón Independencia. El único que tuvo la presencia de ánimo, y el valor, para hacerlo, fue el doctor Guijón, por lo que continúa siendo el testigo clave de la muerte del Presidente Allende.

Quiero manifestarte, finalmente, Camilo, que a pesar de no compartir tus opiniones sobre el modo como habría muerto el Presidente, tu artículo me ha parecido sumamente estimulante, y ha tenido la virtud de incorporar, a tan complejo caso, varios potencialmente útiles y valiosos elementos de juicio; y así, al poner al alcance de los estudiosos del tema nuevos materiales con los cuales trabajar, has enriquecido el debate y hecho avanzar la investigación. Por cierto, poder dar respuestas más definitivas a cada unas de las tantas interrogantes que aún quedan por dilucidar, demandará el esfuerzo de gente como tú y yo, todavía por muchos años más.

Addendum

Habría que consignar aquí que Taufic no es el primero ni el único en haber puesto en duda que el arma utilizada por el Presidente en La Moneda fuera aquella que le obsequiara el líder cubano. Por ejemplo, en la página 14 de su libro titulado: *Allende, un mundo posible* (Santiago, RIL Editores, 2003), el periodista Tito Drago escribe:

«Mientras continúa el golpe, el cuerpo del *compañero presidente* … yace recostado hacia atrás en un sillón, con el fusil del carabinero jefe de su escolta caído a sus pies. Los golpistas dirán después que el arma es una metralleta con una dedicatoria de Fidel Castro, en un intento por demostrar que castrismo y allendismo son la misma cosa». Observación que Drago vuelve a repetir, en la página 208 de su libro, en un contexto más amplio: «En el palacio presidencial, en tanto, varios de los colaboradores de Allende le proponen salir de ese edificio, indefendible desde un punto de vista militar y convertido en una verdadera

ratonera y dirigirse a alguna fábrica, a su residencia de Tomás Moro o a cualquier otro lugar donde pudiera permanecer escondido días u horas, con el propósito de organizar la resistencia.

Allende, cuando todo está preparado para la evacuación, rechaza el proyecto con la misma firmeza con que se niega a renunciar. Dice definitivamente que él no se moverá de La Moneda y recibe un casco y un fusil ametrallador (*sic*) del capitán José Muñoz, Jefe de Seguridad Presidencial de Carabineros de Chile y de la Guardia de Palacio durante todo su gobierno. El casco y el fusil son los que tenía asignados personalmente Muñoz, según su propio testimonio posterior, y no una metralleta regalada por Fidel Castro, como días después afirmarán los golpistas y el propio Castro. Son también los que porta en la fotografía tomada esa mañana por un trabajador de la OIR y que, sin firma, da la vuelta al mundo».

Un miembro del GAP instalando una ametralladora en uno de los balcones de La Moneda.

Anexo Nº 7

35 años después del Golpe, aparece en Chile

el primer estudio científico de la muerte
del Presidente Allende

Desde el día 9 de septiembre de 2008 ha circulado profusamente, tanto en los medios impresos como electrónicos chilenos, la noticia de que el doctor Luis Ravanal Zepeda, un respetable médico forense, *ha puesto en duda que el Presidente Allende se hubiera suicidado en La Moneda*, aquella tarde del 11 de septiembre de 1973. Esta afirmación fue dada a conocer por primera vez en las páginas de la revista *El Periodista*[219], de Santiago, en las que se publicó un extenso extracto de su «Informe Pericial Analítico del Informe de Autopsia Nº 2.449/73, del Instituto Medico Legal de Chile correspondiente a Salvador Allende Gossens».

Las reacciones no se hicieron esperar, y aparte de algunas expresiones de satisfacción de los eternos partidarios del *magnicidio*, se destaca, entre los que expresaron su opinión en contrario, la diputada Isabel Allende, hija del Presidente, quien calificó la afirmación del doctor Ravanal como simplemente: «*absurda, e incapaz de resistir el [menor] análisis*». Por su parte el doctor Patricio Guijón, que como sabemos fue el testigo clave de la muerte del Presidente, declaró, entre otras cosas, con gran desatino y notoria beligerancia: «*No sé que querrá conseguir este señor Ravanal,* no *sé si es chileno, no sé si es japonés, médico no creo que sea… Pero yo estuve el 11 de septiembre en ese lugar* [el Salón Independencia de La Moneda*], y este señor no sé siquiera si había nacido en esta fecha*».

En realidad, nada tienen de sorprendentes estas airadas demostraciones de rechazo de las conclusiones del examen metapericial hecho por el doctor Ravanal, por parte de los defensores de la «versión oficial» de la muerte del Presidente, para quienes el caso fue dado como definitivamente cerrado, ya en septiembre de 1990; a pesar de que nunca se hizo una verdadera investigación que permitiera establecer fundadamente las verdaderas causas inmediatas de aquel hecho. Lo que pareció ser ofrecido como pobre sucedáneo de aquella investigación, la así denominada «identificación» de los restos inhumados secretamente en el Cementerio Santa Inés de Viña del Mar, hecha por el doctor Jirón en la medianoche del 17 de agosto de aquel año, no sólo no estuvo a la altura de las mínimas exigencias científico-forenses, como lo señalamos en este libro hace ya dos años, sino que, además, reveló el temor de los defensores de la «verdad oficial», a que se sometan los restos de Allende a un verdadero examen pericial.

Pero hoy sabemos que desde diversos sectores de la sociedad chilena se viene

planteando desde el fin de la dictadura, la necesidad de someter los restos del Presidente a un nuevo examen forense, precisamente la petición con la que el doctor Ravanal pone término a su análisis del informe de la autopsia de Allende, hecha por médicos militares la noche del 11 de septiembre de 1973.

Por cierto, el estudio del doctor Ravanal ha venido a demostrar, una vez más, que el caso no está cerrado, que no puede estarlo hasta que no se sometan los restos del Presidente a un completo examen forense, que debe ser hecho por los más calificados tanatólogos y mediante el uso de la más moderna tecnología de que se dispone en este campo.

Pero ¿quién es el doctor Ravanal? El doctor Luis Orlando Ravanal Zepeda, es un hombre joven (43 años de edad), pero de un impresionante currículo y una amplia experiencia. Extraemos de sus antecedentes los datos que nos han parecido más significativos e importantes: Médico Cirujano, titulado en las Universidades de Los Andes (Venezuela), y la Universidad de Chile, de Santiago; investigador clínico y perito forense, con 14 años de experiencia en Medicina Legal y Forense; ha trabajado diez años como perito forense del Servicio Médico Legal, lo que en términos concretos significa que ha efectuado miles de autopsias y redactado otros tantos informes periciales; Master en Medicina Forense por la Universidad de Valencia (España). Ha sido profesor en las cátedras de Medicina Legal en las Universidad ARCIS, Universidad Mayor, Universidad de La República, y Universidad de Los Andes; ha asesorado al juez Juan Guzmán Tapia como perito de la Corte de Apelaciones de Santiago, y es miembro fundador de la Sociedad Científica de Medicina Legal y Criminalística de Chile.

En los párrafos siguientes nos dedicaremos a describir, explicar y comentar lo que constituye la razón y fundamento de aquellas sorprendentes declaraciones. Es decir, el estudio metapericial de los documentos relacionados con la autopsia de Allende, realizado recientemente por el doctor Ravanal, según nos informa él mismo, a petición de los abogados señores Roberto Celedón Fernández (un respetado abogado de DD.HH.) y Matías Coll del Río, quiénes habrían requerido sus servicios a título meramente personal, de acuerdo con lo declarado por el primero de estos en un reciente entrevista concedida a la radio Cooperativa, de Santiago.

En la introducción se nos informa que los abogados Celedón y Coll solicitaron al doctor Ravanal se encargara de hacer un análisis del informe de autopsia de Allende, en razón de que el doctor José Luis Vásquez F. (un ginecólogo del Hospital Militar, no un médico forense), quien estuvo a cargo de la autopsia de Allende y rubricó su informe, ha caído en descrédito por su participación en los casos de Carmelo Soria (1976) y del niño de 6 años Rodrigo Anfruns (1979),

ambos víctimas de los aparatos represivos de la dictadura.

En el primer caso, actuando como forense, Vásquez dictaminó que Soria habría muerto en un accidente de tránsito, lo que le habría provocado una severa contusión cervical, con seccionamiento de la médula espinal, cuando en realidad se estableció posteriormente que Soria fue asesinado por agentes de la DINA, quienes lo torturaron, intentaron envenenarlo con gas sarin, y finalmente le quebraron el cuello.

En el segundo caso el informe forense de Luis Vásquez concluyó que la muerte de Rodrigo Anfruns había sido provocada por sofocación, lo que era consistente con la falsa explicación de que el niño fue asesinado por Patricio Pincheira V., un adolescente de 16 años quien, en un ataque de locura, lo habría asfixiado aplastándole la cara contra la tierra, luego de intentar abusar sexualmente de él. Investigaciones posteriores demostraron que en realidad el niño fue torturado y asesinado por la CNI.

Es decir, en los dos importantes casos en los que el doctor Luis Vásquez participó como forense, investigaciones policiales y peritajes posteriores terminaron por contradecir las conclusiones de sus informes de autopsia, lo que pone en entredicho la objetividad y validez de sus peritajes forenses, no solo en estos dos egregios casos, sino evidentemente, también, en el caso de la muerte del Presidente Allende.

En cuanto a los propósitos que se quiere conseguir con esta revisión, el doctor Ravanal declara que: «los abogados requirentes del presente informe han advertido que éste no está destinado a fines de carácter judicial, sino que los requirentes [fueron] motivados por un interés histórico en cuanto a contribuir al esclarecimiento de un hecho tan relevante como [es] el determinar científicamente la causa de la muerte del Presidente Salvador Allende» (página 3).

Explica el doctor Ravanal: «El método de análisis… empleado en el presente informe consiste en evaluar los antecedentes documentales existentes sobre la autopsia, para determinar si los procedimientos autópsicos empleados se han ajustado al método científico, de acuerdo a la *Lex Artis* médico forense *Ad hoc* y si las conclusiones médico legales encuentran sustento en los hallazgos descritos y documentados de la autopsia y del sitio del suceso. Este método de análisis constituye propiamente una pericia sobre la pericia autópsica, lo que en la doctrina se define como análisis metapericial» (página 4).

Para poder realizar su trabajo el doctor Ravanal tuvo a la vista los siguientes antecedentes documentales:

1. Informe de la autopsia No. 2449/73, practicada a Salvador Allende la noche

del 11 de septiembre de 1973, firmada por los doctores José Luis Vázquez y Tomás Tobar Pinochet.

2. Informe de la Cuarta Subcomisaría de la Brigada de Homicidios de la Policía de Investigaciones. Servicio de guardia de los días 11 y 12 de septiembre de 1973, folio No.31, párrafo Nº 1, escrito a las 16:20 horas.

3. Fotos de los restos de Allende, tomada el 11 de septiembre de 1973, por un fotógrafo forenses de la Polícia Técnica de Investigaciones, en el Salón Independencia de La Moneda.

4. Croquis Nº 15254 dibujado por el planimetrista Alejandro Ossandón, de la Policía Técnica de Investigaciones.

5. Foto 1416/73 del cuerpo de Salvador Allende.

6. Acta del peritaje de la Policía Técnica de Investigaciones, según se reproduce en el libro *Las muertes de Salvador Allende. Una investigación critica de las principales versiones de sus últimos momentos*, Santiago, RIL Editores, 2006, pp. 126-130.

7. Declaraciones del doctor Patricio Guijón Klein al diario *El Mercurio*, 11 de septiembre de 1974.

8. Informe de la Brigada de Homicidios, de la Policía de Investigaciones, en el sitio de la muerte de Allende, de fecha 11 de septiembre de 1973.

El análisis, propiamente tal, del informe de la autopsia, se inicia con una enumeración de las omisiones técnicas e imprecisiones detectadas en él por el doctor Ravanal: 1. No se fotografió el cuerpo; 2. Se omitió [enteramente] la descripción del cuello, abdomen, genitales y extremidades. Al no dejarse registro fotográfico de estas zonas corporales, se hizo imposible verificar, o descartar, la existencia de lesiones en ellas; 3. Fue improcedente y antirreglamentario haber realizado la autopsia en un recinto hospitalario militar, y no en el Instituto Médico Legal. El doctor Ravanal observa que este hecho impidió a los peritos poder hacer su tarea con la debida autonomía e independencia; 4. Se constatan, asimismo, una serie de fallas en la realización del procedimiento autópsico, que van desde la falta de precisión en la descripción de las prendas de vestir del Presidente, las que no fueron descritas en detalle en lo referente a su color, composición, talla, textura, etc. La misma falta de precisión puede constatarse en lo referente a «las alteraciones debidas a depósitos de sustancias y/o restos

biológicos, que pudieran provenir del cuerpo o del uso de armas de fuego». Evidentemente estas omisiones descriptivas no pueden sino afectar los datos forenses. La misma imprecisión se observa en la descripción externa del cadáver, y de las manos, que se hace en el informe de autopsia, de gran importancia para la evaluación de disparos por armas de fuego. En el mismo sentido, más adelante, entre las páginas 26 y 27 de su Informe, el doctor Ravanal se refiere a la «deficiente recolección de muestras para el análisis de residuos de pólvora, fundamentalmente a nivel de manos y de otros sitios que pudieran corresponder a orificios de entrada de proyectiles, como por ejemplo, el desgarro descrito en el dorso nasal».

Haciendo una suerte de «deconstrucción» del documento bajo estudio, detallaremos en primer lugar sus cuatro conclusiones finales, que a continuación procederemos a explicar y contextualizar:

1. Las lesiones descritas en el informe de autopsia del Presidente Salvador Allende Gossens, no son compatibles con un disparo de tipo suicida.

2. Se constata la existencia de a lo menos dos impactos de bala ocasionados por armas de fuego diferentes, uno que provoca un orificio de salida redondeado en la zona posterior de la bóveda craneana y el otro que hace estallar el cráneo.

3. Dado que no se describen signos de vitalidad en la herida submentoniana, es posible concluir que se trata de una herida post-mortem.

4. Se confirma que el disparo en [la] religión submentoniana corresponde a los llamados de corta distancia, lo que demuestra que no ha sido un disparo efectuado a boca de jarro o con apoyo, y por lo tanto no corresponde a una lesión típica de tipo suicida.

Recomendación final:

Se recomienda altamente la realización de un segundo análisis forense de los restos por expertos a fin de establecer con precisión la causa y la naturaleza de la muerte.

Comentario

La que aquí aparece como la *conclusión Nº 1*, es en realidad, la conclusión final, y por tanto la más general, del análisis hecho por el doctor Ravanal. Se ha llegado a ella luego de remontar una verdadera cadena de observaciones y deducciones extraídas de la lectura más atenta y detallada del texto del informe de autopsia. Basado en las propias descripciones hechas allí de las heridas encontradas en la cabeza del Presidente, el forense descubre que, en realidad, lo que se describe en aquel texto no es uno, sino son dos orificios de bala, claramente diferenciables por sus características contrastantes.

Conclusión Nº 2. El primero correspondería a un orificio de salida de bala, de forma redondeada, ubicado en la parte posterior del cráneo; el segundo se ubicaría en la región submentoniana y sería de forma irregularmente estrellada. Estos orificios (que no solo fueron descritos en el Informe de Autopsia sino también en el Informe de la Policía Técnica de Investigaciones, redactado en forma enteramente separada), habrían sido provocados por armas de distintos calibres. El primero lo habría causado un arma de bajo o mediano calibre, probablemente una pistola, el segundo orificio lo habría provocado un arma de alto calibre, como el fusil AK del Presidente.

La *conclusión Nº 3* establece el orden temporal de las lesiones y por lo tanto de los disparos: la herida que provocó la explosión del cráneo, es decir, la que se produjo bajo el mentón, habría sido causada con posterioridad a la muerte del Presidente. La bala que lo habría muerto correspondería a una que fue disparada con un arma de bajo o medio calibre, (con salida) en la parte posterior del cráneo.

La *conclusión Nº 4* establece que el disparo que siempre se ha creído causó la muerte del Presidente, es decir, aquel cuyos efectos habría visto el doctor Guijón, no fue un disparo de contacto, es decir, uno efectuado con un arma apoyada directamente sobre la piel, de modo que no correspondería a un disparo de tipo suicida.

No entendemos por qué el doctor Ravanal no incluyó una *quinta conclusión* final, referente a una tercera herida en el segmento superior nasal y la zona ciliar interna derecha, que podría corresponder a una lesión causada por un proyectil distinto de los anteriores. Esta parece ser una herida de entrada de proyectil, que además coincide linealmente con el orificio de salida encontrado en la parte posterior del cráneo.

¿Por qué las lesiones descritas en el Informe de autopsia no serían compatibles con un disparo de tipo suicida, tal como lo señala el Informe de Autopsia? Porque de acuerdo con el análisis del doctor Ravanal en el cráneo del Presidente quedaron registrados dos impactos de bala provenientes de dos armas de fuego diferentes. El proyectil que hizo estallar el cráneo, es decir, el submentoniano, efectuado (presumiblemente) con el fusil AK, habría provenido de un segundo disparo. Mientras que el primer disparo habría penetrado por el entrecejo y salido por la parte posterior del cráneo. Pero lo que descarta que este disparo pudiera haber sido autoinflingido, es que de acuerdo con el doctor Ravanal, no correspondería a uno de tipo suicida, es decir, no habría sido hecho presionando el arma directamente sobre la piel, como ocurre, generalmente, en el caso de este tipo de disparos. ¿Como sabe esto el médico forense? Diferiremos el examen y respuesta a esta pregunta a los pasajes finales de este anexo.

Ahora, ¿cómo consigue establecer el doctor Ravanal el orden de los disparos? Es decir, cómo sabe él cuál de los disparos se produjo antes, y cuál después. Sin duda que basándose en un importante detalle registrado en el Informe de autopsia, que es explicado así:

«En la descripción de los pulmones podemos constatar un hallazgo que no es concordante con una muerte instantánea, la que ocurre cuando existe una destrucción cerebral masiva por estallido de cráneo, específicamente me refiero al hallazgo que describe en los pulmones '…pequeñas hemorragias por aspiración sanguínea'. tal hallazgo solo seria posible de observar en caso de sobreviva, aunque breve, pero suficiente para mantener la actividad de las funciones pulmonares respiratorias, que hubiesen permitido la aspiración de sangre al interior de los pulmones, hecho que no habría podido acontecer en el caso de una muerte fulminante por estallido de cráneo y encéfalo por disparo único. Por ello no se puede descartar la posibilidad de sobrevida a una lesión cerebral o en otra localización, distinta a la originada por un impacto de bala con estallido de cráneo, lo que refuerza la posibilidad de la ocurrencia de a lo menos dos impactos de bala, separados por un breve lapso de tiempo, suficiente para permitir la aspiración sanguínea pesquisada al interior del pulmón» (página 24).

En otras palabras, si hubo aspiración sanguínea es porque no hubo muerte instantánea (la que hubiera sido provocada por un proyectil único que habría hecho estallar el cráneo), sino que el Presidente recibió un primer disparo (de un arma corta, es decir, de mediano calibre), y luego de un breve tiempo, recibió un segundo disparo, el que sí provocó la explosión del cráneo.

Hagamos, ahora, una comparación, término a término, que por cierto tiene un carácter interpretativo, entre las conclusiones del Informe de autopsia y las del

Análisis del doctor Ravanal, siguiendo la forma del primero de estos documentos:

Conclusiones:

Infor. de Autop.: 1. Allende fue muerto por una bala que le entró por debajo de la barbilla,

Análisis de Ravanal: 1. Allende no fue muerto por la bala que entró bajo su barbilla, sino por una que, presumiblemente, penetró por la base de la nariz, saliendo por la parte posterior del cráneo.

Infor. de Autop.: 2. La trayectoria de la bala mortal fue de abajo hacia arriba, de adelante hacia atrás, casi sin desviación lateral.

Análisis de Ravanal: 2. La trayectoria de la bala mortal no fue de abajo hacia arriba, sino de adelante hacia atrás.

Infor. de Autop.: 3. La muerte fue causada por un disparo «de corta distancia», es decir, por uno sin apoyo directo del arma sobre la piel.

Análisis de Ravanal: 3. La muerte del Presidente no fue causada por un disparo de corta distancia, sino por una disparada a media distancia.

Info de Autop.: 4. Los residuos carbonosos encontrados en el orificio de entrada del proyectil permiten concluir que se trató de un disparo hecho con un arma directamente apoyada sobre la piel

Análisis de Ravanal: 4. Los residuos carbonosos no demuestran que se haya tratado de un disparo a corta distancia.

Info de Autop.: 5. Por lo tanto el disparo mortal ha podido ser autoinflingido, esto es, de tipo suicida.

Análisis de Ravanal: Las lesiones descritas en el Informe de Autopsia no son compatibles con uno (o dos), disparos de tipo suicida.

Es manifiesto que el papel del doctor Ravanal se limitaba, en este caso, al

examen del Informe de autopsia, y que no le correspondía a él formular hipótesis acerca de posibles escenarios alternativos de la muerte del Presidente. Es más, aunque se revelan allí importantes detalles forenses hasta ahora desconocidos, las conclusiones del análisis de Ravanal, ni aun en el caso de que fueran enteramente correctas, pueden considerarse por sí mismas *suficientes* para poder resolver el anigma de la muerte de Allende. Esto solo podrá, en principio, ser resuelto a partir de una suerte de síntesis de la totalidad de la información relevante, que provendría de cinco tipos de antecedentes diferentes:

1. Segunda autopsia de los restos.

2. Declaraciones de los testigos, presenciales o remotos.

3. Descripción pormenorizada del estado del lugar de los hechos (Matriz).

4. Documentos forenses: 1. Informe de autopsia; 2. Informe de la Policía Técnica de Investigaciones.

5. Escritos testimoniales o interpretativos: cartas, artículos o libros sobre la muerte de Allende

Haciendo uso de la imagen concebida por Cristián Silva, el talentoso diseñador de la portada de este libro, podría decirse que el puzzle de la muerte de Allende solo podrá llegar a ser completado una vez que cada una de sus piezas, forenses, testimoniales y documentales, calcen adecuadamente en el lugar que les corresponde. Pero no cabe duda que el doctor Ravanal ha aportado importantes, nuevas, y hasta ahora desconocidas piezas a este complejo puzzle.

Como autor de este libro es natural que me pregunte: ¿de qué manera las conclusiones del análisis del doctor Ravanal afectarían, en general, sus planteamientos centrales y en particular la hipótesis formulada en su epílogo, según la cual el Presidente se habría dado muerte utilizando un arma corta?

Nos parece que en esta investigación hemos sido certeros en cuanto a señalar que en la muerte de Allende hay todavía muchos misterios no resueltos, y que por tanto nadie ha dicho aún la última palabra al respecto; y podríamos agregar ahora, *ni siquiera el doctor Ravanal.*

Como lo escribiera yo en el 2006 al final del epílogo: «…me conformaría con que la lectura de este libro consiguiera despertar la curiosidad y el interés del más amplio número de personas, tanto dentro como fuera de Chile, en torno a la necesidad de reexaminar lo ocurrido en La Moneda la tarde de aquel 11 de

septiembre de 1973, pues sobre la muerte del presidente Allende aún no se dicho, ni escrito, la última palabra; ni tampoco acerca de muchos otros enigmas que rodearon el Golpe y que continúan sin haber sido resueltos».

Hace algunos días, escuchando una entrevista al abogado Roberto Celedón en Radio Cooperativa, de Santiago, fui gratamente sorprendido por una referencia suya a algunos datos contenidos en mi libro, lo que me hizo pensar que, probablemente, aquellas palabras mías no habían caído en oídos sordos, y que tal vez mi propia investigación pudo haber contribuido en más de algo a que no se dé por cerrado el caso, y a que aquel abogado, junto con Matías Coll, hayan tomado la iniciativa de solicitar los expertos servicios del doctor Ravanal.

Un buen número de pasajes del examen metapericial se refieren, como ya lo hemos indicado, a deficiencias y omisiones técnicas reflejadas en el Informe de autopsia, entre las que se destacan aquellas referentes a la descripción y toma de muestras de residuos carbonosos y nitrosos de las manos del Presidente, de gran importancia para poder determinar la naturaleza de los disparos que le causaron la muerte. Al respecto escribimos en el 2006:

«Existen dos observaciones contenidas en el informe policial que es necesario examinar y explicar a la luz de nuestra hipótesis. La primera de ellas se refiere a la existencia de restos carbonosos de cierta consideración que fueron encontrados en el arco índice-pulgar de la mano izquierda del Presidente, lo que los detectives atribuyeron al hecho de que aquel habría sostenido con esta mano el cañón de su rifle AK en el momento de dispararse. Ya nos habíamos preguntado antes en relación a esto, ¿cuán confiables pueden ser tales indicios, y su interpretación, en el caso de una persona que ha estado disparando con armas automáticas por un espacio de casi cinco horas? Lo más curioso, y que pareciera confirmar nuestras dudas al respecto, es que en la parte del *Informe de autopsia* titulada: Informe Nº 2.782, en el que se consigna el resultado del examen de pólvora de una muestra de piel de la palma de la mano izquierda de Allende, se lee: «Piel palma mano izquierda. CARBÓN en pequeña cantidad. NITRATOS, negativo». Es decir, la palma de la misma mano que en el informe de la policía civil aparece impregnada de residuos carbonosos, aquí apenas si revela la existencia de vestigios de este origen»(*Las muertes de Salvador Allende*, página 210).

Significativamente, el doctor Ravanal hace una consideración muy semejante en una de las páginas centrales de su Informe:

«Adicionalmente el Informe [de autopsia] describe la presencia de otro tipo de mancha:

‘En la parte externa de la palma de la mano izquierda hay una zona de

impregnación de substancia negruzca, que cubre un área de 2 por 4 cms.'.

No es posible establecer cuál es el origen y composición de esta sustancia 'negruzca' presente exclusivamente en la palma de la mano izquierda, no obstante que pudiera asociarse a residuos o restos de deflagración de pólvora o de humo. En tanto, la mano contralateral, es decir, la mano derecha, revela una condición atípica si lo correlacionamos, no solo con disparos de arma de fuego o manipulación de armas de fuego, sino que con las circunstancias y escenario en el cual se encontraba el presidente Salvador Allende, durante sus últimas horas de vida, las que transcurrieron en el Palacio de La Moneda, que ardía en llamas, un ambiente donde los residuos de pólvora, fuego y humo abundaban, lo que hacia altamente probable que existiesen en el cuerpo y en especial en ambas manos residuos de carbón y nitritos. Curiosamente, de acuerdo al informe de autopsia, no se encontraron rastros de estos elementos en la mano derecha ni tampoco en el dorso de la mano izquierda» (Ravanal, página 13).

Resulta satisfactorio para este autor constatar cómo nuestra observación sobre la poca confiabilidad de la recolección de muestras de restos de pólvora en las manos del Presidente, así como sus posibles efectos sobre la determinación del tipo de muerte sufrida por este, han sido hechas, también, por el doctor Ravanal.

En lo referente a nuestra hipótesis de un suicidio con arma corta, desgraciadamente las cosas no son tan claras ni tan simples. Basados en las observaciones del Informe de autopsia, según lo entendimos entonces, concluimos en el 2006 que «el Presidente se suicidó mediante un disparo bajo el mentón, [porque] así lo demuestran la posición y características de la herida de entrada del o de los proyectiles mortales, el halo carbonoso que lo rodeaba, etc., etc. Sin embargo, ninguna de las observaciones o evidencias contenidas en estos documentos demuestran, satisfactoriamente, que el arma suicida haya sido el fusil AK del Presidente. En realidad la indebida interferencia militar en el escenario del suicidio, y el desconocimiento de los calibres de las balas mortales, hacen completamente imposible esta demostración, dando pie así a la posibilidad de que en el suicidio se haya utilizado otra arma, presumiblemente un arma corta, que luego de ser disparada debió haber saltado lejos de la mano de Allende para terminar reposando sobre el piso alfombrado, a una cierta distancia del referido sillón» (*Las muertes de Salvador Allende*, página 212).

En cuanto a esto último, encontramos en el análisis del médico legista algunos pasajes en los que se alude indirectamente a aquella arma, y otros en que él se refiere directamente a ella. Entre los primeros, véase por ejemplo, el siguiente:

«Las lesiones existentes a nivel de la cara, descritas en el Informe de Autopsia de Salvador Allende, son compatibles con aquellas originadas por proyectiles, en donde el orificio de bala de salida de aspecto redondeado, es altamente probable

que haya sido originado por un proyectil de baja o media energía, y [que] por lo tanto no coinciden con el disparo y proyectil de alta energía que provocó la lesión submentoniana» (página 25).

Significativamente, el doctor Ravanal cita en apoyo de las consideraciones precedentes aquellos mismos párrafos del Acta del Peritaje de Investigaciones que yo había destacado y examinado antes en la páginas 136 y en otros lugares de mi libro:

«Sobre su abdomen y antebrazo derecho, se encuentra colocada un arma automática, con el cañón dirigido hacia la derecha (ver anexos). Al lado izquierdo del cadáver y sobre el sofá se encontraba un *cargador de arma automática sin munición* y un casco con las iniciales J.M.F., en una de las cintas interiores de suspensión».

Destacando además en dicho informe, el siguiente texto:

2.1.4 Proyectiles y vainillas.

El croquis Nº 15.255 y foto S, señalan la posición en que los peritos ubicaron *diversas vainillas y proyectiles*. Además la foto R, muestra un *cartucho para pistola*.

No se pueden proporcionar mayores antecedentes sobre estos elementos, por cuanto fueron entregados a personal militar a las órdenes del señor general Javier Palacios R., conjuntamente con el arma antes citada" (Cursivas del doctor Ravanal).

Sin embargo, y sorprendentemente, la conclusión final de esta parte del análisis del doctor Ravanal cierra de modo categórico toda posibilidad de que el arma suicida hubiera sido la pistola arriba mencionada, cuando escribe:

«Sumadas las descripciones autópsicas, con los antecedentes del sitio del suceso, se puede perfectamente establecer que el cuerpo ha sido impactado en distintas ocasiones por proyectiles de diferente calibre y velocidad, *no siendo ninguna de las heridas faciales existentes compatibles con lesiones de tipo suicida*» (página 26, destacado nuestro).

Esta conclusión, que indicamos al principio, no me parece adecuadamente fundada, por las razones que expondremos a continuación. Preguntándose por el origen del proyectil que originó el orificio de salida, es decir, el que encuentra ubicado en la parte posterior del cráneo, y luego de señalar que «una respuesta definitiva a esta interrogante podría surgir de un estudio directo de los restos», el doctor Ravanal señala que su procedencia pudiera encontrarse en «una herida contusa irregular en el dorso nasal y área palpebral derecha, descrito en el

Informe de autopsia como “un desgarro cutáneo que compromete el dorso de la nariz en su mitad superior y [en] la región cilio-palpebral interna derecha».

Y luego de constatar que esta herida ha sido descrita, también, en el Informe de la Policía Técnica de Investigaciones, procede a reproducir la totalidad de su texto, al término de lo cual concluye lo siguiente:

«La herida descrita en ambos informes (autopsia y sitio del suceso), a nivel nasal derecho, es concordante con un orificio de entrada de proyectil balístico, puesto que además en proyección lineal coincide con el orificio de salida descrito en la línea media interparietal posterior (sagital)…». (página 20).

A partir de estos antecedentes, cabe preguntarse, ¿dónde, en el Informe de autopsia, o en el de la Policía Técnica, se encontraría la información que permitiría establecer que la herida en el nacimiento de la nariz no es de carácter suicida? Los autopsistas militares le asignaron tal peso explicativo al disparo que provocó la explosión del cráneo, que incluso aquella herida nasal es descrita en su Informe como siendo, simplemente, un efecto externo del paso de aquél. Por lo que no incluyen ninguna información respecto de sus características específicas[220]. Esto me hace pensar que las conclusiones y descubrimientos del doctor Ravanal, hasta donde me es posible interpretarlos adecuadamente, parecieran no haber refutado mi hipótesis de un suicidio con arma corta, más allá de lo que pudiera parecer a primera vista.

Consideraciones finales

Nos ha llamado la atención que entre las omisiones detectadas por el doctor Ravanal en el Informe de autopsia, se haga solo una referencia casual al hecho de que en aquel documento (y también en el Informe de la Policía Técnica) se omitan completamente los calibres de las armas mencionadas, así como su identificación especifica, incluso en el caso del fusil AK[221] con el que, supuestamente, se habría dado muerte el Presidente. Esta nos parece una irregularidad mayor de aquellos documentos, de la que he dejado constancia en este libro en los términos siguientes:

«Ninguna de las armas allí mencionadas (ni el rifle AK de fabricación soviética del Presidente; ni la misteriosa pistola que se nombró en el apartado 2.1.4), aparecen identificadas de modo preciso, es decir, indicando su calibre, número de serie, procedencia y manufactura. Lo mismo ocurre con los cartuchos y vainillas, indicadas en el referido apartado, de las que ni siquiera se indica su número o cantidad exacta, así como el cargador de ‘arma automática’ que fue encontrado sobre el sofá, al costado izquierdo del cuerpo de Allende” (*Las*

muertes de Salvador Allende, página 141).

Tampoco pareciera concederle gran importancia el doctor Ravanal al hecho, que yo también destaco en mi libro, de que en Informe de la Policía Técnica quedó registrada la interferencia militar en el escenario de la muerte del Presidente, así como la indebida apropiación de evidencia balística en la que incurrieron soldados golpistas. El doctor Ravanal cita estos pasajes, como lo mostramos más arriba pero, aparentemente, no le concede a tales hechos la importancia y significación que evidentemente tienen; y que pudieran llegar a afectar la totalidad de las observaciones y conclusiones de ambos documentos.

Para terminar, es manifiesto que los custodios de la «versión oficial" han preferido denostar el trabajo del doctor Ravanal, en vez de reconocer públicamente que la muerte de Allende no ha sido, hasta ahora, adecuadamente investigada y estudiada, y que en 18 años no han tenido, ni demostrado, el menor interés en que se establezca científicamente la verdad de los hechos.

En vez de denigrarlo, deberíamos felicitar al doctor Ravanal por haber incorporado a la investigación en curso sobre la muerte del Presidente Allende una serie de nuevos e importantes elementos forenses que, esperamos, nos ayuden, en el mediano o largo plazo, a resolver, finalmente, los principales enigmas de este extraordinario caso.

Anexo Nº 8
Óscar Avilés Jofré: Un auténtico héroe popular[222]

Entre los nombres de las personas que «desaparecieron», luego de haber sido detenidas en el interior de La Moneda durante la tarde del 11 de septiembre de 1973, figura uno que, a pesar de no ser el de un dirigente político conocido, ni de un alto funcionario de Gobierno, se merece el recuerdo, el reconocimiento, y la gratitud eterna de nuestro pueblo. Se trata de Óscar Avilés Jofré, un obrero municipal, quien aquel terrible día decidió, por su propia voluntad y valor, ingresar al Palacio Presidencial para ayudar a defender con las armas el gobierno constitucional del presidente Salvador Allende.

Correría la misma suerte de muchos otros que salieron derrotados, pero vivos, de La Moneda. El protocolo de la Autopsia Nº 3.492, lo certifica como una persona de nombre desconocido, de sexo masculino, encontrado muerto con una herida de bala en el puente Lo Espinoza el 22 de octubre de 1973. Su cadáver provenía de la Primera Comisaría de Santiago. En el informe dirigido al fiscal de la Segunda Fiscalía del Ejército y Carabineros, se consignan escuetamente sus datos, y los signos inequívocos de su injusto final: «Cadáver de un adulto de sexo masculino, NN, que se presenta con sus ropas desordenadas, desgarradas, empapadas en agua y manchadas parcialmente con sangre». Exhumado en el Patio Nº 29 del Cementerio General de Santiago, fue oficialmente identificado recién en 1994, es decir, 21 años después de su detención y muerte[223].

Los cuatro hijos de Óscar Avilés no sólo debieron crecer sin la presencia, apoyo y cariño de su padre, sino que, como si esto no fuera castigo suficiente, tuvieron que ser repartidos entre diferentes familias, porque su madre viuda fue incapaz de alimentar tantas bocas. Sólo de adultos vendrían ellos a enterarse de las verdaderas circunstancias de la muerte de su extrañado padre. Dieciocho años después de su detención y muerte, aquella sufrida mujer lograría reconocer a su marido en la edición del 21 de junio de 1990 de la revista derechista *Qué Pasa*, en la que se presentaba un artículo testimonial sobre el día del Golpe, y en cuya gran fotografía de la portada se mostraba a un grupo de combatientes civiles en los momentos en que eran sacados de La Moneda bajo custodia militar. Entre ellos se ve a Óscar Avilés en calidad de «prisionero de guerra», caminando con las manos detrás de la nuca, mientras es encañonado por un soldado golpista.

El balance lo hace Patricio Quiroga en su libro sobre el GAP: «Con el presidente Allende en La Moneda permanecieron 55 personas, dispuestas a batirse hasta las últimas consecuencias: 16 detectives asignados a la guardia presidencial; 19 personas entre funcionarios asesores y amigos; y 20 miembros

del GAP». Otros siete GAP fueron comisionados por el propio Allende a apostarse en el edificio del Ministerio de Obras Públicas, y 10 más que no consiguieron ingresar al Palacio porque fueron detenidos por los golpistas[224], entre ellos Enrique Ropert Contreras, hijo de *La Payita*, quien también sería asesinado posteriormente. A esta lista de valientes, de hombres y mujeres de honor, habría que agregar, por cierto, el nombre de Óscar Avilés.

En un postrer y merecido homenaje a este casi desconocido héroe popular, hace algún tiempo los miembros sobrevivientes de la escolta personal del presidente Allende, en un bello gesto, sabiendo que técnicamente hablando Óscar Avilés no había sido uno de los suyos, decidieron nombrarlo, sin embargo, como «Miembro Honorario del GAP», en justo reconocimiento a su lealtad, valor y sacrificio[225].

Salvador Allende y Eduardo «Coco» Paredes en «El Cañaveral».

Cronología de los días
11 y 12 de septiembre de 1973

Algunos de los momentos más orgullosos de la historia del Hombre son aquellos en los que este lucha contra lo inevitable.

Isaac Deutscher

Esta cronología ha sido compuesta haciendo uso de la mejor información que hemos podido recoger. De algunos de los hechos de aquellos días se sabe con precisión el momento en que ocurrieron. Por ejemplo: la hora en que se inició el Golpe en Valparaíso y Santiago, las horas en que fueron transmitidos los diferentes discursos del Presidente, las proclamas y bandos de la Junta Militar, etc., pero en la mayoría de los casos las horas que se indican no son más que una estimación aproximada, hecha por los propios testigos, quienes no siempre coinciden. Por ejemplo, Carlos Jorquera indica las 11:52 como hora del inicio del bombardeo aéreo a La Moneda, el corresponsal de *Le Monde*, Pierre Kalfon, afirma que ello ocurrió a las 11:58; mientras que el general golpista Mario López Tobar, quien comandó el ataque, ha sostenido que este comenzó poco antes de las 11:30 de la mañana.

Es preciso que el lector comprenda que entre el inicio del ataque terrestre a La Moneda, a las 9:30, y el suicidio del Presidente, ocurrido cerca de las 2 de la tarde, transcurren 4 horas y media de intenso y desigual combate, al ser atacado el Palacio Presidencial por centenares de soldados, tanques, cañones, y bombardeado con *rockets* por la aviación. Un hecho digno de destacar, que puede resultar sorprendente, incluso para los que fueron testigos remotos de los acontecimientos de aquel día, es que Allende alcanzó a dirigirse por radio al país un total de cinco veces, y no tres, como se cree comúnmente.

5:00 Allende recibe en la residencia de Tomás Moro una llamada telefónica del general Jorge Urrutia, Subdirector de Carabineros, quien le informa que el Golpe está en marcha.

6:00 En Valparaíso la Armada se subleva en contra del gobierno legítimo.

6:04 El presidente Allende ordena a Carabineros cerrar la carretera que une Santiago y Valparaíso.

6:30 El Presidente trata infructuosamente de comunicarse con los jefes castrenses, quienes se ocultan o evaden ser contactados.

6:35 Se comunica con el ministro de Defensa Orlando Letelier, informándole del alzamiento. Le ordena concurrir al Ministerio de Defensa y tomar allí control de la situación.

7:00 El Presidente llama por teléfono al canciller Clodomiro Almeyda.

7:10 Allende continúa sus infructuosas llamadas telefónicas a los jefes militares insurrectos.

7:15 El Presidente abandona Tomás Moro y acompañado por su guardia personal se dirige a toda velocidad en auto al Palacio Presidencial.

7:20 La Radio Agricultura, de oposición al gobierno, interrumpe su programación habitual para informar sobre el alzamiento militar.

7:30 El Presidente ingresa, fusil al hombro, a La Moneda, «centro del poder del Estado y símbolo histórico del régimen institucional», a ocupar su puesto de mando y de combate. En ese momento el viejo edificio se encuentra rodeado por tanquetas de Carabineros, y protegida por unos 300 hombres de la guardia.

7:40 Sentado en su escritorio Allende llama a su esposa a Tomás Moro, y se comunica telefónicamente con Carlos Altamirano, Rolando Calderón y Luis Figueroa.

7:50 Aviones de la FACH bombardean antenas de las radioemisoras progobiernistas.

7:55 El Presidente se dirige por primera vez al país desde el Palacio de Gobierno por las ondas de CB 114, Radio Corporación: «Un sector de la Marina se habría sublevado…». «En estas circunstancias, llamo, sobre todo a los trabajadores, que ocupen sus puestos de trabajo, que concurran a sus fábricas, que mantengan calma y serenidad». «… En todo caso, yo estoy aquí en el Palacio de Gobierno, y me quedaré aquí defendiendo el Gobierno que represento por la voluntad del pueblo».

8:00 Comienzan a llegar al Palacio las primeras autoridades. Francotiradores del GAP comisionados por el Presidente, toman posiciones defensivas en el Ministerio de Obras Públicas y otros edificios que rodean La Moneda.

8:05 Allende se asoma brevemente a uno de los balcones del Palacio Presidencial calzando casco militar y con su fusil ametralladora al hombro.

8:10 Envía al coronel Valenzuela a investigar la situación en el Ministerio de Defensa.

8:15 El Presidente se dirige al país, por segunda vez, por Radio Corporación. «Deben permanecer alerta en sus lugares de trabajo a la espera de mis informaciones. Las fuerzas leales, respetando el juramento hecho a las autoridades, junto a los trabajadores organizados, aplastarán el Golpe fascista que amenaza a la patria».

8:20 Mientras el presidente Allende habla por radio se recibe la llamada de su edecán aéreo, el comandante Sánchez, quien pide comunicarse con él para transmitirle las instrucciones del general Van Schowen de que se rinda y que acepte el ofrecimiento de un avión que, supuestamente, lo sacará del país: «Dígale a su general que el Presidente de Chile no se escapa en un avión…».

8:30 Se transmite la primera proclama de la Junta Militar, bando Nº 1, por Radio Agricultura, que revela la traición de Pinochet y el apoyo casi total de las FF.AA. al Golpe. Unidades del ejército a cargo del general Palacios se ubican en los alrededores de La Moneda. El ministro Orlando Letelier es tomado prisionero en el Ministerio de Defensa.

8:35 Miria Contreras, la secretaria del Presidente, consigue ingresar a La Moneda, mientras su hijo, Enrique Ropert Contreras y una decena de otros miembros del GAP**,** son detenidos por Carabineros, y posteriormente asesinados.

8: 45 Allende se dirige al país por tercera vez, nuevamente a través de las ondas de CB 114, Radio Corporación: «Compañeros que me escuchan, la situación es crítica, hacemos frente a un golpe de Estado en el que participan la mayoría de las Fuerzas Armadas». «Compañeros, permanezcan atentos a las informaciones en sus sitios de trabajo, que el compañero Presidente no abandonará a su pueblo, ni su sitio de trabajo. Permaneceré aquí en La Moneda inclusive a costa de mi propia vida». Momentos después las fuerzas de Carabineros a cargo de la defensa del Palacio Presidencial se retiran silenciosamente, al tiempo que las tropas del general Palacios y los tanques Sherman toman posiciones de ataque.

8:50 Ingresa a La Moneda Beatriz Allende, luego de haber roto una barrera policial. La ciudad de Concepción, cae en poder de los insurrectos, «sin haber disparado un solo tiro».

9:00 Los tres edecanes tratan de convencer al Presidente de que entregue el mando. José Tohá, Isabel Allende y Frida Modak llegan al Palacio Presidencial, que se encuentra ya rodeada por varios tanques Sherman del Ejército. En el segundo bando insurgente los golpistas advierten que cualquier acto de sabotaje será penado con la muerte.

9:03 Cuarta alocución presidencial por Radio Corporación. «En estos instantes pasan los aviones. Es posible que nos acribillen. Pero que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo, que en este país hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen» … «Este es un momento duro y difícil; es posible que nos aplasten. Pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor. Pagaré con mi vida la defensa de los principios que son caros a esta patria. Caerá un baldón sobre aquellos que han vulnerado sus compromisos, faltando a su palabra».

9:15 Últimas palabras del Presidente transmitidas por Radio Magallanes. «Seguramente esta será la última oportunidad en que pueda dirigirme a ustedes…» … «Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza» … «Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor».

9:25 Allende habla con el almirante Carvajal, quien desde el Ministerio de Defensa lo conmina a rendirse, bajo amenaza del bombardeo de la Moneda, y de muerte de todos los que se encuentran allí, recibiendo en respuesta los insultos del Presidente.

9:30 Se inicia el ataque terrestre a La Moneda por parte de fuerzas de la Escuela de Infantería de San Bernardo.

9:45 Comienzan a retirarse las tanquetas de Carabineros que protegían La Moneda. Acompañado de Carlos Jorquera, el Presidente inspecciona las diferentes posiciones defensivas y organiza la resistencia de La Moneda.

10:00 El Presidente despide a sus edecanes militares. El general Ernesto Baeza, siguiendo instrucciones de los cabecillas del Golpe, le presiona para que se rinda y abandone el país en un avión junto con su familia. La respuesta: «Ustedes, como generales traidores que son, no conocen a los hombres de honor».

10:04 Por las ondas de Radio Magallanes se inicia la lectura de una declaración de la Comisión Política del Partido Comunista ante el Golpe, la que es interrumpida minutos más tarde al ser volada por los golpistas la antena de aquella emisora.

10:05 Allende rechaza un plan de escape, organizado por algunos de sus colaboradores, que consistía en abrirse paso hasta la calle Morandé en dirección al Ministerio de Obras Públicas y de allí, por estacionamientos subterráneos, escaleras y ascensores, llegar a la calle Bandera, donde lo esperarían varios vehículos.

10:10 Aviones Hawker Hunter de la Fuerza Aérea bombardean la residencia presidencial de Tomás Moro 200, en la que se encontraba la esposa del Presidente. La casa será posteriormente saqueada y robadas la mayoría de sus pertenencias.

10:35 Por cadena nacional de radios los golpistas dan lectura al Bando Nº 5: «A las 10:30

Salvador Allende ha sido conminado a rendirse, y ante su negativa, se ha dado comienzo a un ataque terrestre y aéreo contra La Moneda. Acción que ha tenido por objeto evitar el derramamiento de sangre» (¿?).

10:42 Los tanques Sherman del Ejército comienzan a disparar contra La Moneda.

10:45 Los ministros Almeyda, Briones, José Tohá, y Flores, se reúnen brevemente con el Presidente y le aconsejan entregarse y salvar su vida. Allende exige a todas las mujeres, entre las que se cuentan sus dos hijas Isabel y Beatriz, que abandonen el Palacio antes de que se inicie el bombardeo.

10:50 Por el teléfono Allende recibe indignado la noticia, de boca de Alfredo Joignant, quien le comunica que ha entregado el mando de la Dirección de Investigaciones a un funcionario subalterno.

10:55 Beatriz e Isabel Allende, Verónica Ahumada, Cecilia Tormo, Frida Modak y Nancy Jullian, abandonan La Moneda, mientras *La Payita* se oculta en su interior.

11:00 Las radios insurrectas dan lectura al bando Nº 7 en el que se anuncia el inicio del toque de queda a las 3 horas PM. Continúa el intercambio de disparos en La Moneda.

11:05 Al cruzarse las líneas telefónicas se escuchan las instrucciones del general Baeza a sus subalternos: «… de los de La Moneda no debe quedar rastro, en especial de Allende; hay que exterminarlos como baratas; … el objetivo debe ser destruido por tierra y aire».

11:30 Reunido en la industria Sumar el Comité Político de la Unidad Popular acuerda no ofrecer resistencia al Golpe. Más o menos a la misma hora, por Radio Corporación FM, el diputado socialista Erich Schnake hace un llamado público a los partidarios del gobierno a marchar al centro de Santiago en defensa del Gobierno Popular.

11:50 Augusto Olivares, Director de Prensa del Canal Nacional de Televisión y asesor del Presidente, se encierra en un pequeño cuarto del primer piso y se dispara un tiro en la sien derecha con una pistola-ametralladora UZI. Descubierto por Carlos Jorquera, aunque es auxiliado de inmediato por los doctores Jirón, Soto y Arroyo, fallece a los pocos instantes. Allende, muy afectado, pide un minuto de silencio en su homenaje.

11:55 Los aviones Hawker Hunter de la Fuerza Aérea lanzan sus primeros *rockets* sobre el Palacio Presidencial.

12:00 Eduardo Paredes, a sugerencia de Allende, salva de las llamas el Acta de la Declaración de la Independencia de Chile, firmada en Talca por Bernardo O'Higgins el 12 de febrero de 1818; al cumplirse el primer aniversario de la Batalla de Chacabuco. Sin embargo, este valioso documento será destruido más tarde por un soldado, quien se lo arrebatará a *La Payita*, en el momento en que ella sale de La Moneda.

12:15 Ya finalizado el bombardeo aéreo, las fuerzas golpistas reinician el ataque de la infantería y los tanques Sherman contra el edificio en llamas.

12:20 En el comedor del primer piso y protegidos por una mesa, Allende se reúne con varios de sus colaboradores. Allí se acuerda enviar unos parlamentarios al Ministerio de Defensa, con el objeto de que comuniquen a los sublevados que el Presidente aceptaría la instalación de un gobierno cívico-militar sin él, siempre que se respetaran las conquistas de los trabajadores.

12:45 Nuevo bando militar: «Se notifica que a partir de este instante se prohíbe toda circulación de personas en las calles…».

13:00 Continúa el combate en La Moneda incendiada. Fernando Flores, Osvaldo Puccio, e hijo, y Daniel Vergara, salen en dirección del Ministerio de Defensa, a parlamentar con los generales golpistas.

13:30 Fuerzas militares atacantes ingresan a la planta baja del Palacio Presidencial.

13:40 Allende comprende a estas alturas que la resistencia es inútil y que debe suspenderse si es que se ha de evitar una masacre. Convoca a una reunión en el segundo piso con el fin convencer a todo el mundo de que deponga las armas.

13:50 El Presidente organiza la ordenada rendición de sus colaboradores quienes en fila, con *La Payita* al frente, bajan al primer piso del Palacio Presidencial por la escalera que da directamente a la calle Morandé.

13:55 Sale el último grupo de defensores de la Moneda por la puerta de Morandé 80. Casi simultáneamente ingresan al Palacio las fuerzas militares atacantes de la Escuela de Infantería de San Bernardo.

14:00 Allende se suicida en el Salón Independencia. De acuerdo con el doctor Guijón y la versión oficial, con su fusil ametralladora AK, obsequio de Fidel Castro; de acuerdo con este autor, con una pistola de marca y calibre desconocidos, presumiblemente la misma que fuera requisada por los soldados que penetraron al recinto, al mando del general Javier Palacios.

14:25 Por medio de una cadena de emisoras los golpistas informan a la población que la situación se encuentra absolutamente controlada por las Fuerzas Armadas en todo el país. «Al renacer en esta primavera una nueva esperanza para la patria, expresamos nuestra petición a la ciudadanía que manifieste su adhesión a la chilenidad colocando el emblema patrio en el frontis de sus casas».

14:35 Se da lectura al Bando Nº 10, en el que se les ordena entregarse voluntariamente, hasta antes de las 16:30, a 66 personas, entre las que se cuentan los más connotados políticos de los diferentes partidos de la UP, y los más altos dirigentes del MIR.

16:00 A través del sistema de radio del Ejército, se escucha la voz del general Leigh: «Es necesario que las estaciones de radio repitan insistentemente que por cada miembro de las FF.AA. que sea víctima de un atentado se fusilarán de inmediato cinco prisioneros marxistas». Se inicia la evacuación de los «prisioneros» de La Moneda, quienes, a punta de culatazos son introducidos en dos buses de la Armada, que los conducirán al Regimiento Tacna. La mayoría de ellos serán asesinados posteriormente.

16:30 Ingresan a La Moneda funcionarios de la Brigada de Homicidios, con el fin realizar un peritaje forense del cuerpo del Presidente muerto; estos serán posteriormente relevados por personal de la Policía Técnica de Investigaciones.

16: 45 En el Salón Independencia, el general Palacios hace cubrir los restos del Presidente con un poncho de La Ligua.

17:10 El cadáver de Allende es sacado de La Moneda por cuatro soldados, en una camilla de lona, e introducido en una ambulancia del Hospital Militar.

17:30 El cuerpo sin vida del Presidente llega al Hospital Militar.

21:50 Se transmite por la televisión el bombardeo e incendio de La Moneda.

22:00 En el pabellón de Otorrinolaringología del Hospital Militar se da comienzo al examen *post mortem* de los restos de Allende, ordenado por Pinochet.

24 hrs. Continúa la autopsia, que no concluirá hasta las 8 horas del día siguiente, y cuyo documento de informe y resultados completos no serán nunca revelados públicamente por los golpistas.

12 de septiembre

7:00 El comandante Sánchez, es convocado al Ministerio de Defensa, donde se le ordena que acompañe a Hortensia Bussi en el entierro secreto de los restos del Presidente.

10:00 Los restos mortales de Allende son embarcados en un avión DC 3 de la Fuerza Aérea, en el que viajaba también el comandante Sánchez y Hortensia Bussi, con rumbo a la Base Aérea de Quintero.

12:05 El avión aterriza en la Base Aérea de Quintero.

12:25 Los vehículos que transportaban el ataúd, y el pequeño cortejo, ingresan al Cementerio Santa Inés, de Viña del Mar, que se encontraba rodeado de militares armados.

12:30 Entierro secreto del Presidente en el mausoleo de la familia Grove. Sólo se encuentran presentes *Tencha* Bussi, Laura Allende, Eduardo, Patricio y Jaime Grove; además del comandante Sánchez y una considerable cantidad de soldados armados y en actitud vigilante.

13:00 La Junta informa escuetamente al país, por cadena de radios, que el presidente Allende se ha suicidado, y que sus restos serían enterrados en una supuesta «ceremonia privada».

Bibliografía

No existe una figura política, intelectual o artística chilena del siglo XX que haya despertado tanto interés internacional como el presidente Allende. Ello se manifiesta, entre otras expresiones, en la enorme cantidad de artículos y libros escritos, en diferentes lenguas, y desde una variedad de perspectivas y posiciones políticas, dedicados, total o parcialmente, al estudio de su vida, su pensamiento político, su gobierno y su época. De allí que sea prácticamente imposible poder estructurar una bibliografía completa de ellos. La siguiente registra los libros más conocidos e importantes, en español, inglés y francés (e incluye los citados en este trabajo).

Incluimos, además, en esta bibliografía, varios libros sobre la intervención norteamericana en Chile durante el período. Al final de ella se contiene, también, un listado de los artículos, incluyendo varios propios, que fueron utilizados o escritos durante la investigación y redacción de este estudio.

Acquaviva, A.; Fournial, G.; Gilhodès, P.; Marcelin, J. (1971). *Chili de l'Unite Populaire*, Paris, Editiones Sociales.

Agnic, Ozren. (2008). *Allende. El hombre y el político. Memorias de un Secretario Privado*, Santiago, RIL Editores.

Aguilar, Alonso *et al.* (1976). *El gobierno de Allende y la lucha por el socialismo en Chile*, México D.F., UNAM / Instituto de Investigaciones Sociales.

Aguilera, Pilar; Fredes, Ricardo (editores) (2003). *Chile: el otro 11 de septiembre***,** Melbourne, Ocean Press. En inglés: *The Other September 11*, Melbourne / New York, Ocean Press, 2003.

Ahumada, Eugenia; Atria, Rodrigo; Góngora, Augusto; Quesney, Carmen; Gustavo, Saball; Villalobos, Gustavo (1989). *Chile: la memoria prohibida*, Santiago, Pehuén Editores, 3 vol.

Alain, José (1974)**.** *Le Chili sous Allende*, Paris, Gallimard-Juilland.

Alcalde, Alfonso (1974). *Salvador Allende*, Buenos Aires, Ediciones Crisis.

Aldana Mujica, Sol (2005). *Cordones industriales. Cronología comentada*, Santiago, Ediciones Clase contra Clase.

Alegría, Fernando (1989). *Allende, mi vecino el Presidente*, Santiago, Planeta.
En inglés: *Allende. A Novel*. Frank Janney (translator), Standford, Standford University Press, 1993.

Alexander, Robert J. (1978). *The Tragedy of Chile*, Westport, Greewood.

Allende, Salvador (1999). *La realidad médico-social chilena*, Santiago, Editorial Cuarto Propio. Primera edición, 1939.

———————. (1971). *La vía chilena hacia el socialismo*, Madrid, Editorial Fundamentos.
En inglés: *Chile's road to Socialism*, Hamondsworth, Penguin Books, 1973.

———————. (1973). *Su pensamiento político*, Buenos Aires, Gránica Editor. Primera edición, Santiago, Editorial Quimantú.

Allende, Salvador (1973). *La revolución chilena. América Latina libre y unida*, Buenos Aires, Eudeba.

———————. (1975). *Discursos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

———————. (1971). *Nuestro camino al socialismo. La vía chilena*, Joan Garcés (selección), Buenos Aires, Ediciones Papiro.

———————. (1988). *Obras escogidas (1933-1948)*, Patricio Quiroga (editor), Santiago, Instituto de Estudios Contemporáneos / Ediciones LAR.

———————. (1988). *Tarea de la Juventud. Estudio, trabajo, compromiso*, Alejandro Witker (compilador), Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, Archivo Salvador Allende Nº 2.

———————. (1989). *Obras escogidas (1970-1973)*, Patricio Quiroga (editor), Barcelona, Grijalbo.

———————. (1990-1993). *Archivo Salvador Allende*, Alejandro Witker (editor), Chapingo, Universidad Nacional Autónoma de Chapingo, 20 vol.

———————. (1990). *América Latina, pueblo continente*. *Subdesarrollo, soberanía, progreso social*, México D.F., Universidad Nacional Autónoma de México, Archivo Salvador Allende Nº 1.

———————. (1990). *Tareas de la juventud*. *Estudio, trabajo, compromiso*, México D.F., Universidad Pedagógica Nacional, Archivo Salvador Allende Nº 2.

———————. (1990). *Rumbo de liberación*. *Riquezas básicas, capital humano, democracia*, México D.F., Universidad Autónoma Metropolitana, Archivo Salvador Allende Nº 5.

———————. (1990). *El Partido Socialista de Chile*. *Socialismo, nación*, México D.F., Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, Archivo Salvador Allende Nº 6.

———————. (1990). *Los trabajadores y el gobierno popular*. *Producción, eficiencia, justicia social*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Archivo Salvador Allende Nº 8.

———————. (1990). *Frente al mundo*. *Autodeterminación, desarrollo, paz*, México, D.F., Centro de Estudios Latinoamericanos Salvador Allende, UNAM, Archivo Salvador Allende Nº 11.

———————. (1992). *Obras escogidas (Período 1939-1973)*, Gonzalo Martner (compilador), Santiago, Ediciones del Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar / Fundación Presidente Allende (España), Santiago, Editorial Antártica.

———————. (1993). *De cara a la verdad*. *Diálogo con la prensa*, Concepción, ILESCO-IELCO, Archivo Salvador Allende Nº 12.

———————. (2005). *Higiene mental y delincuencia*. Tesis para optar al título de médico, 1933, Santiago, Ediciones ChileAmérica-CESOC.

———————. (2008). *Cinco discursos fundamentales*, Santiago, Editorial Aún Creemos en los Sueños, edicion chilena de *Le Monde Diplomatique*.

Almeyda, Clodomiro *et al.* (1977). *Chile: 1970-1973. Lecciones de una experiencia*, Madrid, Tecnos.

———————. (1979). *Liberación y fascismo*, México, D.F., Editorial Nuestro Tiempo.

———————. (1986). *Pensando a Chile*, Santiago, Terranova Editores.

———————. (1987). *Reencuentro con mi vida*, Santiago, Ediciones del Ornitorrinco.

Altamirano, Carlos (1973). *Decisión revolucionaria*, Santiago, Editorial Quimantú.

———————. (1977) *Dialéctica de una derrota*, México D.F., Siglo XXI Editores.

Ampuero, Raúl (2002). *El socialismo chileno*, Santiago, Ediciones Tierra Mía.

Angell, Alan (1974). *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*, México D.F., Ediciones Era.

———————. (1993). *Chile: de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía*, Santiago, Editorial Andrés Bello.

Antología. Chile en todas partes. Los escritores chilenos exiliados rinden homenaje a Allende (1983). México, D.F., Casa de Chile.

Arrate, Jorge (1985). *La fuerza democrática de la idea socialista*, Barcelona, Ediciones Documentas / Santiago, Las Ediciones del Ornitorrinco.

Arrate, Jorge, *Salvador Allende ¿Sueño o proyecto?*, Santiago, LOM Ediciones, 2009.

Arrate, Jorge; Hidalgo, Paulo (1989). *Pasión y razón de socialismo chileno*, Santiago, Las Ediciones del Ornitorrinco.

Arrate, Jorge; Rojas, Eduardo (2003). *Memoria de la izquierda chilena*, vol. 1 (*1850-1970);* vol. 2 *(1970-2000)*, Santiago, Javier Vergara Editor.

Arriagada H., Genaro (1974). *De la vía chilena a la vía insurreccional*, Santiago, Editorial del Pacífico / Instituto de Estudios Políticos.

Arroyo, Gonzalo (1974). *Golpe de Estado en Chile*, Salamanca, Ediciones Sígueme.
En francés: *Le Coup d' Etat au Chili*, Paris, Le Cerf, 1974.

Álvarez, Luis; Castillo, Francisco; Santibáñez, Abraham (1973). *Septiembre, martes 11. Auge y caída de Allende*, Santiago, Ediciones Triunfo.

Álvarez García, Marcos (2005). *Salvador Allende, nuestro hermano*, Santiago, Ediciones de la Gran Logia de Chile.

Amorós, Mario (2004). *Después de la lluvia. Chile, la memoria herida*, Santiago, Editorial Cuarto Propio.

———- (2008). *Compañero Presidente. Salvador Allende, una vida por la democracia y el socialismo*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia.

Ávila, Richard (2002). *Adelante con Allende, Reading behind the headlines*, New Bern, North Carolina: Trafford Publishing,

Azócar, Fidel (editor) (1972). *La economía chilena en 1971*, Santiago, Instituto de Economía, Universidad de Chile.

Baltra Cortés, Alberto (1974). *Gestión económica del gobierno de la Unidad Popular*, Santiago, Editorial Orbe.

Ballard, Edward G. (1973). «Sense of the tragic», *Dictionary of The History of Ideas*, Philip P. Wiener (editor), vol. IV, New York, Charles Scribner's Sons, pp. 411-414.

Baño, Rodrigo (editor) (2003). *La Unidad Popular, 30 años después*, Santiago, Universidad de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Sociología.

Barahona, Wilfredo (1975). *Reforma y revolución en Chile*, México D.F., Cuadernos Socialistas.

Barra, Alfredo (2005). *Las dos caras del Golpe. 11 testimonios del 11*, Santiago, Editorial Puerto de Palos.

Barrera, Manuel (1973). *Chile 1970-1973. La conflictiva experiencia de los cambios estructurales*, Caracas, ILDIS.

Bascuñán Edwards, Carlos (1990). *La izquierda sin Allende*, Santiago, Editorial Planeta.

Basso, Lelio *et al.* (1972). *Transición al socialismo y experiencia chilena*, Santiago, CEREN / Universidad Católica de Chile / CESO / Universidad de Chile / Editorial Prensa Latinoamericana.

Bitar, Sergio (1979). *Transición, socialismo y democracia. La experiencia chilena*, México D.F., Siglo XXI Editores.

———————. *Chile 1970-1973. Asumir la historia para construir el futuro*, Santiago, Pehuén Editores, s/f.

Bitar, Sergio; Pizarro, Crisóstomo (1986). *La caída de Allende y la huelga de El Teniente. Lecciones de la historia*, Santiago, Las Ediciones del Ornitorrinco.

Birns, Laurence (editor) (1974). *The End of Chilean Democracy: An IDOC Dossier on the Coup and its Aftermath*, New York, The Seabury Press.

Blanca, Antoine (2003). *Salvador Allende: L'autre 11 septembre*, Paris, Bruno Leprince.

Bloch, M. (1952). *Introducción a la historia*, México, D.F., Fondo de Cultura Económica, p. 42.

Boizard, Ricardo (1973). *El último día de Allende*, Santiago, Ediciones Triunfo.

Boorstein, Edward (1977). *Allende's Chile. An Inside View*, New York, International Publishers.
En español: *El Chile de Allende visto por dentro*, Lisboa, Camhino, 1978.

Bossle, Lothar (1979). *Allende y el socialismo europeo*, Ricardo Krebs (traducción), Santiago, Editorial Andrés Bello.
Publicado originalmente en alemán por Seewald Verlag, Stuttgart, 1975.

Breve historia de la Unidad Popular (1974). Documento de *El Mercurio*, Editado por El Mercurio, Santiago.

Briones, Álvaro (1975). *Antecedentes históricos de la Unidad Popular*, Caracas, Fondo Editorial Salvador de la Plaza.

Bruna, Susana (1976). *Chile: la legalidad vencida*, México D.F., Ediciones Era, Serie Popular Era.

Budiman, Arief (1980). *The Movilization and State Strategy in the Democratic Transition to Socialism: The Case of Allende's Chile*, Ph.D. Thesis, in Sociology, Harvard University.

Buhrer-Solal, Jean Claude (1974). *Allende: un itinéraire sans détour*, Paris, Editiones L'Age de l'Homme.

Buy, Francoise (1975). *Le Chili d'Allende: échec d'une revolution*, Paris, Editiones Municipales.

Cáceres, Leonardo (1986). *Allende, la consecuencia de un líder*, Concepción, Ediciones LAR.

Cancino T., Hugo (1988). *Chile: la problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo, 1970-1973*, Denmark, Arhus.

Canihuante, Gustavo (1972). *La revolución chilena*, México D.F., Editorial Diógenes.

Cannabrava, Paulo *et al.* (1974). *Chile: anatomía de un Golpe*, Lima, Editorial Horizonte.

Capponi, Ricardo (1999). *Chile, un duelo pendiente*, Santiago, Editorial Andrés Bello.

Casanueva, Fernando; Fernández, Manuel (1973). *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile*, Santiago, Editorial Quimantú.

Castells, Manuel (1974). *La lucha de clases en Chile*, México D.F., Editorial Siglo XXI.

Castex, Patrick (1978). *«Voie chilienne» au socialisme et luttes paysanes*, Paris, Francois Maspero.

Castillo, F.; Echeverría, R.; Larraín, J. *et al.* (1975). *Liberalismo y socialismo. Problemas de la transición: el caso chileno*, Madrid, Tucar.

Castro, Fidel (1972a). *Cuba-Chile. Encuentro simbólico entre dos procesos históricos*, La Habana, Ediciones Políticas.

————. (1972b). *Fidel in Chile. A Simbolic Meeting Between Two Historical Processes. Selected Speeches*, New York, International Publishers.

————. (1973a). *Homenaje a Salvador Allende*, La Habana, Instituto Cubano del Libro.

————. (1973b). *El más alto ejemplo de heroísmo*, Habana, Ediciones Políticas / Editorial de Ciencias Sociales.

————. (2003). *Allende: el diálogo de América*, Buenos Aires, Editorial Nueva América.

Cavallo, Ascanio; Serrano, Margarita (2006), *Golpe, 11 de septiembre 1973*, Santiago, Aguilar.

Cayuela, José (1974). *Chile, la masacre de un pueblo*, Caracas, Síntesis Dosmil.

Cerda, Carlos (1971). *El leninismo y la victoria popular*, Santiago, Editorial Quimantú.

————. (1974). *Genocide au Chili*, Paris, Maspero.

Cockcroft, James D. (editor) (2000). *Salvador Allende Reader. Chile's Voice of Democracy*, Melbourne / New York, Ocean Press.

Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (1991). *Informe Rettig*, Santiago, La Nación / Ediciones del Ornitorrinco, 2 vol.

Cortés Terzi, Antonio (1987). *Problemas estratégicos en la lucha del pueblo chileno*, México D.F.

———————. (1987). *Salvador Allende y el allendismo posible*, Argentina, GEAL (Grupo de Estudios de América Latina, Chile).

Correa, Sofía; Figueroa, Consuelo; Jocelyn-Holt, Alfredo; Roble, Claudio; Vicuña, Manuel (2001). *Historia del siglo XX chileno*, Santiago, Editorial Sudamericana.

Corvalán Lepez, Luis (1971). *Camino de victoria*, Santiago, Imprenta Horizonte.

———————. (1972). *Chili. Les communistes dans la marche au socialisme*, Paris, Editions Sociales.

———————. (1973). *La revolución chilena: sus grandes méritos y las causas de su derrota*, Santiago, Editorial Colo Colo.

———————. (1977). *Algo de mi vida*, México, D.F., Editorial Posada.

———————. (1978). *Cómo se dio en Chile la vía no armada*, Praga, Editorial Internacional Paz y Socialismo.

———————. (1997). *De lo vivido y lo peleado*, Santiago, LOM Ediciones.

———————. (2003). *El gobierno de Salvador Allende*, Santiago, LOM Ediciones.

Corvalán Marquéz, Luis (2000). *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre*, Santiago, Ediciones ChileAmérica-CESOC.

———————. (2001). *Del anticapitalismo al neoliberalismo en Chile*, Santiago, Editorial Sudamericana.

Cristi, Renato (2000). *El pensamiento político de Jaime Guzmán. Autoridad y libertad*, Santiago, LOM Ediciones, p. 124.

Cusack, David (1977). *Revolution and Reaction: The National and International Dynamics of Conflict and Confrontation in Chile*, Boulder, Colorado: University of Denver.

———————. (1986). *Chile: más allá de la memoria*, México D.F., Universidad Nacional Autónoma de México.

Chase Greene, William (1963). *Moira. Fate, Good and Evil in Greek Thought*, New York, Harper & Row, pp. 91-92.

Chavkin, Samuel (1982). *The Murder of Chile, Eyewitness Accounts of the Coup, the Terrors and the Resistance Today*, New York, Everest Publishing House.

Chonchol, Jacques. *Chile: de L'échec a l'espoir*, Paris, Edit. CERF.

Davis, Nathaniel (1985). *The last two years of Salvador Allende*, Ithaca, Cornell University Press.
En español: *Los dos últimos años de Salvador Allende*, Barcelona, Plaza y Janés, 1986.

Debray, Régis (1971). *Conversación con Allende*, México D.F., Siglo XXI.
En inglés: *The Chilean Revolution. Conversations with Allende*, New York: Pantheon Books, 1971.
En francés: *Entretiens avec Allende sur la situation au Chili*, Paris, Maspero, 1971.

———————. (1977). *A Critique of Arms*, volume 1, Harmondsworth, Penguin Books.

———————. (1983). *Critique of Political Reason*, London, Verso.

de la Cruz Hermosilla, Emilio (1983). *El día que ardió La Moneda*, Madrid, Dyrsa.

del Pozo, José (1992). *Rebeldes, reformistas y revolucionarios. Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular*, Santiago, Ediciones Documentas.

de Vylder, Stephan (1976). *Allende's Chile: The Political Economy of the Rise and Fall of the Unidad Popular*, Cambridge, Cambridge University Press.

Documentos Secretos de la ITT (1972). Santiago, Editorial Quimantú.
En inglés: *The ITT Memos. Subversion in Chile: a case study of U.S. corporate intrigue in the Third*

World, Nottingham, Spokeman Books, 1972.

Drago, Tito (2003). *Allende: un mundo posible*, Santiago, RIL Editores.

Drake, Paul W. (1992). *Socialismo y populismo. Chile: 1936-1973*, Santiago, Universidad Católica de Valparaíso.

Dooner, Patricio (1988). *Crónica de una democracia cansada: el Partido Demócrata Cristiano durante el gobierno de Allende*, Santiago, Instituto de Estudios Humanísticos.

Dubet, Francois *et al*. (1989). *Pobladores. Luttes sociales et democratie au Chili*, Paris, L'Harmattan.

Dupoy, Georges (1983). *La chute d' Allende*, Paris, Robert Laffont (Editeur).

Durán Vidal, Mario (1978). *El proceso político de la UP*, Bielefeld, República Federal Alemana.

Echeverría, Mónica; Castillo, Carmen (2002). *Santiago-París. El vuelo de la memoria*, Santiago, LOM Ediciones.

Espinoza, Juan G.; Zimbalist, Andrew S. (editors) (1978). *Economic Democracy: Workers Participation in Chilean Industry, 1970-1973*, New York, Academic Press.

Etcheverri, Catriel (2007). *Salvador allende. La revolución desarmada*, Buenos Aires, Editorial Capital Intelectual.

Evans, Les (editor) (1974). *Disaster in Chile. Allende's strategy and why it failed*. New York, Pathfinder Press.

Falcoff, Mark (1989). *Modern Chile, 1970-1989. A Critical History*, Rutgers, The State University of New Jersey.

Faletto, Enzo; Ruiz, Eduardo; Zemelman, Hugo (1972). *Génesis histórica del proceso político chileno*, Santiago, Editorial Quimantú.

Farías, Víctor (2000). *La izquierda chilena (1969-1973): documentos para el estudio de su línea estratégica*, Santiago, Centro de Estudios Públicos, 6 tomos.

————————. (2005). *Salvador Allende, antisemitismo y eutanasia*, Santiago, Editorial Maye.

Farrell, Joseph P. (1988). *The National Unified School in Allende's Chile*, Vancouver, University of British Columbia Press.

Faúndez, Julio (1988). *Marxism and Democracy in Chile. From 1932 to the Fall of Allende*, New Haven, Yale University Press.

En español: *Izquierdas y democracia en Chile, 1932-1973*, Santiago, Ediciones BAT, 1992.

Feinberg, Richard (1972). *The Triumph of Allende. Chile's Legal Revolution*, New York, The New American Library.

Fermandois, Joaquín (1985). *Chile y el mundo, 1970-1973. La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional*, Santiago, Ediciones de la Universidad Católica de Chile.

Filippi, Emilio; Millas, Hernán (1973). *Anatomía de un fracaso. La experiencia socialista chilena*, Santiago, Editorial Zig-Zag.

Fisher, Cathleen (1979). *Political Ideology and Educational Reform in Chile, 1964-1976*, Los Angeles, University of California at Los Angeles.

Foxley, Alejandro *et al*. (1971). *Chile: búsqueda de un nuevo socialismo*, Santiago, Ediciones Nueva Universidad.

Flores, Víctor *et al.* (1975). *El golpe de Estado en Chile*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Flores Navarrete, Carlos (2008). *Las llamas son del infierno. Día, pasión y muerte de nuestro señor Presidente*, Buenos Aires, Editorial Puerto de Palos.

Francis, Michael J. (1973). *The Allende Victory: An analysis of the 1970 Chilean presidential election*, Arizona, University of Arizona Press.

Fontaine Aldunate, Arturo (1999). *Todos querían la revolución: Chile 1964-1973*, Santiago, Editorial Zig-Zag.

Fromm, Erich (1973). *The Anatomy of Human Destructiveness*, New York, Holt, Rinehart and Winston, pp. 288-291.

Fundación Salvador Allende (1990). *POR LA PAZ DE CHILE: Funeral oficial del ex Presidente de la República de Chile, Salvador Allende Gossens*, Santiago.

Furci, Carmelo (1984). *The Chilean Communist Party and the Road to Socialism*, London, Zed Books.

Gaitán, Gloria (1973). *El compañero Presidente*, Bogotá, Editorial Colombia Nueva.

Galina, Lada (1976). *El sueño no fue ametrallado*, Sofía, Sofia Press.

Gallardo, Helio (1979). *Mitos e ideologías en el proceso político chileno*, Costa Rica, Editorial de la Universidad Nacional.

Garcés, Joan E. (1971). *La pugna política por la presidencia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria.

————————. (1972). *El camino político hacia el socialismo*, Barcelona, Ediciones Ariel.

————————. (1972). *Revolución, congreso y constitución: el caso Tohá*, Santiago, Editorial Quimantú.

————————. (1974a). *El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende*, México D.F., Siglo XXI.

————————. (1974b) *Le problème chilean. Democratie et contre-revolution*, Paris, Marabout Monde Moderne.

————————. (1991). *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*, Santiago, Ediciones BAT. Primera edición, 1976.

————————. (1995). *Soberanos e intervenidos. Chile, la Guerra Fría y después*. Santiago, BAT Ediciones. Primera edición, 1976.

Garcés, Mario; Leiva, Sebastián (2005), *El Golpe en La Legua. Los caminos de la historia y la memoria*, Santiago, Lom Ediciones.

García, León Roberto (1973). *Chile: una traición al futuro*, México D.F., Editorial Época.

García, Pío; Marini, Ruy Mauro *et al*. (1974). *¿Por qué cayó Allende?*, Buenos Aires, Periferia.

García, Pío (1974). *Las fuerzas armadas y el golpe de Estado en Chile*, México D.F., Editorial Siglo XXI.

García Jiménez, María Encarnación (1991). *Supuestos políticos, económicos y sociales del triunfo y posterior fracaso de la «vía chilena» al socialismo*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.

García Lupo, Rogelio (1974). *Chile: una tragedia americana*, Buenos Aires, Ediciones de Crisis.

Garretón, Manuel Antonio (1975). *Economía política de la Unidad Popular*, Barcelona, Editorial Fontanella.

————————————. (1983). *El proceso político chileno*, Santiago, FLACSO.

————————————. (1995). *Hacia una nueva era política. Estudio sobre las democratizaciones*, Santiago, Fondo de Cultura Económica.

Garretón, Manuel Antonio *et al*. (1985). *Chile: cronología del período 1970-1973*, Santiago, FLACSO.

Garretón, Manuel Antonio; Hola, Eugenia (1978). *Bibliografía del proceso chileno*, Santiago, FLACSO.

Garretón, Manuel Antonio; Moulian, Tomás (1977). *Análisis coyuntural y proceso político. Las fases del conflicto en Chile. 1970-1973*, Santiago, FLACSO.

Garretón, Manuel Antonio; Moulian, Tomás (1993). *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*, Santiago, CESOC / LOM.

Garza, Hedda (1989). *Salvador Allende*, New York / Philadelphia, Chelsea House Publishers.

Gaudichaud, Franck (2004). *Poder popular y cordones industriales*, Santiago, LOM Ediciones.

Gil, Federico; Lagos, Ricardo; Landsberger, Henry (editores) (1977). *Chile 1970-1973, lecciones de una experiencia*, Madrid, Tecnos.

En inglés: *Chile at the Turning Point: Lessons of the Socialist Years, 1970-1973* (translation by J. S. Gilitz), Philadelphia, 1979.

Gittings, John (editor) (1975). *The Lessons of Chile. The Chilean Coup and the future of Socialism*,

Nottingham, Spokeman Books and the Transnational Institute.

Goldenberg, Gregorio (1990). *La muerte del Presidente Allende*, Santiago, Ediciones Domicilio Conocido.

Gómez A., León (1988). *Que el pueblo juzgue. Historia del golpe de Estado*, Santiago, Terranova Editores.

González, Juan Agustín (1952). *Monografía para la mejor formación del maestro masón*, Santiago, Imprenta Wilson.

González, Leopoldo *et al*. (1974). *Teoría y praxis internacional del gobierno de Allende*, México D.F., UNAM.

González, Mónica (2000). *Chile. La conjura. Los mil y un días del golpe*, Santiago, Ediciones B / Grupo Z.

González Camus, Ignacio. *El día en que murió Allende*, Santiago, CESOC / Ediciones Chile-América, 1988.

González Pino, Miguel; Fontaine Talavera, Arturo; Cárdenas, Claudia; Kuncar, Carlos (compiladores) (1997). *Los mil días de la Unidad Popular*, Santiago, Centro de Estudios Públicos, 2 vol.

Guardia, Alexis (1991). *Chile, país centauro. Perfil del socialismo renovado*, Santiago, Ediciones BAT.

Gurriarán, José Antonio (1973). *¿Caerá Allende?*, Madrid, Dopesa.

Guzmán, Patricio (1977). *La batalla de Chile y la lucha de un pueblo en armas*, Madrid, Editorial Ayuso.

Haslam, Jonathan (2005). *The Nixon Administration and the Death of Allende's Chile. A case of assisted suicide*, London, Verson Books.

Hecht Oppenheim, Lois (1999). *Politics in Chile. Democracy, Authoritarianism, and the Search for Development*, Boulder Co., Westview Press.

Hegel, G. W. F. (1956). *The Philosophy of History*, traducción al inglés de J. Sibree, New York, Dover Publications, p. 26.

Heller Rouassant, Claude (1973). *Política de unidad de la izquierda chilena, 1956-1970*, México, D.F., El Colegio de México / Centro de Estudios Internacionales.

Henfrey, Colin; Sorj, Bernardo (editors) (1977). *Chilean Voices. Activists describe their Experiences of the Popular Unity Period*, Atlantic Highlands New York, Humanity Press.

Hitchens, Cristopher (2001). *The Trial of Henry Kissinger*, New York, Verso Books.

House of Representatives (1975). *United States and Chile during the Allende Years, 1970-1973, Hearings before the Subcommittee on Inter-American Affairs*, Washington D.C., U.S. Goverment Printing Office.

Huerta, María Antonieta (1989). *Otro agro para Chile. La historia de la reforma agraria en el proceso social y político*, Santiago, Ediciones Chile-América.

Israel, Ricardo (1980). *La Unidad Popular y la Democracia Cristiana*, Rotterdam, Instituto para el Nuevo Chile.

———————. (1989). *Politics and Ideology in Allende's Chile*, Center for Latin American Studies, Arizona State University.

———————. (2006). *Chile: 1970-1973. La democracia que se perdió entre todos*, Santiago, Editorial Mare Nostrum.

Jocelyn-Holt, Alfredo (1998). *El Chile perplejo: del avanzar sin transar al transar sin parar*, Santiago, Editorial Planeta.

Johnson, Dale L. (editor) (1973). *The Chilean Road to Socialism*, New York, Anchor Books.

Jorquera, Carlos (1990). *El chicho Allende*, Santiago, Ediciones BAT.

Joxe, Alain (1974). *Le Chili sous Allende*, Paris, Editions Gallimard.

Kalfon, Pierre (1998). *Allende. Chili: 1970-1973. Chronique*, Biarritz, Atlantica.
En español: *Allende, Chile 1970-1973*, Madrid, Ediciones Foca, 1999.

Kaplan, Martín. *Así fue asesinado Allende*, sin fecha ni pie de imprenta. Alejandro Witker lo registra como publicado en Roma en 1973, pero detalles internos indican que fue publicado en fecha posterior, y muy probablemente en Chile.

Kaufman, Edy (1993). *Crisis in Allende's Chile. New Perspectives*, New York, Praeger.

Kolm, S. (1977) *La transition socialiste*, Paris, CERF.

Kornbluh, Peter (2003). *Los EE.UU. y el derrocamiento de Allende*, Santiago, Ediciones B / Grupo Z.

———————. (2004). *Pinochet: Los archivos secretos*, Barcelona, Editorial Crítica.

Kramer, Andrés (1973). *Chile: historia de una experiencia socialista*, Barcelona, Editorial Península.

Labarca, Eduardo (1971). *Chile al rojo*. *Reportaje a una revolución que nace*, Santiago, Universidad Técnica del Estado.

———————. (1972). *Corvalán, 27 horas*. *El PC chileno por fuera y por dentro*, Santiago, Editorial Quimantú.

———————. (2007). *Salvador Allende. Biografía sentimental*, Santiago, Catalonia.

Labarca Labarca, Miguel (2008). *Allende en persona*, Santiago, ChileAmérica-CESOC.

Labrousse, Alain (1972). *L'Experience chilien, réformisme ou revolution?* Paris, Le Seuil.
En español: *La experiencia chilena*, Madrid, Grijalbo, 1973.

Lafourcade, Enrique (1973). *Salvador Allende*, Barcelona, Grijalbo.

Lamour, Katherine (1972). *Allende: la nueva sociedad chilena*, Madrid, DOPESA.

Latorre Cabal, Hugo (1974). *El pensamiento de Salvador Allende*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Lavrestki, Iosif (1978). *Salvador Allende*, Moscú, Editorial Progreso.

Lawner, Miguel; Soto, Hernán; Achatan, Jacobo (editores) (2008). *Salvador Allende: presencia en la ausencia*, Santiago, Lom Ediciones/CENDA/Fundación Salvador Allende, España/ Fundation Gabriel Perí, Francia.

Lechner, Norbert (2002). *Las sombras del mañana*. *La dimensión subjetiva de la política*, Santiago, LOM Ediciones, p. 88.

Long, Duncan (1988). *AK 47. The Complete Kalashnikov Family of Assault Rifles*, Londres, Paladin Press.

Loveman, Brian (1976). *Struggle in the Countryside: Politics and Rural Labor in Chile, 1919-1973*, Bloomington, Indiana University Press.

MacHale, Thomas P. (1972). *Chile: A Critical Survey*, Santiago, Institute of General Studies.

Magasich, Jorge (1980). *Pouvoir formel et pouvoir reel a Chili 1972-1973*, Bruxelles, Universite Libre de Bruxelles, Faculté de Philosophie et Lettres.

Maira, Luis (1973). *Chile: dos años de Unidad Popular*, Santiago, Editorial Quimantú.

Mamalakis, Markos J. (1976) *The Growth and Structure of the Chilean Economy: From Independence to Allende*, New Haven, Yale University Press.

Marambio, Max (2007). *Las armas de ayer*, Santiago, La Tercera/Debate.

Marín, Germán (1974). *Chile o muerte*, México, D.F., Editorial Diógenes.

Marín, Gladys (1998). *Vuela lejos tu pensamiento*, Santiago, Editorial Pluma y Pincel.

Marini, Ruy Mauro *et al*. (1974). *Acerca de la transición al socialismo*, Buenos Aires, Ediciones Periferia.

Marini, Ruy Mauro (1976). *El reformismo y la contrarrevolución*. *Estudios sobre Chile*, México D.F., Ediciones Era.

Martínez, Jesús Manuel (2009), *Salvador Allende*, Oviedo, Ediciones Nobel.

Martínez Corbalá, Gonzalo (1998). *Instantes de decisión*. *Chile 1972-1973*, México D.F., Editorial Grijalbo.

Martínez Williams, Jaime (1972). *Visión crítica de Chile / Chile, a Critical Survey*, Santiago, Institute of General Studies.

Martínez Fernández, José G. (1988). *Allende: su vida. Su pensamiento político*, Santiago, Ediciones Palabra Escrita.

Martner, Gonzalo (editor) (1971). *El pensamiento económico del gobierno de Allende*, Santiago, Editorial Universitaria.

Martner, Gonzalo (1975). *Chile. Los mil días de una economía sitiada*, Caracas, Universidad Central y del Zulia.

———————. (1988). *El gobierno del presidente Salvador Allende. 1970-1973. Una evaluación*, Santiago, Ediciones LAR / Pedna.

Mattelart, Armand (1974). *Mass Media, Idéologies et Mouvement Révolutionaire: Chile 1970-1973*, Paris, Editions Anthropos (Traducido del español por Michelle Mattelart).

Medhurst, Kenneth (editor) (1972). *Allende's Chile*, New York, St Martin's Press.

Mejido, Manuel (1973). *Esto pasó en Chile*, México D.F., Editorial Extemporáneos.

Meller, Patricio (2000). *The Unidad Popular and the Pinochet dictatorship: a political economy analysis*, New York, St Martin's Press.

Mendoza, María Luisa; Domínguez, Edmundo (1973). *Allende, el bravo, los días mexicanos*, México, D.F., Editorial Diana.

Merle, Robert; Saussure, Raymond de (1957). *Psicoanálisis de Hitler*, Buenos Aires, Editorial Siglo XX, p. 62.

Milos, Pedro; Angélica Illanes, María; Massardo, Jaime, *et al*., *Salvador Allende. Fragmentos para una historia*, Santiago, Catalonia, 2008.

Millas, Hernán; Filippi, Emilio (1974). *Chile, 70-73: crónica de una experiencia*, Santiago, Zig Zag.

Millas, Orlando *et al*. (1978). *Los mil días de la revolución*, Praga, Editorial Paz y Socialismo.

Millas, Orlando (1987). *De O'Higgins a Allende. Páginas de la historia de Chile*, Madrid, Ediciones Michay.

———————. (1993). *Memorias. La alborada democrática en Chile. En tiempos del Frente Popular*. *1932-1947*, Santiago, CESOC, 2 vol.

———————. (1996). *Memorias. 1957-1991. Una disgresión* (*sic*), Santiago, CESOC / Ediciones Chile-América.

Ministerio de Relaciones Exteriores, República de Chile (1972). *Biografía del presidente Allende*, edición trilingüe, Santiago.

Mires, Fernando (1973). *Del Frente Popular a la Unidad Popular*, Buenos Aires.

Mistral, Carlos (1975). *Chile: del triunfo popular al Golpe fascista*, México D.F., Ediciones Era, Serie Popular Era.

Modak, Frida (coordinadora) (1998). *Salvador Allende en el umbral del siglo XXI*, México D.F., Plaza & Janés.

Moirón, Sara (compiladora) (1973). *Compañero presidente. Ideario político de Salvador Allende*, México D.F., Editorial SAMO.

Molina, Sergio (1972). *El proceso de cambio en Chile*, Santiago, Editorial Universitaria.

Moniz Bandeira, Luis Alberto (2008). *Fórmula para el caos. La caída de Salvador Allende. 1970-1973*, Madrid, Editorial Debate. Random House Mondadori.

Moran, Theodore H. (1974). *Multinational Corporations and the Politics of Dependence: Copper in Chile*, Princeton, Princeton University Press.

Moreno, Fernando (1973). *Le Chili D'Allende: Realite et Myte. Bilan du Gouvernement de L'UP au Chili* (Extrait de *Panorama Democrate Chrétien*, nº 4).

Morris, David J. (1973). *We Must Make Haste-Slowly. The Process of Revolution in Chile*, New York, Vintage Books.

Moss, Robert (1973). *Chile's Marxist Experiment*, Newton Abbot, England, David & Charles.

Moulian, Tomás (1984). *Democracia y socialismo en Chile*, Santiago, Ediciones FLACSO.

Moulian, Tomás; Garretón, Manuel Antonio (1983). *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*, Santiago, Ediciones La Minga.

Moulian, Tomás (1993). *La forja de ilusiones: el sistema de partidos, 1932-1973*, Santiago, ARCIS / FLACSO.

———————. (1997). *Chile actual. Anatomía de un mito*, Santiago, ARCIS / LOM Ediciones.

———————. (1998). *Conversación interrumpida con Allende*, Santiago, LOM Ediciones.

———————. (2000). *Socialismo del siglo XXI. La quinta vía*, Santiago, LOM Ediciones.

NACLA (1973). *Chile: el bloqueo invisible*, Buenos Aires, Editorial Periferia SRL.

Najman, Maurice (1974). *Le Chili est proche. Revolution et Contre-revolution dans le Chili de l'Unite Populaire*, Paris, Editorial Maspero.

Nolff, Max (1993). *Salvador Allende. El político. El estadista*, Santiago, Editorial Documentas.

Novoa Monreal, Eduardo (1972). *La batalla del cobre*, Santiago, Quimantú.

———————. (1978). *¿Vía legal al socialismo? El caso de Chile. 1970-1973*, Caracas, Editorial Jurídica Venezolana.

———————. (1992). *Los resquicios legales. Un ejercicio de lógica jurídica*, Santiago, Ediciones BAT.

———————. (2006). *Nacionalización, derecho y propiedad*, Carlos Margotta (compilador) Santiago, Universidad ARCIS.

Núñez Prieto, Iván (2003). *La ENU entre dos siglos*, Santiago, Lom Ediciones.

O'Brien, Philip (editor) (1976). *Allende's Chile*, New York, Praeger Publishers.

OCEPLAN (1964). Candidatura presidencial del Dr. Salvador Allende (1964) *La estrategia de desarrollo del Gobierno Popular*, Santiago, Imprenta Horizonte.

Opaso, Cristián (1991). *Frei, Allende y la mano de la CIA*, Santiago, Las Ediciones del Ornitorrinco.

Orellana Benado, Miguel (1998). *Allende: alma en pena. Una mirada libre*, Santiago, Demens & Sapiens.

Otero, Lisandro (1979). *Razón y fuerza en Chile: tres años de Unidad Popular*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

Ottone, Ernesto (1985). *Hegemonía y crisis de hegemonía en el Chile contemporáneo (1970-1973)*, Madrid, Ediciones LAR.

Palacios, Jorge (1975). *Chile: An Attempt at Historic Compromise. The Real Story of the Allende Years*, Chicago, Banner Press.

En francés: *Une tentative de compromis historique*, Paris, Nouveau Bureau d'Edition, 1977.

Palma, Gabriel (editor); Allende, Salvador; Arrate, Jorge; Barraclough, Solon, Figueroa, Luis *et al.* (1973). *La vía chilena al socialismo*, México D.F., Siglo XXI.

Pastrana, E.; Threlfall, M. (1974). *Pan, techo y poder, el movimiento de pobladores en Chile (1970-1973*), Buenos Aires, Editores Siap / Planteos.

Pavón, Héctor (2003). *El 11 de septiembre de… 1973*, Buenos Aires, Ediciones libros del Zorzal.

Petras, James F. (1969). *Politics and Social Forces in Chile*, Berkeley, University of California Press.

Petras, James F.; Zemelman, Hugo (1973). *Peasants in Revolt: A Chilean Case Study, 1965-1971*, Texas, University of Texas Press.

Petras, James F.; Morley, Morris M. (1974). *How Allende Fell. A Study in US-Chilean Relations*, Nottingham, Spokeman Books.

En español: *La conspiración yanki para derrocar a Allende*, México D.F., Editorial de Nuestro Tiempo, 1974.

Petras, James F.; Morley, Morris (1974). *The United States and Chile: Imperialism and the Overthrow of the Allende Government*, New York, Monthly Review Press.

Piancentini, Pablo *et al.* (1974). *Chile: una tragedia americana*, Buenos Aires, Editorial Crisis.

Pinochet, Augusto (1979). *El día decisivo, 11 de septiembre de 1973*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1979.

Pinto, Aníbal *et al*. (1972). *Chile, hoy*, México, D.F., Editorial Siglo XXI.

Ponce Durán, Pedro (1994). *Óscar Schnake. Comienzos del socialismo chileno (1933-1942)*, Santiago, Ediciones Documentas, p. 189.

Politzer, Patricia (1989). *Altamirano*, Buenos Aires, Ediciones Melquíades.

Portales, Felipe (2000). *Chile: una democracia tutelada*, Santiago, Editorial Sudamericana.

Prats, Carlos (1976). *Una vida por la legalidad*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.

————————. (1985). *Memorias. Testimonio de un soldado*, Santiago, Pehuén.

Prieto, Helios (1973). *Los gorilas estaban entre nosotros*, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo. En inglés: *The Gorillas are among us*, London, Plauto Press, 1974.

Puccio, Osvaldo. *Un cuarto de siglo con Allende. Recuerdos de su secretario privado*, Santiago, Editorial Emisión, 1985.

Quiroga Zamora, Patricio (2001). *Compañeros. El GAP: la escolta de Allende*, Santiago, Editorial Aguilar.

Rama, Carlos (1974). *Chile, mil días entre la revolución y el fascismo*, Barcelona, Editorial Planeta.

Ramírez Necochea, Hernán (1984). *Fuerzas armadas y política en Chile (1910-1970)*, La Habana, Editorial Casa de las Américas.

Ramos C., Sergio (1972). *Chile: ¿una economía de transición?*, Santiago, Prensa Latinoamericana.

Rancour-Lafferiere, Daniel (1988). *The Mind of Stalin*, Michigan, Ardis Ann Arbor, p. 118.

Raptis, Michael (1975). *Revolution and Counter-Revolution in Chile. A Dossier on Worker's Participation in the Revolutionary Process*, Kent, Palgrave-Macmillan.

Rocha, Juan Gonzalo (2001). *Allende, masón. La visión de un profano*, Santiago, Editorial Sudamericana. En francés: *Allende, franc-maçon*, Brusells, PAC / Editions Luc Pire, 2003.

Roddick, Philip J; Roxborough, I. (1975). *Chile: The State and the Revolution*, London, Macmillan.

Rodríguez, Felipe (1975). *Crítica de la Unidad Popular 1970-1973*, Barcelona, Editorial Fontamara.

Rojas, Alejandra (1998). *Salvador Allende, una época en blanco y negro***,** Madrid, Editorial El País / Aguilar.

Rojas, Alejandro (1987). *La transformación del Estado. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, Editorial Documentas.

Rojas, Paz *et al*. (2001). *Páginas en blanco. El 11 de septiembre en La Moneda*, Santiago, Ediciones B / Grupo Z.

Rojas, Robinson (1974). *Estos mataron a Allende*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca. En inglés: *The Murder of Allende and the end of the Chilean Way to Socialism*, New York, Harper and Row, 1976.

Rouassant Heller, Claude (1973). *Política de unidad en la izquierda chilena (1956-1970)*, México D.F., El Colegio de México.

Roxborough, Ian; O'Brien, Philip; Roddick, Jacqueline (1975). *Chile: the State and the Revolution*, London, Macmillan.

Sáez, Arturo; Santos, Raimundo (1974). *Chile: la revolución de la mayoría*, San José, CEDAL.

Salazar, Gabriel (1990). *Violencia política popular en las «grandes alamedas»*, Santiago, Editorial Sur.

Salazar, Gabriel; Pinto, Julio (1999). *Historia contemporánea de Chile*, vol. 2, Santiago, LOM Ediciones.

Salazar, Manuel (2003). *Chile 1970-1973. Una detallada cronología política, económica y cultural de los 45 meses que estremecieron al país*, Santiago, Editorial Sudamericana.

Sandri, Renato *et al.* (1974). *La vía socialista chilena: ¿principio y fin?*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo.

Scherer García, Julio (2008). *Allende en llamas*, Oaxaca, México, Editorial Almadía.

Schnake, Erick (2004). *Schnake, un socialista con historia*. *Memorias*, Santiago, Editorial Aguilar.

Seguel-Boccara, Ingrid (1997). *Les passions politiques au Chili durant l'Unité Populaire*, Paris, Editions L'Harmattan.

Selser, Gregorio (1974a). *Chile para recordar*, Buenos Aires, Editorial Crisis.

——————— (1974b). *Una empresa multinacional: la ITT en los Estados Unidos y en Chile*, Buenos Aires, Editorial Gránica.

———————. (1975). *De cómo Nixinger desestabilizó a Chile*, Buenos Aires, Hernández Editor.

———————. (1987). *Salvador Allende y Estados Unidos: la CIA y el Golpe militar del '73*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, Archivo Salvador Allende Nº 13.

———————. (1991). *Los días del presidente Allende*. *Cronología, documentos*, México D.F., Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, Archivo Salvador Allende Nº 14.

Seoane, Juan (2009), *Los viejos robles mueren de pie. Relato autobiográfico de un policía leal*, Santiago, Universidad Bolivariana.

Sergeyev, F. (1980). *Chile, el gran negocio y la CIA*, Moscú, Editorial Progreso. Prólogo de Orlando Millas.

Sideri, Sandra (editor) (1979). *Chile, 1970-1973: Economic Development and its International Setting: Self-criticism of the Unidad Popular Government's Policies*, The Hague, Martinus Nijhoff.

Sigmund, Paul E. (1977). *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.

———————. (1993). *The United States and Democracy in Chile*, Baltimore, The John Hopkins University Press.

Silva, Lautaro (1974). *Allende, el fin de una aventura*, Santiago, Editorial Patria Nueva.

Silva, Miguel. *Los cordones industriales y el socialismo desde abajo*, Santiago, Imprenta Lizor, 1997.

Smirnow, Gabriel. *La revolución desarmada. Chile 1970-1973*, México D.F., Ediciones Era, 1977, Serie Popular Era.
En inglés: *The revolution Desarmed: Chile 1970-1973*, New York, Monthly Review Press, 1979.

Sobel, Lester A. (1974). *Chile and Allende*, New York, Facts and Files.

Soto, Hernán; Villegas, Sergio (1999). *Archivos secretos. Documentos desclasificados de la CIA*, Santiago, LOM Ediciones.

Soto, Óscar (1999). *El último día de Salvador Allende*, Santiago, Editorial Aguilar.

Souza, María Dolores; Silva, Germán (1988). *Auge y ocaso de Augusto Pinochet. Psicohistoria de un liderazgo*, Santiago, Las Ediciones del Ornitorrinco, pp. 80-85.

Stallings, Barbara (1978). *Class Conflict and Economic Development in Chile, 1958-1973*, Stanford, Stanford University Press.

Steenland, Kyle (1977). *Agrarian Reform under Allende. Peasant Revolt in the South*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Suárez B., Jaime (1992). *Allende. Visión de un militante*, Santiago, Editorial Jurídica Conosur.

Sweezy, Paul; Magdoff, Harry (editors) (1974). *Revolution and Counter-Revolution in Chile*, New York, Monthly Review Press.

Taufic, Camilo (1974). *Chile en la hoguera*, Buenos Aires, Corregidor.
Segunda edición, Santiago, CESOC / Ediciones ChileAmérica, 2003.

Timossi, Jorge (1974). *Grandes alamedas. El combate del presidente Allende*, La Habana, Ediciones de Ciencias Sociales.

Tohá, Moy de; Letelier, Isabel de (1987). *Allende, demócrata intransigente*, Santiago, Amerinda Ediciones.

Touraine, Alain (1973). *Vie et morte du Chili Populaire*, Paris, Editions Le Seuil.
En español: *Vida y muerte del Chile popular*, México D.F., Siglo XXI, 1974.

Turrent, Isabel (1984). *La Unión Soviética en América Latina. El caso de la Unidad Popular chilena: 1970-1973*, México D.F., El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales.

Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Económicas (1976). *El gobierno de Allende y la lucha por el socialismo en Chile*, México D.F.

Urbina, Guido (1991). *Allende, legado de esperanza*, Santiago, Editorial Terral.

Uribe, Armando (1974). *El libro negro de la intervención norteamericana en Chile*, México D.F., Siglo XXI.

En inglés: *The Black Book of American Intervention in Chile*, Boston, Beacon Press, 1975.
En francés: *Le Livre Noir de l'Intervention Americaine au Chili*, Paris, Le Seuil, 1974.

Uribe, Armando; Opaso, Cristián (2001). *Intervención norteamericana en Chile* (*Dos textos claves*), Santiago, Editorial Sudamericana.

Valdivia, Verónica (2003). *El Golpe después del Golpe*, Santiago, Lom Ediciones.

Valdivieso Ariztía, Rafael (1988). *Crónica de un rescate: Chile 1973-1988*, Santiago, Editorial Andrés Bello.

Valenzuela, Arturo; Valenzuela, G. Samuel (1976). *Chile, Politics and Society*, New Brunswick, N.J., Transactions Books.

Valenzuela, Arturo (1978). *The Breakdown of Democratic Regimes. Chile*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

En español: *El quiebre de la democracia en Chile*, Santiago, FLACSO, 1989.

Valle, Eduardo (1974). *Allende: cronología*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Vázquez Montalbán, Manuel (1973). *La vía chilena al golpe de Estado*, Barcelona, Ediciones Saturno.

Vega, Luis (1983). *La caída de Allende. Anatomía de un golpe de Estado*, Jerusalén, Semana Publicaciones.

Velásquez Almonacid, Marlén (2003). *Episcopado chileno y Unidad Popular*, Santiago, Ediciones de la Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Veneros, Diana (2003). *Allende*. *Un ensayo psicobiográfico*, Santiago, Editorial Sudamericana.

Vera, Jorge (1987). *La política exterior chilena durante el gobierno del presidente Salvador Allende 1970-1973*, Santiago, Editorial IERIC.

Verdugo, Patricia (1998). *Interferencia secreta, 11 de septiembre de 1973*, Santiago, Editorial Sudamericana.

———————. (2003). *Allende*. *Cómo la Casa Blanca provocó su muerte***,** Santiago**,** Catalonia.

Verdugo Haz, Renato (1988). *El momento político del año setenta. La participación del masón Salvador Allende Gossens*, Santiago, s.e.

Vergara, José Manuel; Varas, Florencia (1974). *Operación Chile*, Santiago, Editorial Pomaire.

En inglés: *Coup! Allende's Last Day*, New York, Stein and Day Publishers, 1975.

Vial, Gonzalo (2005). *Salvador Allende. El fracaso de una ilusión*, Santiago, Universidad Finis Terrae / Centro de Estudios Bicentenario.

Viera Gallo, José Antonio (1998). *11 de septiembre*. *Testimonios, recuerdos y una reflexión actual*, Santiago, Ediciones ChileAmérica / CESOC.

Villagrán, Fernando (2002). *Disparen a la bandada. Una crónica secreta de la FACH*, Santiago, Editorial Planeta.

Vitale, Luis (1980). *Interpretación marxista de la historia de Chile*. *De semicolonia inglesa a semicolonia norteamericana (1891-1980)*, Barcelona, Editorial Fontamara.

———————. (2002). *Intervenciones militares y poder fáctico en la historia política chilena*, prólogo, primera parte, *Cuadernos Rodriguistas*, número 2, Santiago de Chile, Ediciones Rodriguistas, p. 13.

Vitale, Luis *et al*. (1999). *Para recuperar la memoria histórica. Frei, Allende, Pinochet*, Santiago, Ediciones ChileAmérica / CESOC.

Vuskovic, Pedro (1975). *Acusación al imperialismo*, México D.F., Siglo XXI.

———————. (1975). *El golpe de Estado en Chile*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.

———————. (1978). *Una sola lucha*, México D.F., Editorial Nuestro Tiempo.

Waiss, Óscar (1986). *Chile vivo. Memorias de un socialista, 1928-1970*, Madrid, Centro de Estudios Salvador Allende.

Wessel, Gunther (2006). *Los Allende. Con ardiente paciencia por un mundo mejor*, Santiago, Editorial Mare Nostrum.

Whelan, James (1981). *Allende, Death of a Marxist Dream*, Westport, Harlington House.

White, Judy (1974). *Chile's Days of Terror. Eyewitness Accounts of the Military Coup*, New York, Pathfinder.

White, Michael (2001). *Giordano Bruno, el hereje impenitente*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor / Grupo Z, p. 198.

Winn, Peter (1986). *Weavers of Revolution: The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism*, New York, Oxford University Press.

En español: *Tejedores de la revolución. Los trabajadores de Yarur y la vía chilena al socialismo*, Santiago, LOM Ediciones, 2004. Pésima traducción

Witker, Alejandro (1978). *Chile: sociedad y política. Del acta de la Independencia a nuestros días*, México D.F., UNAM.

———————. (editor) (1980). *Salvador Allende 1908-1973. Prócer de la liberación nacional*, México D.F., UNAM.

———————. (1990). *Salvador Allende cercano. Biografía, testimonios*, Chapingo, Universidad Autónoma de Chapingo, Archivo Salvador Allende Nº 3.

———————. (1993). *Historia documental del Partido Socialista de Chile*, Concepción, Instituto de Estudios Latinoamericanos de Concepción, Archivo Salvador Allende Nº 20.

Witker V., Jorge (1971). *Chile, a new way*, Melbourne, Melbourne University Press.

Yocelevzky R., Ricardo A. (2003). *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura. 1970-1990*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.

Zabaleta Mercado, René (1974). *El poder dual en América Latina. Estudios de los casos de Bolivia y Chile*. Con un prefacio sobre los acontecimientos chilenos, México D.F., Siglo XXI Editores.

Zammit, Ann (editor) (1973). *The Chilean Road to Socialism.* Proceedings of an ODEPLAN-UDS Round Table, Austin, University of Texas Press.

Zapata, Francisco (1974). *Las relaciones entre el movimiento obrero y el gobierno de Salvador Allende*, México D.F., El Colegio de México.

———————. (2006) (compilador) *Frágiles suturas. Chile a 30 años del gobierno de Salvador Allende*, México D.F., El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica.

Zeitlin, Maurice (1984). *The Civil Wars in Chile (or the Bourgeois Revolutions that Never Were)*, Princeton, Princeton University Press.

Zemelman, Hugo (1974). *El proceso de transformación y los problemas de dirección política. Chile 1970-1973*, México D.F., El Colegio de México.

• *Artículos de publicaciones periódicas*

«Allende 10 años después», *Análisis*, edición especial, Santiago, septiembre de 1983.

«Allende vive», *Entrelíneas*, Edmonton, Alberta, Canadá, año II, número 6, mayo-junio de 1990, número enteramente dedicado a Allende.

A. R. «Versiones sobre la muerte de Allende», *Análisis*, Santiago, 8 al 14 de febrero de 1988, pp. 10-12.

Barría Navarro, Audénico. «Certifican autenticidad del cadáver de Allende», *El Mercurio*, Santiago, 17 de

agosto de 1990.

Basteiro, Ariel. «Morandé 80, una puerta a la memoria», <www.la insignia.org>, 27 de septiembre de 2003.

Benítez, Hermes. «El temple moral de Allende», *La Nación*, Santiago, 11 de septiembre de 2001, p. 7.

———————. «Los legados de Salvador Allende», ponencia leída ante el Foro de la Izquierda de Edmonton, 29 de septiembre de 2002. Publicada en <www.piensachile.com>, octubre de 2002.

———————. «La muerte del presidente Allende: 30 años después», *Alternativa Latinoamericana*, Alberta, Canadá, año 7, número 55, agosto de 2003, pp. 1-2.

———————. «Allende en los libros. Vistazo a una bibliografía de tres décadas», *Laberinto*, Universidad de Málaga, número 14, mayo de 2004, pp. 14-18.

———————. «Para comprender la decisión final del Presidente Allende», piensaChile.com, 24 de agosto de 2007.

———————. «Las últimas fotos del Presidente Allende con vida», Agencia Nova, 1 de julio de 2008.

———————. «Los infartos de Allende. Una nota médico-detectivesca», PiensaChile.com, 5 de septiembre de 2008.

———————. «Últimas reflexiones en torno a la muerte del presidente Allende», PiensaChile.com, 28 de diciembre de 2008.

Cáceres Quiero, Gonzalo; Alcázar Garrido, Joan. «Allende y la Unidad Popular. Hacia una deconstrucción de los mitos políticos chilenos», *El Contemporani. Arts, Historia, Societat*, Barcelona, número 15, 1998.

Camus, María Eugenia. «La historia del GAP», *Análisis*, 8 al 14 de junio 1987, pp. 33-36.

«Carta de 'La Payita' a 'Tati' Allende», <www.piensachile.com>, 9 de septiembre de 2003. Reproducido de *The Clinic*, 4 de septiembre de 2003.

Casanueva, Humberto Díaz. «Allende, demócrata intransigente», *Araucaria de Chile*, número 37, 1987, pp. 194-198.

«Confirman exhumación de Salvador Allende», *La Nación*, Santiago, 18 de agosto de 1990, p. 12.

Corvalán, Luis. «Presidente y amigo», *Araucaria de Chile*, número 23, 1983, pp. 11-17.

Christian, Shirley. «Allende suicide accepted», New York Times News Service, *Winnipeg Free Press*, september 17, 1990, p. 5.

Délano, Manuel. «Allende vuelve a La Moneda», <www.chile.hoy.cl>.

«Las dramáticas gestiones para evitar el Golpe de 1973», *La Época*, Santiago, 11 de septiembre de 1994, pp. 10-14.

Escala Bauden, Alfredo. «Allende médico. Su concepto de la salud», Logia Salvador Allende Nº 191, abril de 2002.

Galaz, Javier. «Emotiva ceremonia en Cementerio Santa Inés», *La Nación*, Santiago, 5 de septiembre de 1990, p. 2.

Galleguillo D., Ximena. «Los misterios nunca contados de la tumba de Allende en Santa Inés», *Siete +7*, Santiago, 12 de septiembre de 2003, pp. 9-11.

Garretón, Manuel Antonio. «Drama y legado de Salvador Allende», *Mensaje*, Santiago, número 322, septiembre de 1983.

González, Alberto. «Las últimas horas de Allende», *Apsi*, Santiago, 18 a 31 de octubre de 1983 (extractado de *El País*, de Madrid), pp. 18-22.

González, Mónica; Verdugo, Patricia; Monckeberg, María Olivia. «Así murió Allende», *Análisis*, Santiago, 22 al 29 de junio de 1987, pp. 34-39.

Grez Toso, Sergio. «Salvador Allende en la perspectiva del movimiento popular chileno», <www.piensachile.com>, miércoles 14 de septiembre de 2005.

Hersh, Seymour M. «The Price of Power. Kissinger, Nixon and Chile», *The Atlantic*, vol. 250, nº 6, december 1982, pp. 31-58.

«Investigación de Fiscal determina suicidio de Allende», *El Mercurio*, Santiago, viernes 21 de septiembre de 1973, p. 17.

Inostroza, Jesús. «Desenterrando la historia. El día que exhumaron el cuerpo de Salvador Allende», *La Nación*, edición electrónica, 12 de septiembre de 2004.

Jiles, Pamela. «…Y nos reíamos tanto» (entrevista a Carlos Jorquera), *Análisis*, Santiago, 10 al 16 de marzo de 1987, pp. 17-19.

Jiles, Pamela. «Habla edecán de Allende», *Análisis*, Santiago, 28 de septiembre al 4 de octubre de 1987, pp. 32-34.

«Junta impidió funeral masó[nico] de Allende», *La Nación*, edición electrónica, 13 de diciembre de 2004.

Lagos, Andrea. «Patricio Guijón, ex médico de Allende: el último testigo vive en Putú», *The Clinic*, Santiago, 11 de enero de 2001, pp. 6-7.

Luna, Jorge. «Salvador Allende: 'tenemos que llegar a La Moneda antes que ellos'», Prensa Latina, Santiago de Chile, 11 de septiembre de 2008.

Mansilla, Luis Alberto. «Conversación a cuatro voces sobre Salvador Allende y el gobierno de la Unidad Popular», *Araucaria de Chile*, número 23, 1983, pp.19-41.

Martner, Gonzalo. «La dirección económica durante el gobierno de Allende», *Araucaria de Chile*, número 12, 1980, pp. 49-66.

Martorell, Francisco. «El suicidio de Allende», *Análisis*, año 13, número 348, del 10 al 16 de septiembre de 1990, pp. 31-34.

Miliband, Ralph. «The Coup in Chile», *The Socialist Register*, London, october, 1973, Ralph Miliband and John Saville (editors).

Moulian, Tomás. «A Time of Forgetting. The Myths of the Chilean Transition», *NACLA. Report on the Americas*, vol. XXXII, nº 2, septiembre-octubre de 1998.

Moreno, Lián. «Septiembre de 1973: Reflexiones sobre conexiones olvidadas», *Alternativa Latinoamericana*, Calgary, Canadá, noviembre de 1999, p. 8.

Núñez, Jorge. «José Luis Vásquez, el médico legista que certificó la muerte del ex Presidente, habla por primera vez en 30 años», *Las Últimas Noticias*, Santiago, versión electrónica, domingo 31 de agosto de 2003.

Núñez, Ricardo. «Salvador Allende en la memoria», *Crítica Social*, Santiago, septiembre de 1990, pp. 40-41.

«El 'Once' visto desde La Moneda», *Apsi*, Santiago, 10 al 23 de septiembre de 1984, pp. 10-12.

Orellana, Carlos. «Allende, el regreso a la verdad histórica», <www.la insignia.org>, 19 de septiembre de 2003.

Paulsen, Fernando. «Caso Payita: la verdad y la política», *Análisis*, 18 al 24 de enero de 1988, pp. 4-5.

«La Payita habla de Allende», *Análisis*, 15 al 21 de febrero de 1988, pp. 10-13.

Pérez, Cristián. «Salvador Allende, apuntes sobre su dispositivo de seguridad: el Grupo de Amigos Personales (GAP)», *Revista Estudios Públicos*, número 79, 2000, pp. 1-51 (versión electrónica en PDF).

Ramírez, Pedro. «Recortaron la partida de defunción de Allende», *La Nación*, Santiago, 9 de septiembre de 1990.

«Salvador Allende y las relaciones exteriores de Chile». Entrevista a Clodomiro Almeyda, *Araucaria de Chile*, número 2, 1978, pp. 3-17.

Salvatore, Gastón. «Revelaciones de la secretaria de S. Allende, Miria Contreras, 'La Payita'» (entrevista publicada originalmente por la revista italiana *Época*), *El Mercurio*, Santiago, 14 de enero de 1988, pp. A1-A8.

Silva Solar, Julio. «¿Era viable el proyecto de la Unidad Popular?», *Reflexión y Liberación*, año XV, número 60, enero-febrero de 2004, pp. 37-46.

Sweezy, Paul. «Entrevista sobre Chile», *Tercer Mundo*, Santiago, año 1, número 4, 1971.

Teitelboim, Volodia. «Salvador Allende: presencia de la ausencia», *Araucaria de Chile*, nº 23, 1983.

Tuane, Hernán. «El desprestigio de Allende y el Plan Z. Documentos del miedo», *La Nación*, edición electrónica, 18 de septiembre de 2004.

«El último adiós de Allende», *Qué Pasa*, edición electrónica, Santiago, 5 de septiembre de 2003.

Whelan, John. «Pinochet: Aylwin es 'un desgraciado' y Frei 'inofensivo'» (pasajes de una entrevista a Augusto Pinochet hecha por el historiador norteamericano en febrero de 2001), *La Nación*, Santiago, edición electrónica, 14 de septiembre de 2003.

Yañez, Nelly. «Tuve la triste experiencia de ver el suicidio del presidente Allende» (declaraciones del doctor Patricio Guijón), *El Mercurio*, 11 de septiembre del 2003, p. C 4, recuadro.

Zalmak, Alexander (seudónimo de Hermes H. Benítez). «Allende: su legado político esencial», *Entrelíneas*, Edmonton, Canadá, año II, número 6, mayo-junio de 1990.

Zalmak, Alexander. «Enterrando a Allende», *Boletín de la Cooperativa Los Andes*, Edmonton, Canadá, año II, número 3, noviembre de 1990.

Zamorano, Patricio. «Hubo seis testigos del suicidio de Allende» (entrevista al doctor José Quiroga), *La Nación*, Santiago, edición electrónica, 12 de septiembre de 2003.

Zerán, Faride. «El suicidio de Allende fue un gesto político» (entrevista al doctor Arturo Jirón), *Rocinante*, Santiago, número 58, agosto de 2003, pp. 3-5.

Nota a la segunda edición

Es muy grato para el autor presentar a los nuevos lectores la segunda edición de este libro, poco más de dos años después de que la primera saliera, en septiembre de 2006, de las activas prensas de RIL Editores; a quienes, por cierto, corresponde todo el mérito de haber concebido, preparado y publicado esta nueva edición.

Se trata, en efecto, de una verdadera segunda edición, que aparece con dos nuevos anexos, y una bibliografía actualizada, la que con sus 390 títulos, continúa siendo la más completa de las que existen sobre el tema en cualquier lengua. Asimismo, se ha revisado cuidadosamente la totalidad del texto y corregido algunos errores factuales, así como las pocas erratas que no fueron detectados en la primera edición.

Es manifiesto que el tema de esta investigación continúa concitando el interés, tanto de los chilenos, de ambos sexos, como de muchos lectores de otros países que han adquirido ejemplares de este libro ordenándolos directamente a la editorial. Así lo he podido apreciar en las respuestas y reacciones, casi siempre positivas, de muchos que leyeron *Las muertes de Salvador Allende,* dentro y fuera de Chile, que se acercaron a mí personalmente, o que me hicieron el honor de comunicarse conmigo vía internet, para compartir sus impresiones acerca de este libro. Vayan mis más sinceros agradecimientos a todos ellos.

Prueba de que el interés público en la vida y obra de Allende no ha disminuido, es el hecho de que en los más de dos años que separan la primera de la segunda edición de esta obra, han continuado apareciendo en Chile, México y en España, importantes contribuciones al tema, entre las que se destacan: *Allende. El hombre y el político. Memorias de un secretario privado*, de Ozren Agnic; *Allende. Biografía sentimental*, de Eduardo Labarca, *Allende en persona*, de Miguel Labarca L., *Allende en llamas*, de Julio Scherer García, y *Compañero Presidente. Salvador Allende, una vida por la democracia y el socialismo*, de Mario Amorós

Durante este tiempo se ha producido, también, un hecho de gran significado simbólico, así como otro que pudiera afectar las conclusiones de este libro. El primero de ellos es que, coincidiendo con la conmemoración del trigésimo quinto aniversario de la muerte de Allende, la presidenta Michelle Bachelet,

quien había ordenado con antelación la reconstrucción del Salón Independencia, lugar de La Moneda en el que aquél se quitó la vida, procedió a inaugurarlo oficialmente, con el nombre de *Salón Blanco Salvador Allende*, el día 11 de septiembre de 2008.

Pero lo que, en realidad, vino a remecer la relativa calma en que se recordaron estas fechas en Chile, fue la aparición de los resultados del análisis hecho por el doctor Luis Ravanal Z., del Informe de la Autopsia practicada a los restos de Allende por un equipo de médicos militares, la noche del 11 de septiembre de 1973. Es indudable que las conclusiones de este documento no pueden ser simplemente descalificadas o desechadas –como lo propusieron airadamente los portavoces de la «versión oficial» de la muerte– sino que sus contribuciones deben ser incorporadas de algún modo al debate en curso. Tan importante nos parecen las observaciones y conclusiones del trabajo del doctor Ravanal, que al final de esta segunda edición les hemos dedicado un anexo especial, en el que no sólo presentamos una versión condensada de ellas, sino que, además, tratamos de interpretarlas desde la perspectiva de nuestra propia hipótesis de la muerte del Presidente.

Quiero informar a los nuevos lectores que este libro fue premiado en el Concurso de Adquisiciones del Consejo Nacional del Libro y la Lectura del año 2007. Tal reconocimiento constituye para el autor motivo de especial satisfacción, porque en términos concretos significa que 300 ejemplares de *Las muertes de Salvador Allende* fueron adquiridos con fondos del Estado de Chile y distribuidos en centenares de bibliotecas escolares y públicas a lo largo del país.

No podía dejar pasar esta oportunidad para corregir, aunque tardíamente, una injusticia que cometiera con mi amigo el doctor Jorge Iván Vergara, a quien deseo manifestarle aquí mis más sinceros agradecimientos por su acucioso trabajo de revisión y corrección de los originales de este libro, en el contexto del frustrado intento de conseguir su publicación por parte de la editorial de la Universidad Arturo Prat de Iquique. Quiero agradecerle, también, al doctor Vergara por haberme brindado su amistad a lo largo de muchos años, así como por su profundo y estimulante interés intelectual en las ideas y argumentos presentados en cada uno de mis libros.

En este año, en el que se cumplen y conmemora en todo el mundo el primer centenario del nacimiento de Salvador Allende, nos parece especialmente importante poder poner al alcance de nuevos lectores una nueva edición de este libro; que fue escrito pensando especialmente en las generaciones de jóvenes que nacieron posteriormente a la muerte de Allende, o que por su corta edad no tuvieron una experiencia inmediata, o no recuerdan, tan extraordinaria como agitada época de la historia reciente de Chile.

El autor
Edmonton, Canadá
Invierno de 2008

Table of Contents

Portada
Portadilla
Créditos
Epígrafes
Dedicatoria
Agradecimientos
Presentación
Nota a la segunda edición
Prólogo
Introducción
Capítulo 1: La anticipación y anuncio de la muerte del Presidente
Capítulo 2: El discurso final de Allende y su muerte
Capítulo 3: Los relatos de Beatriz Allende y Fidel Castro del combate de La Moneda
Capítulo 4: Los diferentes testimonios de la muerte del Presidente
Capítulo 5: La orden de autopsia y algunos de sus enigmas
Capítulo 6: El informe de la Policía Técnica de Investigaciones
Capítulo 7: El informe de la autopsia de Allende
Capítulo 8: Del entierro secreto al Funeral Oficial
Capítulo 9: Mito y realidad de la muerte del Presidente
Capítulo 10: Recapitulación y conclusiones
Epílogo
Cronología de los días 11 y 12 de septiembre de 1973
Bibliografía